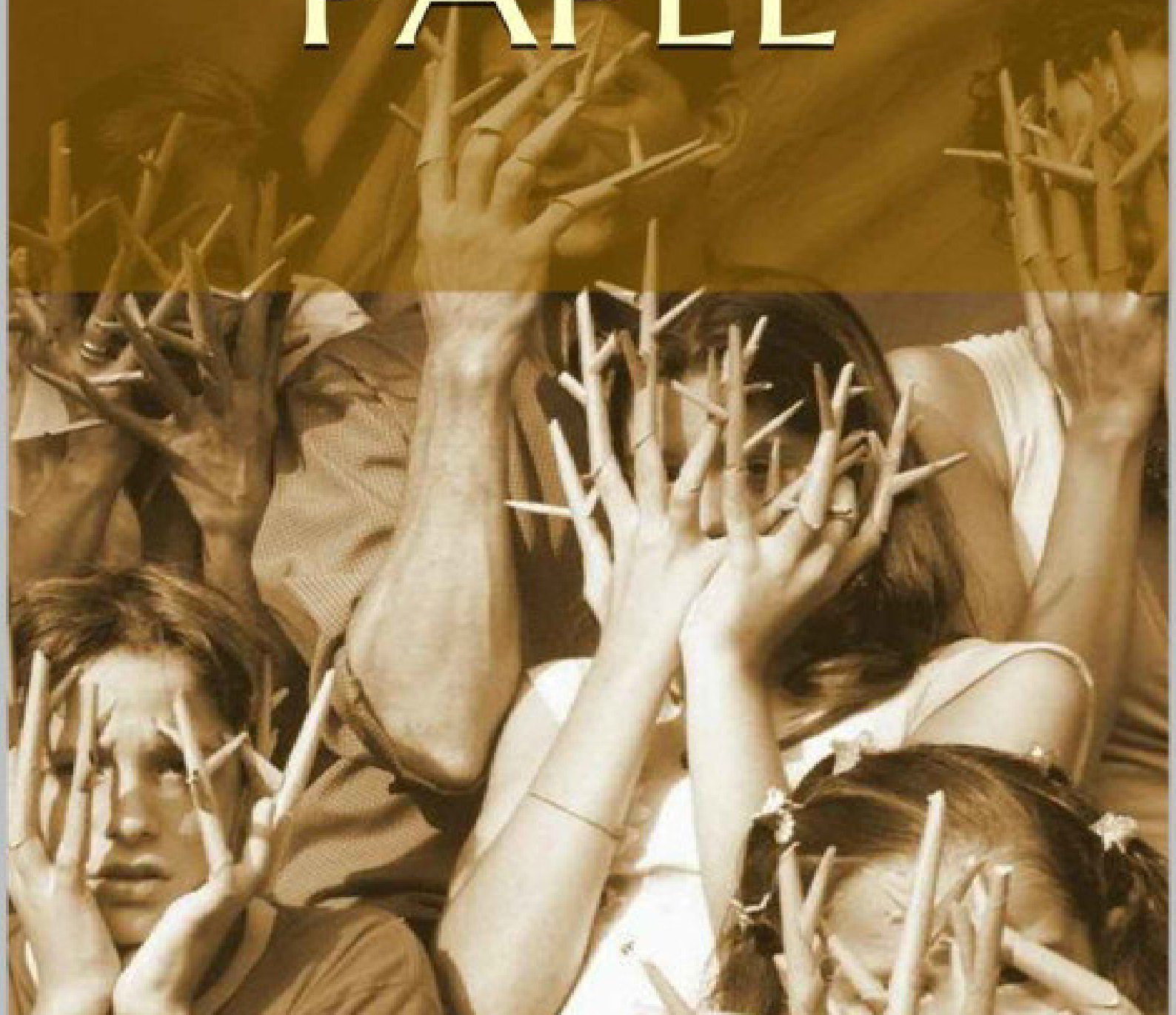


ESPINAS DE PAPEL



LETICIA QUIÑONES PONS

Espinas de Papel

Por:Leticia Quiñones Pons

Nota del autor.

Te estoy muy agradecida por comprar mi libro "Espinass de Papel".

Espero que este recorrido por mi historia sea tan grato como para mí fue escribirla.

Estaré muy gustosa de responder tus comentarios a través de mi correo:

espinasdepapel@yahoo.com

Leticia.

Reseñalegal.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-980-6933-65-1

Editorial Libros Marcados, C.A

Foto de portada y contraportada: Nicolás José Quiñones Pons

Primera Edición: 2010.

Dedicatoria

*A mi esposo Alessandro,
mis hijos: Gabriel Paolo, Valentina
y Adrián Gregorio;
Mamá y Papá,
mis hermanos Nicolás y Gonzalo.*

Les dedico mi novela, pues gracias a ustedes, las miles de horas que me condujeron al término de esta historia, estuvieron impregnadas de cariño, alegría, ánimo... y de su particular sabiduría. Todo ello lo recibí a través de sus nobles gestos y palabras.

INTRODUCCIÓN

El sugestivo título: “Espinass de Papel” invita a adentrarse en una emocionante secuencia de situaciones cargadas de romance, humor, misterio, miedo, esperanza... Todo está inserto en la cotidianidad de seres extraordinarios, con los que te identificarás de una u otra manera.

Descubre la conmovedora historia de amor escondida en el hogar geriátrico. Sé testigo de cómo se funden lo carnal y lo extrasensorial en el abigarrado cuarto para consultas espiritistas de Jimena. ¿Por qué Gaetano, un escritor enamorado, confina su vida a una densa habitación? ¿Cómo un grupo de mujeres abusadas, hallan en un centro de apoyo la esperanza de ser amadas y lograr una nueva forma de vida? Gary Cúper, el pintoresco detective privado, te guarda un descubrimiento que dará un giro inesperado a la trama.

Todos los escenarios y personajes se conectan de maneras inimaginables, y son analizados desde la óptica de Eliana, figura central de esta narración, quien marcada por dolorosas experiencias y llena de dilemas, decide perdonar y perdonarse, transmutándose para iniciar una nueva vida.

¡Una historia disfrutable de la que no podrás desprenderte!

En los años que tengo de vida, nunca había estado junto a un cuadro tan pintoresco y lleno de personajes. Estoy atrapada en una enorme cola de vehículo a mitad de la autopista, donde el tráfico vespertino suele ser muy pesado, así que puedo imaginar a miles de personas en la misma situación. Algunos de los informantes hablaron de un choque de diecisiete vehículos, originado por uno de carga que perdió el control; cuentan que hay toneladas de polvo rojizo esparcido por todos lados, y detrás los carros arrumados formando una gran masa de hierro. Al hacer un resumen de todos los comentarios, me queda claro que esperaremos aquí mucho más de lo imaginado. No considero justo quejarme por el tiempo que estoy perdiendo mientras otros están pasando peor momento que yo, así que mejor dejo de lado la ansiedad, y espero con paciencia el desenlace. Sólo pediría al sol un poquito de discreción... tal vez un pequeño acuerdo con las nubes, para evitarnos este calor sofocante.

Las escenas que las personas han creado a mi alrededor, representan verdaderas terapias anti aburrimiento que pretendo aprovechar. Para comenzar, los tripulantes de una camioneta de carga ubicada en el canal de mi izquierda, armaron un partida de dominó en la parte trasera del vehículo cuando apenas habían transcurrido unos minutos del accidente; dispusieron de una cava con cervezas frías, y hasta la mesita plástica que llevaban como carga tomó de inmediato el rol de tablero de juego; tal vez presintieron el estancamiento o sólo decidieron adelantar la diversión que tenían programada para otro momento y otra compañía.

En medio de la isla están algunas personas tendidas boca arriba en el suelo tomando sol sobre esterillas improvisadas de cartón, bolsas plásticas o directamente en lo que alguna vez fue hierba verde, azotada ahora por la erosión. Hasta donde puedo escuchar, es un buen momento para las confidencias y terapias, aunque los interlocutores no sean licenciados en el área, pero se puede salir al paso con algunas frases consoladoras, y ciertos gestos de solidaridad. Una pareja de amigos acaba de idear su próxima aventura al cono sur: un viaje de presupuesto restringido, sin rumbo fijo, que según dicen, servirá de pacto para una amistad que durará toda la vida. Los apasionados enamorados en el camión naranja, decidieron no alterarse por la situación, y en lugar de ello, creo que están sacando mayor utilidad de la misma: actúan como si se encontraran en un camino solitario, en el que no hay testigos para sus acalorados besos y caricias. Puedo distinguir al ejecutivo que aprovecha el tiempo en su computadora portátil, a un

taxista sin pasajeros que duerme despreocupado mientras ronca a todo pulmón, y a un lector que ha tenido tiempo suficiente para sumergirse entre las páginas de su libro, cuyo título «Crónicas de un Suicidio» me hace sospechar con preocupación que busca buenas alternativas para un final maestro. Noto que un hombre me observa con insistencia, y parece que ha intentado hacer contacto visual conmigo, pero confío en que mis lentes de sol no me hayan delatado cuando lo vi con detenimiento, y me percaté de sus interesantes facciones y el cabello canoso encopetado. Imaginarlo chaparrito, con pantalones cortos y una prominente barriga, me produce un poco de gracia.

Cada quien protagoniza una historia, pero por una estrategia del universo, hemos venido a coincidir en este momento, y me he convertido en espectadora de estos pequeños pasajes de sus vidas. Sin embargo, yo no quedo por fuera de este gran juego. Tal vez alguien esté pensando: «Una señora cercana a los cuarenta años, hace llamadas nerviosas por su celular» o quizás un vecino opine «La mujer a mi derecha necesita con urgencia una visita a la peluquería». Lo cierto es que sí, he realizado varias llamadas para resolver asuntos pendientes; en lo que respecta a mi imagen, tengo el cabello hecho un desastre y el maquillaje que me apliqué esta mañana ya casi desapareció, así que mis ojos no pueden ocultar más las horas de sueño que perdí ante mis papeles de trabajo.

Mientras transcurre el tiempo en medio de este suceso descarriado, se me ocurre que puedo aprovechar la parada obligada para colocar una marca en este segmento de mi vida, tal vez iniciar un registro formal de mi historia, y aunque no podría catalogarla de asombrosa, está matizada por el tinte de la peculiaridad, en una traviesa secuencia de acciones improvisadas que se iniciaron al momento en que llegué a este mundo, sin el respaldo de un programa o un guión.

Soy Eliana Pereira. Nací en una ciudad hacia el centro de Venezuela hace treinta y siete años. Mis padres: Olivia y Jacinto, realizaron grandes esfuerzos para concebirme, y lo lograron luego de casi cinco años de matrimonio; bastante tarde para una joven que fue criada con el objetivo de casarse y tener hijos, sin que le permitieran fomentar algún otro tipo de sueños o ambiciones. Creo que su deseo de procrear era tan intenso, que cuando nací se fijaron la misión de controlar cada fracción de mi vida, y protegerme de cuanta amenaza se posara a mi alrededor, sin advertir que muchas veces necesité quien me protegiera de ellos mismos. Me cuentan que mamá era casi mi sombra, y tanto llegué a acostumbrarme a su presencia, que a veces olvidaba tenerla mi lado, como si fuese invisible. Tres años después de mi nacimiento,

cuando mi hermana Yazmín estaba a punto de nacer, todos los allegados anunciaban grandes escenas de celos; mis papás pidieron consejos a un vecino que ejercía la psicología, quien les dio unas fórmulas para controlar los supuestos cambios de conducta que llegarían con la llegada de mi hermana: mis rechazos hacia la indefensa y vulnerable bebé, las intenciones de hacerle daño, y hasta los incontrolables deseos de verla partir hacia otra familia; también pronosticaron numerosas rabietas, con las que reclamaría la atención de la que había dispuesto durante mis escasos años de vida, los retrocesos en cuanto al uso de pañales que abandoné al año y medio de edad pues mi mamá me perseguía todo el día con una bacinilla, e inclusive el uso del chupón y tetero, aunque el primero nunca fue de mi agrado, y el segundo no lo probé, pues fui amamantada hasta los dos años y pasé directo a tomar leche del vaso.

Al nacer Yazmín se cayeron todas las teorías, y las indicaciones del doctor se quedaron sin aplicación, pues encontraron que el prospecto de demonio que habían imaginado, era la dulce niñita de siempre, enamorada de su nueva compañera, contemplándola sin cansancio, y asumiendo roles de mini-madre que resultaban muy conmovedores. Según narran, muchas veces sentí el llanto de Yazmín en lamadrugada sin que mi agotada madre los percibiera; me levantaba, mecía su cunita y le cantaba; si esto no funcionaba, llamaba a mamá para que ella recurriera a técnicas fuera de mi alcance.

La teoría que esgrimí muchos años después, fue que con el nacimiento de mi hermana supe lo que significaba mi individualidad: contar con la delicia de un espacio propio; papá decía que podía pasar horas jugando sin pedir nada, mientras ellos atendían a la bebé u otras tareas. La otra parte de mi teoría es que aprendí a sobrellevar el hambre y la sed para no recordarles mi existencia y mantener la burbuja de mi privacidad. Cuando Yazmín creció un poco, y se hizo más independiente, mamá sintió remordimientos por haberme tenido abandonada, y decidió compensarme con dedicación a tiempo completo, por supuesto compartida con mi hermana, promesa que se interesó en cumplir hasta después de mi matrimonio.

Abro un paréntesis en la historia para comentar las pequeñas situaciones que surgen a mi alrededor. Llevo casi hora y media, y nada parece solucionarse. Desde aquí veo helicópteros, escucho ambulancias, y con frecuencia algunos vehículos especiales pasan en plan de emergencia en el sentido contrario de la autopista. No alcanzo a comprender de dónde salieron tantos vendedores ambulantes, puedo escoger entre galletas, empanadas, vasitos de café servidos de unos termos de sospechosa procedencia, y hay quienes incluso venden rollos de papel higiénico.

Hace unos minutos alguien se acercó a mi ventanilla: era un joven alto y fornido con un niño de

más o menos dos años en brazos.

—Disculpe señora, ¿tiene usted un poco de agua? —me pidió con tono cansado—. Mi hijo no deja de llorar porque tiene mucha sed.

En ese momento advertí que también tenía la garganta seca, y apenas disponía de un vaso de cartón, con un poco de hielo derretido, sobrante de una bebida que había comprado horas atrás. No supe qué contestar.

—La verdad es que no tengo agua limpia, joven. Sólo un resto de hielo que francamente me da pena ofrecerle.

El muchacho miró el vaso, y me inspeccionó con detenimiento, imagino que para ver si cumplía con las normas básicas de higiene, si tenía cara de enferma o algo parecido, hasta que finalmente me agradeció y se fue. Tal vez tuviera la esperanza de encontrar una botella de agua potable con el precinto de seguridad intacto del que su hijo pudiera tomar confiadamente.

Mientras tomaba el único sorbo de agua que contenía mi vaso, recordé que al final de la tarde iría un plomero a reparar una gotera en el fregadero de la cocina. De nuevo usé mi celular para advertirle a Mina, mi ayudante doméstica, que no abriera la puerta a nadie mientras yo no me encontrara, y que llamara al técnico para ver si alcanzaba a cancelar la cita; yo lo contactaría luego para reprogramarla.

Hay una camioneta de entregas con un anuncio rotulado que dice: Servicio de Tintorería las 24 Horas, ¿Quién puede mandar a lavar ropa a las tres de la mañana? Me recordó el traje que mandé a lavar y debía recoger hoy, aunque ellos no ofrecen un horario tan flexible, supongo que cuento con tiempo suficiente para salir de aquí y recogerlo. De cualquier manera voy a apuntar los teléfonos de este «Superlimpio night»; puede ser una buena estrategia para combatir el insomnio.

Continuando con mi relato...

Me casé a los veintiún años como una medida desesperada para salir del cuidado exagerado de mis padres. Estaba enamorada e ilusionada, pero en un ambiente menos tenso y restringido, habría rechazado la propuesta de mi novio y disfrutado más de mi juventud, mis estudios, y el juego de la conquista que me resultaba muy entretenido. Los siete días siguientes a mi boda mi hermana lloró con desconsuelo, no tanto por lo que me extrañaba, sino porque ella se quedaba, y la vigilancia habitual de mamá y papá ya mostraba una tendencia clara a duplicarse; no contaría más conmigo para distraerlos cuando se acercara algún chico o para simular que salíamos juntas cuando tuviera un plan especial; sabía que enfrentaría sola los métodos que ellos aplicaban cuando veían acercarse a un rostro masculino, ajeno a los habituales del sector

donde vivíamos; éstos podían variar desde un grito por la ventana alegando que nosotras éramos unas muchachas decentes, hasta una llamada a la policía denunciando a un sospechoso rondando el jardín. Esta técnica pronto perdió efectividad, pues los policías de la zona ya conocían las exageradas denuncias de mi madre y uno de ellos hasta se atrevió a hacerle recomendaciones.

—Señora Olivia: ya deje a esas pobres muchachas en paz, que a las que está espantando es a ellas y no a sus novios.

Mi madre colgó de inmediato y caminó indignada hasta el módulo de la policía buscando al autor de semejante falta de respeto, olvidando que llevaba rollos en la cabeza y una bata casi transparente. Aunque el funcionario se mantuvo en el anonimato, los jefes no se molestaron en buscar al culpable, pues a final de cuentas había manifestado un pensamiento común. Mamá tuvo que retirarse, no sin antes hacerles ver su poca seriedad y falta de vocación para un trabajo tan noble, entre lágrimas de rabia por la reciente humillación.

—Menos mal que mis niñas cuentan con sus padres, porque si de ustedes dependieran, quién sabe cuántos degenerados habrían llegado hasta ellas.

Papá la esperó a unos metros del módulo policial, agobiado por la pena mezclada con solidaridad, y la acompañó de regreso intentando apaciguar su malestar con estoicas palabras de consuelo.

Fui una joven medianamente agraciada en el sentido físico: estatura media, abundante cabello castaño que solía usar suelto hasta la mitad de la espalda, cuerpo no muy delgado pero bien proporcionado, y facciones interesantes, que sin ser perfectas me hacían lucir atractiva. Yazmín en cambio fue siempre mucho más que «agraciada»... era preciosa; desde que nació me pareció una princesita como la de mis libros de cuento, y ya en la adolescencia lucía como una artista: cabello oscuro lleno de rizos, nariz perfilada, sonrisa amplia con hermosa dentadura, y un cuerpo excepcional. Era un poco más alta que yo, y en contraste con mi piel blanca, la suya era acanelada; cuando sonreía sus negros ojos brillaban, y lo hacía tan a menudo, que parecía una luciérnaga. A pesar de sus deslumbrantes dotes naturales, nunca sentí que compitiéramos; nuestra relación era tan profunda que en lugar de celarla, asumí el papel de admiradora número uno, y disfrutaba ver su vibrante belleza; ella era una mezcla de físico y personalidad: extrovertida, atrevida, alegre, y de muy buen humor, yo en cambio siempre fui más callada, analítica, de carácter apacible, pero firme en mis decisiones; supongo que fue el temperamento que desarrollé desde mis primeros años para llevar de manera pasiva el estilo de crianza de mis padres, mientras que Yazmín los confrontaba y con frecuencia se quejaba de las «injusticias».

Mi papel en esos casos era calmarla haciéndole cariños como a una bebita, y ella sucumbía ante mi sutil estrategia de hermana mayor.

Vivíamos en un urbanización de clase media, que en algún momento de su historia fue de las mejores de la ciudad; allí disfrutábamos la comodidad de amplios cuartos, un pequeño pero vistoso patio, y un jardín muy luminoso, en donde mamá cultivaba gran variedad de plantas. Ése es el único hobby que puedo recordar de mi madre: la jardinería. Sus matas reconocían su gran esmero manteniéndose sanas, hermosas y floreadas; debo admitir que ellas eran más agradecidas que lo que solíamos ser mi hermana, papá y yo. De resto sólo la recuerdo en labores domésticas, cuidando de nosotros o asistiéndonos en nuestras actividades escolares.

Nuestra vivienda fue adquirida antes de mi nacimiento, gracias a una buena época en los negocios de papá, lo cual permitió un estilo de vida holgado por muchos años; sin embargo, esto no alteró el arraigado concepto de ama de casa de mi madre, quien mantuvo hasta el día de hoy una teoría: «Emplear a una persona para las labores hogareñas es una gran muestra de flojera, además, esas mujeres intrusas sólo buscan adueñarse de la vida que ellas no han podido lograr». Mi padre apoyó y alimentó este pensamiento, y ambos se regocijaban mostrando su hogar impecable; mamá pulía su imagen de esposa perfecta, papá la de padre responsable, y para completar el cuadro tenían a unas niñitas muy bien arregladitas, estudiosas y obedientes. El punto es que esas niñitas se convirtieron en unas muchachas bien arregladitas, estudiosas, pero menos dispuestas a la subordinación.

Ya en nuestra adolescencia, Papá se tomaba mucho tiempo en inspeccionarnos antes de salir: largo de faldas, escotes de las blusas, ajuste de los pantalones, intensidad de maquillaje, y otros aspectos que podían variar de acuerdo a la hora. Hasta me hacía cambiar mis sostenes si decidía que realzaban demasiado mi busto, pero con talla treinta y seis no era mucho lo que podía ocultar. En estas absurdas sesiones, me daba muchas oportunidades de responderle con ironía.

—Si quieres uso una faja en el busto —le propuse en una oportunidad.

Él fijó la mirada en mi pecho, analizando la factibilidad de la idea.

— ¿Pero eso no te va a doler?

Yazmín intervino.

—Ay papá, ¿hasta eso vas a llegar? Mejor la envuelves como una momia o le pones una túnica para salir a la calle.

Él rió ante su propia exageración.

Mi hermana y yo teníamos contextura similar, aunque diferíamos en una talla, pues ella era un poco más delgada, lo que en algunos casos me favorecía. Recuerdo una vez cuando yo tenía

diecisiete años que compré unos jeans que según declaré, me hacían ver «arrebataadora»; pues eran ajustados y realzaban mi figura... ¡me encantaban! En un momento irracional de desconfianza a los desconocidos, Papá me prohibió usarlos, y se los cedió de manera dictatorial a Yazmín, quien por supuesto no los quería. Las ocasiones en que yo deseaba usarlos, mi hermana salía con los jeans puestos, y yo con alguna falda de cintura elástica; de allí íbamos a la peluquería de Brenda, una vecina que tenía instalado su negocio en la propia sala de su residencia, y a la que adorábamos por su disposición a socorrernos cuando mamá o papá nos acorralaban. Allí nos intercambiábamos nuestra vestimenta, y luego regresábamos para revertir el canje. Mientras la una esperaba a la otra, nuestra amiga se esmeraba en enseñarnos alguna técnica de peluquería, nos hacía algún arreglo, y contaba sus travesuras de adolescentes. Para nosotras no eran simples cuentos, sino nuevas estrategias para escapar al permanente acoso paterno, y las escuchábamos entre sesiones de baños de crema, pintura de uñas, o con rollos en la cabeza que otorgaban atributos pasajeros a nuestras largas y abundantes melenas.

Con el tiempo, se presentó una conquista con perfil diferente a los que se habían postulado antes: Pablo era un hombre de veintiocho años, profesional y dueño de un próspero negocio. Contaba con apartamento en una muy buena zona de la ciudad, auto del año, apariencia a la moda, y un grato círculo de amigos que rotaban sus encuentros en agradables sitios de la ciudad. No parecía ser un hombre mujeriego, conclusión que obtuve por la discreta manera en que se lanzó a mi conquista: no muy agresiva pero galante y romántica. Nos conocimos en un concierto de la orquesta universitaria al que asistí con Yazmín. Pablo estaba allí con un gran amigo nuestro, y desde que llegamos al anfiteatro comenzó a mirarme con interés. El hombre parecía un poco fuera de contexto: lucía mayor que el resto de los estudiantes, y su manera de vestir destacaba entre las franelas, jeans y gorras del resto de la audiencia. Aún puedo recordar la agradable impresión que me causó su estatura por encima del promedio, el exquisito aroma de su colonia, y el tono de voz grave con el que se dirigió a mí cuando nos presentaron.

—Es un gran placer conocerla, señorita. Soy Pablo José Arismendi.

Cuando me dijo «señorita» me sentí como una niña atontada. La templanza de sus ojos me cautivó; estreché su mano, busque su mirada y sonreí. Noté que se me había cortado la respiración, y cuando quise recuperarme, tomé una bocanada de aire en la que se coló su aroma; hasta pude saborear la mezcla de madera y limón, y el olor a cuero gamuzado. Desvié mi atención hacia el escenario, en donde los músicos hacían los últimos ajustes para iniciar. Quise controlar el movimiento de mi pecho, pues se hinchaba con una frecuencia inusual, pero

fue poco lo que logré. Nos sentamos a esperar la apertura del concierto, y Pablo tomó el asiento de mi derecha. Me sentía rígida y enmudecí; busqué con desespero un comentario interesante que no me hiciera parecer una infantil liceísta, y nada apropiado se me ocurrió. Por mucho que traté de evitarlo, casi caigo en el agujero de las frases comunes para decir "¡Qué calor!", pero me abstuve, a pesar de sentir que me en verdad el calor me sofocaba. Giré levemente mi rostro para ver si él estaba sudando y pude observar su nariz recta y mentón pronunciado; no tuve tiempo de detallarlo más porque me sorprendió, pero premió mi osadía con su sonrisa espléndida. Esquivé su mirada tan rápido como me lo permitieron mis reflejos y vi que en el escenario una chica se colocaba ante el micrófono para dar inicio al espectáculo. Las luces se extinguieron, hubo unos segundos de absoluta penumbra, y minutos más tarde estaba sumergida en un concierto de violines donde me imaginé bailando un vals con el recién conocido. Algún efecto mágico tuvo esta escena en mí, pues sentí que ese hombre venía a crear conmigo una leyenda de amor.

Luego del concierto, supe que Pablo asesoraba a nuestro amigo en su tesis de grado; su rol de mentor me hizo verlo aún más atractivo, y nos dio a ambos un tema para iniciar una larga conversación en el cafetín estudiantil. Cuando ya casi todas las personas se habían retirado, y el cierre del local marcó el fin de la tertulia, Yazmín me hizo una seña para irnos. Ante la obligación de interrumpir nuestra charla, Pablo me invitó al cine, y sin titubear acepté: dos días más tarde nos encontraríamos cerca de la facultad para ir juntos a mirar cualquier película de cartelera. Ya de regreso Yazmín iba pensando en un discurso que justificara nuestra tardanza del momento, y yo en el que justificaría mi próxima cita.

El día pautado salí con mi hermana, y en la mitad del camino nos separamos. Contaba con dos horas y media para reencontrarnos y retornar juntas; a esas alturas no quería desperdiciar el tiempo en la oscuridad de la sala con una trama fílmica interponiéndose entre ambos, así que sugerí caminar un rato por una plaza cercana. Allí me dejé subyugar por los pequeños detalles que regalaba la tarde: el manto húmedo sobre la grama recién cortada, el rumor de los hilos de agua irrumpiendo en la fuente, la luz que se adormecía para incorporar sutilmente el misterio de las sombras, las voces ondulantes de los niños... todo parecía acomodarse para crear una escena perfecta, y me entregué al deleite de nuestra cercanía, así como lo hice durante las semanas siguientes. Los encuentros invitaban cada vez a mayor proximidad, y pronto cedieron espacio a una nueva manera de estar juntos: fue cuando Pablo me besó. Una pequeña redoma del parque nos escondía del pasadizo y de las miradas indeseadas; yo permanecía sentada en un banco de hierro forjado, y él estaba acucillado frente a mí recorriendo mi rostro con sus

ojos, mientras sus manos se sujetaban de mi asiento para mantener el equilibrio; teníamos allí más de media hora, pero en los últimos diez minutos nos habíamos adherido a nuestro propio silencio y sonreíamos encantados sin apartar la vista el uno del otro. Comprendimos que en ese momento maravilloso sólo había cabida para un sencillo acto de amor, y fue Pablo quien tomó la iniciativa: extendió su mano para deslizar sus dedos en mi cabello y colocarlos con suavidad en mi nuca, acercó mi cara a la suya mientras él acomodaba su cuerpo para acortar aún más la distancia; cerré los ojos para recibirlo, y me sentí embriagada con su dulce contacto. Creí desmayarme, pero antes de cometer semejante desatino, decidí responderle colocando mis brazos alrededor de su cuello y saborear aquella boca que tanto había deseado. Presioné sus labios con los míos, sin atreverme a separarlos, pero pronto sentí que él intentaba abrir paso; no pude resistirme y permití que su músculo tibio y húmedo trajera hacia mí nuevos sabores y sensaciones; el cuerpo extraño delataba sus papilas exaltadas como anémonas de mar, alertando las mías, con una mezcla insólita de temor y osadía. Era una invitación, yo debía hacer lo mismo, y me atreví a traspasar la pequeña frontera, para explorar con avidez las texturas ocultas, la línea de sus dientes y su propia tibieza; noté como la respiración de Pablo se apresuraba, y me sentí abrumada. Una ráfaga de vergüenza le dio un coletazo frío a mi corazón, y me separé un poco. Él aprovechó la pausa, y sin dejar de mirarme se levantó para sentarse a mi lado. Su mirada me imploraba que no le temiera al momento, me tomó el rostro con ambas manos y allí las mantuvo mientras continuó besándome; mis manos se quedaron un momento rígidas en mi regazo pero pronto las coloqué sobre las suyas; «no quiero apartarte», quise hacerle entender. Sólo debía asegurarme de que permanecieran allí, calmando el ardor de mis mejillas, mientras nos perdíamos en un gran beso que traspasó el espacio, la acústica de la plaza, el movimiento apresurado del reloj...

En el éxtasis de mi primer beso, supe con certeza que ya amaba a ese hombre.

Yazmín siempre estuvo al tanto de los avances en mi relación amorosa, y... ¿cómo no estarlo si era mi principal cómplice? Pablo y yo solíamos encontrarnos entre mis jornadas universitarias, siempre y cuando su trabajo se lo permitiera; mis estudios eran buena excusa para ausentarme de casa, y en ocasiones Brenda me ayudaba con mis planes, llamando a mi madre para que fuera a hacerse algún arreglito en el salón mientras yo iba a cortos encuentros con mi novio, quien me esperaba en alguna esquina cercana. Mi padre se entretenía con más facilidad, así que habíamos aprendido a manejar nuestros horarios de acuerdo a su hora de dormir, programas de televisión favoritos, o sus largas conversaciones sobre política con un vecino, quien había leído docenas de libros donde explicaban las diversas ideologías políticas, mientras las asociaban con los perfiles psicológicos de los personajes contemporáneos.

Mi relación con Pablo era deliciosa, los momentos compartidos eran pequeñas explosiones de felicidad y el misterio de nuestro amor secreto impregnaba de ansiedad los minutos previos a nuestros encuentros. Conversábamos hasta el cansancio, pero durante largos intervalos renunciábamos a las palabras para comunicarnos con idiomas de besos y caricias.

Al cabo de seis meses de encuentros a escondidas, Pablo me pidió matrimonio. Aunque me sentía enamorada e ilusionada, su propuesta me sorprendió, pues mi pensamiento me ubicaba en otro tipo de planes, relacionados con mis estudios y desarrollo profesional, que a la larga me permitirían mi independencia económica. Por supuesto mi naturaleza romántica me había hecho soñar con una boda majestuosa, pero la ubicaba en un mediano plazo. Al ver la solidez y seriedad de su propuesta, elaboré un análisis rápido: un adelanto a mis planes no era mala idea. En efecto, casarme me mostraba una vía diferente, pero pensé que de alguna manera ello me conduciría a mis objetivos, y representaría una manera rápida de abandonar mi hogar. Además, aquel joven bien parecido, cariñoso y educado no representaba un sacrificio, y su carrera en ascenso era una buena plataforma para iniciar nuestro compromiso matrimonial. Como punto final de convencimiento, estaba la atracción que sentía hacia él, y el amor recién descubierto que me hacían considerarlo perfecto para compartir el resto de mi vida.

Pablo y yo fijamos nuestra fecha de matrimonio, y disponíamos de poco tiempo para llevar a cabo los preparativos. Luego de hacer nuestro plan, fue cuando decidimos hacerlo saber a mamá y papá, quienes no consideraban siquiera la posibilidad de un noviazgo, convencidos de

la efectividad de sus métodos para espantar pretendientes; creían que Yazmín y yo habíamos suprimido nuestros pensamientos relacionados con el sexo opuesto, así que presentar a un novio y a la vez anunciar una boda tan cercana era demasiado para ellos.

En la mañana de un domingo, mamá se encontraba en la cocina preparando uno de sus elaborados platillos y Papá miraba la televisión. Yo había salido temprano, cuando ellos aún permanecían en su cuarto, así que no tuve que dar muchas explicaciones. Llegué como a las once, y apenas mamá escucho la puerta salió a recibirme, no sé si para regañarme o para abrazarme, pero cuando me vio escoltada por un hombre, se quedó paralizada. Sus ojos recorrieron al extraño, y luego se detuvieron en su mano que sostenía la mía. Pensé que su reacción sería arrancarme de su lado, pero creo que la sorpresa no le dio tiempo de elaborar una buena escena, porque sólo logró una frase en voz baja.

—¿Y este señor es tu novio?

Tragué el susto, enderece mi espalda y respondí de la manera más natural que encontré.

—Sí mami. Y vino a conocerlos.

A ese punto ya papá se había incorporado, y se acercó a nosotros con precaución, tratando de deducir la parte que se había perdido. No tuve necesidad de presentarlos, pues él se adelantó.

—Buenos días. Soy el papá de Eliana: Jacinto Pereira.

Y estrechó su mano. Mi novio respondió muy serio y con voz firme.

—Mucho gusto señor Jacinto, y mis respetos a usted señora Olivia. Soy Pablo José Arismendi, y estoy aquí porque deseo formalidad en mi relación con Eliana.

Algo encontraron en la apariencia de Pablo, que impidió su despido súbito. Tal vez les pasó por la mente usar la escopeta, guardada desde hacía más de diez años en el cuartico de los trastos, o al menos un balde de agua; pero allí estaban, calmados... contra todo pronóstico. Creo entender que todos los demás pretendientes eran muchachos muy jóvenes, con vestimentas informales, en cambio Pablo tenía aire de caballero, de hombre formal; vestía de manera impecable y mostraba muy buenos modales. Mamá lo inspeccionaba como si se tratara de un fenómeno de circo, y papá sólo mantenía su mirada fija en sus ojos, hasta que lo invitó a sentarse en la sala.

El resto de la escena mantuvo el formato de una trillada trama de telenovela. Anunciamos a mis padres la decisión de contraer matrimonio, y aunque la reacción de papá era predecible, me sorprendió al verlo lanzarse sobre Pablo con intenciones de golpearlo, logrando mi intervención y la de mi madre que con algunas maniobras y palabras logró aplacarlo. Surgieron las típicas acusaciones paternas, la presunta existencia de un embarazo y mis aclaratorias, asegurando ofendida que yo era una chica de bien. Mientras tanto mamá intentaba decidir entre

defenderme o soltar una retahíla de reproches.

Luego de la explosión de emociones, mis padres entraron en un estado de letargo que aprovechamos para anunciar la fecha final de la boda. Al escuchar que ésta se llevaría a cabo en apenas dos meses, noté asustada sus expresiones contrariadas; mamá emitió un quejido, que la dejó con la boca abierta y los ojos desorbitados, las manos de papá se entrelazaron con fuerza, tal vez conteniendo un nuevo ataque de ira, miró al suelo unos minutos buscando respuestas, y por fin concluyó.

—Creo que no tengo palabras.

En mi primera semana como mujer casada me embriagué de libertad; mi viaje de luna de miel parecía un sueño. Durante veinte días viajamos en un crucero por el Mediterráneo, y mi recién esposo se deshizo en atenciones y detalles románticos. En el trayecto no llamé a mi familia ni una sola vez, pensando que tenía buen motivo para tomar una licencia; ante mi silencio, mamá y papá se la pasaron imaginando el hundimiento del barco, un secuestro en el que mi esposo me llevaba sin retorno a tierras desconocidas, y hasta un suicidio colectivo en el mar dirigido por un pasajero fanático de alguna religión extremista, luego de hacernos beber una bebida adulterada con drogas. Mamá veía las noticias con terror, pensando que transmitirían la gran tragedia de un barco en alta mar, o la historia de una joven que había caído por la borda para perderse en las profundidades del océano. Mi hermana no sabía si reír o llorar, pero me confesó que estuvo a punto de volverse loca y caer en la trampa de sus presagios. Lamento que mi felicidad haya sido a costa de su desdicha, pero a mi regreso me encargué de recompensarla, llevándola conmigo por temporadas para regalarle un poco de respiro, aunque eso significara alrededor de dieciocho llamadas diarias de mi madre, quien no soportaba tenernos a las dos lejos de sus radares.

Luego de mi luna de miel, retomé la parte seria de mi vida, y continué mis estudios, los cuales no me apasionaban pero tampoco me aburrían. Así que con un esposo complaciente, suficiente dinero para pagar mis comodidades y buena ayuda doméstica, podía dedicarme a mis libros y a mis labores de esposa con relativa tranquilidad.

Me gustaba mi vida. Poco a poco mi ilusión y mi enamoramiento juvenil se fueron convirtiendo en un amor sólido y maduro, llegando a amar con gran fuerza a aquel hombre que me ofrecía seguridad a cambio de mi compañía. Nuestros cuatro años de matrimonio se coronaron con el nacimiento de Pierina, quien me hizo enloquecer de amor y alegría, a tal punto de olvidar mis planes de buscar empleo, a pesar de haber obtenido ya mi título. Así que me hice la promesa

indefinida de incorporarme al mercado laboral tan pronto mi hija me lo permitiera. Con el tiempo esos planes fueron disolviéndose, pues me sentí orgullosa y conforme siendo una madre y esposa a tiempo completo.

Pierina me absorbía dentro y fuera del hogar, mi rol de mamá resultaba agotador, y era poco el espacio que reservaba para mí como mujer, así que perdí mi acostumbrada frivolidad. El maquillaje que de soltera solía aplicarme en el autobús para evitar la censura de papá, ya no me parecía necesario; mi acostumbrada melena con forzados bucles que con esmero cuidé por años, ahora la llevaba siempre amarrada detrás de la nuca formando una sencilla cola de caballo; los jeans ajustados que tanto me gustaban y que ya podía usar a mi antojo, dejaron de ser prácticos, y dieron paso a holgados pantalones y franelas que me resultaban más cómodos para mis actividades diarias; y hasta mi exquisita ropa de dormir, comprada con emoción para la luna de miel, fue a dar al fondo de una gaveta cediéndole el uso a grandes franelas que bien podían tener dibujos de corazones como una calcomanía gigante del ratón Mickey. Creo que sin querer estaba copiando el semblante de mi madre, aunque observando hoy las fotos de entonces, puedo advertir que iba en vías de convertirme en ella misma. Mi hermana me ayudó a darme cuenta de ello y a reconocer cuán descuidada me estaba volviendo con mi persona; me aterroricé de mi propia ceguera, y juntas emprendimos un plan de reafirmamiento personal, como ella lo llamaba, para recuperar mi coquetería y la chispa de mi relación con Pablo.

Comencé por un reajuste de imagen con la asesoría de Brenda y de Yazmín, que se inició con un corte de cabello, un tratamiento facial y unas horas de tiendas renovando mi vestuario. Investigué e inventé unas cuantas técnicas nuevas de seducción, visité librerías y con mucha vergüenza adquirí dos textos sobre sexo y pareja, que de sólo verlos por encima me enseñaron buenos trucos que ansiaba poner en práctica con mi marido. Me inscribí en un curso de danza árabe, y cuando aprendí algunos pasos de principiante, compré unos pañuelos vaporosos y una falda bordada con canutillos y diminutos cascabeles que al agitarse sonaban como una cascada de campanitas. Me inscribí en un gimnasio al que asistía tres veces por semana, que además de ejercitarme, representaba una buena terapia grupal en la que mis compañeras hablaban sin tapujos sobre sus relaciones de pareja; algunos de sus comentarios lograban sonrojarme, pero igual los escuchaba con atención. Comprendí allí que mi apatía para mantener relaciones íntimas con mi esposo no eran un pecado mortal, y que no era yo la única que se hacía la dormida justo antes de que él terminara de ducharse, o al escuchar las llaves abriendo la puerta ya más tarde en la noche, cuando su jornada de trabajo se extendía más de la cuenta; estaba claro que de la misma manera yo debía extender mi horario de esposa, pues su cansancio no

parecía afectar en lo más mínimo su deseo por un rato de placer conyugal. En una oportunidad llegó al extremo de despertarme a las tres de la madrugada con caricias seductoras, que yo encontré fuera de contexto, pues si despierta no contaba con mucha disposición para esos menesteres, menos aún durante la madrugada cuando ya estaba entregada al más profundo sueño. Entre dormida y despierta lancé mi brazo al aire para espantar al intruso, sin tener mucha conciencia de que fuera mi esposo, y le di un manotazo en la cara, que él interpretó como el peor de los insultos. Se levantó ágil de la cama, encendió la luz y me dijo que ésa era una causal de divorcio. Yo miraba encandilada a mi esposo ofendido que hablaba de no sé cuáles derechos y deberes maritales. Sólo atiné a precisar la palabra «divorcio», sin entender a quién se refería.

—Amor, ahorita no me importa quién se está divorciando, pero hablaremos de eso mañana.

Me cubrí con mi cobija y seguí durmiendo.

Al día siguiente, ya más calmado, me hizo una sinopsis del evento; supongo que esperaba un poco de arrepentimiento, pero lo que hice fue reír y responder con ironía.

—Por favor dile a tu «amiguito» que ésta no es una farmacia de turno, y que cuando se cierra, ¡se cierra! El personal también necesita descansar.

Él halló una respuesta rápida, sin analizar mucho el efecto de sus palabras.

—¿Y qué más le digo? ¿Que se busque entonces una de turno en otra zona?

Lo miré explorando su expresión, que ya tomaba un aire de arrepentimiento por el terreno prohibido que acababa de pisar.

—Te voy a responder sólo a ti, y no a «él» —aclaré señalando con mi dedo su masculinidad—, pues no quiero que existan intermediarios entre tu cerebro y yo.

Y de forma gesticulada, como quien declara una brutal amenaza, lo interrogué.

—¿Lo que acabas de decir es: una amenaza, un chiste o una confesión?

Pablo se apresuró a contestarme.

—Discúlpame... por favor discúlpame —y se acercó a mí con intención de abrazarme.

Yo lo detuve en el acto extendiendo mi brazo delante de mí.

—¡No! Nada de discúlpame. Me contestas ya la pregunta que acabo de hacerte, porque si se trata de una amenaza, te dejo de una vez el camino despejado para tu libre búsqueda en la calle. Si es un chiste, saco yo mi repertorio de chistes de mal gusto para responderte, y si es una confesión, te agradezco que lo dejes por escrito en una declaración formal para yo llevársela a mi abogado.

Pablo me miró con cara desencajada, mostrando acentos de terror, al reconocer que había

despertado a una fiera. Hablaba casi tartamudeando y en voz muy baja.

—Se trata del peor chiste que se me haya ocurrido en mi vida.

Y luego hizo otro intento de acercarse para darme un abrazo, recibiendo mi segundo rechazo. Lo miré con indignación y me fui. Esa noche regresó del trabajo más temprano de lo acostumbrado, supongo que para revertir un poquito su falta de delicadeza, y encontró un cartel en la puerta del cuarto escrito a mano con grandes letras rojas.

Farmacia.

Cerrada por inventario

Creo que lo que estaba inventariando era mi condición de esposa, pues tenía la humildad de reconocer que no estaba dando la atención que debía a mi esposo. El inventario duró cerca de dos semanas, Pablo no se atrevió a hacer ningún comentario, y llegó temprano todas las tardes, haciendo ver que no estaba buscando refugios alternativos en la zona. Tras las dos semanas de abstención, encendí el bombillo de «Turno» dentro de mi mente, para darle luz a mi propósito de trabajar por mi matrimonio, y en definitiva por el hombre que amaba.

Me encontraba en el gimnasio, descansando luego de una agotadora rutina de ejercicios, cuando la instructora nos hizo conocer una receta casera para aumentar nuestros niveles de energía; también ayudaría a eliminar el sueño excesivo, a mejorar nuestro ánimo, y como extra, nos elevaría la libido, una combinación que no me venía nada mal en una época en que prevalecía el desánimo, sobraba el sueño, y mi deseo sexual habían cedido el paso a un servicio de entrega nocturna que tenía más que ver con responsabilidad de esposa que con deseos genuinos. El incidente con mi esposo lo había considerado un alerta en mi matrimonio, y como la receta era muy sencilla decidí llevar a cabo una prueba. Tenía que colocar una botella de vino de oporto dentro de una olla (muy importante: la botella debía decir que era fabricado en Oporto); apenas comenzara a hervir, se apagaba el fuego para introducir un racimo de berros frescos que se dejaba reposar en el caldo sin retirar la tapa. El paso siguiente era llevar a una licuadora y por último colar. Debía mantener el brebaje en la nevera, y cada mañana tomar en ayunas la medida equivalente a media taza de café. Se suponía que a la primera semana ya debía advertir el cambio.

Preparé mi menjurje, y éste me esperó en la nevera hasta la mañana siguiente cuando tomé mi primera dosis en ayunas; ese mismo día en la tarde, Pablo lo descubrió y lo encontré disfrutándolo muy campante en una gran copa de agua. Sufrí un mareo súbito, no porque se consumiera mi vino aromatizado, sino porque lo último que deseaba era que aquel hombre con sexo atrasado recargara sus energías y me solicitara sexualmente con más frecuencia. Intenté

lucir calmada cuando le quité la copa de las manos, mientras le explicaba que se trataba de una bebida recetada por mi médico para una «desintoxicación vaginal». Acepto mi poca delicadeza al hacer semejante mezcla de términos, y agradecí al cielo que él jamás se atrevería a preguntarle a otra mujer, qué rayos significaba eso; Pablo hizo un gesto solidario, aderezado con un poco de compasión, y con solemne discreción se retiró de la cocina sin hacer más preguntas. Las bondades de mi brebaje las percibí a los días de comenzar mi tratamiento; me sentí con más energías en la mañana, más animada, y hasta los ejercicios se me hacían menos agotadores. Pero el efecto principal, fue mi gran disposición para hacer el amor con Pablo, por lo que llegué a ofrecerle opciones muy creativas y novedosas; él demostró estar gratamente sorprendido, pero no hizo preguntas, tal vez para no romper el encanto del romance, o para no verse en la obligación de escuchar nuevamente sobre el misterioso líquido que por error bebí.

Dos meses después no percibí más los efectos del berro, y ya ni siquiera lo toleraba. Al comentárselo a mi instructora, una compañera que escuchaba respondió en tono jocoso.

— ¿Tuviste en cuenta los efectos secundarios?

La pregunta me tomó desprevenida.

— ¿Efectos?... No, no los conozco.

La mujer acotó con prisa.

—¿No escuchaste lo que dijo Patricia ese mismo día? Según ella, esa receta aumenta la fertilidad.

Debo haber puesto cara de espanto, porque enseguida completó.

—Pero tranquila, que por aquí hay una chica que estuvo tomándola por casi un año para lograr embarazarse, pero no vio resultados.

Con ambas declaraciones vinieron juntos tanto el susto como el alivio. Ya me había autodeclarado infértil luego de tres años de haber abandonado cualquier clase de método anticonceptivo, y ya a esas alturas estaba convencida de que mi niña de cinco años se quedaría hija única.

La repugnancia al oporto se unió a la del café del mediodía, a la del perfume con esencia de flores, y para remate, al olor de Pablo; y no me refiero a su jabón o colonia, hablo de su olor natural, ése que la gente considera imperceptible aun cuando se está limpio y fresco... el de su aliento, su sudor y hasta su ropa usada que percibía hasta a dos metros de distancia cuando iba camino al lavadero.

Luego vino una resaca a mi etapa de agilidad, ahora sentía justo lo opuesto, dormía más, me encontraba de peor humor y los ejercicios me agotaban el triple. Culpé al oporto, al berro y a la

instructora que me los había recomendado. Paracomplemento me abordaban unas extrañas taquicardias que me hicieron visitar a un especialista, que como rutina me solicitó una serie de exámenes de laboratorio, los que por supuesto incluían un test de embarazo.

En definitiva tenía que atender el capricho de mi médico, pero no podía ir al laboratorio de costumbre, donde ya tenían mi historia, la de Pablo, la de Pierina, y cuya indiscreta encargada era conocida de mi esposo; tampoco quería ir a algún lugar cercano donde pudiera encontrar a alguien a quien tuviera que rendirle explicaciones, así que me dirigí a un laboratorio al que había ido acompañando a una amiga.

El laboratorio que yo había conocido unos años atrás estaba ubicado hacia el centro de la ciudad, en el segundo piso de una antigua edificación. A él se llegaba pasando a través de un corto y estrecho pasillo que conducía a las escaleras de acceso; entré al lugar que me pareció familiar, pero apenas crucé la puerta de la entrada advertí que había cambiado. La antigua y tradicional iluminación había sido sustituida por luces amarillas que se filtraban a través de lámparas redondas de papel y borlas doradas que pendían de ellas. Las paredes estaban pintadas en tonos ocres y marrón, con efectos patinados, y símbolos astrológicos repetidos en serie: lunas, soles, estrellas formaban una enorme galaxia que se extendía desde el suelo hasta el techo. El aroma era extraño pero no desagradable, se trataba de una esencia dulce con acento de madera, que me hacía recordar la habitación de mi abuela materna, quien fabricaba sus propios palitos de incienso con aserrín y aromas de flores y pino. Subí las escaleras con cautela, y al final de éstas un pasillo más pequeño se extendía hasta llegar a una puerta color bronce; en la parte superior de su marco pendía una pequeña campana. Contra la pared estaba un sofá de dos puestos, tapizado también con motivos astrológicos de lunas y soles amarillos sobre un fondo azul marino, y cojines decorativos en tonos rojizos. Me llamó la atención la minuciosidad con que había sido decorado el lugar, aunque éste no me agradara, y mi curiosidad casi me hace girar el picaporte de la puerta, con el único propósito de conocer el aspecto de la habitación contigua; cuando tenía mi mano sobre él, sentí un repentino escalofrío y tuve el deseo inminente de retirarme. Di media vuelta y bajé apurada las escaleras, sin tiempo para repasar los detalles que antes habían captado mi atención.

Casi llegando a la salida, entró una mujer que parecía conversar con alguien más; la vi primero a ella y luego fijé la mirada en la puerta esperando ver a su acompañante, dando tiempo a mi mente de preparar un saludo para ambos; como más nadie entró, supuse que hablaba sola. Al primer momento la percibí muy joven, tal vez por su vestimenta, pero cuando la tuve cerca la juzgué mayor. Su tez era muy blanca y de rostro anguloso, su cabello rojizo y rizado le cubría los

hombros; llevaba dos peinetas, una a cada lado de la cabeza, para dejar su cara despejada. Usaba un largo collar y varios brazaletes, que hacían sonoros los ademanes de sus manos.

Me puse tensa al verme sorprendida, y me arrepentí por no haber abandonado a tiempo ese lugar; pero la expresión cálida de la mujer, y sus palabras suaves me invitaron a tranquilizarme.

—Menos mal que llegué a tiempo —expresó sonriendo—. No me gusta que mis visitantes se vayan decepcionados por no encontrarme.

Pensaba en qué hacer o decir para justificar mi presencia allí. Opté por la verdad.

—Disculpe, vine aquí por error. Hace tiempo aquí había... había...

En ese momento dudé. ¿Sería allí mismo donde estaba antes el laboratorio?

—Bueno, parece que he cometido un error, así que por favor disculpe la intromisión. Tenga buenas tardes.

Le pasé por un lado, casi rozándola, y salí marcando mis pasos para no parecer una ladrona.

Cuando me alejé un poco, alcancé a oír lo que la dama dijo.

—No se agite hermana, pronto la veré de nuevo por aquí.

Después de cuatro horas estacionada en la autopista, y cuando pensaba que todo estaba por solucionarse, surgió un nuevo evento. Los jugadores de dominó en la camioneta vecina ya estaban afectados por el consumo de alcohol y por las apuestas de dinero que cada vez se hacían más cuantiosas. Con frecuencia escuchaba algunas carcajadas, o unas palabrotas, que hacían reconocer el clima del momento; el tono de voz ya era alto, las piedras del dominó se colocaban de manera más sonora, y la tertulia ya resultaba molesta. Llegó un momento que no pude mantener la concentración en lo que hacía, así que decidí cerrar mi libreta.

Tomé entonces mi portafolio y comencé a hacer unas anotaciones personales en mi agenda, reprogramando las actividades para la semana siguiente. De nuevo había logrado abstraerme de los ruidos externos, cuando escuché las voces más exaltadas de mis vecinos, quienes estaban disputándose el triunfo de una partida; se insultaban y amenazaban de manera exagerada como si con ello se jugaran la vida, hasta que uno se lanzó encima del otro haciendo colapsar la frágil mesa; el agredido se levantó lanzando golpes como loco, mientras los dos compañeros restantes trataban de separarlos. Me propuse salir de mi auto por la puerta del copiloto y escuché un golpe; surgieron varios gritos, que se confundieron con el mío, y vi a tres de los tripulantes que miraban desde su vehículo hacia el suelo: uno de los hombres, el más corpulento de todos, estaba tendido en el asfalto y sangrando por el hombro; arriba en la camioneta, otro sostenía paralizado una navaja en su mano, reconociendo el acto que acababa de cometer; analizaba aterrizado sus manos, y a quienes se iban acercando para presenciar la escena. El agresor, un hombre cincuentón con escaso cabello rubio, recobró la cordura perdida por el alcohol y por la emoción del juego, saltó de la camioneta y se arrodilló al lado de su compañero, llorando desesperado por la atrocidad cometida.

—Hermano... hermano, perdóname. ¡Yo no quería hacerte daño! Yo soy tu amigo, tu hermano. Hermano del alma. No te me mueras. Por favor: ¡no te mueras!

Aturdido por el arrepentimiento, miraba a los espectadores como si buscara en ellos palabras de consuelo, o mejor aún, quería escuchar que eso en realidad no estaba ocurriendo, pero nada lo reconfortó.

Cada vez se unían más curiosos al cuadro desolador. Los vendedores ambulantes acudieron, pero nadie parecía tener intención de comprar el Cristo fabricado con conchas de mar, las conocidas panelitas de «San Joaquín», o las piñas peladas en bolsitas. Algunas personas se

atrevieron a acercarse al herido para ayudar, pero tan solo eran capaces de pronunciar frases de ánimo: «Debes sobreponerte, aguanta», «ten fuerza, que la ayuda viene en camino». No teníamos certeza de ello, pero sí sabía que alguien había ido por ayuda. Mientras tanto otros se ocuparon de dar instrucciones.

—No lo muevan, que puede ser peor.

—Aflójenle el cinturón para que respire bien.

—No, no se lo aflojen, que entonces la sangre va a circular más rápido, y se puede desangrar.

Todo era confuso. Los otros dos individuos del cuarteto gritaban al agresor, intentaron golpearlo, mientras otros desconocidos los sostenían para evitarlo. El victimario lloraba, gritaba, invocaba a Dios para que lo librara de esa situación; el herido yacía en el suelo, casi inconsciente. La sangre mantenía a los entrometidos al margen, sobraban los voluntarios, pero se requería mucho más que voluntad, se necesitaba un médico, una ambulancia y un domador de fieras para los exaltados. Cuando mi corazón se acercó a su ritmo natural, me subí de nuevo a mi auto pues me sentía mareada; fue en ese momento que vi a un hombre que se había introducido hasta la cintura por la ventanilla contraria. Cuando el sujeto advirtió mi presencia huyó veloz, y pude ver que en su mano llevaba mi bolso. Él pudo correr, pues disponía de un camino más despejado que el mío. Tuve el impulso de perseguirlo, pero entre tanta gente y vehículos fue imposible dar algunos pasos; sólo me quedó gritar.

—Devuélveme mi bolso ladrón... atrapen a ese ladrón.

Dos muchachos jóvenes salieron corriendo, sin saber detrás de quién debían ir. El ratero aprovechó la confusión y tuvo buena oportunidad de perderse, esquivando o saltando lo que encontrara en el camino. Cuando miré dentro de mi carro, noté que el hombre no había tenido tiempo de recoger lo que yo había sacado antes de mi bolso: vi mi monedero, pero noté con angustia que había tomado mi celular y un manojito de llaves. Sentada en el asiento, me llevé las manos a la cara y me incliné hacia el volante, para hacer un resumen de todo lo que había pasado, y de cuáles eran las cosas más lamentables de la última hora. Pensé en todas las cerraduras que debía cambiar, pues en algún lugar de mi bolso estaba escrita mi dirección; la amenaza de un maleante dirigiéndose a mi hogar logró desesperarme, pero no tenía cómo contactar a Mina para que tomara precauciones. Me sentía impotente, y buscaba en mi cabeza una solución para eliminar el riesgo. Escuché llegar una ambulancia, sin embargo seguí recostada del volante, con los ojos cerrados, tratando de pensar con lucidez, pero me alivió saber que el herido sería atendido.

Alguien tocó la ventanilla de mi carro, la misma que minutos antes había permitido el acceso al

ladrón; levante mi cara asustada, temiendo otra agresión y me topé con la mirada de un señor; me tomó unos segundos entender que se trataba del conductor vecino al que había detallado un rato atrás. Él me sonreía, expresión que me resultaba extraña en el contexto; percibí que agitaba algo en su mano izquierda, y por un momento sentí terror por un nuevo peligro. No me atrevía a mirar lo que intentaba mostrarme, para no perder algún asomo de mala intención en su rostro. Al fin me habló.

—Creo que esto le pertenece.

¡Tenía mi teléfono celular! Fui rápido hasta él, riendo de alegría por el tesoro que estaba recuperando. Prácticamente le arranqué el aparato de las manos, y lo inspeccioné para ver si aún estaba encendido. Intuí que el hombre esperaba algún comentario de mi parte, y cuando lo miré, tenía las cejas levantadas y una ligera sonrisa. Era obvio que se sentía satisfecho por haberme devuelto mi pertenencia.

—¿Cómo hizo para recuperarlo? El ladrón desapareció entre los carros.

—Creo que su cartera estaba abierta, así que cuando comenzó a correr fue dejando algunas cosas en el camino.

Entonces descubrió la mano que tenía escondida detrás, y cuando la levantó agitaba mi llavero haciéndolo sonar como cascabeles. Con desesperación se las quité, y cuando verifiqué que estaban todas, me las llevé al pecho agradeciendo al cielo el haberlas recuperado. Por primera vez en un buen rato, respiré profundo, llenando mis pulmones de oxígeno. Recordé entonces al hombre que esperaba otro comentario por su heroísmo, y busqué el tono más efusivo para agradecerle.

—Mil gracias. Me ha salvado usted de un ataque de pánico. Qué bueno que haya estado allí para recoger mis cosas.

—Habría sido mejor si hubiera logrado hacerle una zancadilla al ladrón para que rodara por el piso.

Reí de su frustrado deseo.

—Supongo que sí. Pero al menos no voy a volverme paranoica cambiando todas las cerraduras de las puertas que abren estas llaves —y las levanté agitándolas como él lo había hecho.

Quedé sin palabras, y fue cuando me detuve a observar que de cerca lucía aun mejor que de lejos. Me hizo gracia pensar que mi pronóstico de hombre bajito y barrigón había fallado. Su nombre era Renato, era delgado, cercano a un metro ochenta de estatura, y con brazos fornidos; en el labio superior mostraba una pequeña cicatriz que en lugar de estropear la expresión, la hacía más interesante. Sonreía de medio lado, como los villanos del cine, pero sus

ojos grises inspiraban mucha confianza. Me puse nerviosa por su penetrante mirada, así que cambié la dirección de la mía, buscando una buena excusa para virar el tono de la conversación. Fue entonces que vi a los paramédicos levantar al hombre del piso en una camilla. Regresé mi atención al caballero amigo, y quise expresarle lo que pensaba sobre el reciente acontecimiento.

—Somos esclavos de nuestras emociones. No terminamos de entender que toda la energía contenida en nuestro cuerpo puede llevarnos a la gloria, y en lugar de ello la utilizamos para destruirnos entre nosotros mismos. Y no me refiero sólo a esos hombres que descargaron su rabia entre amigos, sino a todos esos momentos de la vida que han sido arruinados por otras armas de gran poder. Algunos tienen a mano una navaja, otros se valen de las palabras para crear heridas profundas que no sanan nunca. Y hay quienes se sienten poderosos ante otros más vulnerables, y hacen sentir su fuerza con actos atroces, que desgarran vidas, sueños y hasta el más pequeño brote de esperanza. Así se borra la felicidad de otros, y se empaña inclusive la propia.

Dudé que el extraño entendiera lo que había dicho, y puse mucha atención a su respuesta.

—Pero mientras contemos con la vida, nuestro compromiso con ella es buscar la manera de sanar nuestras heridas, y ayudar a sanar las de otros.

Sanar nuestras heridas: llevaba meses en el intento, pero aún necesitaba cerrar algunos episodios, para que dieran espacio a otros nuevos y más enriquecedores. El hombre estaba en lo cierto: teníamos un compromiso con la vida, y con frecuencia nos olvidamos de él, dejando que nuestros días se escurran como agua en terreno áridos, sin que al menos lamentemos la pérdida. Comprobar la combustión de los sentimientos ajenos, presenciar un acto tan agresivo, y el haberme sentido nuevamente víctima de la maldad humana, me hizo sentir vulnerable. Ésta fue para mí una importante lección que no debía dejar que me abandonara sin que generara una acción determinante.

Mientras Rosaura estaba en la cocina preparando unas arepitas dulces para la merienda, su pequeño hijo de dos años: Ismael, le balbuceaba unas palabras que ella no comprendía. El niño señalaba con insistencia su habitación a la vez que parecía imitar un llanto infantil.

—Nené, nené, ñaaaa, ñaaaa.

Rosaura observaba a su hijo y miraba hacia la puerta del cuarto, tratando de encontrar alguna lógica a lo que le decía. Por pura curiosidad se dejó llevar de la mano de Ismael, quien la guió a su habitación; una vez allí, constató la total normalidad y trató de calmar al niño, pero él seguía inconforme tratando de empujarla hacia la ventana; en un nuevo intento por capturar la atención de su madre se subió a la cama y desde allí señaló al edificio vecino. En el piso de enfrente podían observar a una niña de cuatro o cinco años sentada en un pequeño balcón; llevaba puesto un pantalón corto, y el resto de su cuerpo estaba desnudo; se agitaba su cabello desordenado y lloraba con gran desolación. Una vez Rosaura identificó lo que tanto inquietaba a Ismael, recordó que desde hacía bastante rato había escuchado el llanto de la niña, sin concederle demasiada atención; de momento le preocupó el riesgo que representaba para la pequeña un balcón que sólo contaba con barandas y desde su ventana la llamó.

—Hola bebé, bebé... ¿dónde está tu mamá?

La niña miraba a los lados sin dejar de llorar, intentando ubicar a la persona que le hablaba; Rosaura buscó un pañuelo de color y lo agitó desde la ventana, a la vez que continuaba gritando.

—Niña, mírame, aquí. Soy una amiga. Anda a buscar a tu mamá.

—Está durmiendo —le respondió en medio de sus lamentos.

Rosaura ya casi tenía medio cuerpo afuera, y su hijo seguía de pie sobre la cama para observar ambos lados.

—Anda, despierta a tu mamá—insistía la mujer.

—No se despierta, tiene mucho sueño —repetía la chiquilla, mientras su llanto se iba apagando por el cansancio.

Transcurridos unos minutos, quedó dormida en el suelo, y la preocupada mujer decidió vigilarla hasta que alguien la levantara; sin embargo, luego de hora y media, nadie parecía extrañarla. Resultaba preocupante, no era posible que una niña estuviera fuera de la vista de un adulto por tanto tiempo; el balcón estaba bañado ahora por la luz directa del sol, y a pesar de ello la

pequeña no despertaba.

Rosaura por fin decidió tomar acción: cargó a su hijo y se dirigió al edificio vecino. En la entrada principal encontró a un hombre abriendo la puerta y le narró lo ocurrido

—Ésa es la pequeña Jimena—concluyó él—. ¿Qué le pasará a su mamá?

Subieron al cuarto piso por las escaleras de emergencia y el hombre se dirigió a una puerta cercana al ascensor para hacer sonar el timbre. Nadie respondió, y decidieron insistir hasta lograr una respuesta. Veinte minutos después sintieron un movimiento y luego una voz infantil.

—¿Quién es?—preguntó alguien desde el interior del apartamento.

—Soy yo Jimenita: el señor Pedro, tu vecino del otro piso. Por favor llama a tu mamá y dile que estoy aquí.

—Ella está durmiendo.

—Pero háblale duro o agítala para despertarla.

—No quiere, tiene mucho sueño. No se puede levantar.

Rosaurale explicó que había dicho lo mismo dos horas antes. Era necesario entrar y verificar que su madre estuviera bien.

—Es verdad, no es normal—respondió el señor Pedro—. A esta hora su madre: la señora Laura Marina, siempre está en el trabajo, y suele llevar a la niña con una cuidadora.

Ahora Pedro se dirigió a la niña. Le habló con cariño para que sintiera confianza, y le pidió que se apartara de la puerta.

—¿Ya te alejaste, Jimena? Ponte muy lejos: en la cocina o en el cuarto.

—Ya me quité—informó ella elevando su voz.

Pedro se levantó del piso donde había estado hablando de cuclillas, dio un paso atrás para agarrar impulso, levantó su rodilla a la altura del pecho y abrió la puerta golpeándola con un pie. Ambos buscaron a la niña y la encontraron en uno de los cuartos, agachada al lado de una cama donde su madre yacía boca arriba. Rosaura observó a la mujer, quien sólo parecía disfrutar de un descanso; era hermosa, su cabello largo y ondulado se extendía sobre la almohada y los brazos reposaban a ambos lados del cuerpo. Se impactó por la escena, y enseguida intuyó que había fallecido. El señor Pedro lo confirmó revisando sus signos vitales, y sin emitir sonido alguno, gesticuló con sus labios.

—¡Está muerta!

Ambos quedaron paralizados, la niña seguía agachada al lado de la cama, y miraba a lo lejos a través de la puerta. Rosaura la alzó en brazos, la besó en la frente y le habló.

—Ven Jimena, vamos a la cocina a buscar un poco de agua para ti, que debes estar sedienta.

Le dio de beber y la llevó a la sala, para sentarla en el sofá.

—Ismael, quédate un momento aquí con tu amiguita, que voy a ayudar al señor—le indicó a su hijo.

Luego cerró la puerta del balcón y regresó al cuarto.

Pedro miraba atento a Laura Marina.

—Parece que estaba esperando la muerte.

Rosaura negó con la cabeza.

—Imposible Señor. De saber que iba a morir no habría dejado a su hija sola y semidesnuda en el balcón; habría pensado en quién la cuidaría.

El hombre le indicó que se llevara a los niños, pues él se encargaría del resto. Rosaura se sentó con Jimena en el sofá, le sonrió y peino su cabello con los dedos.

—Te voy a llevar un rato a mi casa con Ismael para que jueguen. También comeremos unas arepitas dulces muy ricas. Luego regresamos para ver a tu mami.

La niña la miró impaciente.

—Quiero leche.

Rosaura buscó su cuarto, la vistió y recogió algunas de sus pertenencias; salió con la pequeña en brazos e Ismael andando a su lado.

Pedro reportó la situación a la policía por si se trataba de un asesinato y para notificar la presencia de la niña. La llegada de los funcionarios llamó la atención de los vecinos, quienes se acumularon en el pasillo para obtener información de lo ocurrido; los que no alcanzaron a subir, aguardaron en el jardín del edificio, esperando el traslado de la difunta.

Ya en su apartamento, Rosaura dio un baño a los chicos, los alimentó, y leyó un cuento para ellos. Su visitante lucía aún asustada, y preguntaba con insistencia por su madre.

—¿Ya mi mami se despertó?

—No sé mi niña. Creo que se siente un poquito mal, y la van a llevar al hospital para que la examinen. De todas maneras están intentando ubicar a algún familiar tuyo para que venga a buscarte y te sientas más tranquila.

—Nadie va a venir—declaró Jimena.

En efecto: anocheció y no hubo quien la reclamara. Rosaura recibió la llamada de un funcionario público, y éste le informó que Laura Marina había muerto de un paro respiratorio; según el médico forense, éste había sido causado por una deficiencia congénita, bajo el estímulo de un cuadro depresivo, estrés excesivo, o una intensa emoción; aunque tales afirmaciones lucían ambiguas, al menos descartaban las hipótesis de asesinato o suicidio que Rosaura y el señor

Pedro se habían planteado.

No encontraron en su casa papeles de identificación, algún recibo de inscripción a colegio, número telefónico de un familiar, o del trabajo de la madre. Los vecinos tampoco sabían sobre la vida de estas dos personas, y durante años se limitaron a saludarse sólo cuando se cruzaban en los pasillos. No vieron entrar visitantes, y mucho menos sabían del padre de Jimena. Esos dos seres parecían estar solos.

—Qué eficiencia la de estos organismos —reclamaba Rosaura con ironía—. No es posible que no puedan dar con el paradero de un familiar... alguien por allí debe andar extrañándolas.

Después de dos meses de espera, una trabajadora social de la unidad para protección a menores, visitó a Rosaura y le informó que en vista de no contar con registros sobre la pequeña, y de no haber recibido solicitud alguna de su custodia, la llevarían a un hogar para niños huérfanos. Rosaura preguntó sobre la posibilidad de adoptar a Jimena, pero le indicaron que tal procedimiento podía tomar hasta tres años; ya había escuchado historias desagradables sobre orfanatos y conocía la lentitud de esos trámites legales, así supuso que si declaraban tres años, en realidad serían seis. Debía encontrar una manera de agilizar el proceso, y mientras pensaba en ello, la niña solía repetir las mismas frases.

—Mi mamá se despertó pero no puede venir a buscarme. Ella quiere que me porte bien contigo porque tú eres buena.

Rosaura no hacía mucho caso a los comentarios de Jimena, y se concentraba en buscar una manera de obtener su custodia. Le atemorizaba la responsabilidad que pretendía asumir, sobre todo porque no contaba con una situación económica desahogada, pero más le angustiaba el futuro de Jimena.

—La vida que yo pueda darle siempre será mejor. Dios me la puso en el camino, y no la voy a dejar.

Jimena seguía a Rosaura a todos los lados del apartamento, observaba los afanes de su cuidadora temporal, quien se dedicaba a lavar y planchar ropa por encargo a una abundante clientela. Tenía en una pequeña habitación las piezas separadas en bolsas grandes, y en un mesón las prendas ya listas, identificadas con los nombres de sus dueños. Jimena se sentaba a mirar, y Rosaura le encomendaba tareas sencillas que ella cumplía con buena disposición.

Habían transcurrido seis semanas desde el fallecimiento de Laura Marina. Rosaura se encontraba planchando cuando Jimena se paró a su lado.

—Mi mami me dice que si me llevas a la casa, ella me dirá un lugar en el que debes buscar.

Rosaura la miró con duda, considerando ya como serias las incoherencias que ella decía. Decidió buscar al señor Pedro para indagar más, y llegaron de nuevo al apartamento; allí observaron que faltaban muchos de los objetos que habían visto el día del suceso.

—¿Y ahora qué vamos a encontrar aquí?... Ya alguien se adelantó — dijo Rosaura.

Pedro se encogió de hombros.

—Deben haber sido ladrones aprovechándose de la situación. Disculpe señora, yo ni siquiera sé qué estamos buscando; usted fue quien me trajo.

—Buscamos «algo» señor Pedro: un indicio.

Jimena tomó de la mano a Rosaura, la llevó a la cocina y señaló una tapa de madera colocada en un rincón al lado de la estufa; la mujer la levantó y sólo había allí unos periódicos viejos; los retiró todos y al no encontrar objetos de su interés volvió a cerrar.

—No cierres, allí está —reiteró la niña.

Abrió de nuevo, puso de lado todos los diarios y tocó el fondo para verificar si había un compartimiento oculto. En efecto, sonaba hueco; forzó la madera con un destornillador que encontró debajo del fregadero, y apareció una caja llena de papeles y otros objetos.

Rosaura tomó todo, y lo colocó dentro de una caja.

—Debemos encontrar alguna pista que ayude a esta niña —insistió.

—Caramba Señora Rosaura —replicó el señor Pedro—, la verdad es que ahorita yo no me la puedo dar de detective. Mi esposa se va a poner desconfiada. Si cuando le dije que venía con usted, me preguntó que por qué me tenía que meter tanto en esto. Además, entramos aquí como ladrones, alguien podría pensar que nos llevamos todo lo que falta. Mejor siga usted. Esa muerta no era mía, y a la niña le tengo cariño, pero no me puedo responsabilizar por ella. Bastante tengo con mis cuatro muchachos.

Rosaura notaba el tono apenado del hombre, y comprendió su argumento. Aceptó entonces que la tarea era sólo suya.

—No se preocupe entonces. Ya me las arreglaré. Pero por favor no diga a más nadie que estuvimos aquí, ni comente a su esposa lo que encontramos.

—Mi boca no se abrirá para hablar de eso.

Luego el hombre recapacitó un poco.

—No crea que no me importa la muchachita, me da lástima, y sé que a usted le cayó de pronto esa responsabilidad, pero es que mi situación matrimonial está un poco revuelta.

—Está bien, pero acompáñeme unos minutos para ver qué más puedo encontrar.

Registró unas gavetas en la despensa del comedor, y sólo encontró papeles sin importancia,

lápices despuntados, algunos clips y otra variedad de objetos inútiles. Dio una mirada a los objetos de la vitrina y pudo conocer el gusto por adornos artesanales, piedras semipreciosas y vasijas utilitarias de gres. El resto de la vivienda carecía de lujos, pero no sugería falta de dinero, sino un estilo decorativo que ponía en relieve la creatividad y la sensibilidad de su dueña.

Las gavetas de su mesa de noche contenían un grupo de fotografías, que Rosaura guardó sin detallar. Había también medicamentos para dolencias convencionales: dolor de cabeza, resfriado común y vitaminas; no delataban la existencia de alguna enfermedad. Su curiosidad la llevó a revisar el gabinete del baño, pero sólo halló artículos de cuidado personal y productos de maquillaje.

—Parece que era una mujer sana y sencilla.

Después de escuchar sus propias palabras, pensó que era una conclusión muy superficial para una mujer llena de misterios. Estaba en el cuarto secundario cuando apareció Pedro.

—Vamos señora, que puede venir alguien y pensar que estamos robando.

Eso no le preocupaba a Rosaura, sin embargo accedió y cuando estaba a punto de salir observó un pequeño rosario con cuentas de madera colgado en un clavo sobre la pared, y con él, una llave que pendía de un cordón. Tomó ambos objetos y salió.

—Ya regresaré con una mejor excusa para buscar.

Rosaura llegó a su apartamento, acostó a los niños en la cama de Ismael y tomó un baño con agua fría. Colocó en su cama todos los objetos que había recolectado, y los observó por un rato; estaba tensa ante aquellas pertenencias que iba a analizar con afán de detective, tal como dijo Pedro.

Primero observó las fotos; eran cuatro en total. La primera mostraba a la madre feliz con su hija recién nacida. Detalló el rostro de la mujer en vida, y le pareció más hermosa que en su lecho de muerte.

—No cabe duda, Jimena era una niña deseada —pensó en voz alta.

En otra foto aparecía Laura Marina abrazada con un hombre mucho mayor que ella, bien podría haber sido su padre, pero la manera en que se aproximaban descartaba esta hipótesis.

—Tal vez un amigo... ¿un amigo íntimo? —pensó.

La tercera mostraba la fachada de una gran casa, con un jardín de césped muy verde. Estaba cercada con una reja metálica adornada con arabescos, que se elevaba por detrás de cinco palmeras sembradas en la acera. Podía observarse parte de un patio lateral desde el que asomaban algunos árboles. La plácida y hermosa apariencia era reforzada con el nombre que lucía en el portal de entrada.

«La Estancia del Señor»

—¿De quién podrá ser esta casa tan lujosa? —murmuró.

La última foto era la de Jimena cerca del año de edad. Tenía un bellissimo vestido de fiesta rosado, zapatos blancos y un sombrero con flores alrededor de la copa. Llevaba colgada la cadena con la medalla de la virgen, la misma que había encontrado dentro de una pequeña caja junto a las demás pertenencias. Tenía una sonrisa expresiva, como si le hubiesen hecho una morisqueta muy graciosa. Una mano la sostenía del brazo: era la de una mujer pues mostraba una pulsera de pequeñas cuentas azules.

En el sobre encontró la partida de nacimiento de Jimena. Era hija natural de Laura Marina Rodríguez Monarca. Nacionalidad venezolana.

—Pudiéramos hasta ser primas, tenemos el mismo apellido, aunque el segundo la hace parecer de la realeza, pero la vida que deja ver no dice lo mismo.

El documento no revelaba el nombre de su padre, es decir que Laura Marina presentó a su hija sola. Halló el contrato de alquiler del apartamento, con fecha cercana para su vencimiento.

—¡Qué broma! A la niña no le quedó ni un techo.

Hojeó los demás papeles pero no había nada que luciera relevante. Después de analizar y sacar conclusiones, entregó a las autoridades los documentos que consideró pertinentes para ubicar familiares de la niña; guardó copias y los objetos personales para entregárselos cuando ellos aparecieran.

Pasó un año y la situación de la niña no había progresado. La trabajadora social hablaba más o menos cada dos semanas con Rosaura para reiterarle que hacía lo posible por ayudarla. Contaba con la partida de nacimiento que ella le había facilitado, y dada la coincidencia de apellidos, tomaron como alegato principal que Rosaura era familia de la pequeña.

—Rosaura: le prometo no abandonar el caso. Si no la llamo, no crea que me desentendí del asunto; los trámites avanzan muy lento, pero tenga fe en que vamos a encontrar la solución.

—Yo sé que Laura Marina nos va a ayudar —respondió con ánimo.

Nueve meses más tarde la trabajadora llamó por teléfono.

—Te tengo noticias.

Rosaura no estaba segura de querer escucharlas. Tenía ya cerca de dos años cuidando a la niña, y ya los tres se habían compenetrado a profundidad. Pensar en verla partir era una posibilidad que cada vez se hacía más dolorosa.

—Dime lo que sea, rápido y sin rodeos.

La trabajadora no quiso dar más espacio a la incertidumbre.

—Te concedieron el derecho a adopción. Jimena será ahora tu hija. ¡Tuvimos suerte!

Rosaura brincaba de felicidad, abrazaba a sus dos hijos, y ellos saltaban también compartiendo su alegría.

—Mi hija... es mi hija. Ismael: Jimena ya es tu hermanita, se queda con nosotros para siempre.

Al otro lado de la línea, la mujer reía de manera franca.

—Rosaura, tuvimos suerte, el juez es buen amigo de mi papá y le debía un favor; nos ayudó mucho. Este procedimiento hubiera podido llevar mucho más tiempo.

—¡Gracias, gracias! Le agradeceré hasta el infinito lo que ha hecho por nosotros. Le juro que le daré una vida digna a esta niña, es mi compromiso con usted, con ella, y con su madre que la colocó en mis brazos.

—No Rosaura, no conmigo. Yo sé que usted será una excelente madre para ella.

Rosaura colgó para dar detalles a los niños de la noticia. Jimena, ya cerca de cumplir siete años, parecía comprender todo lo que sucedía.

—Ahora tengo dos mamás. Mi mamá en el cielo y mamá Rosaura. Ella nos ayudó para que me quedara aquí contigo.

—¿Cómo lo sabes... la viste?

—Ella me lo dijo. Mi mami en el cielo también está contenta.

Rosaura habló al aire, en todas las direcciones.

—Cuidaré a tu hija tanto como cuido a Ismael. Te lo prometo Laura Marina, la haré muy feliz.

Rosaura llevó adelante a su pequeña familia con esmero, sin mostrar preferencia alguna entre un hijo y el otro. Se ocupó en conocer bien a la pequeña, averiguando sus gustos, temores, habilidades, y hasta intuía cómo había sido su vida anterior, buscando continuidad en las rutinas. Le preguntaba sobre su madre fallecida y lo registraba en un cuaderno, pues no permitiría que ella desapareciese en su memoria; luego se lo repetía una y otra vez para que no lo olvidara. Cada vez que Rosaura le recordaba a Jimena algún rasgo de su madre, ella respondía lo mismo.

—Eso lo sé, siempre hablo con ella.

Rosaura aceptó que la niña mantenía contacto con la difunta, y entre todo se sintió aliviada por no cargar ella sola con tal responsabilidad, sin embargo este enlace madre e hija fue diluyéndose con el tiempo, y la imagen de Laura Marina perdió fuerza en la mente de Jimena; en cambio la pequeña desarrolló una gran habilidad para recibir información sobre otras personas, anticipando algunos hechos de las vidas ajenas. Cuando estaba un poco mayor, ayudaba a otros en la toma de decisiones, recomendaba evitar ciertas situaciones peligrosas, y ofrecía consuelo a los deprimidos, asegurándoles que pronto encontrarían aliento. No era normal que una niña fuese consultada por adultos sobre asuntos serios de la vida, pero menos común era escucharla ofreciendo consejos y empleando palabras que ni siquiera ella conocía a profundidad.

—Jimena, no debes afanarte tanto por los líos de otros —recomendaba Rosaura con preocupación—, eres apenas una niña, y tienes que vivir los problemas del mundo de acuerdo a tu edad.

La pequeña escuchaba con atención.

—¿Pero cómo hago mamá? Las palabras me llegan a la mente, y si no las digo, siento que me golpean el cerebro y me hacen doler la cabeza. Las tengo que sacar —explicaba sin ánimos de llevar la contraria.

Su madre le aconsejó entonces escribirlas en su cuaderno, para que pudiera desahogarse, y luego las dejara reposar allí. Si se trataba de algo importante, entre las dos se lo harían saber a la persona indicada, pues una niña no debía involucrarse en conflictos de amor, de negocios o de familias que nada tenían que ver con ella; pero Jimena mantenía en su mente los enredos de extraños. Aunque su habilidad llegó a parecerle muy natural, podía percibir con inquietud que

ella era distinta a las otras niñas de su edad.

Cuando Jimena arribaba a la adolescencia, leyó el artículo de una revista, que capturó su atención.

Vida y Sortilegio.

«Si el título de este artículo atrajo tu atención, tal vez se deba a que posees alguna habilidad asociada con las artes mágicas. Tal vez te han llamado «hechicera» o «vidente» sin saber qué relación presentas con estos términos, pero lo cierto es que tú puedes presentar alguna de las manifestaciones de estas artes, conocidas también como «mancias», y debes sentirte privilegiada por contar con ese don. Una de las más conocidas, es la que popularmente se conoce como «cartomancia», o habilidad de adivinar a través de las cartas; otras personas se expresan a través de la «quiromancia», interpretando mensajes escritos en la palma de las manos, o la «cafemancia», a través de la cual la persona realiza una lectura del pocillo del café u otra infusión. Sin embargo, hay quienes no precisan de alguno de estos vínculos, sino que reciben claros mensajes en su mente, demostrando un don más poderoso...»

El artículo se extendía con otros tipos de manifestaciones, y cuando Jimena lo leyó se sintió reconfortada, pues comprendió enseguida que sus dones adivinatorios no eran únicos en el mundo; había un gran número de personas con otros similares que llevaban sus vidas adelante sin considerarse fenómenos. Rosaura por su parte la apoyó en su alegría.

—Yo te lo dije *mija*, que tu don te hace especial, no una extraterrestre.

—Sé que lo hiciste, pero tú serías capaz de decirme lo que fuese sólo para hacerme sentir bien.

A Rosaura también le tranquilizó ver que las habilidades de su hija estaban documentadas en un sentido más científico, y no en un entorno de hechicería como muchos lo comentaban, inclusive las mismas personas que habían recibido ayuda de Jimena a través de sus ingenuos consejos. Por ello ambas decidieron mantener discreción y Jimena sólo hablaría de sus habilidades con su madre y su amiga Brenda.

Brenda y Jimena se conocían desde niñas, pues eran vecinas del vecindario, y con el tiempo desarrollaron gran afinidad; cuando Jimena le reveló su don, temía que Brenda la rechazara o se burlara, pero en lugar de ello se encontró con una aliada y confidente, que en muchas ocasiones también le sirvió de consuelo. Ya cuando las destrezas extrasensoriales de Jimena eran más conocidas en la comunidad, Brenda asumió el papel de defensora, enfrentando a los niños burlones, que la trataban de manera despectiva y la apodaban «la bruja adolescente». Fueron tiempos difíciles, hasta que la muchacha aprendió a ignorar los malos tratos. Con el tiempo, los mismos agresores iban en busca de auxilio para resolver algunos de sus apuros

existenciales, y ella se los dispensaba sin resentimientos.

—No deberías ni hablarles; después de lo mucho que te fastidiaron; yo les mentiría para que todo les saliera al revés—reclamaba Brenda.

—Eso no es necesario; me debilitaría con las malas energías del rencor y de la venganza. Mis dones deben hacerme mejorar, y ayudar a los demás, sino: ¿para qué los quiero?

Brenda escuchaba en silencio como si estuviera recibiendo un sermón.

—Jimena, cuando me hablas así me siento como una cucaracha.

Su amiga se reía, pues lo menos que deseaba era menospreciar a su confidente, quien a su vez era casi su guardaespaldas.

—No seas tonta. ¿Cómo dices eso? Tú, que eres un pan de Dios. Además no creo que lo digas en serio.

—Pues no estoy tan segura. Pero de que son unos odiosos lo son, y no creo que merezcan tanto esa abnegación tuya.

—¿Cuál abnegación? Tampoco es que me estoy postrando a sus pies. Ellos tienen sus manchitas negras en su acta de comportamiento, y todavía no se las he borrado del todo, pero ellos mismos me han mostrado estar arrepentidos, y eso tiene un gran valor.

Jimena y Brenda solían pasar juntas algunas noches de fines de semana. Aprovechaban la complicidad de la noche para compartir confidencias y chismes, entre lágrimas y risas acalladas por las almohadas. Las horas de la madrugada también eran propicias para que Jimena leyera sus gastadas cartas de adivinación, tratando de obtener respuestas a las típicas inquietudes de su amiga.

—Te veo metida en un negocio con mucha sangre —reveló en uno de sus encuentros.

—Qué cosa tan rara. No me asustes, que le tengo terror a la sangre, de solo verla me desmayo.

—Te acostumbrarás.

—O sea, que voy a tener un negocio sanguinario, y encima me voy a acostumbrar. Tal vez me case con un mafioso, y me haga la ciega para disfrutar sin remordimientos el ser millonaria—bromeó Brenda.

—No creo que llegue a tanto—aclaraba Jimena—. Veo a un hombre que te quiere y te protege, y a ti te veo feliz; pero de todas maneras no va a terminar bien. Pero quédate tranquila, que encontrarás de nuevo tu ruta.

—Eso parece un acertijo. Cuando empiezas a delirar prefiero que no me digas nada.

—No estoy delirando, sólo que no puedo medir la distancia entre los acontecimientos: puede que estén juntos el uno del otro, o que transcurran años para que sucedan.

—Pero dame noticias más cercanas entonces.

Jimena observó el reloj y la complació.

—Te puedo decir con absoluta certeza que mañana no podrás levantarte antes de mediodía, así que duérmete ya y no pienses tanto en lo que pasará.

Rosiris, la madre de Brenda, era la propietaria de un salón de belleza instalado en la sala de su casa. La niña se crió con el olor de los tintes, cremas desrizadoras, pinturas de uñas, y los enormes envases de champú comprados en tiendas mayoristas. La tradicional decoración doméstica de su residencia, sufría una drástica transformación al cruzar el «umbral de la belleza»: había espejos altos con bordes biselados frente a butacas de cuero negro, numerosas lámparas de luz blanca en el cielo raso para facilitar el maquillaje, delicados mesones de madera en los que se acomodaban los instrumentos de trabajo, mesitas abarrotadas con frasquitos de esmaltes, y tres grandes secadores tipo esferas, que lucían como pequeñas naves espaciales esperando por cabezas con pinzas y tubos rizadores. Además, dos cestas llenas de revistas y los afiches de bellísimas mujeres en las paredes, ofrecían a las clientas la fantasía de cabelleras perfectas. Cada objeto ocupaba su justa posición dentro de escasos quince metros cuadrados, con la finalidad de consentir a las damas que irían por un poco de ilusión y alegría. Para Brenda, ése era el mejor lugar del mundo.

Dentro del salón, Rosiris tenía algunas reglas inquebrantables para los visitantes y empleados, que protegían el adecuado desarrollo de las niñas; éstas prohibían las malas palabras, los comentarios sexuales delante de las menores, y la contratación de personal masculino, así eliminaba la posibilidad de ingreso a un homosexual. No obstante tuvo contratado a un transformista por más de tres años, con la plena convicción de que se trataba de una mujer, y sólo se enteró de su error gracias a una discusión pasional, en la que el ofendido novio de la «empleada» decidió vengarse de una infidelidad gritando desde la puerta del local y a toda voz, que Estefanía en realidad se llamaba Esteban, y que antes era un respetado profesor en una escuela de señoritas. Jimena y Brenda miraban atónitas por la ventana al hombre de voz modificada y pelo teñido, que amenazaba con arrancarle las tetas a su novia, o mejor dicho: los sostenes rellenos con trazo y algodón. Esteban salió en medio de la humillación para no regresar nunca más, y algunas de las clientas hicieron lo mismo, horrorizadas y asqueadas pues habían contado a Estefanía detalles íntimos de su vida. A Rosiris le quedó la difícil tarea de hablarles a las niñas, sobre hombres que no son felices siéndolo, y de explicarles cómo el estilista había logrado mantener su pene clandestino durante tanto tiempo. El evento logró dar

publicidad al negocio, y comenzaron a llegar clientas nuevas, con la esperanza de ver a la particular empleada; aunque se iban decepcionadas por no lograr su objetivo, salían satisfechas con el servicio del salón, y con un improvisado cupón de descuento para que regresaran.

Rosiris era una mujer muy delgada, de lindo cuerpo, cutis excepcional, y un hermoso cabello ondulado que no necesitaba muchos trucos estilistas; las peluqueras morían por tenerlo en sus manos para practicar nuevos peinados y técnicas, por ello no era raro verla a pleno día de semana con elaborados moños o trenzas, que enseguida las clientas querían copiar. Su hija Brenda había heredado su rostro impecable, pero no así su cuerpo, el cual se asemejaba al del padre, quien era más bien regordete y de escaso trasero. Brenda había batallado siempre con su gordura, pero era su mamá la que más se mortificaba, por ello la mantenía controlada y bajo regímenes alimenticios, que dejaban de ser estrictos apenas Brenda escapaba de su mirada; habían probado numerosos planes para bajar de peso, diseñados para niños y luego adolescentes, pero la fuerza de voluntad de la chica era intermitente, y bien podía pasar hambre durante tres días, y al cuarto comerse media torta de chocolate. En algunas etapas llegó a hacer largos sacrificios que facilitaron la pérdida de peso, e inclusive mantenerse por meses, pero sus deseos descontrolados de comer lograban apoderarse de ella, tirando por la borda su esfuerzo anterior.

Todas las personas consideraban a Brenda una «gordita encantadora», y por ser tan agradable muchos opinaban que una mejora en su aspecto físico reforzaría su bella personalidad. Así lo manifestó una asidua clienta.

—Rosiris, no te comprendo: si tanto te preocupa la apariencia personal a tal punto de hacer de ella un negocio... ¿por qué no te encargaste de controlar más el peso de tu hija?

La atractiva dueña le respondió de manera muy calmada y sin dejar de sonreír.

—Llevo mucho tiempo luchando con la gordura de Brenda, pero no puedo presionarla en extremo por no ser delgada. Quiero resaltar en ella otras cualidades también importantes. Es una niña encantadora, alegre, inteligente y aplicada en sus estudios; me esmero en hacerle saber que esos atributos la hacen muy valiosa para mí y para su papá. Le hago comprender que ésta es mi profesión, y que la disfruto una enormidad, pero el afán de embellecimiento no es un reflejo de los valores que me gobiernan.

La mujer interrumpió preocupada por el efecto de su pregunta.

—Disculpa por favor, mi intención no fue hacerte ver como una descuidada.

—No te preocupes, sé que es así y no me has ofendido. Tengo claro que mi trabajo exalta la belleza externa, pero también sé que ella debe enlazarse con la del espíritu y la mente; es un

trío que necesita permanecer en armonía. Aquí no podemos maquillar los sentimientos o la esencia de las mujeres, no podemos hacer tratamientos humectantes en los corazones áridos, ni alimentamos el intelecto con conocimientos profundos, pero sí ayudamos a mejorar nuestra fachada con unas estratégicas «pinceladas», y a liberar altas dosis de estrés. Eso sin duda tiene un efecto positivo en el resto de nuestro desempeño.

La clienta continuó escuchando sin hacer comentarios, analizando el significado de las palabras. Otras mujeres del salón habían callado para escuchar.

—No importa si las mujeres somos flacas, gordas, altas, muy hermosas o menos distinguidas, lo que me satisface es que cada una de ustedes sale de aquí sintiéndose apreciada, más linda y segura de sí misma: ésa es mi meta diaria. Pero en casa mi rol es más profundo, y para eso cuento con mucho más que tijeras y maquillaje en una sesión de media hora; me interesa que Brenda nos vea como sus guías y no como sus celadores, así le ofrecemos nuestras manos y tratamos de continuar unidos en el trayecto. Hago lo mejor que puedo, pero seguro puedo hacer más de lo que hago, y en eso consiste mi promesa de ser mejor.

Rosiris había logrado manejar con precaución el sobrepeso de Brenda, y había sido aconsejada por un psicólogo para impedir que este tema abarcara demasiado espacio entre ella y su hija. Por su lado, Brenda no le prestaba tanta importancia a las notables diferencias de contextura, y lejos de ver a su mamá como una rival, sentía gran apego hacia ella; le demostró su lealtad cuando Rosiris se separó de su esposo, cuando se establecieron un nuevo hogar, y al abrir una nueva peluquería, sacrificando espacio de la casa para cedérselo al negocio que una vez más se imponía en la sala.

A pesar del cambio de vecindario, la amistad de Jimena y Brenda se mantuvo con la firmeza de un pacto sagrado, y se fortaleció a través de los años, aun cuando la juventud fue adquiriendo las complicaciones de la madurez, y las oportunidades de pasar tiempo juntas se distanciaban. Se cumplió el pronóstico que Jimena había dado años atrás: Brenda cambió el aroma de los químicos embellecedores, por el de las carnes crudas, y los sofisticados mostradores por sangrientas tablas de cortar carne. Se había enamorado de un joven carnicero, quién ofrecía, además de amor ilimitado, el respaldo de su oficio. Ante la total sorpresa de sus padres, Brenda se casó con el pretendiente, y la fiesta de bodas se efectuó en la modesta casa del novio; allí sobraron las felicitaciones, el vino, y carne preparada de diversas maneras. Cuando Rosiris vio a su hija comer sin control en plena boda, comprendió que hasta allí había llegado su misión.

Brenda lucía feliz en su unión; el complaciente esposo la colmaba de atenciones, y aunque el trabajo en la carnicería lo mantenía muchas horas lejos del hogar, ella aprovechaba su ausencia

para dedicar tiempo sus estudios, hasta que se presentó un déficit de personal en el negocio, que la llevó a incorporarse como trabajadora: aprendió a hacer cortes de carne con la misma facilidad con que hacía cortes de cabello, se esmeraba atendiendo a los compradores y aprendió la dinámica del trabajo con la diligencia de un experto. De forma progresiva la joven pareja fue aumentando su clientela hasta tener un negocio sólido y una buena reserva en el banco. Los pronósticos de crecimiento eran favorables, pero ocurrió un inesperado revés: durante su trabajo, el marido de Brenda resbaló, y al caer pegó su cabeza contra el filo de una lámina de hierro y murió. En medio de su depresión, Brenda decidió mantener el local funcionando, pero poco más tarde Rosiris enfermó, quedando la peluquería sin dirección. Ante la disyuntiva de dirigir ambos negocios, decidió regresar a su antiguo ambiente y vender la carnicería.

—Por qué no me advertiste que moriría mi marido —le reclamó una vez a Jimena.

—Eso no habría servido de nada, sólo te habría llenado de zozobra. Mejor era que disfrutaras los buenos minutos —se disculpó.

—¿O sea que siempre lo supiste?

— No con exactitud, pero igual sabía que lo superarías. Eres muy fuerte amiga, y nada te detiene.

Las vidas de Brenda y Jimena habían cambiado, pero su amistad era indisoluble. La primera llevaba adelante el negocio de su madre, ahora en su total ausencia, manteniendo sus métodos y reglas originales; la otra se había mudado sola a un pequeño apartamento que decoró a su antojo, para convertirlo en un centro de soluciones espirituales. Su fama ya se había hecho bastante sólida como para hacer de su don una adecuada manera de generar ingresos, y se convirtió en el soporte de numerosas personas que acudieron a diario para buscar respuestas a los más intrincados conflictos.

Jimena se convirtió en una mujer de gran fuerza física y mental, que aceptó con gallardía los dones que había recibido y decidió emplearlos sin reservas en beneficio de otros. Puso empeño en documentarse mejor para su profesión, incluyendo el acercamiento a otras personas con habilidades adivinatorias; de ellas aprendió nuevas técnicas, las mezcló con sus descubrimientos y desarrolló un estilo muy propio, imposible de definir y mucho menos imitar. Se dedicaba a la lectura de cartas, a la interpretación de mensajes extrasensoriales, y a la activación energética de sus clientes a través de masajes en puntos específicos del cuerpo: pies, manos, vientre, cuello o donde los espíritus se lo indicaran durante las sesiones. No disponía de procedimientos específicos, sino que se dejaba llevar por una percepción especial, la cual se manifestaba a través de sus instrumentos de trabajo, de imágenes abordando su mente, sensaciones o palabras que surgían de forma involuntaria. La cercanía con cada persona producía en ella emociones diversas que ya identificaba con facilidad: si se sentía alegre, sabía que las cartas anunciarían buenas nuevas, si se angustiaba, advertía a las personas sobre posibles decisiones equívocas, peligros o maldad ajena. Si percibía paz, sabía que a su cliente lo rondaba un espíritu cercano con la intención de protegerlo, pero en ocasiones estos seres invisibles se encontraban inquietos por los percances de sus parientes vivos, provocándole escalofríos, calorones o picazón en la piel. Jimena consideraba que con su trabajo llevaba adelante una labor social, pues tenía conciencia de la notable mejora que sus consejos y recetas aportaban a los asiduos visitantes. Sin embargo, su mayor reto era lograr que los muertos pudieran conectarse con los vivos a través de su propio cuerpo, es decir: actuando ella como un médium; y aunque esto no lo había logrado, seguía intentándolo de manera recurrente.

Su trabajo se anunciaba en la puerta exterior con un pintoresco cartel, y a través de éste llegó a su consultorio Joseph, un distinguido señor inglés cercano a los cincuenta y cinco años, quien acudió allí con la esperanza de encontrar un pequeño destello del amor compartido con su esposa por cinco años, a quien había conocido cuando pensaba que las puertas del romance se habían cerrado definitivamente; con el resurgimiento de las ilusiones, Joseph se volcó a la tarea de amar a esa mujer hasta que un virus mortal la separó de su lado. A once meses de haber enviudado, la esposa fallecida seguía ocupando su mente, y la tristeza casi no daba espacio para otras emociones; en cada lugar buscaba una señal que manifestara la presencia de su amada, o que al menos aliviara el dolor intenso, ya convertido en parte de él.

Joseph era alto, de rostro colorado y cabello rubio mezclado con canas; sus ojos azules le endulzaban la expresión del rostro a pesar del desconsuelo. Su vestimenta habitual dejaba entrever su carácter sobrio y el apego a las rutinas: usaba camisas blancas, que apenas dibujaban finas líneas de tonos sobrios, pantalones oscuros de corte clásico confeccionados a la medida y zapatos bien lustrados. En una oportunidad caminaba sin rumbo y sintió un agotamiento repentino que lo obligó a detenerse y sentarse en un brocal. Mientras permanecía allí no pudo evitar leer la leyenda del pintoresco anuncio, elaborado con ligeras pinceladas en rojo y verde.

«Sesiones de espiritismo, cartomancia, mensajes extrasensoriales».

Aunque siempre había dudado sobre la existencia de los espíritus, y la vida después de la vida, pensó que no había llegado allí por casualidad, y que tal vez su amada lo había guiado; sin pensarlo más, decidió entrar a explorar un poco aquel desconocido mundo, o al menos, lo que rezaba ese cartel. Nunca había tenido en su vida contacto alguno con esas llamadas experiencias «extrasensoriales», y aunque no se hallaba en la búsqueda de tales servicios, fue sorprendido por su propio atrevimiento.

Joseph recorrió el pasillo, subió a la sala de consultas y se encontró con la dama de carácter afable y vestimenta estafalaria que le dio la bienvenida y lo invitó a entrar, empleando un tono de voz con efectos hipnóticos para él. Mientras esperaba, observó a Jimena recorrer la sala: colocó una música con sonidos de campanillas que parecían caer en cascadas, encendió más velas, y ajustó las cortinas eliminando la luz que se filtraba por la abertura central. Joseph la seguía con la mirada, detallando su apariencia con curiosidad: tenía rostro anguloso y armónico, ojos profundos y oscuros delineados en negro, llevaba hilos dorados atados en su cabello rojizo y ondulado, que mostraban sutiles destellos ante las luces de los cirios; las abundantes telas de su vestido creaban suaves murmullos que se combinaban con el sonido metálico del collar. Joseph la contemplaba embelesado, estudiaba sus ademanes y sus labios para comprender mejor las palabras que intentaban perderse en la habitación.

Jimena se sintió exaltada ante la elegancia de Joseph, poco usual entre sus visitantes, y haciendo un gran esfuerzo por parecer indiferente, lo recibió con la misma solemnidad empleada para sus nuevos clientes. Luego de adecuar el ambiente a las energías del extraño, se sentó junto a él en el centro de la habitación, y le pidió colocar sus manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo. Al escuchar la historia de Joseph y admirar la candidez con que lloraba, Jimena quedó conmovida al punto de casi abandonar su rol profesional, y arrodillarse junto a él para consolar su llanto. Sin embargo se mantuvo rígida, y en consuelo le ofreció la posibilidad de traerle a su

esposa por un lapso breve para que le dijera lo que antes no se había dignado a declararle. Se concentró en lograr por una vez en su vida la materialización de un espíritu a través de su cuerpo, y tal fue el esfuerzo que se sintió sorprendida por un calor agobiante que le subía desde los pies, hasta detenerse en el pecho, mientras ella apretaba sus ojos para que no se escapara esfuerzo alguno de la difunta por incorporarse a su ser. Después de unos minutos de intenso trance, y mientras Joseph observaba perplejo pero curioso los desvaríos de la espiritista, Jimena abrió de golpe los ojos, y sin apartar la vista de Joseph se le acercó, lo rodeó con sus brazos, y le plantó un beso tan contundente, que el hombre no se atrevió a dudar que fuera su esposa. Entre luces tenues y aroma de incienso, Joseph y Jimena rodaron en las alfombras polvorientas, mientras se ayudaban con ansias para despojarse de toda su ropa, en un sexo apurado pero enérgico, en el que debían aprovechar al máximo el tiempo de la difunta en la tierra de los vivos. Las palabras acaloradas del hombre no parecían tener correspondencia con su apariencia sobria y con el pulcro lenguaje empleado en su presentación; sus manos habían perdido el temblor para convertirse en extraordinarios instrumentos de exploración, que parecían conocer cada palmo del cuerpo de su compañera, fuera ésta quien fuera, viva o muerta, hasta hacerle llegar al placer más allá de cualquier experiencia que Jimena hubiera experimentado en su vida.

Después del apasionado encuentro, y luego de permanecer inmóviles y silenciosos entre desgastados cojines de satén, Jimena se levantó callada y desapareció unos minutos en la habitación contigua, para reaparecer vestida y arreglada, ante los ojos desconcertados de su cliente quien trataba de descubrir si su esposa Silvana permanecía aún allí, o si era la recién conocida espiritista, querecuperaba su cuerpo. Joseph tomó su ropa, avergonzado ante su propia desnudez, y se escondió tras una cortina que deslizaba de un tubo colgado del techo, hacia una esquina de la habitación; se colocó de nuevo su atuendo, recobrando el aire de hombre clásico y la sobriedad inglesa. Cuando salió, Jimena estaba junto a su mesa de sesiones, con una forzada apariencia de normalidad, imposible de ubicar en aquel escenario, donde la mezcla de olores corporales no había desaparecido.

—Espero que haya quedado satisfecho. Pocas veces los espíritus logran un encuentro tan carnal —le comentó Jimena con voz monótona.

Joseph no tuvo palabras para responderle, pues su propio desconcierto le impedía entender que aquella señora era la misma que había prestado su cuerpo en el acto sexual más arrebatador de toda su vida. Le pareció insultante preguntar si debía cancelar la consulta, y Jimena consideró que cobrarle la habría convertido de espiritista en prostituta, por lo que abrió la puerta de su

local y Joseph salió sin poder decir nada. Justo antes de alcanzar la calle, Jimena se asomó desde su puerta para recordarle los horarios de consulta.

Durante trece semanas Joseph acudió a nuevas sesiones para reunirse con su esposa. Los encuentros contaron siempre con total efectividad; se habían hecho cada vez más delicados y menos apresurados, pues, según explicaba la propia Jimena, su difunta esposa ya conocía el camino de la tierra de los muertos a la de los vivos. El momento se prestaba más para la pasión y la complacencia mutua, sin embargo, ella aclaraba que debían respetar los horarios de consulta, pues de otra manera la sesión perdería su carácter de absoluto profesionalismo. Ahora disponía de tiempo para preparar el ambiente entre luces, aromas naturales y música de transportación, como llamaba a sus melodías de meditación. Mientras tanto Joseph se acomodaba para presentarse ante su esposa luciendo sus mejores camisas, pero sin usar perfumes fuertes, pues podían interferir en el encuentro. En cuanto a sus honorarios profesionales, ella había acordado no cobrar nunca por las consultas, y las consideraba una obra social para mitigar el enorme sufrimiento del viudo.

—No vaya a ser que entre tanta tristeza el pobre hombre atente contra su propia vida o termine sumido en profundas depresiones —declaraba en la soledad.

Joseph optó por hacerle algunos obsequios en señal de agradecimiento por los acercamientos con Silvana, y en cada visita llevaba además una buena dotación de alimentos para la semana. Con la intención de no llamar la atención de los vecinos, sus regalos y víveres los llevaba dentro de cajas de cartón, por lo que todos los vecinos llegaron a pensar que se trataba de un vendedor. Por esa razón lo apodaron «El rubio comerciante».

Jimena imaginaba cómo habría sido la vida de la pareja cuando Silvana vivía, y hasta llegó a celar a la mujer que se personificaba como una experta amante. Lo que Joseph nunca contó a Jimena, fue que su esposa se había vuelto frígida, situación ésta que se mantuvo durante los últimos dos años de convivencia, y que ella trató de compensar con una dedicación absoluta hacia su marido, llena de atenciones y cariños, pero carente de fuego. Joseph aceptó la unión con sus fallas y virtudes, con tal de permanecer a su lado y seguir recibiendo el candor de su compañía. Por otro lado, Jimena nunca le reveló a Joseph que sus capacidades espiritistas no habían logrado ir más allá de la adivinación con cartas, y de un don especial para recibir mensajes o visualizar escenas. Durante días ella había querido averiguar qué pasaría si tan solo obviarán el paso de invocación a Silvana, pues había aceptado de sobra que esa entrega no era de un vivo y una muerta, sino de dos seres con sangre ardiente que se desvivían por compartir sus cuerpos, y que cada vez se conocían mejor para llegar a niveles de placer inigualables. Ella

Llegó a una conclusión:

—No es posible que una muerta venga aquí cada semana a tirar con su ex marido; allá arriba no dan permiso para esas cosas, además, ¡ya la muerte los separó! Se supone que él está disponible para estar con quien quiera, sin que ella ande reclamando derechos. No quiero seguir compartiéndolo. O está con ella o conmigo; y ya me cansé de que la mencione y se lleve todo el mérito, cuando la que está allí sudando, inventando y complaciéndolo soy yo. ¿Cómo es que no se ha dado cuenta todavía? O será que espera seguir toda la vida en este engaño.

Y continuaba con su monólogo.

—A final de cuentas... ¿Quién es el que se está engañando?: ¿él?, pensando en la muerta que resucita cada semana, ¿o yo?, que la uso de excusa para seguir recibiendo a un hombre que durante unas horas semanales mitiga mi soledad.

Jimena había tratado de descubrir si Joseph tenía la misma sensación, pero él sólo mostraba un gran hermetismo que la desconcertaba. Ella soltaba preguntas al aire como: «¿Por qué Silvana no cruzará de una vez el umbral hacia su vida eterna?», o comentarios en apariencia inocentes: «Nunca hubiera imaginado que los espíritus recibieran tantas licencias para visitar la tierra de los vivos». Joseph escuchaba sin dignarse a contestar, pero eso no la detenía, pues su objetivo era indagar sobre el control que Silvana tenía en el corazón de su hombre.

—Alguien me dijo una vez que los espíritus podían cruzar al mundo de los vivos cuando tienen un asunto pendiente por resolver. ¿Te ha manifestado alguna inquietud al respecto? —preguntó preparada para analizar cualquier gesto, pero Joseph ni siquiera se dio por aludido.

Las preguntas de Jimena se hicieron frecuentes, y Joseph nunca mostró intención de dar respuestas, quizá porque no sabía dónde buscarlas, o no deseaba toparse con ellas. Ante esta incertidumbre, Jimena había tomado una gran resolución: le confesaría su amor, y lo instaría a que dejara libre a su difunta mujer para que pudiera alcanzar el descanso definitivo en el gran paraíso blanco donde debía estar, así ella podría encargarse de él aquí en la tierra. Quería ofrecerle su compañía fuera de esas paredes que ya la sofocaban, recorrer juntos un mundo pintoresco y lleno de aire fresco. Ya decidida a darle un ultimátum, Jimena ensayó una y otra vez sus palabras, el tono de voz, las pausas en su discurso, y lo coronaría acercándose a él para mirar el fondo de sus ojos, y emitir una frase categórica.

—Soy yo: Jimena, una mujer que sólo desea amarte.

Luego de hipnotizarlo con su mirada, le tomaría ambas manos para llegar al clímax de su confesión.

—Te ofrezco mi vida para llenar la tuya de momentos felices en un mundo pintoresco que no

podemos desperdiciar.

Enseguida lo besaría, para que descubriera que era ella la portadora de esa gran fogosidad que antes los había unido, y que no necesitaban intermediarios para vivir su gran pasión.

Jimena estaba ansiosa, y no podía esperar a que llegara el momento para encontrarse con su amante. Imaginaba la escena completa, la luz tenue centelleando, el aroma de Joseph impregnando su propio cabello, la textura del rostro recién afeitado... el suave pelo canoso... sus manos temblorosas, el acento inglés en el particular castellano, y esos ojos azules que la mirarían con calidez aceptando que era ella la mujer a quien deseaba.

El corazón le latía anticipándose al momento, pero de igual manera luchaba contra el miedo que intentaba disuadirla.

— ¡Yo sé que me ama... yo sé que me ama... yo lo sé! —repetía con insistencia para alentarse.

Casi llegaba el momento, faltaba un minuto para que el reloj anunciara la hora que se había fijado desde el segundo encuentro: cuatro de la tarde del día jueves. Miraba hacia la puerta imaginando a su caballero subiendo las escaleras, disponiéndose a tocar. Su puntualidad era exacta, sabía que si abría en ese momento Joseph estaría allí de pie. Giró el picaporte, y cuando abrió no había nadie. La volvió a cerrar sin moverse de su sitio, se cubrió los ojos con las manos para mejorar la agudeza auditiva y escuchar su llegada. Pero sólo percibía el sonido del viejo ventilador ronroneando en un rincón.

Pasados ya cinco minutos en la misma postura: apoyada su frente en la puerta y sujetando el picaporte con ambas manos, Jimena comprendió preocupada que lo que sucedía era anormal. Retrocedió sin quitar la mirada de la entrada hasta toparse con una silla; siguieron pasando los minutos, y su extrañeza se transformaba en verdadera angustia. Media hora después se encontraba llorando con desesperación, pues ya sabía que Joseph no volvería. Tendida sobre los cojines, derramó lágrimas por horas. La sensación de abandono ya le desgarraba el corazón, y le acompañaba una enorme tristeza que parecía imposible de soportar.

Varias horas más tarde, cuando ya se había quedado sin lágrimas y aceptó que su llanto no la ayudaría, decidió consultar las cartas en búsqueda de algún alivio, una esperanza, al menos una explicación. Para enorme sorpresa, no pudo obtener información que la alentara. Estaba bloqueada, los mensajes no fluían, las cartas no hablaban, las tomaba una y otra vez, para disponerlas en su mesa donde había consultado a miles de personas, pero no obtuvo algo claro o coherente. Cuando ya casi se desmayaba de cansancio por tanto llanto, por el vano esfuerzo, por la tensión de los hechos anticipados, respiró profundo y sintió que se despojaba del dolor, como si éste fuese un balón lanzado lejos de ella. Entonces recibió el mensaje que le devolvió de

forma definitiva la calma:«*Él se fue, pero no te ha dejado sola.*»

Fue así como Jimena se enteró de su incipiente embarazo, pues hasta entonces no había percibido ninguna otra señal física que delatara su estado. La sensación recién descubierta de ser portadora de vida, la conmovió y alegró, cambiando de forma radical su ánimo. En ese momento supo que la gran capacidad de amar descubierta con Joseph, se canalizaría ahora de una manera distinta: en adelante su cuerpo, su mente y su espíritu, se aliarían para proteger y amar al nuevo ser, que con certeza sería una niña.

Jimena pronto comenzó a recibir los avisos de su hija. Había decidido no llorar más por el hombre que desapareció sin dejar rastro, pero que al menos le dejó una ilusión. Se sacudió la melancolía, el mal de amor, y dio paso a una etapa llena de esperanza y cambios, comenzando con los de su cuerpo, que le regalaba nuevas sensaciones, y ya asomaba la noticia a través de las suaves telas del rayón y el algodón. Sus vecinos, amigos y familiares, tomaron la novedad con aparente naturalidad, y entusiasmados decidieron retribuirle el apoyo que ella tantas veces les había extendido; colmaron de mimos y atenciones a la nueva madre y al pequeño cuerpo que en silencio se iba gestando. Jimena irradiaba alegría, y la compartía con todos los que tenían la fortuna de acercarse a ella, sobre todo en sus jornadas de trabajo.

—Tanta gente consultando te va a desgastar el ánimo y las fuerzas —le decía Brenda al ver las decenas de personas que acudían a sus consultas.

Muchos aseguraban que debido al estado especial de la espiritista, las sesiones estaban cargadas de una energía adicional y aportaban nuevos efectos, así que acudían a verificar tales testimonios, e incluso regresaban para renovar las sensaciones obtenidas.

Ante la preocupación de su amiga, Jimena mantenía su alegato.

—Mi felicidad no se desgasta. Mi niña tiene el poder de brindar alegría, y mientras más la reparte, yo me siento más dichosa.

Ya en los últimos tres meses de su espera, Jimena lucía muy cansada, y no había dispuesto de tiempo suficiente para preparar la bienvenida a su hija. Las personas se formaban en el pasillo de su consultorio, sin que ella se diera abasto para recibirlos a todos dentro de los horarios regulares.

En una oportunidad, Rosaura fue a visitar a su hija y divisó mucha gente en la acera esperando por entrar. Se alarmó pensando en una emergencia, y aceleró el paso. Cuando cruzó la puerta vio la línea de personas que cruzaba el pasillo, subía las escaleras y llegaba a la salita de espera.

—¿Qué es lo que pasa? —repetía alarmada, sin que nadie le diera respuesta.

—Señora. La cola empieza allá abajo—le reclamó una mujer molesta.

—¿Cuál cola? —respondió con rudeza.

—¡La cola para consultar a la bruja, pues!—aclaró como si la respuesta fuera obvia.

Rosaura enfureció y comenzó a gritar:

—¿Cómo que la bruja? Aquí no hay ninguna bruja, lo único que hay es una cuerda de abusadores y desconsiderados. Mi hija es casi una santa, y ustedes se están aprovechando de ella.

Comenzó a halar a todos del brazo empujándolos hacia la salida, mientras las personas se quejaban y le reclamaban, alejándose para evitar agresiones mayores. Cuando logró sacarlos a todos, entró al cuarto de consultas, donde quedaba una cliente, que lloraba en el regazo de Jimena mientras ella le consolaba y frotaba las manos con un aceite almendrado. Rosaura iba a punto de sacarla, y Jimena la frenó en seco con un gesto, así que esperó impaciente a que culminara su masaje en los brazos y en la sien. En cuanto la muchacha salió de la habitación, Rosaura le anunció que había despachado a sus clientes, y le imploró cerrar las puertas del negocio hasta nuevo aviso, lo cual obviamente sería después del parto.

—Si por lo menos te estuvieras haciendo millonaria con el gentío, ¡pero no!, les cobras una miseria, y si te ponen cara de muy necesitados, se van lisos sin pagar ni medio. Está bien que quieras ayudar a la gente, pero también necesitas dinerito mujer, porque dando pura caridad no vas a comprar comida, y con este trajín la que sufre es la pobre muchachita.

—Dios provee mamá. He recibido mucho de toda la gente. ¿Por qué no retribuir un poquito? Además, yo me siento bien, y la niña se mueve todo el tiempo, eso significa que está saludable.

—Eso significa que te está reclamando tus excesos. Acuéstate hija... descansa. Apoya las piernas en unos cojines para que te mejore la circulación, que las tienes hinchadas; y sobre todo deja de estar recibiendo a tantas personas, que todas esas energías descontroladas son dañinas para las dos.

Continuó hablando mientras arreglaba las sillas, apagaba las velas y abría las ventanas:

—Ustedes ahorita necesitan ayuda, no gente a quien ayudar. Insisto: debes descansar, deja que te voy a preparar una sopa de pollo para alentarte. Esa pobre bebé ya debe estar estresada de tanto escuchar los problemas de otros. ¡Dale respiro! Por unos días dedícate a ustedes dos, a todos lo que tienes pendiente por hacer. Termina tu canastilla, compremos las cosas que te hacen falta para el hospital y ve a tus consultas médicas con tranquilidad. Tú me tienes a mí, no te va a faltar nada, así que no te preocupes por la plata.

—No me preocupo por dinero, mamá. Yo tengo mis ahorros guardados.

—Entonces cierra ya la puerta del pasillo. No se hable más del asunto.

Jimena comprendió que su madre tenía razón, pues ya las fuerzas no le daban para más proezas. Así que colocó un cartel en la puerta.

«Salí a alumbrar»

Dentro de su enorme alegría, a Jimena la agobiaba una preocupación; admitía que había usado a la difunta Silvana para estar con Joseph, pero intuía que ella en algún momento había estado en las sesiones, pues muchas veces creyó haber perdido la conciencia en sus encuentros, al punto de no recordar lo ocurrido. Dudaba si tendría los derechos exclusivos de su maternidad, o si se trataba de un estado compartido. Presentía que Silvana la rondaba, aunque a veces aseguraba que era su imaginación traicionándola; pero la duda le exigió aclarar la situación sobre la niña, pues no estaba dispuesta a soportar el acoso de un alma extranjera en lo que restaba de su embarazo, y mucho menos durante la crianza.

Jimena preparó una sesión especial para enfrentar a su rival; encendió las acostumbradas luces, música e inciensos para que sintiera una atmósfera conocida, pero esta vez no esperaba que la difunta poseyera su cuerpo, sino que se hiciera presente en espíritu para que pudiera escuchar lo que ella le tenía que decir. Colocó una silla delante de la suya para un enfrentamiento efectivo; bebió el ponche dulzón con hierbas que acostumbraba preparar cuando la ocasión era de especial seriedad; meditó durante la hora previa al encuentro, empleando técnicas aprendidas durante su adolescencia, y se atavió con su traje de luces, tal como ella llamaba a un vestido bordado con pequeños espejitos, que según ella misma, permitía a los espíritus observar su propio reflejo, haciéndolos sentir más confiados.

—Éste es un caso especial en extremo —reflexionaba—, se trata más bien de un desafío entre dos universos para marcar territorios, pues a quien nos estamos disputando es a mi hija, no a Joseph... pues con él ya no hay más nada que hacer.

Comenzó su ceremonia, se preparó para alcanzar un elevado nivel de concentración; pronunció sus palabras de invocación con una voz clara y fuerte.

—Hazte presente en este lugar minado de luces, cierra la distancia que separa tu mundo del mío, y enfrenta tus temores, que yo me encargaré de los propios. Pide a tus superiores el permiso para este contacto, y toma la humildad de los hombres de carne y hueso para afrontar los asuntos pendientes. Disponte a hacer este cruce de espíritus, para que luego tomes el camino de retorno a la vida eterna; allí todo es invisible para mí, pero tú encontrarás la paz...

Así continuó por casi una hora, y Silvana no dio señal alguna de su existencia. Lejos de pensar que todo había sido resultado de su invención, concluyó que sin Joseph en el lugar, no obtenía permiso de los custodios del cielo para cruzar el umbral. Sin intenciones de insistir, Jimena se libró de su preocupación, y con ello cerró el capítulo de la rival.

Las semanas restantes del embarazo fueron de gran disfrute para Jimena; a pesar de su enorme

vientre y los veintiséis kilogramos de más, estaba reconfortada. Disponía del respaldo de sus vecinos, los cuidados esmerados de Brenda, y la inagotable atención de Rosaura. Ninguna persona osó recordar, por lo menos en público, las apariciones semanales del «Rubio Comerciante» y mucho menos se atrevieron a solicitar detalles de su desaparición, tan repentina como su llegada. A pesar de las especulaciones, nadie podía atribuir con certeza la paternidad al extraño, ni siquiera Brenda, quien se mostró muy ofendida porque su amiga no le había confiado su secreto. Jimena eludía el tema, y aseguraba que no necesitaba de fuerzas masculinas para cuidar de su hija. A los espíritus les pedía energías y apoyo, el resto lo haría ella misma.

La niña anunció su nacimiento un viernes en la mañana mientras su madre realizaba algunas compras en la bodega con Ismael, quien estaba de visita por la ciudad. Al advertir el malestar de Jimena, el asustado hombre la sentó de inmediato en una butaca, y sólo fue capaz de iniciar una cadena de mensajes verbales que tenían como destino final Rosaura; una vez enterada, la emocionada abuela tomó un taxi, buscó a Jimena y la llevó a una medicatura de la zona. En el proceso transcurrieron alrededor de cuarenta minutos, y cuando las enfermeras recibieron a la parturienta, ya la cabeza de la chiquilla asomaba su nacimiento. Rato después, Jimena sostenía en sus brazos a la criatura más hermosa que había visto en su vida.

—Su nombre es Amanda, que proveniente del latín significa «Merecedora de amor».

Ése fue el nombre elegido para una niña que llegaba al mundo con la misión de ser amada y amar a los demás.

Desde su nacimiento Amanda fascinaba a las personas. Con apenas minutos de nacida miraba a su alrededor, como si reconociera el mundo que le había descrito tantas veces su madre durante su estadía en el vientre. Al escuchar la voz de Jimena por primera vez, instantes después del parto, giró su cabeza inquieta buscando el origen de aquel sonido tan familiar. Ya en su regazo, recobró la calma y se durmió de nuevo al percibir los latidos del cuerpo que le había brindado hospedaje, pero que en ese momento habían acelerado su marcha ante el esfuerzo y la emoción. Jimena olvidó al médico, las enfermeras, la sutura que culminaba el proceso del parto, para entregarse a la delicia de su recién inaugurada maternidad. Comprendió de inmediato que entre ella y su hija existía un vínculo mágico, irrompible, un pacto que las mantendría unidas por siempre. Retornó a su casa plena de orgullo y alegría; los vecinos se reunieron en la puerta para dar recibimiento a la recién nacida, quien venía envuelta en una glamorosa cobija de encajes; su cara era redonda, sus mejillas rosadas, y unos impresionantes ojos azules resaltaban entre la

mullida cabellera negra que le cubría la mitad de la frente. Las risas dejaron colar un comentario poco discreto, que puso en evidencia la intriga común.

—Caramba, con esos ojos de extranjera, hasta debe llorar en inglés

Pero Brenda fue más rápida que el pensamiento malicioso de los otros.

—Mejor eso a que rebuzne como lo hacen algunos por aquí.

El sujeto no supo si debía ofenderse o reír, así que prefirió quedarse callado y Brenda aprovechó para dispersar la recepción.

—Vamos, vamos, que Jimena debe descansar, y este gentío encima de la niña no le hace nada bien.

Amanda apoyó la decisión de Brenda con una queja, y causó la risa de los curiosos. Con lento caminar, Jimena entro a su casa, convencida de estar acompañada por sublimes espíritus, quienes de seguro acudían para agasajar a la niña. Mientras la madre acariciaba las transparentes manos de la pequeña, y observaba las venas azules que se dibujaban bajo su piel, comenzó a recitar una declaración, como si con ello le confiriera poderes.

—Estas manos que ahora lucen tan frágiles, te harán sostenerte con firmeza de todos tus sueños, y servirán de apoyo a otras personas que se acercarán a ti buscando cariño y refugio. Contarás con un temperamento enérgico para que no desfallezcas ante la angustia ni la tristeza. Tu corazón latirá con fuerza para que te sientas segura al marcar el compás de tu existencia, y aunque parezca estrecho el espacio en tu pecho, tomará dimensiones asombrosas que te permitirán amar sinlímites, disfrutar con alegría los regalos de la vida, y pelear con ímpetu por las causas que consideres justas. Serás amada por todos, porque para ello naciste; tendrás la sagacidad del aire para penetrar las invisibles grietas de los muros y cruzar fronteras. Tienes ya la inteligencia del agua, que encuentra siempre el mejor camino para unirse a la gran corriente del río, sólo que en lugar de ir aguas abajo, tu instinto y tu cuerpo te llevarán siempre hacia arriba, para alcanzar la grandeza.

Las palabras de Jimena invadían el espacio, creaban una atmósfera de fiesta, cada objeto de la habitación se hacía cómplice de estos augurios, y los espíritus casi se hacían visibles. Brenda, que hasta ese momento había permanecido a un costado de la habitación, ahogaba su llanto emocionado. Jimena hizo una larga pausa, colocó sus labios en el rostro de su pequeña, y Brenda agregó unas sencillas palabras de admiración hacia su amiga.

—Amanda ya recibió un enorme regalo de Dios, y es el tenerte a ti como su madre. Nadie podría transmitirle un sentido tan puro y hermoso de la vida; ésa ya es una gran bendición.

Mi cuerpo me anunció que estaba encinta a las trece semanas de haber iniciado mi terapia de estimulación anímica, y no sé si fue el oportito, el berro, la sugerente bata de encajes con que sorprendí a Pablo, o el perfume que compré buscando reforzar los efectos enloquecedores de las caderas vibrantes; en definitiva creo que todos los elementos se hicieron cómplices para crear un excelente momento de fertilidad en el que fueron concebidos Jean y Jeanina.

Mi embarazo fue delicado, los malestares se mantuvieron hasta el final, y precisé reposo absoluto durante los cinco últimos meses, por serios riesgos de perder a mis bebitos; esto motivó a mi esposo a sorprenderme con la genial idea de traer a su madre para que me ayudara. Yo le había manifestado, tal vez con demasiado énfasis, que no necesitaba de ella, pues contaba a ratos con Yasmín, quien nos acompañaba cuando sus actividades se lo permitían, y con Mina, una nueva empleada que adoraba a los niños y resolvía los asuntos domésticos con mucha eficiencia; en caso de no ser ésta suficiente compañía, mamá me visitaba con gran frecuencia y permanecía con nosotros hasta el anochecer. Pablo no aceptó mi negativa, alegó que su madre se sentía relegada y que no había tenido oportunidad de compartir con Pierina; según él, era el momento propicio para compensar el tiempo perdido.

Los padres de Pablo y sus cuatro hermanos vivían en un pueblo de la cordillera andina, de donde él mismo había salido en busca de prosperidad, poco antes de cumplir su mayoría de edad; su familia permaneció allí dedicándose a la agricultura, llevando adelante una larga tradición. El papá de Pablo murió seis años después que él abandonara el pueblo, y sus hermanos le plantearon la posibilidad de regresar, pero tal había sido el cambio en la vida del muchacho, que no se halló realizando sus antiguas tareas; sin embargo, un sentimiento de culpa se adueñó de él, y decidió hacerse cargo a distancia, enviando una cuota periódica de dinero, producto de su trabajo y de algunos pequeños negocios que había logrado concretar.

Conocí a la familia de Pablo en un viaje que realizamos unos meses después de nuestra boda, pues sólo sus dos hermanos mayores pudieron asistir a la ceremonia. Quedé encantada con el lugar y la hospitalidad de mi recién adquirida familia. Mi suegra se esmeró en atenderme, y se dedicó por completo a su «nuera de la ciudad». Esto llegó a incomodarme, pero cedí ante las complacencias de aquella señora, casi desconocida, que me trataba como si me conocía de toda la vida. Luego de nuestra visita, mi contacto con ellos fue poco menos que nulo.

Cierto día, durante mi reposo, me encontraba acostada en la cama mirando el techo, y haciendo un análisis de mi vida reciente; mi estado de concentración me impidió advertir a la señora que se coló en la habitación para ubicarse junto a mis pies.

—Hola Elianita.

Reaccioné asustada al percatarme de su compañía, y tardé en reconocer a mi suegra, quien lucía aun más pequeña y anciana de lo que podía recordar. Mi memoria había des-dibujado su rostro, y la percibí como a una extraña, tal como la primera vez que la vi. Ella me miraba ansiosa, con una sonrisa amplia, esperando de mí una gran explosión de felicidad por la sorpresa que ella misma significaba, así que decidí fingir para no decepcionarla. Me senté en la cama y extendí los brazos para abrazarla.

—¡Doña Juanita! ¡No la sentí! Ni siquiera sabía que llegaría hoy. ¡Qué alegría!

A pesar de que yo misma no me consideré convincente, ella pareció sentirse complacida con mis palabras; respondió tímida a mi abrazo, y luego se retiró un poco. Fue en ese momento que pude observarla bien: tenía el cabello recogido con una larga cola de caballo en la que predominaban las canas, y una pollina que le cubría las cejas, quedando al límite de sus ojos. Llevaba una blusa blanca abotonada, con un cuello tejido redondeado, que supuse había elaborado ella misma, pues ya sabía de sus habilidades con el ganchillo; los brazos eran tostados y de piel muy arrugada, como la de su rostro, evidenciando en cada surco los años de arduo trabajo en las tierras; a pesar de sus ojos muy pequeños y hundidos, su mirada era penetrante, entrenada para advertir el crecimiento de la cosecha, el ataque de la plaga, o adivinar las intenciones de sus habituales compradores.

Pablo se incorporó enseguida para colocarse detrás de su madre con sonrisa de orgullo.

—¿Te gustó mi sorpresa?

—Claro—respondí con tono inusual en mí—. Qué bueno tenerla con nosotros.

La señora salió unos segundos de la habitación, y regresó con una canasta cubierta por una servilleta de franjas multicolores.

—Le traje unos dulcitos y pan hecho en casa. Ahora los llevo a la cocina.

Recordé que en su familia nadie acostumbraba a tutearse, ni siquiera entre niños, a pesar de mi insistencia para que eliminaran el «usted» y lo sustituyeran por un familiar «tú».

—Gracias. Muchas gracias.

Me dirigí entonces a Pablo quien continuaba sonriendo

—Por favor, dile a Mina que le prepare la habitación a doña Juanita.

Ella no me retiraba su mirada, y le sonreí para disimular un poco mi incomodidad.

—No la esperaba tan pronto. Pero ya la vamos a acomodar para que se sienta como en su casa.

—Muchas gracias. Es que adelanté el viajecito porque Pablito me dijo que usted necesitaba ayuda urgente. Pero igual me las pude arreglar; ya todos están bien grandecitos y ahora les toca a ustedes recibir un poco de mis cuidados.

Desconocía la razón por la que Pablo le había hecho tal afirmación, pero no podía hacer un desplante a mi suegra, así que decidí dejarme llevar y me preparé para afrontar mi nueva huésped.

Desde que mi hermana y yo éramos pequeñas, mi madre demostró un gran espíritu de competencia, y en ausencia de eventos formales en los que pudiera postularse como participante, ella misma se creó pequeños retos que le daban sentido a su vida. Competía con sus otras amigas al tener las niñitas más arregladitas, como si en lugar de sus hijas fuéramos muñecas; se esmeraba en los bazares de caridad en la iglesia empeñándose en llevar los más elaborados manjares criollos, para criticar luego la simplicidad o la mala sazón de las otras comidas. Era fanática de los bingos sabatinos de la plaza, y cuando lograba una jugada, gritaba BINGO con toda su alma, y se acercaba a recibir su premio con alegría exagerada. Nos sembró la semilla de la contienda estudiantil, empeñándose en que siempre estuviéramos en el cuadro de honor de nuestra escuela, y si no lo lográbamos, dejaba de hablarnos indignada por la humillación que, según ella, le hacíamos pasar ante las otras madres. Gritaba enloquecida en los encuentros deportivos de nuestro colegio, y casi corría a empujarnos en las carreras, hasta el punto de rodar un día en la pista de los cien metros planos, provocándose serias heridas en las rodillas. Aun así se levantó sin ayuda, con la sangre y mugre rodándole por las piernas, y fue directo a pelear con Yazmín, quien se había detenido a ver qué le había sucedido a su desdichada madre.

El empeño de mamá por salir airoso en cualquier reto que se le presentara, dejaba de ser una «sana competencia», para convertirse en dañinas obsesiones, que además de atormentarlas a ella, nos enloquecían a nosotros, y no nos quedó más remedio que aceptar ese rasgo como parte de su chispeante personalidad. Pero a pesar de haber observado a mi madre luchando por un primer lugar en lo que fuera, nunca... ¡nunca!, la vi disputándose el derecho de ser nuestra madre. Lidar con ella celosa y con una suegra que quería reivindicarse con su hijo por los años de ausencia y distancia, fue demasiado para mí. Se declaró abierto el torneo de quién era la mejor mamá, la mejor suegra y la mejor abuela. La mía, quien antes iba sólo algunas tardes, pretendía ahora pasar el día en la casa, para así restar la ventaja que le llevaba Juanita por

levantarse a las cinco de la mañana; cuando Mina llegaba, tres horas más tarde, ya había dispuesto de muchas tareas a su manera. Por suerte miayudante era un mar de paciencia, y recibía con mucha diligencia mis solicitudes y recomendaciones.

—Por favor Mina, toma el papel de árbitro con mucha sutileza, pero no dejes que ninguna mande. Yo sé que es la tarea más difícil que has tenido, pero sólo cuento contigo para esto. Yazmín te servirá de refuerzo cuando pueda venir.

—Tranquila señora, que ya he tenido que pasar por situaciones similares. Tratar con sus dos madres no puede ser más difícil que aplacar a las ancianas del geriátrico donde trabajé nueve años.

—En verdad espero que tengas razón.

Al principio se trató de una disputa sutil entre ambas señoras, tratando de aplicar sus métodos de limpieza, los de cocina, los de cuidados a enfermos, técnicas para matar ratones, o cualquier otro tema que involucrara a las personas u objetos de la casa. Los temas de discusión abordaron luego las tramas de las novelas, las noticias de los periódicos, o la solución a problemas que nada tenían que ver con ellas, como el del niño sin padre de mi vecina adolescente, o el divorcio de la corista de la iglesia. Ambas tenían costumbres muy distintas, lo que incrementaba la frecuencia de sus desacuerdos, y cuando por fin encontraban algún punto tangencial, buscaban alguna manera de discrepar, pues así parecía ser más entretenido. Con los días fueron abandonando lo que existía de diplomacia, hasta llegar a acaloradas discusiones en las que Mina poco podía hacer, pues si hacía algún intento de intervenir, las dos se aliaban fugazmente para hacerle saber que ése era un asunto entre madres. Admiraba a Mina por sus reservas de paciencia, pues en lugar de molestarse, encontraba la manera de divertirse. Desde mi cuarto podía escuchar tanto las disputas como sus intervenciones, y sólo había tranquilidad cuando mi madre estaba ausente. ¿Quién podía descansar con unas abuelas ocupando el rol de niñas peleonas?

Aparte de estos conflictos, la dinámica hogareña cambió. Desde mi cama giraba las instrucciones pero de forma limitada y cuando intentaba hacer una inspección, no faltaba quien me enviara de vuelta a la cama, con un aprendido discurso donde siempre figuraba la frase «debes pensar en tus hijos», y aunque ya me sonaba fastidioso, resultaba muy dulce en labios de Pierina: me tomaba con su pequeña manita y me dirigía a mi cuarto mientras encontraba dulces formas de tranquilizarme.

—Siempre nos has cuidado, ahora deja que nosotros te cuidemos a ti y a mis hermanitos.

Pablo no salió muy bien parado de todo este cambio en nuestra rutina. Ya mi cuerpo lo había

castigado con una repulsión a su olor, y no podía tenerlo cerca sin aguantar la respiración. Esto pasó hacia el cuarto mes, y traté de reivindicarme con él, pero entonces vinieron otro tipo de malestares y las amenazas de aborto, que me llevaron al reposo absoluto. En la consulta el médico fue muy claro.

—Eliana, debes permanecer todo el día en cama, caminar sólo unos minutos diarios y nada de esfuerzos; tu condición es muy delicada y si quieres culminar con éxito tu embarazo, debes seguir mis recomendaciones al pie de la letra.

Luego se dirigió a mi compañero.

—Pablo, aunque sé que no me lo estás preguntando, imagino que debes tener una inquietud, muy común en hombres bajo tu misma condición: sólo puedo permitirles relaciones sexuales esporádicas, cuidando muy bien la condición de Eliana. Tú sabes a qué me refiero: a descubrir nuevas maneras de disfrutar su amor sin que esto signifique esfuerzos para tu mujer.

«Esporádicas». Ninguno de los dos se atrevió a preguntar qué significaba esporádicas. Por las dudas, y ante el temor de afectar a mis niños, dedujimos que esporádicas era una vez por mes. Mientras tanto acordamos mantener nuestra intimidad con métodos menos arriesgados para mi condición, pero que podían resultar muy placenteros, e inclusive llevar una carga especial de romanticismo, pues abría espacio a más caricias y otro tipo de estimulación que no me parecían dañinos para la relación; por su lado, Pablo no mostraba mucha disposición para estos paliativos.

Las semanas transcurrían, sentía que mi esposo se distanciaba y su estado de ánimo desmejoraba: se mostraba serio y malhumorado, sólo reía cuando jugaba con Pierina, y estos encuentros eran cada vez menos frecuentes. Al conversar con su madre se esmeraba por mantener un trato cortés, pero era sólo eso: cortés. Cada día yo esperaba ansiosa su retorno para disfrutar un rato de compañía; al escuchar la puerta me lo imaginaba dirigiéndose a mi habitación con un detalle especial, o al menos una frase alegre. En lugar de ello, se aparecía ante mí bastante rato después de su llegada, para realizar el cuestionario de costumbre.

—¿Cómo te sientes hoy?... ¿Has sentido a los niños?... ¿Se movieron mucho?... ¿Cuándo te toca consulta con el doctor?... ¿Cómo le va a Pierina en el colegio?... ¿Qué tal se portaron hoy las señoras?

Y otras preguntas por el estilo, sin agregar demasiadas emociones ni llegar a hilar una conversación. Para cerrar me daba un beso en la mejilla y hacía una breve caricia a mi prominente barriga. Si yo intentaba alargar un poco su compañía, decía algún comentario corto y se retiraba con la excusa de ver a Pierina o a su madre. Lo cierto es que no hacía ni lo uno ni lo

otro: se encerraba en su estudio y permanecía allí hasta que lo llamaran a cenar.

La empresa de Pablo mostró un importante repunte gracias a una nueva sucursal en el lado opuesto de la ciudad; esto exigía de él salir muy temprano en la mañana y regresar apenas para dormir. Para entonces me encontraba cruzando los siete meses de gestación, las horas de mis días parecían multiplicarse, y Pierina era casi la única distracción con que contaba; solía acompañarme, peinarme, y hablarle a sus hermanos dentro de mi vientre; se esmeraba pintándome las uñas y despintándolas, masajeaba mis pies, y me regalaba otros mimos que hacían mis días más llevaderos. Mi suegra me acompañaba mientras tejía escarpines, cobijas y demás artículos para los bebés, y mamá comenzó a bordar en punto de cruz, afición que no había revelado en toda su vida, y que en lugar de entretenerla, la exasperaba.

Yazmín cada vez tenía más actividades, y se le dificultaba visitarme con mucha frecuencia. Yo anhelaba su compañía, pues era la única persona con quien podía mantener una conversación normal e interesante. Me encantaba escuchar sobre sus amigos, conquistas, las clases de teatro, pues lograba contagiarme un poco de su habitual alegría y entusiasmo. Busqué distracción en la televisión, pero ésta nunca representó para mí una interesante fuente de entretenimiento, ni siquiera cuando era pequeña; leí varios libros y algunos de ellos me llevaron a encontrar refugio alternativo en los métodos de estimulación a los bebés, pero pensé que si seguía a ese ritmo, mis hijos iban a acelerar tanto su aprendizaje, que necesitarían una súper-mamá. Las pocas revistas que tenía en casa las desmenucé más allá de sus artículos, hasta que comencé a fijarme en los nombres de sus productores, articulistas, editores, fotógrafos, etcétera. Recuerdo que tenía en mis manos el ejemplar de un semanario llamado «Mujeres al timón», traído de regalo por mi madre unos meses atrás, y encontré la reseña de una conocida actriz que había hecho de la frivolidad una empresa; adquirió formación complementaria para llevar a cabo un ambicioso proyecto industrial, que nada tenían que ver con su anterior experiencia: logró comercializar con éxito una línea de productos naturales de belleza, y éstos le aportaron más beneficios que su propia carrera de actuación. Se publicaban también otros casos de mujeres emprendedoras, y me llamó la atención un segmento titulado «Mi mamá ahora es empresaria»; contaba las crónicas de tres mujeres que habían convertido una habilidad cotidiana en el principal recurso para el inicio de un negocio exitoso, tomando los espacios de sus hogares como centros iniciales de operaciones. El reportaje iba acompañado con fotografías de las tres protagonistas que posaban orgullosas al lado de sus hijos o esposos, mostrando en el fondo alguno de los ambientes de sus empresas. Una de ellas expresaba:

«Las mujeres disponemos de una capacidad impresionante de desarrollo. El que llevamos

nuestras familias adelante, no implica que dejemos de lado sueños y aspiraciones. Nuestra sensibilidad, capacidad organizativa y determinación nos hacen invencibles, sólo que a veces no nos percatamos de ello, y en muchas oportunidades otros intentan convencernos de lo contrario»

La conclusión que obtuve del artículo fue muy tajante.

—Es obvio que esta mujer no está acostada en una cama cuidando una barriga de alto riesgo.

Cerré la revista e hice un rápido paneo sobre mi vida. Tenía claro que no estaba encaminada hacia una vida de empresaria, pero al menos tenía que actuar con rapidez para hacer de mis días, espacios más provechosos. Continué mis lecturas, pero traté de observarlas con ojos más analíticos; tomé algunos de mis libros de carrera, y a manera de ejercicio ligero, comencé a formar un esquema del negocio que tendría a la vuelta de algunos años, cuando ya dispusiera de más tiempo. Esto hizo mis días más entretenidos y me sentí conforme con la información que estaba adquiriendo sobre nuevos temas, inclusive empecé a establecer mis criterios sobre los tópicos que analizaba.

Casi al término de mi etapa prenatal, había logrado armar una carpeta con mi boceto de proyecto; carecía de detalles, pero al menos me otorgaba una agradable sensación de control sobre mi futuro no inmediato; para no desvanecer mi ilusión debía esquivar los agrios comentarios de mamá y Juanita, quienes me miraban sin comprender para qué podía emplear todo ese conocimiento, si ya mi destino de ama de casa estaba más que definido.

Pablo se había vuelto ajeno e indiferente, lo cual no justificaba ni comprendía, pues a pesar de mi reposo, me esforzaba por ser cariñosa y atenta. Hice algunos arriesgados paréntesis para llevar a cabo versiones suavizadas de mis danzas, y supongo que no resultaba muy sexy mover las caderas con una prominente barriga y un ombligo a punto de explotar, pero cualquier hombre enamorado habría encontrado en ello un encanto especial; pero ése no era el caso de mi marido, quien desmontaba mi acercamiento con fríos y desconcertantes gestos. Llegar tarde era rutina, y ya ni siquiera ofrecía disculpas; si le hacía notar su aliento a alcohol, me hablaba de mala gana sobre nuevos clientes, cierres de negociaciones o el encuentro casual con algún viejo amigo.

—¿Cómo es que de pronto la única manera de manejar clientes es yendo a bares, y que las mejores horas para discutir acuerdos sean ahora las nocturnas? Jamás habías necesitado hablar con un cliente sosteniendo un vaso en mano, y mucho menos permanecer con él hasta media noche.

—Eliana, no entiendo la escenita. Mi trabajo va en aumento, tengo clientes que atender; la

familia también crece y necesito más ingresos.

Hasta mi suegra, quien no nos conoció en nuestra época más gloriosa, me señaló que debía tratar de atraer más a mi marido, pues lucía muy lejano. No sabía qué hacer para recuperar su atención y cariño, me sentía amarrada y limitada para actuar de manera más activa, o al menos poder indagar sobre los pormenores de su trabajo. Le pedí ayuda a Yazmín, quien se tomó muy en serio mi preocupación, y comenzó a hacer algunos seguimientos estratégicos.

Una noche del día jueves, cerca de las nueve, mi hermana me llamó por teléfono.

—Eliana, estoy frente a una tasca, y vi a Pablo bajarse con una mujer y dos hombres. La mujer no parece empleada suya, y tampoco luce como pareja de alguno de los otros dos tipos. ¿Qué quieres que haga? ¿Entro a ver?

—No. Ven ya a buscarme —le ordené.

Yazmín hizo un silencio largo.

—¿Estás segura? No me parece prudente.

—¿Y qué te parece prudente? ¿Que me quede aquí acostada como si nada, mientras él está allá muy instalado con quién sabe qué mujer?

—Está bien. Ya voy a buscarte.

Poco después de treinta minutos, una mujer con asombroso vientre de mellizos, entraba por la puerta de un local nocturno. El portero me tomó del codo para cuidarme, y Yazmín hacía lo propio para que no me tropezara, aterrada por mi delicado estado y arrepentida de haber propiciado tal situación.

—No la provocaste tú, hermana, quédate tranquila que no va a pasar nada.

Di un vistazo por el lugar, hasta que divisé a Pablo sentado en una mesa con otras tres personas; me costó reconocerlo, pues en nada se parecía al hombre que cada noche regresaba a casa con aire de amargura. Me detuve unos minutos para observarlo mientras escuchaba sus sonoras carcajadas, y detallaba a la mujer mal arreglada y de cabello teñido que se inclinaba hacia él con actitud obsequiosa. El portero y el mesonero continuaban de pie a mi lado, creo que estaban temerosos de algún posible parto en medio del establecimiento.

—Por favor, ¿puede ir colocando una silla adicional en aquella mesa? —le solicité señalando al grupo que conversaba con entusiasmo.

El mesonero actuó ligero. Se dirigió con la silla alzada sobre su cabeza hacia la mesa que yo le había indicado, y les ofreció a los ocupantes una explicación. Las cuatro personas le escucharon y enseguida voltearon hacia nosotras. Tomé aire, monté una sonrisa y me acerqué a ellos con la mayor naturalidad posible.

—Hola amor, que coincidencia encontrarte aquí.

Lo saludé con un beso en los labios, y luego me dirigí a sus acompañantes.

—Hola, buenas noches. Qué gusto conocerlos —declaré, para luego extender mi mano a cada uno, deteniéndome en sus reacciones. La última en saludar fue la mujer, cuya sonrisa se había transformado en una mueca.

Pablo se levantó de la silla sin poder ocultar su gran sorpresa, y me presentó.

—Ella es Eliana: mi esposa.

—Con dos de sus hijos —acoté en tono de juego.

La mujer miraba mi barriga, y pasaba nerviosa las manos por el cabello. Me dirigí a ella hablándole con voz calmada pero fuerte, buscando contrarrestar el ruido del local.

—Disculpe señorita, ¿puede rodarse de silla?, es que no puedo estar parada por mucho tiempo. Estos bebés ya no tardan en salir.

Ella se movió sin comentario alguno. Me senté muy cerca de Pablo y llamé a Yazmín, quien continuaba retirada saboreando la situación.

—Ven hermana, siéntate conmigo.

Ya para entonces el mesonero había colocado otro asiento.

—Y ustedes, por favor continúen — pedí al grupo—. Vinimos aquí unos minutos porque mi hermana venía a buscar a su novio. Pero ya que está Pablo aquí, creo que ella puede continuar sin mí. De todas maneras siéntate Yazmín, y así conoces a los señores.

Yazmín no sabía qué hacer. Me miraba buscando respuesta: ¿debía irse o quedarse? Se sentó un momento para estudiar mis señas y definir cuál acción tomar. Después de unos minutos de miradas incómodas y risas nerviosas por parte del cuarteto original, decidió que su participación en la escena había culminado.

—Eli, mi novio debe estar esperándome afuera porque no lo veo aquí. Ya que estás con Pablo, yo me voy.

Me besó en la mejilla, deseó buenas noches con una sonrisa discreta y se marchó. Tras segundos de helado silencio, yo reinicié la conversación.

—Y cuéntenme, ¿son ustedes clientes de Pablo?.

Nadie respondió. Uno de los hombres fijaba la mirada en el mantel, otro tenía una sonrisa congelada, y la mujer pretendía buscar algo dentro de su bolso... ¿Tal vez un manto de invisibilidad?

—¿Pero qué pasa; por qué tanto silencio? Lamento haberlos interrumpido, no fue mi intención. La primera en retirarse fue la mujer.

—Disculpen. Ya es tardísimo para mí: tengo que irme.

Se dirigió a uno de los caballeros y habló de un supuesto documento.

—Yo mañana lo llamo para que decidamos por fin a dónde llevaremos el contrato. Que sigan pasando buenas noches —expresó con una voz chillona.

Yo le tenía la mano agarrada a Pablo sobre la mesa y sentí su impulso de pararse, pero se contuvo. Los dos señores decidieron seguirla.

—Pablo, mañana te llamamos y concretamos los puntos pendientes, no creo que dé tiempo para adelantar mucho ahora.

Se despidieron y partieron; me atrevería a decir que más bien huyeron. Pablo no terminaba de formular comentario alguno; apretaba sus labios, agitaba la pierna y aunque yo lo miraba, no se atrevió a hacer contacto visual conmigo. Pagó la cuenta y nos fuimos del lugar.

En el trayecto de regreso no hablamos; él encendió la radio, sintonizó algunas emisoras y luego la apagó. Iba a exceso de velocidad y hasta se pasó unas luces del semáforo, por lo que me quejé, recordándole mi condición. Ya en nuestra habitación, rompió el silencio empleando un tono molesto, inesperado por mí, quien de manera muy ilusa esperaba una explicación.

—No comprendo todavía por qué estabas allí. Tu llegada fue descabellada. Con esa barriga exponiéndote en la noche, y faltando a tu reposo.

—Eso mismo pienso yo Pablo. No comprendo por qué prefieres estar con otras personas que estar aquí. ¿Qué tienen que ver ellos contigo? ¿Acaso no te gusta estar conmigo... con Pierina? ¿Qué pasó con tu cariño, con tu afán de ser gentil, tu cátedra de buen esposo que siempre andabas pregonando con tus amigos?

Yo buscaba algún indicio de mal comportamiento, y continuaba presionándolo.

—¿Qué tiene que ver contigo y tu negocio esa mujer tan... tan... tosca? No estoy dudando de tu fidelidad, pero tampoco te estoy otorgando un certificado de buena conducta. Explícame por qué hemos dejado de ser tan importantes, al punto de preferir esas compañías extrañas y esos lugares. ¿No eras tú el que decías estar aburrido de los bares?

Me sentía indignada, desplazada por unos desconocidos, y en especial por esa mujer; mi intención real no era hacer una escena de celos, y mucho menos admitir que me sentía amenazada por ella, pues así tal vez llamaría más su atención. No era capaz ni de asegurar ni de descartar alguna hipótesis sobre mi esposo, en su actitud no llegué a percibir algo que me resultara revelador, pero sabía con certeza que estaba siendo halado fuera de mis linderos.

—Pasas todo el día acompañada. Eliana. No creo que te sientas tan sola como para andar inventando historias que justifiquen este repentino acoso —me recriminó sin mirarme a los

ojos.

—¿Acoso? —Le dije pasmada y en voz alta.

Así fue como definió mi pequeño y reciente acto de atrevimiento. Me hizo enfurecer, pero me contuve para no darle la espalda e irme, pues de esa manera sólo le habríafacilitado la situación.

Me sujeté al único elemento válido en ese momento: mi discurso.

—Te alejas de la casa, haces una vida ajena a nosotros, me niegas explicaciones por tus horarios extendidos; te sorprende en un bar muy encantado con unas personas que lo que menos parecían ser, eran clientes... ¿y me hablas de acoso? ¿Cuánto pretendes que acepte: que pases la noche fuera de la casa y te espere sonriendo con un desayuno y el periódico?

Aunque su actitud inicial no favorecía un diálogo productivo, Pablo cambió y mostró deseos de aproximarse a mí, lo cual acepté como una disculpa... una mezquina disculpa.

—Te quiero y nunca he dejado de hacerlo. No busques sombras donde no las hay. Te aseguro que no tienes de qué preocuparte.

—Si con eso te refieres a algún romance fuera de casa, déjame decirte que ésa es apenas parte de mi preocupación. Un matrimonio no sólo se declara en problemas cuando existe un triángulo amoroso.

Luego de reflexionar unos segundos, se colocó tras de mí para abrazarme.

—Me esforzaré por acortar la distancia que, según dices, se ha abierto entre los dos.

Los días siguientes al evento de la tasca pude disfrutar más de la compañía de Pablo. Llegaba un poco más temprano y se sentaba a mi lado en la cama para conversar. En una oportunidad se puso a hojear con poco interés las revistas que mantenía al lado de mi cama, observando las páginas marcadas.

—¿Piensas convertirte en una empresaria? —preguntó a manera de chiste.

—¿Quién sabe... no crees que pueda?

—¡Claro! Ya por lo menos tienes a mamá y a doña Olivia como asistentes —agregó divertido.

Creo que Pablo sólo me considerara apta para tener hijos, cuidar mi casa y atenderlo. Para él mi vida era perfecta, más de lo que cualquier mujer hubiese pretendido.

—¿Crees que no tengo mis propias aspiraciones? —le pregunté para extender más la conversación.

—Te doy todo lo que necesitas. ¿Para qué más?

—Soy mucho más que la mamá de tus hijos y la encargada de la casa. No subestimes mis ambiciones.

Pablo cerró el tema, sin ánimos de discutir con una madre sensible en exceso ante el inminente

alumbramiento de dos criaturas.

—Está bien... será como tú lo decidas, pero por ahora descansa.

Recién cumplidas las treinta y seis semanas de mi embarazo, advertí las primeras contracciones que anunciaban el nacimiento de mis dos hijos: eran cerca de las ocho de la mañana, me encontraba preparando a mi hija para ir al colegio, Pablo terminaba su desayuno y Mina acababa de llegar, así que nadie tuvo que andar de carreras.

Tomé mis maletas y las canastillas con calma. Juanita en cambio entró en pánico y comenzó a bombardearme con instrucciones que incluían cómo caminar, respirar y hasta la postura que debía mantener en el carro, sólo le faltaba alzarme en sus brazos. Ya en la clínica me recibieron unas enfermeras, y junto a ellas mi madre en bata de baño, quien había recibido la noticia cuando recién salía de la ducha. Apenas me vio llegar, corrió hacia mí con desesperación, interponiéndose entre Juanita y yo, pues no estaba dispuesta a cederle ni un minuto más de ventaja. De inmediato me llevaron a una sala de preparación y por fortuna sólo le permitieron a Pablo continuar conmigo, dejando a las «abuelitas» en sala de espera, enfrascadas en una estéril discusión de quién tenía más derecho a acompañarme durante el alumbramiento.

Jeanina fue la primera en nacer; yo llevaba más de tres horas sufriendo en sala de parto a tal punto que creí desmayarme; la voz del médico enunciándome que ya podía divisarla, me dio un nuevo aliento e hice un esfuerzo extremo que me permitió expulsarla.

—Es una niña —anunció el doctor con júbilo.

Pude ver cuando la sostenía por ambos pies, y mientras tomaba aire para el segundo bebé, esperaba atenta el sonido que declaraba su vitalidad. Aún no la escuchaba llorar y eso me producía angustia; alejaron a la niña de mi vista; me urgía saber el motivo de su silencio, pero ya mi hijo coronaba, así que decidí continuar mi trabajo.

Jean nació tres minutos después de su hermana, y de forma simultánea los dos niños anunciaron su llegada al mundo con un sonoro llanto. Cuando los escuché, me uní a sus lloros, estaba adolorida y cansada, pero nada podía aplacar la gran felicidad que llenaba mi pecho. Transcurridos unos minutos me acercaron a mis hijos y los sostuvieron a cada lado de mi cara; sus rostros eran tibios, los movimientos inquietos y al llorar hacían vibrar mis oídos; besé a cada uno con mis labios mojados de lágrimas y sudor, sin que eso bastara para calmarlos

—¿Están completos? Révisenlos bien por favor —supliqué extenuada.

—Tus hijos están perfectos. Nada les sobra, nada les falta —me tranquilizó una enfermera.

—Gracias —susurré, queriendo dirigir mi agradecimiento a Dios, al doctor y a Pablo, por el gran milagro de las dos nuevas vidas.

Desperté y miré a mi esposo tomándome de la mano con una maravillosa expresión de amor que tenía mucho tiempo sin disfrutar. Yazmín por su parte, me regalaba su espléndida sonrisa de siempre y puedo adivinar que había estado vigilando mi sueño hasta poder hablarme.

—Son bellísimos hermana. ¡Hermosísimos! —me anunció apenas contó con mi atención.

Mi madre y mi suegra estaban de pie a mi lado, una al lado de la otra; papá se mantenía un poco más retirado, lucía contento y orgulloso por sus esperados nietos.

—¿Dónde están los bebés? —pregunté inquieta por no verlos a mi lado.

—Ya te los van a traer —se apresuró Yazmín casi brincando de emoción—. El médico los está examinando y luego los vestirán para que los veas con sus trajes de gala.

Papá dio un paso adelante para colocarse muy cerca de mí, y me habló al oído con voz muy baja.

—Los vimos en el retén: los dos se miraban como si se estuvieran reconociendo a la luz. Son blanquitos... blanquitos, y pelones... como que salieron al abuelo —comentaba ahogando sus risas.

Un rato más tarde me llevaron a mis dos tesoros, dentro de una cabina transparente.

—Por qué están allí. ¿Están delicados?

—No se preocupe señora, todo está bien.

A partir de ese momento no logré escuchar a más nadie, mis oídos habían hecho un bloqueo selectivo de los sonidos que me rodeaban, y sólo percibía la ligera respiración de los bebés. Recuerdo ver a la enfermera hablándome sin parar; ahora deduzco que me daba instrucciones sobre la lactancia, pues me señalaba el área de los senos; mi familia hacía comentarios que no quería atender, Pablo formulaba preguntas cuyas respuestas estaban fuera de mi alcance. Yo sólo quería que todos me permitieran contemplar a mis niños en un momento de total privacidad.

La joven enfermera parece haber adivinado mi deseo, pues enseguida pidió que desalojaran la sala, dejando sólo a mi esposo; luego colocó a los bebés en mis brazos, uno a cada lado, y por fin pude admirarlos con detenimiento. Sus rostros eran pequeños y estaban enrojecidos; sus narices chatas parecían tocar sus labios. Jeanina se movía incómoda y la mecí mientras le hablaba para que me reconociera. Necesitaba hacerles saber que nada había que temer, pues el cuerpo que antes los había alojado, ahora ofrecía nuevas maneras de protegerlos. Me inundaba el mismo hechizo del momento en que tuve a Pierina por primera vez en mis brazos.

—Hola mis niños adorados. Soy mamá. Bienvenidos a compartir mi vida —les repetía, susurrándoles para no asustarlos.

Verme con mis tres hijos fue una experiencia indescriptible, me asombraba el poder disponer de una fuente inagotable de amor, sin que mermara mi adoración por mi hija mayor; con ello comprendí otro de los milagros de Dios, además del propio nacimiento. Así como el dicho que reza «somos del tamaño de nuestros compromisos», pienso que nuestro corazón crece en la medida que incorporamos a nuestra vida nuevas personas a quienes amar.

Rebosaba de cariño; lo único que quería era amar: amar a mi graciosa hija de siete años; amar a mis recién llegados bebés que me colmaban de ternura a pesar de sus apremiantes exigencias; y por último, deseaba amar a mi esposo, transmitirle ese sentimiento profundo y maduro que parecía nuevo en mí. Tenía deseos de besarlo, de tenerlo cerca, sentir sus caricias, escuchar su voz fuerte, y apreciar su permanente aroma a colonia que de nuevo me agradaba. ¡Quería de regreso mi vida normal!... pero eso no resultó tan sencillo como lo imaginé.

Con los dos nuevos miembros de la familia, Mamá y Juanita iniciaron un nuevo capítulo. Mi suegra trajo a colación algunas supersticiones que contra toda lógica mi mamá no tardó mucho en apoyar: a cada mujer que entraba a conocer a los mellizos, le preguntaban si estaban en sus días de menstruación, y si su respuesta era afirmativa, les negaban la posibilidad de cargarlos, y hasta tocarlos. Yo moría de vergüenza ante semejante pregunta, pero las visitantes se compadecían de mí y decidían colaborar. Llegó una antigua compañera de clases, quien se encontraba en su séptimo mes de embarazo, y casi cometen la imprudencia de sacarla de la habitación. En ese momento me cargué de fuerzas y les prohibí a las dos interrogar a los visitantes.

—¿Qué falta de respeto es ésa? Vienen con un gesto amable, y ustedes las espantan con esas ideas retrógradas.

—Es que si cargan a los bebés en esas condiciones los muchachitos se ponen pujones —me aclaró Juanita.

—¿Cómo que pujones?

—Pues mire, se la pasan el día haciendo unos quejidos como si quisieran hacer pupú; se ponen intranquilos y no la dejan a usted descansar.

Aunque la explicación de los niños pujones resultó nueva para mí, le concedí el beneficio de la duda, y decidí dejar que llevaran a cabo su encuesta. Haber cedido en ese punto significó que se sintieran con licencia para docenas de indicaciones más: querían enseñarme cómo

amamantarlos, cambiarles los pañales, cargarlos, sacarles los gases y hasta pretendían discutir instrucciones directas del pediatra sobre temas de vacunación, cuidados de la piel y acerca de mi propia alimentación.

—Por favor, dejen de atormentarme —reaccioné—. Yo haré lo que me diga el doctor, no lo que decidan ustedes dos. Recuerden que yo tuve una hija hace mucho menos tiempo que ustedes.

—Pero la práctica no se pierde, hija —me decía mamá, olvidando que no se había atrevido a cargar a Pierina sino cuando ya tenía dos meses de nacida, por miedo a que se cayera de sus brazos.

A mi pobre hija no la dejaban aproximarse, por el mismo tema aquel de los celos con el que mis padres pretendieron apartarme de Yazmín. Pierina no comprendía por qué sus dos abuelas le impedían contemplar de cerca a sus hermanitos y se quejaba conmigo llorando. Yazmín, como siempre, intentaba apaciguar la situación, pero apenas ella desaparecía, yo quedaba en manos de las agobiantes expertas. Papá trataba convencer a mamá para que distanciara sus visitas, pero en medio de su terquedad ella aseguraba que si ella no estaba presente, Juanita se apoderaría de sus nietos; alegaba además que estaba bien vieja para que la estuvieran regañando y diciéndole qué hacer.

Pablo se mantuvo a tiempo completo con nosotros sólo por una semana, a partir de allí fue desprendiéndose, tomando poco a poco el ritmo que había adoptado antes del episodio del bar. Llegaba de noche todos los días, y casi no tenía oportunidad de ver a los niños despiertos. Le pedí, casi le rogué, que por lo menos me aliviara la presión de tener a su madre encima de nosotros todo el día intentando imponerme sus costumbres, pero mis palabras fueron ignoradas. Cada mañana antes de irse, le repetía a su madre que me cuidara bien, con lo cual ella se creía responsable de todo lo que ocurría en su ausencia.

Doña Juanita insistía en trasladar hasta nosotros las costumbres y creencias provenientes de su pueblo, llegando a situaciones escabrosas: aseguraba que no se podía cortar las uñas ni el cabello a los niños antes de que fueran bautizados, porque se tentaba al demonio; como el cabello y las uñas no se detienen ante tal afirmación, encontré a mi suegra arrancándole las uñas a Jean con sus propios dientes.

—Hay que cortarle las uñitas para que no se rasguñe la carita —me comentó como el asunto más natural cuando me vio entrar a la habitación.

Yo no podía creer lo que veía, la imagen de los diminutos deditos del bebé en la boca de esa señora me enfermó, y no pude detener el impulso de arrancarle al niño de los brazos antes de que lo lastimara. Ella me miraba sorprendida por mi reacción y me presentó entonces su

solución.

—Bautice rápido a los niñitos pues, si esto le molesta tanto.

Busqué algún resto de mi paciencia, me retiré a mi cuarto con mi hijo para intentar borrar la reciente imagen de mi memoria, y hasta me sorprendí de mi capacidad para callar y tolerar. Le di a Juanita un discurso sobre normas elementales de higiene, y cuando creí que ya no podría sorprenderme con nada, llegó a lo que consideré el límite. Me encontraba en el cuarto de Pierina jugando un poco con ella, cuando escuché a Jeanina llorando desde su habitación, invité a mi hija mayor a acompañarme con la promesa de dejarla cargar a su hermana y mientras me dirigía al cuarto noté que el llanto había cesado; cuando entré observé a Juanita sentada en la mecedora con la niña cargada... y ofreciéndole su pecho de la misma manera que lo hacía yo para amamantarla. La beba, que en el momento no logró distinguir a su cuidadora, succionaba ávida el seno flácido de Juanita retorciéndose por la necesidad no satisfecha.

—¿Pero... por qué tanto escándalo? —reaccionó ofendida cuando la amenacé, casi gritando, con no dejarla cargar más a los bebés—. Sólo intentaba calmarla mientras usted atendía a la niña grande.

Esa noche esperé a Pablo con el firme propósito de hacer que mi suegra nos abandonara. Apenas lo sentí llegar, me senté en la cama preparando mi sermón. Lo escuché hablando con su madre y supuse que ella estaba adelantándole la información, lo que me favorecía, pues no creía que mi esposo viera sus métodos con buenos ojos. Cuando lo vi entrar, le pedí que cerrara la puerta e hice un recuento de los hechos más relevantes que me guiaron a mi argumento final.

—Necesito mi espacio Pablo. Me va a enloquecer. Ya no puedo confiarle a los niños ni por un segundo, pues no sé con qué saldrá. Si doña Juanita nos deja, yo sé que mamá también va a aflojar la guardia. Dile de manera discreta que sus otros hijos la necesitan, que agradecemos mucho la ayuda pero que ya...¡es suficiente!

Pablo me escuchaba, pero no mostraba intención de actuar.

—Díselo tú. Eres mujer y tienes más tacto para eso.

El tacto que en otros casos me había caracterizado, se había agotado; demasiado esfuerzo tenía que hacer a veces para no sacar de mi habitación a mamá y a mi suegra. Durante el día, cuando lograba dormirme para descansar un poco, despertaba sobresaltada, y estaban allí las dos, mirándome como si me estuvieran extrayendo los sueños. Me asustaba ver esos cuatro ojos vigilándome, siguiéndome, midiéndome; eran dos grandes intrusas en momentos en los que necesitaba estar sola con mis hijos. Tomé un poco de valor, y con el tono más condescendiente

que encontré, le hablé a mi huésped.

—Doña Juanita. Yo valoro mucho su compañía, usted ha sido como una segunda madre para mí, pero no quiero ser tan egoísta y negarles a sus otros hijos el derecho a tenerla a usted con ellos. No se preocupe que ya me siento mejor.

Tenía también que eliminar la competencia con mamá, y debía usar las palabras apropiadas para que ello no la retuviera.

—Mi papá también está pasando mucho tiempo solo, y necesita de mi madre. A ella le expliqué lo mismo, e igualmente le agradecí sus valiosos cuidados, pero creo que todos debemos volver a nuestras rutinas.

Juanita me miraba con la cabeza baja, pero de manera muy atenta.

—Es verdad *mija*. Mis otros hijos me esperan.

Yo me iba llenando de emoción al ver que cedía.

—Pero usted también es mi hija, y cuando me vaya, pasará mucho tiempo antes de que los vuelva a ver. Le voy a regalar unos meses más de compañía.

Quería gritar un NO gigantesco. Pero sólo pude sonreír.

—Bueno. Voy a aceptarle un mes más, pues si sigo aprovechándome de usted, me van a odiar sus hijos allá en el páramo. No se hable más: en un mes, con gran tristeza para mí, usted regresará a su pueblo.

Juanita no quedó muy conforme, pero aceptó.

—Está bien Elianita. La verdad ya me siento bastante cansada, pero quería cuidarla de su mamá. Con todo respeto se lo digo, pues no está bien estar hablándole a usted de su progenitora, pero pobrecita: ella siente que la estoy desplazando.

Entonces comenzó a hablar en susurros con su particular acento andino.

—Ella es un poquito absorbente ¿verdad?

—Sí, algo —acepté de manera discreta.

Las semanas faltantes para la salida de mi suegra se me hacían interminables. Aparte de eso, los bebés me agotaban y casi no lograba descansar. Al terminar de alimentar a uno, se despertaba el otro; alternaba leche materna con unas onzas de tetero para que quedaran satisfechos y durmieran jornadas un poco más largas; los pechos me torturaban, se endurecían como piedras y los pezones sangraban; cuando alguno de los pequeños comenzaba a succionar, era tal el dolor que me entregaba al llanto; la herida del parto aún me lastimaba, y se me complicó con una ligera infección urinaria que no podía tratar con medicamentos, por lo que acepté los remedios caseros de mi madre. Mina hacía magia para atender sus tareas domésticas, cuidar de

Pierina, consolarme en mis momentos de desolación, y apaciguar a las dos abuelas en conflicto. Las visitas de amigos habían disminuido, pero nunca faltaba alguien con horarios inadecuados que se extendía más de la cuenta. Yo no había podido tomar un largo baño de agua caliente desde hacía semanas, comía sin ganas y lucía terrible.

Una noche, ya en la soledad con Pablo, exploté en un llanto que amaneció conmigo. Llore, lloré y lloré mientras alternaba a mis hijos en mis brazos alimentándolos, besándolos y comentando cuán bellos eran; lloré mientras me curaba mis pezones heridos, mientras caminaba por el cuarto organizando las cosas de los niños, cuando me quejaba sobre los abusos y excesos de mis cuidadoras, cuando fui al baño a orinar después de haber aguantado por casi dos horas para no enfrentarme a un nuevo dolor. Seguía llorando aun cuando Pablo trataba de consolarme acariciando mi desastroso cabello, cuando me acosté en la torre de almohadas que había acomodado para facilitar la lactancia. Continuaba con mi llanto al entrar el primer rayo de sol por la ventana anunciando que se había acabado el tiempo oficial de reposo, cuando despertaron por cuarta vez los bebés para comer; sollocé cambiándoles los pañales y al fin paré cuando vi en el espejo mi rostro hinchado, los grandes círculos negros alrededor de mis ojos que parecían pintados con betún, mi bata de dormir sucia con leche seca, oliendo a vómito por las regurgitaciones de mis hijos y una maraña indescriptible que bordeaba mi cabeza. Paré de llorar aun cuando me dieron ganas de hacerlo con mayor desconsuelo, pero ya me dolían demasiado la cabeza y el vientre, mi fuente de lágrimas casi se había secado, me costaba ver claramente debido a mis párpados recrecidos, y me percaté de la cara de asombro de Pablo, quien miraba con lástima sin encontrar ya qué hacer ni decir, después de su largo trasnocho.

Había llorado de cansancio, de decepción por el alejamiento de mi marido, por el acoso de las dos abuelas, por el dolor en las zonas de mi cuerpo afectadas, por no atender lo suficiente a Pierina, y aunque pareciera fuera de lugar, lloraba descargando la presión de mis anteriores meses de reposo, ante un embarazo tan riesgoso que por fortuna me había dejado dos niños sanos, así que también lloré de felicidad.

Esa mañana, a trece días de culminar el mes de plazo de su madre, Pablo tomó acción.

—Mamá. Prepare sus maletas que mañana la llevo al terminal de autobuses.

Con gran desconcierto y sin atreverse a discutir, Juanita acató la orden de su hijo. Más adelante, Pablo le entregó a mi madre su correspondiente cuota de carácter.

—Señora Olivia, gracias por su ayuda, pero ya todos necesitamos recobrar nuestras vidas. Por favor quédese cuidando a su familia, que ya debe estar extrañándola. No es necesario que pase el día aquí, con un rato que venga es suficiente, y así usted no se agota tanto.

Al final de la cadena, le toco a Mina recibir instrucciones.

—Señora Mina, sé que va a tener mucho trabajo estando sola con Eliana y los niños, pero necesito que sea usted quien la asista; más adelante veremos si precisa de ayuda adicional.

Ella respiró aliviada.

—No se preocupe señor, que yo tengo solo dos manos, pero una enorme voluntad.

En la medida que fui retomando la dirección de mis rutinas hogareñas, de mis hijos y de mi cuerpo, necesité con urgencia recuperar también las riendas de mi matrimonio. Intenté habilitar las puertas del romance, pero mis iniciativas se toparon de frente con una gran pared: Pablo persistía en su actitud fría, lucía siempre cansado, y se irritaba con gran facilidad. Diseñé entonces un plan audaz para conquistarlo, que incluía la preparación de una velada sorpresa para el siguiente viernes en la noche.

El día pautado, después de haber acostado a mis hijos y habiendo dado una buena ración de tetero y leche materna a los mellizos, preparé un ambiente que yo consideraba irresistible: coloqué sábanas nuevas «cien por ciento algodón egipcio», sin conocer las ventajas con respecto al algodón venezolano, pero me sonaba más exótico; las rocié con aroma de vainilla para luego colocarlas cuidadosamente en la cama, haciendo unos pliegues especiales que aprendí de mi madre; situé candelabros en diversos puntos de mi habitación, dispersé pétalos de rosas rojas en las almohadas, y me di un largo baño de esencias, esperando que éstas impregnaran mi piel. Elaboré un pequeño afiche con la frase «Zona de amor», decorado con corazones púrpura, y lo adherí en la puerta de mi habitación. Luego de buscar muy bien mi mejor disposición para hacer el amor, lo que confieso no fue fácil, me instalé a esperar la llegada de Pablo, con la esperanza de que ese día los «previstos imprevistos» no fueran a retenerlo de más. Me había ataviado de un sugerente conjunto de dormir color lila que tenía más de dos años sin usar, y que con mis hinchados pechos lucía muy sexy; me coloqué un liguero de encaje con el que sujeté un botón de rosa, me maquillé ligeramente y cepillé mi cabello hasta regalarle un poco de brillo. Preparé el equipo portátil de música con nuestra canción favorita, la misma de nuestro primer baile, y apagué las luces eléctricas, para dejar que las velas crearan sugerentes sombras. Cuando estuvo todo a tono, esperé en mi cama la llegada de mi esposo. Luego de cuarenta y cinco minutos ya me reprochaba el no haberle pedido que llegara más temprano, y luego el silencio nocturno fue interrumpido por el llanto de los bebés. Me separé de mi seductor personaje por más de una hora, mientras mi suave perfume francés se mezclaba con la leche. Cuando al fin los niños retomaron el sueño regresé a mi cama donde el cansancio del día me venció. Desperté con el sonido de las llaves de Pablo abriendo la puerta de la calle, y apenas

tuve tiempo de recordar mis planes y analizar si era capaz de retomar mi ánimo de horas anteriores; cuando decidí deshacer todo el escenario que había preparado, incluyendo los corazones en la puerta que ya me parecían ridículos, me levanté y encontré a Pablo leyendo el improvisado anuncio.

—Caramba... ¿qué tenemos preparado por aquí?

Sin contestar ni una palabra, retrocedí a mi cama, respiré hondo, y decidí llevar a cabo al menos una parte de mi plan. Pablo me inspeccionó con una sonrisa que me resultó extraña. No era la habitual cara de picardía aliñada con cariño que pintaba su rostro cuando me admiraba o tenía alguna idea especial. No podía percibir en él amor, ternura u otra de las habituales emociones que surgían en nuestros encuentros íntimos. Me cubrí con la sábana, pero él se acercó a mí y la retiró para iniciar unas toscas caricias; la incomodidad me hizo apartarlo y él reaccionó enojado.

—¿Qué te pasa? ¿Me tienes miedo?

Yo inventé un sonido que sonó parecido a una risa.

— No, claro que no. Sólo que te noto extraño.

—¿Extraño? ¿Y no era para esto que me estabas esperando?

—Pensé que ibas a refrescarte un poco primero —me disculpé.

—No hace falta, estoy listo para ti.

Cerró la puerta con pestillo y se acercó. Noté como su respiración comenzó a cambiar, se quitó la camisa y me empezó a besar con apuro; pronto lo escuché jadeando, sus manos apretaban mis senos adoloridos, me halaban por las caderas para ubicarme de acuerdo a sus planes. Aunque yo parecía ajena a aquella escena, decidí dejarme llevar por sus deseos, y no hice nada ni a favor ni en contra de ese acto carente de afecto. Se separó de mí para quitarse de prisa las prendas de vestir que le quedaban; al sudor se le sumaba un leve olor a gasolina y a humo forestal, su espalda transpiraba, los vellos de su barba me lastimaban, y me ahogó su aliento a alcohol haciéndome girar mi cara en dirección opuesta, sin embargo hice un esfuerzo por no parecer rígida, aunque creo que eso no le preocupaba. Había omitido el prelude amoroso, las palabras sutiles que siempre me recordaban que estaba con el hombre de mi vida; pensaba en todas las razones que había acumulado por años para amarlo, y me esforzaba para reconocer en él a mi otrora compañero. Le permití despojarme de mi ropa, sin que él reparara en la hermosura de los encajes, en el botón de rosa que ya había olvidado, en la fragancia de las sábanas, o al menos en el escaso interés que yo mostraba.

Unos minutos después de haber dado fin a su acto, lo observé tendido a mi lado, satisfecho y agotado; trataba de entender en cuál fracción de nuestras vidas se había creado ese abismo

ente los dos. Escuché a Pierina llamándome desde la puerta, me acerqué con sigilo y sin abrir le hablé en susurros.

—Ya voy hijita. Espérame unos minuticos en tu cama mientras me baño porque tengo mucho calor.

Cuando comprobé que se había alejado, entré a ducharme, y dejé caer sobre mí agua tibia, intentando despojarme del repugnante coctel de olores que se había adherido a mi piel. Lavé mi cara, mis pechos calientes por la leche acumulada, deslicé mis manos por mis caderas y mi abdomen aún abultado, para reconfortarlos con la sensación de caricias suaves. Enjaboné todo mi cuerpo, y sólo me detuve cuando consideré que podía presentarme ante mis hijos con la pulcritud que ellos merecían, aun cuando no podía librarme de la frustración. Me coloqué la bata que estaba colgada en un perchero, y al salir, Pablo continuaba tendido en la cama, roncando con la boca abierta; lo desconocía y sentí rechazo por él. Abrí la puerta con sigilo, retiré el papel que antes había colocado, y me dirigí a la habitación de Pierina quien ya dormía de nuevo.

En el cuarto contiguo estaban las dos cunas de los bebés, y en la penumbra pude ver a Jeanina que se agitaba en la oscuridad y volteaba su cabecita buscando alimento. La tomé en mis brazos, acerqué su cuerpecito a mi cara llenándome de su esencia, y me senté en la mecedora a amamantarla. Su boca succionaba con fuerza, relajaba mis pechos, mientras me reconfortaba con su ternura. Una vez más me maravillé por el lazo maravilloso que nos unía, me conmovió su fragilidad y total dependencia; ella recibía la leche, pero era yo quien se alimentaba de su pureza, en un momento en que me sentía desprotegida, triste... humillada. Alterando el silencio nocturno, le hablé en susurros.

—Te juro hija mía, que tú y tu hermano llegaron a mi vientre en un acto de gran amor.

Al día siguiente Pablo me despertó mientras yo dormía abrazada a Pierina.

— Eliana, ya me voy —le escuché decirme en voz baja.

Abrí los ojos, y lo vi agachado junto a la cama, con su rostro muy cerca del mío. Tenía el cabello húmedo, estaba recién afeitado y llevaba un agradable perfume con acentos cítricos. Sonrió y besó mi frente; cuando lo vi dirigirse a la puerta me incorporé y lo llamé, como si lo hubiese reencontrado tras varios días de ausencia.

—¡Espera!

Él se detuvo y me miró. Entendí que no tenía nada que comentarle, sólo quería buscar en su cara un rastro de vergüenza. Improvisé una pregunta cuya respuesta no me interesaba.

—¿Desayunaste?

—No. No tengo ganas de comer. Sólo tomé café; dejé un poco para ti.

Asentí sin decir nada más, arrepentida por haberle hablado con tal naturalidad, pues de alguna manera había aceptado su actitud de la noche anterior. Para él todo parecía normal, incluso el que yo hubiese amanecido en la cama con mi hija y no en la nuestra.

—Nos vemos en el almuerzo —alcanzó a decirme.

Volví a acostarme, haciendo un diagnóstico de mis sentimientos: quería descubrir si me encontraba molesta, decepcionada o deprimida. No llegué a obtener una conclusión pues los bebés se despertaron para colocarse en el primer plano de mi pensamiento, y como siempre hacía, abandoné cualquier otra ocupación para atenderlos.

La desagradable sensación de aquella noche con Pablo me acompañó por varios días, tal vez porque el recuerdo no fue sustituido por un momento grato con él, ni percibí algún gesto o frase que pudiese funcionar como una disculpa. Comprobé que su mente se ocupaba en temas diferentes a los que yo esperaba abordar: sólo parecían importarle los logros en su trabajo y el renombre que estaba adquiriendo su firma. A Pablo lo dominaba una obsesión de poseer, ganar dinero, aumentar su prestigio profesional; él creía que con eso yo también llenaba todas mis expectativas de vida, y no precisaba recibir más de su parte. Pablo ignoraba que para los niños el «éxito profesional» al que tanto se refería, no era más que una expresión hueca incapaz de compensar la falta de un papá en momentos significativos. Adquirir cosas se convirtió en una nueva forma de mostrar sus logros financieros: el carro último modelo, la ropa de marca que nunca le había atraído de manera especial, relojes costosos, una acción en un selecto club que nunca frecuentó (al menos con alguno de nosotros), y regalos para mí, los cuales interpreté como mordazas para acallar mis reclamos. A los niños les compraba costosos juguetes que lograban entretenerlos mas no satisfacerlos del todo, en especial a Pierina, que ante mi propio asombro llegó a objetar el evidente gasto desproporcionado de su padre, y rechazó algunos obsequios alegando que no los necesitaba.

—Deja de estarle metiendo tus ideas subversivas a la niña —me reclamó en una oportunidad, obviando el hecho de que Pierina era una niña madura y perspicaz que bien podía hacer una evaluación propia de lo que sucedía.

Comencé una etapa nueva en la que me responsabilicé por el distanciamiento de mi esposo y su búsqueda de satisfacción en lo material; se lo atribuí a mis innumerables descuidos, a mis kilogramos de más, a la ausencia de interesantes temas de conversación, y hasta me culpé por la agobiante presencia de mi madre y mi suegra. Llegué a estados depresivos severos, deambulaba ahogándome en los mismos pensamientos día y noche que me hacían llorar con frecuencia, mientras Mina o Yazmín hacían lo imposible por consolarme. Pierina me observaba preocupada, y llegó a pensar que mi ánimo se debía a su mal comportamiento, lo que me entristeció aún más, pues era imposible que mi ángel se portara mejor. Mi paciencia con los niños a veces escaseaba, y más tarde me torturaba el remordimiento por no ser una buena madre. Recibía atención de mi familia, de Mina, pero no de quien yo más deseaba: mi Pablo. Comencé a celar

su trabajo, sus empleados, las conquistas que aparecían en mi imaginación; rescaté el rostro de la mujer en el bar, y lo imaginé con ella en variadas situaciones, que no hicieron más que enloquecerme; le llamaba varias veces al día y sus respuestas se hicieron cortantes, hasta que dejó de responder.

Me encontraba en el peor momento de mi vida, jamás me habría imaginado interpretando tal papel, ni a Pablo en un cambio tan radical, pero era mi realidad, y tenía que enfrentarla, sólo que no sabía cómo. En lugar de resolver el conflicto silencioso que nos afectaba, sentía que yo empeoraba la situación. Los intentos de Yazmín por ayudarme resultaban inútiles, pues consideraba que como buena hermana que era, diría lo que fuese por reconfortarme, así que no atendía sus recomendaciones ni esfuerzos por hacerme ver la realidad desde otra óptica. Decidió que era el momento de buscar refuerzos, y me invitó a visitar a Brenda, nuestra querida amiga que en tantas oportunidades nos había ayudado y guiado, aunque eso significara sermonearnos para hacernos ver nuestros errores; Yazmín pensó entonces que era buen momento para que ella asumiera su antiguo rol de orientadora, que bajo ningún concepto otorgaría a nuestra mamá.

Llegué a la peluquería de Brenda acompañada por mi hermana, y empujando nuestro lindísimo coche doble en el que mis dos bebés dormían. Al llegar la divisé conversando animada con una de sus clientas, mientras le llenaba la cabeza con trozos de papel aluminio. Al percatarse de nuestra presencia, nuestra amiga soltó el mechón de cabello que en ese momento sostenía, se quitó unos guantes plásticos y se acercó a mí para abrazarme. Respondí su gesto rodeándola con mis brazos, a la vez que reía complacida por su recibimiento.

—¡Bienvenida! No sabes cuánto te hemos extrañado aquí —me expresó animosa.

Aunque sabía que ella era la única que lo había hecho, me hacía feliz sentirme esperada. Le dio un saludo caluroso a mi hermana y se arrimó al coche para hablarles a los bebés en su inventado lenguaje infantil, mientras les agarraba sus piecitos y lanzaba besos.

—¿Y estos memechitos pechochos minieron a hacheche un corte re pelito?

Recuperó el lenguaje normal, pero sin abandonar su gran sonrisa.

—Estos bebés han crecido mucho desde que la última vez que los vi.

—Sí, todos me dicen eso, pero yo no me doy cuenta de su cambio hasta que miro las fotos. Se me hace difícil creer que ya han pasado casi ocho meses desde que nacieron.

—Y dentro de poco estarás llevándolos al colegio. La vida pasa rápido, y son los niños los que nos hacen crear conciencia de ello.

Me inspeccionó y dio un ligero pellizco a mi mejilla, como lo había hecho cientos de veces

cuando se preparaba para decirme un halago o darme una palabra de consuelo.

—Y tú estás mucho... mucho más linda, a pesar de esas ojeras que supongo te han causado estos bebés. ¿Vienes a colocarte en mis manos como en los viejos tiempos? Hace meses que no peino esa melena tan bella.

El instinto me hizo apartar un mechón de cabello que caía sobre mi frente.

—Gracias por tus halagos; un retoque ahorita me caería muy bien, pero en este momento estamos buscando a nuestra sabia orientadora y no a nuestra hábil peluquera. Pero veo que estás ocupada, tal vez sea mejor que vengamos en otro momento.

Ella reaccionó de inmediato, agitando sus manos sobre su cabeza negando tal posibilidad.

—Cómo voy a dejar que te vayas, luego de tanto esfuerzo por venir aquí con estos pequeñines. Espérame un minuto, que ya estoy con ustedes.

Se dirigió a una de sus empleadas y le dio unas instrucciones mientras ella misma manipulaba el cabello de la clienta. Regresó con nosotras y nos pidió que la acompañáramos.

Una vez en su sala privada, Yazmín hizo lo que ella consideró un resumen de mi situación; me sorprendió mucho lo elocuente que logró ser, a pesar de ignorar buena parte de los hechos; yo hice unas acotaciones, y nuestra amiga escuchó atenta hasta que pareció comprender la esencia de mi problema; de pronto agitó su cabeza, y me miró con una chispa especial en su mirada, haciéndome pensar que alguna ocurrencia le había cruzado la mente.

—Mira muchacha, siempre he buscado las palabras justas y adecuadas para ayudarlas, pero creo que ahora tu nivel de energía se ha visto afectado, y necesitas una ayuda de mayor nivel. Pienso que es buen momento de presentarte a una amiga.

—¿Una amiga, y está aquí mismo en la peluquería?

—No, nosotras iremos a donde está ella.

La tarde siguiente, Yazmín y yo fuimos con Brenda para conocer a su amiga. En el camino me encontraba bastante ansiosa y nerviosa, pues no habíamos recibido ninguna pista sobre su relación con nosotras.

—Brenda, termínanos de decir a donde vamos por favor, que ya está bueno de misterio. Si me vas a llevar a un psicólogo, debo confesarte que ya lo he pensado, pero por lo menos respétame el derecho de escogerlo yo, o dame tiempo de prepararme para contarle mi vida a un extraño.

—Quédate tranquila Eliana, que no se trata de eso. No te llevaría con ella si no estuviera segura de que te hará bien.

Caminamos una cuadra desde el lugar donde estacionamos el carro, hasta que Brenda se detuvo frente a la entrada de un angosto pasillo.

—Aquí es —nos informo.

Conocía el sitio: había llegado antes allí buscando el laboratorio clínico en mi último embarazo. Desde el umbral repasé la decoración del pasadizo, y me pareció aún más rara que la vez anterior. Me incomodó que fuera ése el lugar donde Brenda quería llevarnos.

—¡Brenda: nos trajiste con una bruja! —concluí en tono de reclamo.

—Déjate de prejuicios niña, que aquí no encontrarás a ninguna bruja —objetó ella con evidente enojo.

Callé aunque no le creí, pero la misma curiosidad de antes me instó a quedarme. Percibí el olor que tanto me había agradado la primera vez, pues de nuevo imaginé a mi abuela encendiendo sus aromáticos palitos de aserrín mientras el abuelo saboreaba una taza de café. Atravesamos el pasillo, abriéndonos paso entre los soles y lunas que decoraban techo y paredes dando la bienvenida a los visitantes; nos sumergimos en un mundo irreal, mágico, que me cautivaba, y parecía ajeno a la calle y sus ruidos. Al llegar al piso de arriba busqué el pequeño sofá para comprobar que mi memoria no me fallaba, y allí estaba: el peculiar mueble de dos puestos, con sus cojines bien acomodados en las esquinas. Yazmín no pronunció palabra alguna, pero pude observar cómo miraba cada detalle con atención, ayudándose con las manos para percibir las texturas de las paredes y los muebles. Cuando estábamos frente a la puerta, me quedé congelada, sintiendo una repentina emoción: estaba a punto de conocer el interior de esa habitación, luego de haberme quedado con la inquietud en la visita anterior. Yazmín se lanzó en el pequeño sofá, e hizo un comentario sobre lo cómodo que le resultaba.

—Levántate de allí Yazmín que vas a desacomodar todo —le ordené mientras observaba como levantaba uno de los cojines para colocárselo sobre las piernas.

Ella me obedeció de buena gana.

Ya Brenda había tocado, y se mantenía esperando a que nos abrieran. Vi como giraban el picaporte desde adentro, y enseguida apareció ante nosotras la misma mujer que meses atrás me había encontrado de frente al momento de mi huida. Brenda y ella se abrazaron con gran entusiasmo; la mujer retiró un poco su rostro para observar a mi amiga, y le sonrió con verdadero afecto.

—Mi querida Brenda. Vaya que me tenías abandonada. Dime: ¿qué te hice para que te alejaras tanto tiempo de aquí?

—¿Qué me puedes haber hecho?: tratarme bien; pero créeme, he tenido muchísimo trabajo y ya no me atrevo a dejar a aquellas mujeres solas en el local, pues apenas me ven salir, se ponen como muchacho chiquito a ver qué inventan, y me descuidan a las clientas.

La mujer escuchaba su comentario sin dejar de sonreír, y le apartó la mirada para fijarse en mí. Aunque yo la había reconocido, esperaba que ella no me recordase, pues me ahorraría la incomodidad de explicar qué hacía allí la vez anterior. Esperé sus palabras para verificar mi anonimato.

—Bienvenida amiga; te dije que regresarías aquí pronto. Era sólo cuestión de tiempo.

Me sorprendí pues en ese momento recordé sus últimas palabras cuando me alejaba. Si Brenda negaba que fuese una bruja, entonces... ¿quién era esa mujer que por segunda vez me pareció tan extraña? Luego de adivinar mi desconcierto, continuó hablándome.

—Quien llega hasta mí no lo hace por casualidad, viene guiado por los espíritus.

Miré a los lados buscando que algún ente invisible se hiciera presente, casi preparándome para una segunda escapada. Ella colocó su mano en mi hombro, y la seguridad que me transmitió contuvo mi impulso.

—No hay nada aquí que deba asustarte. Estos espíritus son tus compañeros, y han sido ellos los que te han traído. Brenda fue apenas una intermediaria que emplearon para que te acercaras a mí sin sentir miedo.

—No tengo miedo —le respondí apenada, comprobando con asombro que mi temor había desaparecido, y que en lugar de ello sentía una gran placidez.

Yazmín se acercó y le tendió la mano con una expresión que ahora puedo describir como de fascinación.

—Soy Yazmín, la hermana de Eliana. Me agrada mucho poder conocerla.

La mujer le regaló una gran sonrisa, mostrando satisfacción por su apertura.

—Mi nombre es Jimena. Estoy aquí para ayudarlas en lo que esté a mi alcance. Sírvanse entrar a mi hogar, humilde en apariencia, pero inundado de muchas riquezas.

El apartamento de Jimena era un lugar luminoso con agradable atmósfera; su olor difería al del pasillo: regalaba la dulzura del agua de rosas mezclada con un aroma que me recordaba a la hierba malojillo; al fondo había una gran ventana por donde los rayos de sol irrumpían para exaltar todos los colores, sin calentar demasiado el recinto; a cada lado de la misma estaban recogidas pesadas cortinas verdes, lo que me hizo pensar que al cerrarse oscurecían bastante el lugar, impidiendo al sol su jubilosa danza por los rincones. Hacia el centro de la sala se extendía una alfombra con diseños de arabescos verdes, naranjas y azules, y pequeñas flores le pintaban chispazos amarillos; sobre ella reposaba una mesa de madera con incrustaciones de piedras y metal, patas labradas emulando las de un elefante, y alrededor se acomodaban cuatro sillas con tallas de jirafas. En la mesa reposaba un manojito de cartas sobre un trapo rojo y unos pequeños

frascos. A un costado estaban dispersos grandes cojines, que con su esponjada apariencia nos invitaban a lanzarnos sobre ellos para descansar, o tal vez para observar las ondas creadas en el techo con varios metros de tela dorada, que daban el efecto de una carpa árabe; las lunas y soles de los pasillos se repetían en algunas de las paredes, y parecían flotar sobre el fondo mostaza. En una esquina, un tubo metálico sujeto al techo, funcionaba de soporte y corredera a una cortina de terciopelo que deslizaba para crear un pequeño vestidor; no pude imaginar la utilidad del mismo, aunque comprobé que adentro estaba colocado un espejo de cuerpo entero, lo que me creó más curiosidad. Contra la pared, una abarrotada consola contenía numerosas imágenes de santos junto a velas encendidas, retratos antiguos, pequeños juguetes, caramelos y hasta una botella de licor. Además de los muebles centrales, había un sofá igual al del vestíbulo pero de tres puestos, donde un gato de pelaje amarillento nos observaba recostado en el posabrazos.

Tenía unos minutos de haber llegado, y me sentía conectada a ese lugar a pesar de su decoración ecléctica y singular; debo confesar que percibí un marcado contraste entre la abigarrada decoración, y la apariencia de su dueña, su mirada límpida y los ademanes suaves con que se movía a sus anchas en su santuario, ajena a otros tiempos y espacios. Por una razón que me resultaba imposible de explicar, sabía que ése era el lugar donde debía estar, tal como lo había afirmado Jimena al llegar.

—Queridas amigas, no se queden allí paradas, por favor siéntense —nos invitó señalando el sofá.

Brenda colocó su bolso en un perchero junto a la entrada, que hasta entonces yo no había alcanzado a ver. Luego tomó el mío y el de Yazmín, y los colgó en unas culebras de bronce que erguían sus cuellos al aire para soportar el peso de nuestras pertenencias, mientras que el resto de sus cuerpos se enrollaban en un tubo central.

Yazmín y yo nos miramos mientras no preguntábamos dónde sentarnos. Brenda tomó la iniciativa, espantó al gato con unas palmadas en el mueble y se sentó en el medio, riendo al ver al animal que corría asustado hacia la ventana; luego nos llamó para que nos sentáramos a su lado. Jimena arrimó una de las sillas para situarla frente a mi hermana; le tomó sus manos para colocarlas en su regazo, aspiró aire y cerró los ojos.

—Eres una estrella: llena de luz —manifestó sonriendo de satisfacción—. Tu bondad y alegría atraen hacia ti buenas personas y oportunidades, además te permiten llevarle a tu gente paz y regocijo. No veo a tu alrededor ninguna sombra que te empañe, al contrario, veo destellos que desean alojarse en tu espíritu para fortalecerlo y hacer de tu vida una galaxia más hermosa.

Yazmín agitaba su pierna ansiosa, pero satisfecha con las palabras que acababa de escuchar. Jimena abrió los ojos y ante el momento de complicidad le extendió un consejo.

—No le temas al amor, pues dejar de amar no te dará satisfacciones, sólo frustraciones. Cuando tengas dudas sobre tu pareja, míralo directo a los ojos y pídele que pronuncie tu nombre tres veces. El corazón, los labios y los ojos trabajan en profunda conexión: aunque él aloje sentimientos impuros, sus ojos no podrán ocultar la verdad, y lo delatarán.

Miré de nuevo a Yazmín, quien sonreía encantada con las palabras de Jimena, como si las estuviera esperando para llevar adelante un plan de amor que yo desconocía. Mi hermana le agradeció, y supe que el mensaje sí tenía un sentido para ella. Jimena le regresó las manos a su regazo y arrimó un poco la silla para colocarse frente a mí. Luego con sus dos manos apretó las mías, cerró los ojos y me pidió que hiciera lo mismo. Su mensaje fue profundo.

—¡Qué hermosa eres, Eliana! Eres alguien en quien se puede confiar, pues dentro de ti no hay lugar para el egoísmo. Pero ahora tus energías están debilitadas por el cansancio... y no me refiero al de tu reciente maternidad, sino al de la enorme lucha de tu espíritu por recuperar su vigor y a un gran amor: ese hombre que te regaló maravillosos días y ahora te los niega.

Jimena respiró profundo y continuó.

—Él sigue dentro de ese cuerpo, pero le ha cedido mucho espacio al orgullo y a la ambición... en él se han alojado también la envidia, la maldad y otros sentimientos viciados. Su cuerpo ahora tiene apresado su propio espíritu, y esa lucha interna le está generando gran desgaste y desconcierto que tú percibes como falta de amor; pero te aseguro que él tampoco se siente feliz, es una condición que no logra entender, y de alguna manera te la atribuye para obtener respuestas. No puede controlar sus emociones y las transforma en esa amargura que tanto te afecta.

Sus palabras me dejaron impactada. Sentí el impulso de zafarme, pero ella me retuvo.

—Quédate —me pidió en susurros.

—Yo dejé que nuestra relación se debilitara —aclaré, tratando de preservar la imagen del esposo que tuve tiempo atrás—. No puedo negar que soy culpable de su gran cambio.

Jimena abrió los ojos reaccionando a mis palabras.

—¿Culpable? ¿Y de qué: de haber prestado complacida tu cuerpo para crear otras vidas? ¿De haberte entregado a él sin más promesa que su amor?

Me sorprendí al saber cuánto conocía de mi situación.

—De mi falta de cuidados —aclaré en el acto—, de no ofrecerle cada día una buena razón que lo motivara a seguir compartiendo su vida conmigo. Es por eso que ya no le agrada estar a nuestro

lado.

Mientras yo tomaba aire y ánimo para enunciarle varias razones que explicaban la actitud distante de mi esposo, Jimena me hizo callar.

—Espera, espera. No es posible que sigas atormentándote de esa manera. Si mantienes esa actitud encontrarás mil excusas para justificarlo, y él será la víctima. No sigas buscando las causas dentro de ti.

Me hizo una nueva invitación a cerrar los ojos, y permaneció un rato en silencio.

—Te vienen momentos muy difíciles... muy difíciles —mencionó con gran tristeza—, no puedo decirte de qué se trata, pues no me permiten saberlo.

Abrí los ojos para analizar su expresión mientras me hablaba.

—¿Le pasará algo a mis hijos? —pregunté aterrada.

—¡No! —se apresuró a responder—, ellos estarán bien, se trata de algo distinto. Llegará el momento en que deberás comprender que la maldad no puede sobreponerse al bien, y aun cuando te sientas rendida y traicionada, la salida será buscar en ti energías extras, pues siempre estarán allí para que eches mano de ellas y logres recuperarte. Recuerda siempre estas palabras: la fuerza del universo es inagotable, como inagotable debe ser tu voluntad de encontrarla. No puedes permitir que los eventos oscuros te dominen, aunque sientas que te doblegas ante ellos. Su voz se quebró, como si percibiera algo muy triste.

—No olvides buscar ayuda Eliana. Pero no me refiero a tus hermanas que tanto te quieren. Ellas tienen el don del consuelo, pero necesitas una mano más fuerte que conozca mejor la fuente de tu problema.

—¿A quién se refiere, un médico tal vez?

—En el momento lo sabrás. Por ahora sólo te digo que la ayuda será un gran remedio para tu corazón.

Me aboraron docenas de ideas que lograban perturbarme. Ella percibió mi temor.

—Eliana: no puedo ofrecer soluciones drásticas a tus problemas, pero puedo ayudarte a encontrar respuestas dentro de ti, y con eso hallar la calma. Primero debes rescatar tu individualidad, extraviada tal vez entre las cunas de tus hijos, en los rincones, o en los pequeños detalles que a diario te agobian. ¡Búscate!... Búscate en cada pensamiento de tu día, en cada pequeña tarea que realices y reconstruye con paciencia tu corazón. Deja de lado la autocompasión que eso sólo te debilita; ni tú ni tus hijos se merecen eso, y mucho menos tu marido.

—Pero cómo hago para tener a mi esposo de vuelta —respondí casi implorando por una

respuesta, pues en definitiva sentía que ése era el propósito de mi visita.

—Siempre cometemos el error de querer cambiar a los demás sin primero revisarnos nosotros mismos. No podemos atraer luz si nos cubrimos con mantos negros. La solución no siempre está en lo que pensamos como ideal; debemos aceptar nuevos rumbos. Si algo o alguien no te hace feliz, puede que no convenga seguir conectados; a veces pensamos que estamos rompiendo lazos, cuando lo cierto es que estamos liberándonos de amarras.

Asentí con la cabeza, comprendiendo la lógica de lo que me decía.

—Debes abrir tu mente al gran astro, la energía del sol será tu aliada— continuó explicando Jimena con lentitud—. Cuando te sientas desorientada y demasiado cargada, ubica un ambiente calmado; será mejor aún si es una hora del día en la que el sol ilumine el cielo, para así aprovechar su magnífica energía. Siéntate, relájate, olvídate de lo que te rodea. Cierra entonces tus ojos e imagina la energía del sol incorporándose a tu cuerpo, entrando por tu cabeza y fluyendo a través de ti como un río de energía. Piensa entonces en lo que te preocupa y visualiza ese torrente de luz absorbiendo tus angustias, el miedo, la ira, el rencor, la tristeza, las dudas... mientras tu espíritu se hace cada vez más diáfano. Luego imagina como ese haz luminoso sale de ti a través de tu cabeza, y junto a él, las angustias que decidiste entregar al universo.

Jimena hizo una larga pausa; abrí los ojos y advertí mi respiración agitada, mi corazón estaba acelerado. Había seguido una a una sus palabras, me esforcé en crear las imágenes que me ofrecía, y entendí lo que ella esperaba para mí. Di tiempo a que dijera algo más, abrió de nuevo los ojos y respiró profundo, como si regresara de un trance, un viaje a través de su mente, o tal vez de la mía... no lo sé.

—¿Te sientes bien? —me preguntó explorando mi rostro.

Hice un gesto con mi cabeza para asentir. Ella calló un momento, tal vez anticipando un comentario mío, y agregó.

—Pero debo recordarte que tu sanación espiritual necesita también ayuda terrenal... personas calificadas que te guíen en el proceso.

Sus ojos pardos parecían penetrarme; sentí miedo y solté sus manos; me levanté del sofá y caminé a la ventana.

—No temas, que todo lo hago en nombre de Dios —se apresuró a decirme sin levantarse de su silla—. Mi vida se la he entregado a ayudar a las personas, y lo he logrado con su permiso.

Reconocí en Jimena sus buenas intenciones, pero de momento no deseaba extender más ese episodio. Me acerqué al perchero para a tomar mi bolso, pero Brenda y Yasmín no se movieron de su asiento. Cuando traté de hablarles, la voz se me quebró; aclaré mi garganta y las llamé.

—Vamos, que los niños están esperándome.

Jimena se acercó para abrir la puerta, y me sentí avergonzada por mi actitud esquiva.

—Por favor disculpe —le expresé, deseando no haberla incomodado.

Ella me colocó la mano en el hombro.

—No tienes por qué excusarte. No has ofendido a nadie. Viniste a mí buscando ayuda, y si no fui capaz de darte consuelo, entonces fui yo quien te falló. Pero créeme: llevas la fuente de sanación en tu corazón.

Me emocioné tanto que mis ojos se nublaron por las lágrimas; contuve mi llanto, pero sabía que algo había cambiado en mí, sin saber de momento si me hacía sentir mejor o peor. No tenía más que decir, así que salí. Estaba confundida, sin embargo esperaba poder interpretar con claridad todo lo ocurrido en esa inusitada visita.

Aprovechaba un rato de silencio en mi habitación para analizar el episodio con Jimena, tratando una vez más de darle sentido a sus palabras; me costaba comprender cómo recobrar mi individualidad, pero coincidía en que me había despojado de ella, sin poder precisar el día, la hora o bajo qué circunstancia; tal vez acepté que eso era parte de un proceso irreversible que se da de forma natural en la medida que procreamos, compartimos la vida con otras personas y envejecemos, o un claro efecto del desgaste que sufre una madre y esposa en el cumplimiento de sus funciones. Es verdad... mi espacio había desaparecido, pero eso sucedió por mi propia elección, nadie me forzó a hacerlo, ninguno de mis hijos, ni Pablo, ni el hogar que tanto disfrutaba cuidar. Lo hice porque en el curso de mi vida tomé el sendero identificado con el letrado de «lo correcto», me convencí de haber obtenido de la vida todo cuanto necesitaba, pero en ese momento, ante el inminente distanciamiento de Pablo, me sentía anónima.

Me situé frente al espejo y por varios minutos me observé. Poco a poco fui quitándome la ropa hasta que vi reflejada mi desnudez: ésa era yo, la misma muchacha que en otros tiempos exhibía un busto esbelto, ahora mostraba senos caídos con delgadas estrías; mi abdomen, que con tanta nobleza se había expandido para permitir el crecimiento de mis bebés, ahora dejaba ver pliegues y flacidez... más nunca recobraría su firmeza; mi cuerpo ensanchado requería ahora una nueva talla de ropa; mi cabello era más escaso y rebelde, tal vez por los cambios hormonales que había sufrido. Aun así era yo, había algo en mí que se mantenía intacto: ¿mi mirada? ...no, no era sólo eso... era mi esencia. Recorrí mi cuerpo con mis manos, traté de elevar mis senos para devolverlos a su posición original, pero de nuevo descendieron. Mis pezones se habían transformado para facilitar a mis hijos la succión de la leche, y permanecían erguidos, anunciándose siempre a través de mis blusas. Llevé las manos a mi cara, y me acerqué al espejo para mirarme más de cerca. Las finas líneas junto a mis ojos todavía no lucían como arrugas, las canas todavía pasaban desapercibidas, pero la expresión que dibujaba mi rostro era más severa. Necesité varios minutos para aceptar que había una nueva versión de mí, era la misma persona, pero más madura. Tras evaluarme y reconocerme, caminé hacia el armario, saqué mi reproductor de música e inundé el espacio con melodías de Bach. Me tendí aún desnuda sobre mi cubrecama de flores, y cerré los ojos para dejarme llevar por los maravillosos acordes de pianos y violines; intentaba tomar conciencia de mí desde una perspectiva distinta:

ya no como la hija, ni la madre, ni la esposa, sino como Eliana: la mujer... única, capaz de sentir, amar, desear. Mis pensamientos cedieron ante el arrullo de la música, y me quedé dormida. En mis sueños sentí un desprendimiento, me hacía tan liviana que comencé a elevarme hasta que pude observarme a mí misma desde arriba; admiré mi cuerpo: era armonioso, perfecto para alojar mi espíritu y contener todas mis vivencias; mi expresión era de tristeza, y noté que de mis ojos se desprendían lágrimas; experimenté compasión, pues sentí que ese llanto no me pertenecía, pues yo estaba en paz. Deseé acercarme para consolar a ese otro yo que sufría, pero sabía que ésa no era la manera de devolverle la calma. Corroboré lo que había visto en el espejo: mi esencia estaba intacta, mi espíritu disponía de suficientes energías para restaurar lo que consideraba lesionado. Contemplé a ese ser y quise gritarle que no se rindiera, que la vida le ofrecía la oportunidad de sentirse plena y feliz, y en mi urgencia por hacérselo saber, perdí la conciencia.

Al despertar, la primera imagen que recibí fue el blanco techo de la habitación. Mis oídos recobraron los acordes de la música, y de nuevo lograron conmoverme. Desconocía cuánto tiempo había transcurrido, y mi mente confundía la realidad con mi reciente sueño. Me invadió el deseo de recuperar mi ilusión por vivir, por disfrutar mis tesoros de vida que en definitiva eran muchos, y comprendí entonces que debía lograrlo a pesar de Pablo o de las personas que pretendieran crearme sombras. Jimena tenía razón: no lograría cambiar a los demás pero sí a mí misma.

Pablo ya no nos pertenecía. Su paso era apurado e impersonal. Sólo se acercaba a los niños por breves momentos y las caricias eran menos que escasas. Pierina en un principio llegó a extrañarlo, pero poco a poco se acostumbró a su ausencia. Nuestra habitación era sólo un punto de encuentro al final del día, donde cruzábamos algunas palabras, y hasta llegué a considerar eso una conversación. No me encontraba feliz ni satisfecha con mi relación, pero ya no me atormentaba. Me conformé con la teoría del exceso de trabajo, y así justificaba sus tragos con amigos hasta altas horas de la noche. Desechaba cualquier pensamiento que lo asociara con otras amantes, pues me parecía que ese hombre solitario y distante ya no era capaz de amar; ninguna aventura fortuita sustituiría el gran amor que nos profesamos en nuestros mejores tiempos; al menos en eso me pertenecía. Pero no me engañaba, sabía que eso era muy poco, y con frecuencia me reclamaba mi conformismo: ¿cómo podía aceptar migajas, por qué callar tanto? Pero en momentos de contradicción me planteaba nuevas interrogantes. ¿De qué me quejo, qué podría hacer sin él? No podía figurarme la vida sola con mis tres hijos, y la idea de una separación me resultaba aterradora, pero aun así aceptaba que nuestra relación no era

sostenible en el tiempo.

Esta realidad fue mostrando matices cada vez más severos: el mal humor de Pablo se transformó en agresividad, y se hacía más hostil bajo los efectos del alcohol; su presencia se caracterizaba por las quejas y regaños injustificados a los niños; los bebés no lograban comprender sus motivos, pero lograban alterarse; Pierina se aterrorizaba por el tono fuerte que su padre empleaba y por las amenazas de golpearlos, las cuales por fortuna nunca llegaron a concretarse; llegamos al punto en que mi hija corría a su habitación cuando lo escuchaba entrar, y los mellizos lloraban al presentir su cercanía. El trato conmigo era intolerable, criticaba cualquier error casero, y hasta llegó a dirigirme palabras obscenas que nunca antes le había escuchado pronunciar. Cuando llegaba de madrugada me despertaba para que le sirviera la cena, o para hacer reclamos insólitos, como que las matas se estaban secando por falta de agua, o que el piso de la cocina tenía una mancha de pintura. Ya no se preocupaba por las celebraciones familiares y era el gran ausente en los eventos de nuestros hijos.

Yo no toleraba la presencia de Pablo y eso me hacía hablarle sólo lo necesario. Si lo sentía llegar antes de que yo alcanzara a acostarme, me encerraba en la habitación de alguno de mis hijos aguardando a que él se durmiera. Recuerdo que durante una de esas esperas sentí mucha sed, pero sabía que si iba en busca de agua lo encontraría y tendría que soportar alguna de sus habituales quejas; decidí esperar a que se retirara, y mientras lo hacía, analicé lo absurdo de la situación: la necesidad de esconderme de mi esposo, el temor que se asomaba al pensar en sus bruscas reacciones, lo débil de mi autoestima. Me levanté de la cama de Jean, y me situé frente a la puerta cerrada, subí mi cara para demostrarme que disponía de valor para enfrentarlo, seleccioné las palabras con que me dirigiría a él, y salí de la habitación hacia la cocina. Cuando llegué hasta allí, Pablo estaba de pie frente al televisor comiendo de un plato que sostenía en las manos.

—Ya que no estás aquí cuando te necesito, tuve que servirme yo mismo mi cena —me recriminó sin dejar de mirar el aparato.

No me molesté en responder a su comentario.

—Quiero divorciarme, y que abandones la casa de una vez —expresé con voz clara para no tener que repetir mis palabras. Sin esperar su reacción, me serví un vaso de agua y me retiré.

Las semanas siguientes a mi petición de divorcio fueron un verdadero infierno. Como era de esperar, Pablo la rechazó de plano, consideraba que mis palabras no eran más que una amenaza que yo no estaba dispuesta a cumplir. No le resultó suficiente evidencia que le hiciera mudarse al cuarto de huéspedes, que rompiera totalmente mi trato con él, ni que lo contactara mi

abogada para indicarle la fecha de una cita a la que no asistió. Yo seguía hacia adelante con mi decisión, y como parte de las acciones que evalué necesarias, inicié un plan de integración al mercado laboral: contacté algunas personas para ubicar un empleo, así no se relacionara con mi especialidad profesional, y evalué otras opciones que me permitieran el libreejercicio de mi carrera. Tenía tanta urgencia por lograr ingresos económicos, como de poner a prueba mis posibilidades para independizarme.

La reacción de Pablo mostró tintes enfermizos; de pronto comenzó a interesarse de nuevo en mí, me perseguía, se quedaba tras las puertas cerradas implorando que abriera y le diera la oportunidad de disculparse; me celaba sin fundamentos y hasta llegó a sorprenderme con la teoría de un amante; me ahorré cualquier explicación para las acusaciones que él me imputaba, y en lugar de ello le recordaba mi decisión de separarme, exhortándolo con firmeza a buscar un lugar hacia donde ir. Mi determinación le resultó intolerable, y se aferró a la absurda estrategia del acoso para hacerme cambiar de opinión: me llamaba durante el día para indagar dónde y con quién estaba, interrogaba a Mina con la idea de sacarle información sobre otro supuesto hombre, o preguntaba a Pierina si había conocido algún amigo mío. Su sospecha lo obsesionó al punto de enfrentarme con rudeza, y ya cualquier excusa era válida para gritarme. Amenazó con llevarse a los niños, hacerme la vida imposible, y dejarme sin un bolívar para sostenerme; sus frases desesperadas parecían llevarlo por la vereda hacia la demencia. Pablo representaba un verdadero riesgo para mí y mis hijos; nos escondíamos de él; a diario buscábamos un poco de refugio en casa de mi madre y de Brenda, y hasta evalué el ser yo quien saliera de mi hogar con mis niños; pero mi abogada, con quien mantenía constante comunicación, me recomendó no hacerlo. Desde allí, me dediqué a prepararme para transitar hacia la libertad.

Pablo me sorprendió una noche en mi habitación; lo sentí de pronto parado detrás de mí, sin siquiera haberme percatado de su llegada. Había secado mi cabello recién lavado, y frotaba mis piernas con esencia de flores.

—Debe ser que tienes un buen plan para hoy —me abordó con ironía—, estás esmerándote mucho en arreglarte. ¿Para dónde piensas ir a esta hora?

Me mantuve en silencio, y él repitió la pregunta con tono aún más tajante. Opté por responder de manera parca, y evitar una discusión que alterara el sueño de los niños.

—No pienso salir —respondí sin dejar de aplicarme loción.

—¿Y piensas que te voy a creer? Yo sé que te arreglas para alguien más.

—Cree lo que tú quieras, ya no tiene caso, de cualquier manera ya nuestro matrimonio se terminó. Si sigues aquí es porque tu terquedad no te permite admitir lo que es obvio.

Me agarró bruscamente por los hombros y me hizo girar para que lo viera de frente mientras me confrontaba.

—¿Obvio? ¿Tú sabes lo que sí es obvio? Que mientras yo trabajo todo el día para poder darte lo que necesitas, andas buscando excusas para justificar tu desfachatez. Te gustó casarte con un hombre que te diera comodidades, pero no quisiste pagar el precio de disfrutar todo esto que te doy y de tener un marido exitoso. Me conociste trabajando duro, y ahora no soportas que luche por mantener todo lo que he logrado levantar.

—¿Es ése tu concepto de éxito? Bien por ti —respondí sin perder la calma.

—¿De qué vas a quejarte, acaso te faltó algo?

—Si te refieres a dinero o comida, pues no... no nos faltó nada. Pero allí está la respuesta: tu rol en la familia se concretó al de proveedor, un proveedor que dormía en mi misma cama después de establecer su autoridad.

Proseguí haciéndole ver las deficiencias en su papel de padre.

—Los morochos tienen un año y medio, pero no te conocen, a no ser por tus regaños y amenazas. Yo creo que ni siquiera te recuerdan sonriendo... y yo tampoco, por cierto. Pierina te quiere, pero en honor a esos años preciosos en que te desvivías por ella. Hoy en día no sabe por qué debe continuar haciéndolo.

—Tú y tus exageraciones. Ella me adora.

—¿En serio lo crees? ¿Puedes recordar al menos cuando fue la última vez que jugaste con alguno de ellos, te interesaste por sus actividades o los llevaste de paseo?

—Lo hago todo el tiempo.

Entonces tomé la oportunidad para molestarlo.

—Lo harás con los hijos de otros, pero no con los míos.

—No son tus hijos, son nuestros hijos.

—¡Qué bueno que lo reconozcas! Al menos alguien aquí puede identificar a un padre.

Me miró con una sonrisa burlona. Parecía que había encontrado un drenaje para nuestra discusión.

—Claro; ya entendí tu táctica: utilizas a los niños para crear un drama, cuando lo que en verdad te molesta es que no puedes controlarme. ¿Verdad?

—¿Acaso se trata de controlarte? Ése nunca llegó a ser mi objetivo; nuestro matrimonio se fundamentó en amor, confianza, respeto...no había necesidad de controlarnos. Pero ahora todo eso se acabó, y honestamente ya no me interesa lo que hagas ni pienses.

Pablo comenzó a emplear un tono sarcástico que me hizo comprender la pérdida de tiempo que

otra vez estaba significando nuestra discusión.

—¿Es que el hombrecito ese que tienes por allí te abandonó y estás pagando tu molestia conmigo? Yo creo que a quien estás necesitando con urgencia es a este hombre—y se dio fuertes palmadas en el pecho.

Respiré hondo; no era posible que mantuviese el tema del romance fantasma. Tuve el impulso de reclamarle y recordé a los niños. Me levanté de la butaca donde me encontraba sentada y me paré junto a la puerta.

—Por favor sal de mi cuarto, quiero que respetes mi privacidad, y que no vuelvas a entrar sin mi consentimiento.

Él resopló como una fiera enfurecida.

—¿Cómo te hago entender que éste sigue siendo mi cuarto, y tú mi esposa? —respondió con voz gruesa, conteniendo un grito.

—No Pablo, eres tú quien no ha comprendido; hace meses que este matrimonio se acabó, ya no hay vuelta atrás.

Pablo me jaló del brazo para alejarme de la puerta y la cerró en seco, sobresaltándome.

—¿Qué quieres, despertar a los niños?

Él hizo caso omiso a mi pregunta, y comenzó a actuar de manera extraña.

—Entonces, si dices no tener a nadie, ¿cuál es la razón tus rechazos? Sabes bien que he tratado de acercarme a ti; sabes que con eso me hieres, y lo has disfrutado, pues lo que quieres es vengarte... ¡y eso me llena de rabia!—culminó exaltado.

Sus palabras en ese momento arrojaban desprecio, rencor. Se aproximaba, adivinando mis intenciones de apartarme. Cuando no pude soportar su cercanía intenté retirarme pero me aprisionó por los hombros. Acercó su cara a la mía e inventó un falso tono de cariño que me asustó.

—Ya no tienes que jugar más conmigo, aquí me tienes. Aparentas que no te importo, pero sé qué es lo que te hace falta.

Me tomó la cara con las dos manos y presionó sus labios contra los míos. Quise apartarlo, lo empujé por el pecho y con mi propio impulso caí en la cama; me paré agitada para buscar resguardo lejos de él; le mostraba desafío pero lo que sentía era miedo.

—¿Qué es lo que te pasa? —pregunté casi sin voz, cubriendo mi boca con el dorso de mi mano y caminando hacia la puerta—. No quiero que te me acerques, ya dejé de quererte, no existe posibilidad alguna de volver a estar juntos. Sal de mi cuarto ahora.

—No disimules más —me exigió con una voz gruesa y extraña que no podía reconocer—, no tienes que aparentar, admite que me deseas tanto como yo a ti.

—No te acerques a mí Pablo —le exigí a la vez que trataba de anticipar sus movimientos; quise esquivarlo pero me detuvo tomándome de un brazo para lanzarme a la cama de nuevo. Esta vez caí con más fuerza, lo que me hizo más difícil incorporarme; lo vi acercarse y me lancé contra él para empujarlo de nuevo, buscando la oportunidad de escapar, pero sólo logré hacerlo retroceder y tropezar con la butaca; ante mi absoluto asombro la tomó con ambas manos y la lanzó hacia la puerta, dificultando mis posibilidades de huir. Me dirigí hacia el otro extremo de la habitación, pero él me alcanzó para sujetarme fuertemente por el cabello. El dolor me impedía moverme, le suplicaba llorando que se detuviera, pero él ya no escuchaba, estaba dominado por la ira. Temí por mí, por mis hijos, y en mi mente buscaba con desespero la manera de librarme. Me arrojó con fuerza a mi cama, y enseguida se lanzó sobre mí golpeándome; me inmovilizó con sus dos manos y con el resto de su cuerpo. Mientras forcejeábamos él comenzó a besarme la boca, el cuello y el escote de mi bata; yo trataba en vano de zafarme. Quería gritar, pero de nuevo me contuvo pensar en los niños. Siguió arremetiéndome, abrió mi bata, y con sus dedos maltrataba mis senos. Entre sollozos le imploraba que me dejara, pero en lugar de eso sentía sus manos ásperas tocándome con más intensidad... cruzando todos los límites; me mojaba con el sudor de su rostro, el aliento a alcohol me repugnaba, pero no más que su cercanía; me aprisionaba el pecho impidiéndome la respiración, sentía náuseas, pero no podía apartar mi cara siquiera para tomar un poco de aire; creí que me desmayaría... tal vez ésa habría sido una buena manera de evadirlo. Conseguí soltar una de mis piernas y le pegué entre las suyas con mis rodillas, pero sólo logré alterarlo más; siguió actuando sin dejar de pronunciar palabras soeces.

—No te resistas, quédate tranquila para que puedas disfrutar a tu hombre; así terminarás de entender que no te dejaré estar con nadie más.

No podía creer lo que pasaba; sentía que mi cuerpo cedía ante su fuerza y maldad. El odio por él se combinaba con impotencia; yo era su presa: frágil y vulnerable. Él tenía el poder sobre mí, se había trazado un plan y no se detendría hasta cumplirlo, pero yo me resistía a seguir siendo parte de eso, y solté un grito al que él respondió con un golpe en mi mejilla y la orden de callar. Mis ojos estaban nublados por las lágrimas, ya no podía identificar cuáles eran las partes de mi cuerpo adoloridas, experimentaba la brutalidad con que él usaba sus propias piernas para separar las mías, hasta que logró penetrar mi intimidad de una manera salvaje; lo sentí rasgándome, quemándome; estaba asqueada; sólo podía odiar y llorar.

—Seguro que otro hombre no te hace sentir así, ¿verdad? —rugió con la respiración cortada —esto es lo que necesitabas.

Su voz retumbaba en mis oídos, pero sus palabras ya no significaban nada, sólo eran un ruido más de esa escena miserable en la que yo era víctima del acto sexual más vil de la tierra. Ya cansada de resistirme, mi cuerpo había quedado inmóvil debajo de aquel hombre musculoso que se batía sobre mí, transgrediéndome de diversas maneras, hasta que escuché el quejido final, con que su cuerpo anunciaba la culminación de su faena. Era imposible evitar el calor asfixiante de su aliento sobre mi rostro; cerré los ojos evitando su imagen, sin embargo lo hallé entre las sombras de mi mente invadiendo todos mis sentidos. Estaba atrapada bajo su cuerpo inmóvil; con lentitud y gran esfuerzo logré apartarlo, temía por una reacción brusca, pero su objetivo había sido cumplido y no le era necesario mantenerme prisionera; mi cuerpo se libró de las amarras físicas, pero quedó prisionero en un oscuro túnel de rabia, tristeza y humillación.

—Deben tener noción del espacio a la vez que dominan su técnica corporal—decía el profesor de danza a los alumnos sentados en círculo a su alrededor—. Si no saben ubicarse en el escenario, no tendrán éxito en su actuación. Bailen en su memoria, con sus instintos, tomen el espacio con gracia, pues aun en la oscuridad, ustedes serán capaces de lograr un desempeño perfecto.

El hombre hablaba colocando énfasis a sus palabras, sus manos gesticulaban y la voz se paseaban por distintos tonos de voz. Los jóvenes aprendices se deleitaban al sentir la pasión de ese hombre, por el arte que ellos también habían escogido; querían asimilar algo de su experiencia, de su sabiduría ganada con años de práctica, y en especial de su sensibilidad.

—La coreografía está no sólo en la memoria—revelaba su líder con emoción—, está en el corazón, en la sangre, en las fibras de su ser; y la música... ese vehículo maravilloso, no sólo actúa para marcar compases, sino que es energía... el combustible que se aloja en el pecho y lo hace detonar con la centella de la pasión, convirtiéndose en delirio y poesía del cuerpo.

De pie, al lado del profesor, Amanda esperaba para iniciar su actuación, encantada al descubrir cómo las palabras de su maestro habían logrado describir su propia experiencia. Ahora tomaba unos minutos para concentrarse mientras observaba en sus manos el pañuelo negro con el que cubrirían sus ojos durante la rutina. Vestía una franelilla verde de rayas que se adhería a su silueta, un pantalón suave que dejaba sus tobillos descubiertos, y una falda ligera y corta. Su cómodo atuendo dejaba traslucir las suaves curvas que había desarrollado luego de dieciocho años de vida, y le daba la libertad que requería para entregarse al baile.

El profesor se acercó a ella, la llevó del brazo hasta el centro del salón, y tomó de sus manos el pañuelo.

—No lo necesito, puedohacerlo con los ojos cerrados—puntualizó ella.

—Nada de eso señorita. No quiero que me hagas trampa—replicó él, empleando tono de juego.

Con una sonrisa de picardía, Amanda accedió

En el piso se habían dispuesto algunas marcas con cinta adhesiva, enumeradas del cero al doce; eran las estaciones que debían marcar durante la ejecución de una coreografía. Varios de los bailarines estaban situados en lugares estratégicos de la pista, y debían permanecer inmóviles

hasta culminar la ejecución. Había una regla: cumplir la rutina de baile tocando en la secuencia correcta cada estación, y sin tropezar a los bailarines que cumplirían el rol de estatuas. Ya en la penumbra, Amanda dispuso de unos segundos para acostumbrarse a su condición invidente, y al escuchar la música, la muchacha abandonó su habitual actitud tímida: se dejó llevar por los primeros acordes y sincronizó con ellos los armoniosos ritmos de su cuerpo. Sus brazos comenzaron a balancearse hacia los lados, dibujando olas que hacía ver sus extremidades como instrumentos flexibles; su espalda se arqueaba hacia delante dibujando toda su espina dorsal, y enseguida los huesos se fundían para ceder la atención a sus hombros y brazos que buscaban tocar el techo, u ondeaban hacia los lados como banderas. El aire era la música, los pies desnudos recibían del suelo la energía, la figura elástica parecía no tener restricciones; el cabello suelto formaba remolinos... cascadas, paseaba su aroma de hierbas para estimular el olfato de las provisionales estatuas en la ruta de su danza. Seguía con obediencia cada uno de los pasos que le habían enseñado, pero aun así los movimientos que dibujaba eran libres y únicos. Fue tocando con absoluta gracia cada marca dispuesta; lo hizo con sus pies en una ligera pirueta, con sus manos luego de rodar en el piso emulando una hoja empujada por la brisa. Cuando llegó al siete, se puso de cuclillas, en una breve pausa que le dio el impulso para elevarse y dar una corta carrera que se transformó en un salto de gacela, y cayó con exactitud en el número ocho. Sus piernas se elevaban y descendían, abrían y de nuevo se encontraban, formaban arcos y se estiraban formando un triángulo perfecto con la superficie. Los brazos se recogían, al igual que los dedos de su mano que se cerraban, de inmediato se extendían para acariciar figuras invisibles que casi parecían reales; su rostro complementaba la expresión corporal con gestos dramáticos. Giros, saltos, deslizamientos, pasos marcados por el reloj de la melodía, llevaron a Amanda hasta el final de su trayecto. Al número doce, se posó casi como un halcón, para postrarse en el suelo; cada codo y cada rodilla con sus parejas, y la cabeza casi escondida entre los hombros para finalizar con el último compás. Nadie había sido tropezado, sólo rozado por las suaves hebras que brotaban de su cabeza, y abanicado por las ráfagas de aire dejadas a su paso. Amanda permaneció allí unos instantes recuperándose; ya de pie, se retiró la banda para mostrar de nuevo el azul de sus ojos. Habitada a la penumbra, le costó distinguir a sus acompañantes que la miraban hechizados, en absoluto silencio. El profesor, situado en una esquina, se maravilló una vez más con su gracia, su soltura y ese estilo indómito que iba más allá de sus instrucciones. Se acercó a ella, la tomó de la mano, y la condujo hacia el resto del grupo. Con risa nerviosa, la muchacha observó a su profesor esperando algún comentario.

—Y bueno... ¿cómo lo hice?

Él la miró con la expresión de un maestro orgulloso, mezclada con la admiración de un simple espectador.

—Lo hiciste muy bien. No fallaste ni una sola marca, no tenemos heridos en la sala, y tu rutina fue impecable. Además de eso te has compenetrado con la música para alcanzar juntos el acorde final. A eso llamo yo el orgasmo perfecto.

Sin saber si reír o apenarse por lo que parecía un gran elogio, agradeció con timidez. Su mirada encontró a su amigo Miguel, quien había llegado a buscarla minutos antes de iniciar ella su baile.

?¡Estuviste maravillosa! —le manifestó él con orgullo, apenas Amanda se acercó.

Ya más tarde, Amanda y Miguel caminaban por la acera comentando la experiencia de la reciente clase; ella buscaba palabras para transmitirle la ansiedad que había sentido momentos antes de comenzar su rutina, y cómo esa sensación había desaparecido apenas sintió el enlace con la música.

—Es mágico Miguel, la música y el baile me transforman.

Miguel sonreía satisfecho.

—Si yo bailara como lo haces tú, no me dedicaría a nada más.

—Pero son muchas las cosas que deseo hacer en mi vida, Miguel; creo que mi madre me transmitió en su vientre este deseo incontrolable de sacarle provecho a cada día.

—¡Vaya que es una mujer entusiasta! —rió Miguel, recordando el carácter de Jimena—. Pero tú no te quedas atrás, Amanda; parece que ustedes nunca se cansaran.

—Claro que sí, pero las obligaciones no esperan; ahora, por ejemplo, tú y yo debemos dedicarnos al proyecto de arte —puntualizó Amanda—. ¿Trabajaremos hoy y mañana?

—Por supuesto que sí. Hoy en la biblioteca buscaremos bibliografía, y mañana pasaré por ti después de la clase para ir a mi casa; ¿te parece bien?

—¡Vale!

Era cerca de medio día; Amanda entró agitada a su apartamento lanzando la puerta tras ella; se dirigió al cuarto de su madre y la encontró con bata de baño y una toalla enrollada en su cabeza, escribiendo unas notas en su «Cuaderno de eventos».

—Mamá, mamá, ¿adivina qué?... no me lo vas a creer.

Jimena no se inmutó ante la excitación de Amanda, pero la recibió con su habitual sonrisa de bienvenida.

—¿Qué pasó hija? —le contestó esperando las novedades.

—Ni te lo imaginas mamá —Se sentó en la cama junto a su madre, quien ya había cerrado su cuaderno para escuchar a la muchacha.

—Debe ser muy bueno lo que traes, pues hace tiempo que no te veía así, tan emocionada. Su hija seguía vibrando de emoción.

—Vi la casa de la foto, la que dejó tu mamá Laura entre sus cosas.

En ese momento Jimena palideció. No creyó que eso pudiera ser cierto, siempre había supuesto que aquella fotografía había sido tomada en un mundo lejano, y que nunca llegaría hasta ella, aunque lo deseara y eso ayudara a revelar el acertijo de su vida.

—¿Pero... tú estás segura? —preguntó aparentando estar calmada, pero con los ojos casi fuera de su órbita.

—Segurísima mamá. Pasé por todo el frente con Miguel; cuando la reconocí le pedí que nos bajáramos. Estuve un buen rato mirándola desde afuera; la detallé, y aunque algunos detalles son distintos, estoy segura de que es la misma.

—¿Y lograste ver a alguien?

—Vi algunas personas entrando, pero por supuesto no les pregunté nada.

Jimena fue atacada por los nervios, comenzó a dar vueltas en la habitación tratando de encontrar algunas explicaciones, y pensando que tal vez se trataba de un error. Se quitó la toalla de la cabeza, y su cabello se soltó de forma desordenada.

—Pero no puede ser Amanda, ese lugar queda aquí en nuestra misma ciudad y los espíritus nunca me habían guiado. ¿Por qué? ¿Cómo es que me mantuvieron ese secreto tanto tiempo? Yo que he confiado tanto en ellos, y sin embargo me ocultan información importante de mi vida.

—No digas eso *Ma*, tú misma me has dicho que tus guías no están autorizados a decirte todo sobre nosotras; si no lo habían hecho alguna razón tendrían.

Amanda se colocó frente a su madre, buscó su mirada para culminar la idea.

—Y lo están haciendo ahora mamá, yo no pasé por allí por pura casualidad: ellos me llevaron.

—¿Y se sigue llamando igual?

—¡Sí! Tiene el mismo nombre colocado en el frente: «La Estancia del Señor»

La idea de conocer el sitio se fijó en la mente de Jimena, y sabía que ya no conseguiría alojar otro pensamiento.

—Tienes razón, hija. Ellos escogieron este momento, tenemos que ir. Espérame un minuto y nos vamos; no hay tiempo que perder.

Se levantó nerviosa y comenzó a buscar ropa en su closet, descartando varias piezas cuyos estampados no consideraba apropiados. Se decidió por un conjunto de blusa naranja y una falda

del mismo tono, para alertar a los «espíritus de búsqueda», como ella llamaba a aquéllos que cumplían la misión de resolver casos que los humanos ya habían dado por perdidos. Mientras terminaba de abotonar su pechera, se colocaba unas zapatillas, haciendo malabares para calzar sus pies sin agacharse; recogió su abundante cabello rojizo tejiendo con rapidez dos trenzas, y hurgó en un cofre hasta sacar unos collares de cuentas, uno de ellos con pequeñas cruces de bronce intercaladas con semillas de árboles. Se aplicó unas gotas de perfume detrás de las orejas y entre sus senos. Caminó hacia un pequeño altar en la sala contigua de su habitación; se arrodilló en el piso y murmuró una oración ante las imágenes de sus santos.

—Debo prepararme para lo que voy a enfrentar —explicó, y se puso de pie tomando bocanadas de aire, que expulsaba en tres tiempos, a la vez que recorría el cuarto y el resto de su apartamento recopilando objetos que lanzaba dentro de su bolso.

Minutos más tarde, madre e hija detenían a un taxi en la calle; Amanda indicó al chofer la dirección a la que se dirigían, y su madre se extrañó por desconocer el sector que ella mencionaba.

—Jamás había escuchado hablar de esa urbanización. Hasta me parece que estás hablando de otra ciudad —comentó extrañada—. ¿Tú estás segura de esa dirección?

—Claro que lo estoy, he estado allá varias veces con Miguel. Es una zona de gente acomodada mamá —contaba la joven con evidente entusiasmo.

—No seré acomodada, pero conozco mucha gente de alcurnia que va a mi consulta, y nadie me había mencionado ese nombre.

—No te acordarás mamá, si a veces ni te acuerdas del nombre de la calle donde vivimos.

—Claro que me acuerdo: calle Los Uveros. ¿Qué tiene de difícil?

—¿Te fijas? No es calle «Los Uveros», es calle «Los Viñedos».

La madre se reía de su propia confusión.

—¿Y no es lo mismo?

El chofer que hasta ahora se había mantenido en silencio intervino.

—No señora, no es lo mismo, y con enredos como esos he llevado a pasajeros al lado opuesto del lugar a donde quieren ir, y después quieren que no les cobre. ¿Qué puedo hacer yo?

Los siguientes cuarenta minutos transcurrieron en anécdotas relatadas por el conductor, que ayudaron a mitigar la ansiedad de sus dos pasajeras. Ya cerca del lugar de destino, Amanda pidió que redujera la velocidad para ubicar la dirección; al llegar el hombre se estacionó junto a la acera desde donde se observaba con claridad la hermosa casa; era mucho más grande de lo que se apreciaba en la fotografía, ahora podían divisar el garaje, el amplio jardín, y lo que

aparentaba ser una pequeña cabaña. Se observaba una vía lateral que conducía a un gran patio trasero con árboles que sobrepasaban la altura del techo. El lugar estaba resguardado por la misma reja de hierro, y frente a ella se elevaban enormes, los cinco chaguaramos que en la foto lucían pequeños. La fachada que en algún momento fue blanca, ahora mostraba una combinación de ocre y beige, y la gran alfombra verde cedió parte de su espacio a un hermoso arreglo paisajista.

Jimena estaba inmobilizada observando los detalles de aquella residencia, y no se percató del momento en que Amanda despidió al chofer, ni cuando éste aceleró su marcha. Su hija se detuvo a observarla, un poco preocupada por el impacto que ese momento le estaba causando.

—Mamá, ¿te sientes bien?

—En realidad me siento extraña, tengo un hueco en el pecho. Pensé que nunca llegaría aquí. ¿De quién podrá ser?

— No lo sé, pero debe ser alguien muy sociable o una familia muy grande, pues hay varios carros estacionados.

Se acercaron a la puerta de entrada, con la intención de tocar el timbre del intercomunicador, pero primero discutieron qué contestarían.

—¡Ya sé mamá! Decimos que estamos perdidas y necesitamos utilizar el teléfono.

—¿Y por qué piensas que alguien abriría su puerta a unas extrañas y las dejaría entrar para usar su teléfono?

—Porque hoy los espíritus nos están abriendo camino. ¿O es que todavía te parece pura casualidad que estemos aquí?

—Está bien, yo te dejo hablar —accedió su madre.

Amanda pulsó el botón con nerviosismo, repasando su argumento. Nadie respondió, pero enseguida se escuchó un timbre similar al sonido de una chicharra, que abrió la reja de entrada.

—Debe ser que alguien viene de salida —concluyó Jimena.

Ambas vigilaban con ansiedad la puerta principal esperando que ésta se abriera, pero nada sucedió. Después de esperar lo que consideraron un tiempo prudente, decidieron entrar.

Tomaron un pequeño camino que atravesaba el frondoso jardín y aprovecharon el plácido recorrido para relajarse un poco. El sendero estaba cubierto de lajas de piedra, y entre las juntas podían ver hilos verdes de grama. Algunos bancos de hierro forjado invitaban a sentarse para admirar el lugar, ofreciendo como regalo un maravilloso cuadro en el que las flores se mostraban esplendorosas ante el sol de media tarde, y gran variedad de plantas se habían confabulado para crear una composición perfecta: texturas y colores se combinaban poniendo

en evidencia el milagro de la naturaleza, y la habilidad de un cuidadoso jardinero. Dentro de una gran jaula, decenas de aves sacaban el mayor provecho al limitado espacio de su cautiverio; revoloteaban y agitaban sus plumajes, mientras hacían escalas en las varas de madera, en los platos de agua, y en los alimentadores donde cientos de diminutas moscas se disputaban el derecho sobre las picoteadas frutas. Las abejas agradecían el néctar de las flores con suaves zumbidos, e impresionantes mariposas azules zigzagueaban, hasta que una se posó en el hombro de Jimena.

—¿Viste mamá? Ésa es señal de buena suerte —le hizo ver Amanda encantada.

Madre e hija culminaron su breve recorrido en el portal, donde dos grandes macetas con frondosos helechos resguardaban la entrada como diligentes centinelas. Ambas clavaron su mirada en la pesada puerta de madera, y observaron con atención las torneadas figuras que la decoraban. Amanda se disponía a descargar su coartada en la primera persona que abriese la puerta, y vio como en un impulso su madre dio media vuelta hacia la entrada. La muchacha tuvo el tiempo justo para tomarla del brazo y detenerla.

—Pero mamá... ¿qué haces? ¿Te vas a ir así después de haber esperado toda tu vida para venir a este lugar?

—Pues ahora no estoy muy segura de querer descubrirlo. He vivido muy bien con lo que no sé.

—Está bien, vete si quieres, pero yo sí voy a entrar.

—¿Y qué vas a decir?... «Mire señor: mi mamá tiene una foto de esta casa que le dejaron de herencia cuando ella estaba chiquita. Ahora es un vieja hecha y derecha con crisis existencial que quiere descubrir su pasado».

Amanda la miraba disimulando la gracia que le producía su madre al emplear ese tono burlón, que se le mezclaba con los nervios.

—Hay que ver mamá, tan valiente que dices ser, pero en el fondo eres una cobarde.

—¡Bueno! Si yo no había venido era porque ni los astros ni los espíritus me habían guiado.

Su hija le respondió con tono seco pero en voz baja para evitar ser escuchada por otros.

—¿Y hasta cuándo vas a decir eso? Estamos aquí y eso es lo que importa; el momento es ahora y punto.

Mientras Amanda convencía a su madre para que no abandonara la misión, la puerta se abrió y apareció una señora de expresión gentil.

—Hola, bienvenidas. Por favor pasen adelante —les solicitó después de darles una ojeada.

Las dos dieron unos pasos hasta el vestíbulo y miraron a la mujer, esperando que las interrogara; aparentaba más de sesenta años, su piel era muy morena y su rizado cabello estaba cubierto de canas; usaba un delantal blanco, y en su mano sostenía una jarra plástica. Sonreía al tiempo que arrugaba los ojos tratando de enfocar mejor, en un intento fallido por reconocer los rostros de sus visitantes. Al cabo de un momento adoptó una expresión de triunfo y rió.

—¡Claro! Ustedes son las amigas de Echeto. Disculpen por no haberlas reconocido. Sígueme

—les pidió un tanto avergonzada por la supuesta falla de memoria.

Soy Angelina, por si no recuerdan mi nombre

Angelina las guió hacia el interior de la residencia, y pasaron por una sala donde una mujer muy anciana dormía sentada en un sillón; sus hombros y su cabeza estaban inclinados hacia adelante, por lo que la barbilla casi le tocaba el pecho. Las manos, apoyadas en las piernas, sujetaban un rosario con cuentas de perlas. Angelina le dio una palmada en el hombro y le habló muy cerca de la oreja.

—Gladys, ahorita te llevo a tu cuarto. Tienes allí más de una hora.

La anciana se incorporó lo suficiente para enderezar un poco su rostro, aunque mantuvo los ojos entrecerrados.

—Todavía no he terminado, apenas voy por el tercer misterio—logró balbucear.

Angelina dio una ojeada a las visitantes con un suspiro de paciencia.

—¡Siempre va por el tercer misterio!

El lugar era silencioso, sereno, la decoración sencilla, y todo lucía ordenado e impecable. Continuaron caminando, y pasaron frente a la puerta de una capilla; desde allí se divisaba un pequeño altar, y los cirios encendidos emanaban el olor a parafina caliente combinado con acentos de jazmín. Más adelante llegaron a una puerta de dos hojas que permitía el acceso a un gran patio interno, limitado por corredores que formaban un gran rectángulo. Detallaron a las personas que se encontraban allí, y de inmediato comprendieron que estaban en un hogar geriátrico.

Todavía sorprendidas por el reciente descubrimiento, se sintieron ansiosas por conocer más

sobre el lugar y sus inesperados ocupantes; desde el patio apreciaron el verdor de varios árboles que regalaban su frescura y cuyas copas dejaban filtrar rayos de sol que dibujaban haces de luz en el aire. Hacia el centro había una pequeña choza en la que se divisaban tres vistosas guacamayas y dos niños que gritaban para llamar su atención. El bullicio generado despertó la ira de una de las ancianas, quien gritaba desde su mecedora sin obtener la más mínima atención de los pequeños. Una señora muy robusta descansaba su gran masa corporal en una amplia silla de hierro, y debajo de ella se asomaban las puntas de unos cojines que parecían haber llegado a su nivel máximo de compactación; mientras ella intentaba sin éxito pararse de la silla; gritaba enojada por la supuesta negligencia de sus cuidadoras.

—¡Insensatas, flojas!... tráigame mi comida que me van a matar de hambre. Me voy a quejar con mi familia.

Otra contestaba con gran molestia.

—Cállate mujer, que me estás volviendo loca. Ya tú comiste, y has merendado como cuatro veces —gritaba mientras movía sus manos en el aire.

Pese a la agitación de los niños y los gritos de reclamo, algunas damas parecían más concentradas en los regalos sutiles de la tarde: la arrulladora brisa, la fragancia de flores, la luz que exaltaba los matices de las plantas. Otras, tal vez las privilegiadas del momento, disfrutaban con gran placer la compañía de sus visitantes. Una jovendama mostraba con orgullo su bebé recién nacido, y mientras las manos temblorosas de su abuela acariciaban el rostro de la criatura, se observaba el maravilloso contraste de pieles y generaciones.

Amanda y Jimena llevaban algunos minutos disfrutando la escena, y ambas habrían querido permanecer allí por unas horas para acompañar a esos seres solitarios, pero su guía las instó a seguir.

—Vamos señoras, que ya no les queda mucho tiempo de visita.

Continuaron el recorrido, y entraron a un espacio similar, pero donde los residentes eran hombres. En una esquina, luego de recorrer unos metros, se encontraba un anciano de muy avanzada edad, quien mantenía fija su mirada al frente, más allá de la pared que tenía como paisaje. Llevaba puesto un sombrero de ala ancha, una camisa blanca de tela casi transparente por el uso, y unos pantalones sujetos con unos tirantes que arrugaban la tela sobre sus hombros.

—Echeto, mira, vinieron a saludarte —le dijo al hombre con voz fuerte en la oreja, lo que parecía una práctica común en el lugar.

El viejo volteó hacia donde estaban las dos visitantes y sonrió mostrando una dentadura que

parecía no caber en su boca. Jimena se conmovió con la fragilidad del señor, y se sentó en una silla contigua. Se acercó a él para darle un beso en la mejilla, y en un giro inesperado del hombre, Jimena recibió un sonoro beso en la boca. Su reflejo la hizo retirarse y cubrirse media cara.

—Pues mira al señor, no estaba tan ido como parecía —comentó aún pasmada.

—Bueno mamá, algún recuerdo le trajiste —acotó Amanda riendo.

Angelina le dio al hombre un palmazo en la espalda.

—¿Pero qué es eso Echeto? Así sí es verdad que no te van a visitar más. ¡Compórtate!

Luego se dirigió a la pareja de mujeres para informarles lo que consideraba su deber.

—Ya está mucho mejor de su reciente malestar estomacal, pero todavía tiene mucha flatulencia, así que por favor no le vayan a dar chucherías, porque la nutricionista le mandó una dieta especial.

—No se preocupe, que no le daremos nada. No voy a venir yo a contravenir las órdenes de su doctora —prometió Jimena, quien no contaba ni con un caramelo que le permitiera romper la promesa.

Angelina continuó con su reporte.

—Pero el viejito es terco. Está empeñado en que le traiga unos fulanos pastelitos con frijoles y arroz, y ayer se molestó tanto que hasta se me colgó de una teta —les contaba molesta, mientras se acariciaba el área afectada.

Madre e hija evitaron mirarse, pues ambas intuían que esto provocaría un estallido de risas; mientras tanto el viejo mostraba su molestia con elocuencia, emitiendo murmullos que no lograron comprender. Angelina le arregló el sombrero como gesto de consideración, y se despidió.

—Señoras, voy a tener que dejarlas, porque tengo como una hora paseando esta jarra, y creo que ya he derramado la mitad del agua. En un rato estoy de vuelta con ustedes.

Cuando comprobaron que Angelina se encontraba lejos, se miraron y rieron a carcajadas por unos minutos, junto a la risa cómplice de Echeto que parecía muy divertido. Decidieron dedicarle un rato al solitario hombre, y éste agradeció el gesto revelándoles algunos fragmentos de su vida.

Contó que se había dedicado a su hacienda arrocera por más de cuarenta años, veinte de los cuales los había compartido con su adorada Rosalinda, hija de su capataz. Ellos se habían enamorado cuando ella aún era muy joven, y a pesar de una gran diferencia de edad, los padres de la muchacha aceptaron complacidos la unión, en respeto a toda la consideración que habían

recibido de su patrón. Durante el tiempo que compartieron juntos, Rosalinda se dedicó a cuidar de su marido, y era esa compañía dulce la que añoraba Echeto; la imagen de su mujer apareciendo con sus humeantes pastelitos de frijoles con arroz, significaba su delirio. Afirmaba que todavía podía sentir el roce de su largo cabello, negro como la noche, y escuchar su voz de niña que nunca llegó a cambiar.

—Mi dulce Rosalinda me dejó muy pronto —declaraba en su rato de lucidez—; se fue dejándome una casa demasiado grande para mí sólo, porque Dios ni siquiera quiso que me quedara con mi hijo, se los llevó a los dos en un solo viaje.

—¿Y no tenía a nadie más que lo acompañara? —trató de indagar Amanda, contagiada por la tristeza del personaje.

—Sí muchacha, tenía un sobrino. Él era como mi hijo, y mire pues donde me dejó. Hace años que no sé nada de él, ni de mi tierrita.

Al terminar, el hombre comenzó a balancearse hacia adelante y atrás balbuceando el nombre de su compañera.

—Rosalinda, vamos al zaguán... Rosalinda, vamos al zaguán...

Y continuó así hasta que se quedó dormido en su silla. Pronto llegó una de las voluntarias y lo despertó para llevarlo a su cuarto. Aclaró que ya casi era la hora de la cena, y si se dormía, sería muy difícil acostarlo en el horario acostumbrado. Jimena ayudó a levantar a Echeto, con la intención de acompañarlo.

—No se preocupe señora, yo sola lo llevaré—apuntó la dama—; es que en su habitación está otro señor al que no le gustan mucho las visitas.

Jimena aceptó y lo besó en la mejilla.

—Hasta pronto, abuelito, ya vendremos otro día a visitarte.

Cuando se disponía a continuar su recorrido, Jimena sintió en la espalda algo pesado que la hizo gritar del susto. Amanda volteó enseguida sobresaltada y vio a un mono aferrado a una de las trenzas de su madre.

—¡Mamá: tienes un mono en la cabeza! —gritó con asombro.

Jimena batallaba desesperada contra su agresor.

—¿Y qué esperas para quitármelo? —reclamó mientras intentaba despojarse de él.

Amanda hizo el intento de hacerlo, pero el mico le estiró la mano en señal de amenaza y emitió un chillido que la detuvo en el acto. El animal se colocó en el hombro de Jimena, y se inclinó para mirarla de frente; ella lo observó atónita, preparándose para una sacudida, pero recibió a cambio una afable mirada que la desarmó. El mono comenzó entonces a acariciarle el rostro, y

colocó sus labios en la mejilla a manera de beso.

—Mira mamá, ahora conquistaste a un mono. ¡Estás arrasando! —se divertía Amanda.

—Pues esta visita sí que me ha levantado la autoestima —respondió con sarcasmo, mientras retribuía los mimos del animal.

Enseguida apareció una de las residentes: era Estela, una anciana gruesa y de aspecto saludable.

—Fuera Chichipá. ¡Te pasaste de la raya!

El mono escapó despavorido

—¿Y de quién es ese mono? —preguntaron Amanda y Jimena al unísono

—Nadie lo sabe, apareció aquí de la nada, pero dicen que fue tomado por el espíritu de Chichipá: un viejo que vivía aquí y que era muy enamoradizo. Yo creo que usted le cayó en gracia.

—Esto sí que es nuevo para mí —acotó Jimena en voz baja—, un espíritu en el cuerpo de un mono. Vamos hija, mejor sigamos mirando porque dentro de poco nos mandan a salir.

Aunque no sabían qué andaban buscando, continuaron su recorrido, ocultándose cuando advertían a alguien acercarse. Encontraron una escalera que llevaban a un piso inferior, y no dudaron en descender por ella; llegaron a una salita privada muy acogedora pero con poca iluminación, en la que se percibía un particular olor de cuero y tabaco. Encima de un escritorio, varios libros de pesada apariencia se apilaban en dos grupos. Jimena se acercó para abrir una de las tapas.

—Creo que es de medicina —alcanzó a decir justo antes de escuchar una puerta cercana que se cerraba.

—Alguien está por allí, mejor nos vamos —le sugirió a su hija susurrando.

Ambas tomaron la escalera, y cuando terminaban de subir escucharon una voz femenina que llamaba desde abajo con tono amable.

—¿Angelina, eres tú?

Ambas se miraron acallando la risa y aceleraron su paso, pero de inmediato notaron que habían tomado la dirección equivocada.

—Esta casa parece un laberinto. Creo que nos perdimos —musitó Amanda.

Se encontraron de frente con una puerta grande, y no dudaron en indagar lo que había dentro. Al abrir, el sonido de las bisagras pareció anunciar su llegada. Parecía un salón de festejos. Buscaron el interruptor de iluminación y con él se encendió una enorme lámpara con cristales en forma de lágrimas; la luz de los bombillos traspasaba los pequeños cuerpos de cristal para crear interesantes reflejos que se esparcían por la habitación

—Mamá, aquí como que tendrán una gran fiesta. Mira la mesa: es excepcional.

Ambas se acercaron a detallar la mesa fabulosa donde estaban acomodados dieciocho servicios de comensales con un gusto exquisito; el mantel estaba bordado con flores y pétalos de vívidos diseños. Los servicios individuales constaban de cuatro platos ordenados de forma decreciente, otorgando un efecto piramidal, en una combinación de azul cobalto, blanco y dorado, coronados con una servilleta doblada en forma de abanico estrellado; los cubiertos en plata y oro se alineaban a los lados de los platos en estratégico orden, y delicadas copas de vino con talladuras en la base permanecían erguidas marcando la posición de los convidados. En el centro algunos cilindros de cristal sostenían arreglos de flores naturales, y tres grandes candelabros con largas velas color crema, mantenían aún el rastro de encendidas anteriores, exhibiendo la parafina que alguna vez se derritió formando quebradizas esculturas. El olor de la habitación no se había contagiado con el del resto de la casa, tal vez porque las ventanas se mantenían cerradas, y era una mezcla de aceite para madera, humedad y flores. La misma falta de ventilación hacía que la atmósfera se sintiera algo pesada, pero el encanto del ambiente disipaba cualquier sensación desagradable.

—Me gustaría quedarme para esta cena —comentó encantada Amanda—. Si así está arreglada la mesa, no quiero ni imaginarme cómo será la comida.

Enseguida comenzó a buscar alguna pista que indicara el motivo de la celebración.

—Quizá hay por aquí una tarjeta de invitación, o una lista de invitados —le comentó a su madre sin que ésta le prestara mucha atención, pues seguía concentrada en las piezas del conjunto.

La muchacha se acercó entonces a una gran vitrina, donde permanecía en perfecto orden el resto de la vajilla. El mueble exhibía además bellísimos tiradores de plata elaborados en orfebrería, que se repetían tanto en las puertas como en las gavetas. Se sintió atraída por el contenido de estas últimas, e imaginó que tal vez encontraría lo que buscaba; fue abriendo una a una, para encontrarse con servilletas, manteles, cubiertos y piezas de servir. Se dejó llevar por la delicadeza de los objetos, pero le decepcionó el no hallar la información que deseaba. Su última oportunidad era un pequeño compartimiento en forma de cofre situado en uno de los laterales del mueble; intentó levantar su cubierta pero comprobó que estaba cerrado, fue entonces cuando advirtió su pequeña cerradura, adornada con los hermosos arabescos del mismo trabajo orfebre, pero con unas iniciales. Amanda hizo otro intento por abrirlo aplicando mayor fuerza, pero el cajoncillo no cedió; esto agudizó su curiosidad y de nuevo abrió las gavetas que antes había inspeccionado, revisando ahora de manera más atrevida debajo de los manteles, en el fondo detrás de los utensilios; esperaba encontrar la llave, pero no tuvo éxito.

—Aquí deben guardar algo importante... está cerrado —determinó en voz baja.

Jimena había permanecido junto a la mesa admirando el bordado del mantel, los puestos de los comensales, y volteando los platos de porcelana para leer la inscripción.

—La vajilla es una verdadera joya, está pintada con oro de catorce quilates —exclamó maravillada antes de escuchar la observación de su hija. Retornó a la mesa la taza de consomé que sostenía, y se acercó a observar el mueble; sintió una extraña atracción por la elaborada cerradura del cofre y se agachó para detallarla mejor: con su mano percibió las entalladuras, y pudo distinguir las iniciales del elaborado diseño: AVYE. Sintió una gran presión en el pecho, y junto a un suspiro ahogado, exclamo dos palabras en voz muy baja, que apenas su hija pudo escuchar.

—¡La llave!

—No está mamá, revisé en todos lados pero no la encontré —le aclaró Amanda.

—¡No, yo tengo la llave!

Su hija la miraba tratando de entender en qué momento su madre la había encontrado.

—¿Cómo que la tienes? ¿De dónde la sacaste?

—Es la que me dejó mamá —aclaraba con asombro.

Jimena seguía sorprendida, podía reconocer los dibujos de la plata, el envejecido en negro, el torneado del metal formando los delgados cordones, y las mismas letras en relieve. Mantenía su mirada en la cerradura, tratando de adivinar qué parte de su pasado estaba encubierta allí.

—No está vacía —aseguró negando con su cabeza.

—Claro que no, pero dudo que lo que esté allí tenga algo que ver contigo.

Las dos mujeres se habían concentrado tanto en el salón, que se olvidaron del resto de la casa y sus respectivos habitantes. Fueron entonces sorprendidas por la voz de una mujer, a la cual no habían visto durante su recorrido anterior, y aunque su trato fue muy amable, mostró incomodidad por las dos intrusas.

—Señoras, no deberían estar aquí; La Estancia ya cerró la puerta a los visitantes, y aparte de eso, esta sala es privada, tiene acceso restringido.

Jimena se sintió muy apenada.

— Disculpe, llegamos aquí por equivocación. Mientras buscábamos la salida encontramos este salón y nos quedamos admiradas por la bellísima mesa. Imagino que ya los invitados deben estar por llegar.

La mujer caminó hacia ellas, mirando alrededor para verificar que nada estuviera fuera de su sitio.

—No tenemos invitados; esta mesa la mantenemos siempre así.

—¿Todo el tiempo?... no lo puedo creer. ¡Si hasta tiene flores frescas! —repuso Amanda.

—Pues sí, es verdad; yo misma me encargo de mantenerla reluciente. Repongo las flores cada semana; limpio la vajilla y cambio la mantelería cada mes. Es la orden que recibo.

—¿Y desde cuándo está así? —interrogó Amanda.

—No lo sé con exactitud. Tengo nueve años trabajando aquí, y ha permanecido igual; nunca he visto a nadie sentarse a comer en este salón. Cuando ha habido alguna fiesta, se celebra en el patio principal, donde también hay una gran mesa, pero todo se hace mucho más informal, aunque en esos casos también me encargo de colocar flores frescas del patio o del jardín.

Amanda intentó entonces averiguar algo sobre el pequeño cajón, pero no quiso preguntar de manera directa.

—Me imagino entonces que en esta vitrina guardan el resto de la vajilla.

La mujer respondía a las preguntas con educación, pero sin intención de dar detalles en exceso. Su voz carecía de modulaciones, y hablaba casi como un robot.

—Lo que está allí no se saca. Lo único que cambio son los manteles y las servilletas, y eso porque les cae polvo y debo llevarlos al lavadero. Lo demás lo mantengo limpio con un paño; si es necesario lo enjuago en la cocina y enseguida lo regreso.

—Claro. Y en este cofre tan peculiar... ¿Qué guardan?

La mujer la miró con desconfianza, adivinando que ya habían inspeccionado el resto de los compartimientos.

—La verdad es que no sé, nunca lo he abierto y nadie de aquí sabe el paradero de la llave.

—¿Entonces... nadie tiene la llave? —insistió Amanda.

—Nadie. Igual no es de nuestra incumbencia; además... esta casa esconde mucho más que objetos en un mueble.

—Las dos quedaron expectantes, pensando que les hablaría de algún misterio oculto de la casa, pero no fue así.

—Ahora les voy a pedir que por favor me acompañen, pues ya debieron haberse retirado hace rato. Los abuelos están terminando su cena, y necesitan mucha tranquilidad para ir a acostarse.

La mujer acompañó a las visitantes hasta la entrada, y éstas abandonaron el lugar con la idea de un pronto retorno. Adentro los ancianos ya casi habían terminado su jornada, pero afuera estaba claro y con bastante movimiento, aunque el cielo ya comenzaba a ocultar el brillo del día para recibir la penumbra.

Era muy temprano cuando Jimena llegó a la peluquería de su amiga Brenda. A pesar de la hora, ya dos clientas se disponían a aplicarse sus tratamientos de belleza, marcando su turno con la única empleada que había llegado hasta el momento. La propietaria mientras tanto organizaba el salón: barría cabellos del piso, llevaba las revistas a sus cestas, y lavaba los cepillos frotándolos entre sí con champú. Jimena le hacía seguimiento visual, mientras conversaba sobre algunas trivialidades.

—Qué raro que estás haciendo eso hoy, pues sueles hacerlo después de cerrar.

Su amiga le respondió haciendo un sinfín de muecas con la cabeza y los ojos.

—Sí, pero ayer el desbarajuste de gente fue tal, que quedé deshecha. Cuando cerré a las diez de la noche, no tenía ánimo sino para darme un baño y acostarme a dormir. Parecía que se casaba la reina de las fiestas patronales. Las muchachas no se daban abasto con tanta gente, y yo misma me tuve que poner a echar tijera y secador.

—¡Qué bueno! Eso significa que el negocio anda bien.

—Sí, y no me estoy quejando, pero igual terminé agotada. Con decirte que ni siquiera llegué a mi cama, encontré aquí un libro que olvidó una clienta, y me quedé dormida en el sofá leyéndolo. Cuando desperté, me estaba pegando un rayo de sol en la cara.

Jimena tomó el libro del sofá, y detalló la portada.

—¿Éste?

—Ése mismo. Creo que me falta menos de la mitad.

—¿Menos de la mitad? Ya casi te lo terminas. Como que no estabas tan cansada después de todo.

—Es que me encantó, y no pude soltarlo... hasta el sueño me lo espantó. Tienes que leerlo, aunque no sé si una flacucha como tú se sentirá muy identificada con él.

Jimena hojeó las páginas, ahora con curiosidad. ¿Qué podía contener de particular? Concluyó que tenía mucho que ver con el título y la imagen de la portada, la cual mostraba a una mujer muy rolliza y semidesnuda

—¡Ah!, o sea que esto de «Ligeras Pasiones» es como una paradoja, porque esta señora no luce muy ligera que digamos...

—Paradoja no, se trata de un punto de vista distinto... y no me mires con esa cara —recreminó Brenda.

—¿Qué cara??reía Jimena, tratando de entender cuál gesto o palabra había sido ofensivo.

—¡Olvídalo! Sólo te digo que el libro me capturó: es romántico, apasionante y me hizo reír muchísimo. Hacen cosas allí que ni sabía que se podían hacer —y le guiñó el ojo con picardía.

—Es decir, que hasta podría considerarse didáctico?preguntó divertida su interlocutora.

—Pues... no es el libro que pondría en la biblioteca de un colegio, pero sí en la de un terapeuta de parejas.

Las dos rieron con suspicacia, hasta que una de sus clientas se incorporó a la conversación.

—Pues vas a tener que prestármelo Brenda, porque ya despertaste mi curiosidad también.

Brenda asintió con la cabeza conteniendo la risa, y continuó su tarea de limpieza. A los minutos llegaron dos de sus empleadas para relevarla, y Brenda fue con Jimena a la sala privada.

Las antiguas amigas tenían meses sin conversar, así que tardaron buen rato en ponerse al día con las últimas novedades, sin embargo Jimena guardó lo mejor para el final. Le narró los acontecimientos desde el momento en que Amanda llegó de la calle con la novedad y pasó por cada episodio deteniéndose en los detalles, no sólo con la intención de hacer conocer los hechos, sino para revivir toda la emoción del día anterior. Habló del jardín, de Angelina, el recorrido por los corredores, de los frágiles ancianos, Echeto, Chichipá y el cuarto solitario; Brenda atendía absorta saboreando cada palabra; cuando escuchó sobre la habitación con la mesa preparada para un festín, aplaudía de emoción, pensando en la celebración que nunca se realizaría. Pero el clímax de la conversación se produjo cuando Jimena habló del cofre misterioso, con la inscripción idéntica a la de su misteriosa llave, la misma que durante tantas noches de desvelo habían observado de niñas, imaginando los más diversos desenlaces: bellísimas puertas a mundos mágicos, arcas con inmensos tesoros, la celda de un importante prisionero en un castillo medieval, o una cápsula criogénica que preservaba el corazón de un encantador príncipe colmado de riquezas.

—Así que lo que abre la llave es un pequeño cofre en el escondido museo de un ancianato —comentó Brenda con visible decepción.

—¿Museo?—preguntó Jimena con aire de duda—. No se me había ocurrido verlo de esa manera. Pero ahora que lo comentas... sí, parece un museo, uno muy particular que debe encerrar vivencias interesantes.

?Tenemos que regresar hoy mismo amiga?determinó la estilista, levantándose de la silla lista para partir.

?¡Espera!?la detuvo Jimena haciendo una ademán con su mano para que se sentara?. Quiero hilar bien los acontecimientos. Debemos regresar, pero averiguar primero quién ha vivido allí.

Mi intuición me indica que hay pasos previos que debo seguir.

Jimena y Brenda tocaron el timbre de «La Estancia del Señor», con la misma familiaridad de quien llevaba años visitando el lugar. Esta vez llevaban un paquete con torta, galletas y mermeladas para Echeto, además de una bolsa con objetos que podían resultar útiles en el asilo: pastillas de jabón, camisas del antiguo marido de Brenda que llevaban años en un armario, y dos juegos de sábanas en su empaque original, que habían sido guardadas por Jimena para una ocasión especial que nunca llegó. Cuando Angelina abrió la puerta, Jimena le tomó la delantera saludándola con gran amabilidad. Brenda hizo lo mismo, llamándola por su nombre y agregando un cálido elogio hacia su vestido. Angelina se sintió un poco confundida pues no la reconocía, pero igual la invitó a pasar.

¿¡Qué bueno tenerlas de vuelta por aquí! ¿Y qué pasó con su linda compañera de ayer??preguntó mientras las guiaba.

¿Hoy tiene que cumplir con varios compromisos de la universidad. Pero envió cariños para todos.

Repitieron el trayecto de la vez anterior, y en esta ocasión Jimena se iba deteniendo para saludar a algunos de los ancianos que encontraba en su camino, con ello daba tiempo a Brenda a alcanzarlas, pues su peso le impedía moverse con la misma ligereza de las otras dos damas, pero en su lento caminar aprovechaba de observar cada detalle, buscando alguna pista. Llegaron al lugar donde se encontraba Echeto; Angelina les había informado que se encontraba mejor de su afección estomacal, y que podría comer de lo que habían llevado, sin embargo había amanecido bastante melancólico. El débil hombre estaba sentado en la silla de la vez anterior, y con los mismos pantalones ajustados en la cintura; esta vez su camisa mostraba un estampado de tropicales palmeras que en nada se ajustaban a su gris semblante. Jimena se acuclilló a su lado y comenzó a hablarle.

¿Hola Echeto. Te dije que vendría a visitarte pronto. Estás muy colorido hoy, así que deberías alegrarte un poquito.

El hombre giró la cara para sonreírle, y le dio unas temblorosas palmadas en el brazo, para luego regresar su mirada al piso. Jimena percibió que él tenía deseos de llorar.

¿No estés triste, que el día está muy bonito. Además te vamos a acompañar un rato.

¿De vez en cuando se pone así?aclaró Angelina—, pero al rato se le pasa. Ahora voy a dejarlas, que tengo mucho por hacer.

Jimena veía en ella la oportunidad de indagar acerca de su pasado y no podía permitir que se

alejara, así que pensó rápido en una manera de retenerla.

¿¡Ay! chilló de pronto rascándose con fuerza la nuca?. Creo que un bicho me picó en el cuello. Angelina se acercó a examinarla.

¿Tiene el cuello muy enrojecido? anunció? debe haber sido una avispa.

¿Espero que no, pues me producen muchísima alergia —aclaró con falsa expresión de temor.

¿En ese caso mejor la llevo para que le administren un antialérgico.

Las tres mujeres se dirigieron a la unidad de enfermería, y tomaron una ruta distinta a la anterior. Esta vez pasaron por un pequeño vestíbulo, en el que se encontraba colgado un retrato: era la imagen en tonos sepia de un hombre con traje oscuro y apariencia señorial; aparentaba cerca de cuarenta años, era delgado y de tez blanca. Jimena se detuvo a observarlo, y sintió que el hombre también la miraba; se acercó al retrato, y lo tocó con la punta de los dedos buscando percibir algo a través del vidrio.

¿¿Quién es él?— preguntó sin dejar de ver la fotografía.

¿Es el fundador de este hogar: Arturo Dávalos —respondió Angelina extrañada por la actitud de Jimena—. Murió hace muchos años. Era un médico adinerado y de buenos sentimientos. Desde antes de formarse el asilo, vivía aquí con su madre, y dos damas de compañía que se encargaban de ella. Con el tiempo, recibió a otra señora muy enferma por la edad, que según dicen, era su tía materna. Cada vez que llegaba de su trabajo se sentaba con ellas por largo rato a conversar y se tomaba el tiempo para examinarlas. Creo que tenía vocación para su trabajo.

La mujer hablaba conmovida, disfrutando el poder contar la historia una vez más.

¿Además era un soltero muy solicitado, y no cabe duda de que era el pretendiente perfecto: guapo, exitoso y sensible.

Jimena y Brenda esperaban impacientes conocer más.

¿Y cómo fue que se formó entonces el asilo —preguntó la primera.

¿Fue idea de una de las dos damas de compañía —continuó Angelina con el mismo tono de quien narra un cuento a un niño—. Ella dijo que había un pequeño hogar donde cuidaban a unos viejitos: hombres y mujeres. Resulta que debían cerrar pues no había recursos suficientes para mantenerlos. Vivían de la caridad, y de los pequeños aportes de algunos familiares, pero ya no les alcanzaba; la encargada estaba desesperada por la situación, se cansó de llamar a los parientes para que retiraran a los residentes, pero casi ninguno atendió; otros estaban solos en el mundo, y ella no podía permitir que se murieran en el desamparo. Cuando el señor Arturo supo de eso, se conmovió y no lo pensó mucho para ofrecerles alojamiento, pensando en su propia madre a quien tanto protegía. Le habían dicho que eran diez ancianos, pero cuando llegaron

eran más de quince; a pesar de ello el señor no dudó: mandó a adecuar el espacio que fuese necesario para que todos estuviesen cómodos, y buscó más ayudantes, entre ellas a la encargada del pequeño asilo, quien con el tiempo tomó todo el control del hospedaje, y el señor Arturo puso a su disposición lo necesario para que los ancianos viviesen tranquilos.

Angelina hablaba sin hacer pausas y hasta parecía que se quedaría sin respiración.

—Al poco tiempo el hospedaje se hizo muy conocido, y la gente comentaba la generosidad del médico, pues... ustedes saben que muchas personas se encargan de crear riquezas, pero muy pocos la comparten con los necesitados. Pero la gente también es muy aprovechadora, y hasta querían traer a sus abuelitos de gratis aunque tuvieran plata para mantenerlos; otros rogaban para que aceptaran a su familiar, diciendo que no podían cuidar de ellos. Yo creo que estaban desesperados por zafarse de la responsabilidad.

Las mujeres escuchaban y asentían para apoyar el relato, pero no hacían comentarios en exceso para evitar distraer a la narradora, quien no parecía tener muchos deseos de detenerse.

—El dueño no sabía qué hacer, ya eran muchas personas a su cuidado como para aceptar a más, pero no tenía el valor de negarse así que le pidió a la encargada que controlara la situación; ella evaluó las solicitudes, recibió a los que estaban en situación más crítica y les solicitó un aporte económico a quienes consideraba que disponían de recursos. La mujer resultó ser excelente administradora pues en la austeridad del hogar anterior se las había arreglado para rendir hasta el último bolívar, y logró equilibrar los ingresos y los gastos para que este asilo se mantuviera; se encargó de las remodelaciones, de dotar todos los espacios, de asignar y supervisar las responsabilidades a cada trabajadora. Impuso un reglamento con horarios para todo, y hasta organizaba visitas escolares para traer la alegría de los niños. También fue suya la iniciativa de ponerle nombre de la residencia y llamarla «La Estancia del Señor», pues sabía que éste era un lugar bendecido con la presencia de Dios.

Ya Brenda estaba pensando con malicia que era imposible que existiera una mujer tan perfecta, y al buscar la mirada cómplice de su compañera, se encontró con una expresión de tal fascinación, que sólo se sintió mal por su propia incredulidad. Decidió entonces ponerse en la misma sintonía y continuar escuchando el relato.

—Ella era la que mandaba aquí. Llegó el momento en que no se tomaba ninguna decisión importante sin consultársela primero. El asilo estaba como una taza de plata, todo funcionaba bien, los familiares de los ancianos acataban sus normas al pie de la letra y sin discutir; los empleados la obedecían, encantados de contar con sus elogios de recompensa, y el viejito más terco o renuente cedía ante sus peticiones. Hasta la madre del doctor la prefería a ella entre las

empleadas del hogar, lo que también despertaba un poco de envidia y celos, pero al final todos la querían, y sin que nadie lo dispusiera comenzaron a llamarle La Directora.

—¡Qué mujer tan eficiente! —elogió Brenda con un poco de malicia—. Quisiera contar con gente así en mi peluquería.

—Sí, muy eficiente, dulce... y también bella —y creó con su voz un suspenso que hizo alzar las cejas de sus escuchas.

Angelina advirtió que estaba a punto de cruzar un límite no permitido, así que decidió detenerse.

—Vamos señora —le dijo a Jimena recobrando su rol de empleada, mientras parpadeaba varias veces y agitaba la cabeza—, que su picadura puede empeorar.

Jimena recordó su inventada molestia, y fingió revisarse el cuello con la mano, pero más importante que seguir simulando una lesión, era obtener nuevos detalles.

—No se preocupe Angelina. Si no se me ha atragantado la lengua hasta ahora, ya no me va a pasar nada. Síganos contando por favor, que el relato va muy bonito.

Angelina las miraba ahora, decidiendo si continuar o ser más discreta, tal como se lo indicaba su deber, pero de inmediato sucumbió ante su propio encanto por la historia, así que llevó a las dos mujeres al lavadero para proseguir con privacidad. Cerró la puerta y se sentó con ellas en unas sillas de madera, frente a un tendedero de ropa, en el que toallas y franelillas blancas se alineaban expuestas a los rayos de sol. Su actitud dio un giro radical, estaba inclinada hacia adelante para estar más cerca de sus interlocutoras; había dejado de lado su anterior formalidad, y parecía una niña relatando a sus cómplices la última travesura.

—La Directora era una mujer muy bella, y a pesar de su gran sencillez, lograba siempre impactar a los que la conocían. Pero su belleza no habría significado nada si no hubiese contado con un gran don de gente. Ésa fue su fórmula para ganar el corazón de todos... en especial el del doctor.

Jimena y Brenda estaban ansiosas por llegar a la parte romántica, y podían suponer que lo mejor estaba por venir. Angelina también lo estaba, y disfrutaba la expectativa que creaba en sus nuevas amigas.

—¿Se enamoró de ella? —preguntaron las dos en coro.

—¡Sii! —respondió Angelina con un chillido—. Dicen que no sólo se enamoró, sino que enloqueció por ella, pero el hombre era tan respetuoso y formal que no se lo hizo saber hasta mucho tiempo después; mientras tanto se conformaba con tenerla cerca, buscaba cualquier excusa para hablarle, le consultaba todo lo relacionado con su mamá, su tía o el resto de los

abuelos. Dicen también que él atendía a todas sus peticiones intentando no defraudarla.

Jimena continuaba atenta, pero a Brenda la abordó una duda.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre los sentimientos de ese señor; acaso encontraron un diario personal?

—Eso no importa... en nada cambia la esencia de los hechos —respondió Angelina en tono seco.

Jimena reclamó entonces a su amiga la poca delicadeza, hablándole con un dejo de regaño.

—Los hechos se conocen por sus testigos, y se transmiten por generaciones —puntualizó.

—Y también le agregan capítulos que nunca ocurrieron —agregó Brenda.

Entonces Angelina salió en defensa de la versión novelesca que tanto tiempo la había hecho suspirar.

—Hubo varios testigos que se encargaron de mantener viva esta historia, comenzando por la propia señora Eva, madre del doctor, quien vivió hasta los ciento tres años manteniendo una lucidez que asombraba.

—Pero síganos contando Angelina —pidió Jimena—, cómo hizo el doctor para conquistar a la muchacha.

Cuando Angelina tomaba aire para continuar, se abrió la puerta del lavadero y entró Estela, la residente del hogar, quien solía ayudar en todas las labores para mantenerse activa.

—Conque aquí estás metida, Angelina —reclamó la mujer desde la puerta—. Llevo buen rato buscándote. Anda que Carmelo se orinó encima y no me pienso aguantar su mal talante otra vez. También te anda buscando la nieta de Gloria, para darte las gracias por haberle buscado las fotos.

Angelina comprendió que se había apartado de sus funciones demasiado tiempo, y con gran desgano informó a sus compañeras que debía regresar al trabajo.

—Señoras, disculpen pero tengo unos encargos que hacer. Otro día les seguiré contando.

Estela seguía junto a la puerta esperando que Angelina acudiera a atender los asuntos que la estaban demandando, y Jimena no se atrevió a insistir para que continuara.

—Creo que es hora de irnos —le dijo Brenda a su amiga colocándole la mano en la pierna.

Jimena aceptó con un suspiro y se levantó de la silla para ir a despedirse de Echeto.

—Por favor, sigan ustedes que debo ir a otro lugar —les pidió Angelina.

Las dos visitantes aceptaron con un movimiento de cabeza y la vieron cruzar hacia el salón principal. Jimena se detuvo entonces y la llamó.

— ¡Angelina!

La mujer retrocedió para atenderla, y Jimena dio unos pasos en su dirección.

—¿Cuál era el nombre de La Directora? —preguntó, decidida ya a despejar la interrogante que la inquietaba.

—Ella se llamaba Laura. Laura Marina Rodríguez Monarca.

Arturo Dávalos, dueño de la casa donde funcionaba «La Estancia del Señor», llevaba varios minutos buscando a Laura Marina; la encontró en el comedor suministrándole un medicamento a una de las residentes del asilo; esperó a que terminara y se acercó para hablarle en voz baja.

—Debo hablar contigo. Te espero en el patio.

—En un momento te alcanzo —respondió ella dándole un rápido vistazo para luego regresar su atención a la anciana.

Minutos más tarde, Arturo esperaba a Laura Marina en el apartado del patio trasero, un lugar privado que él mismo había mandado a adecuar, para poder disfrutar con privacidad del aire libre. Allí acudía para leer, trabajar o meditar; también había descubierto que se trataba de un buen sitio para encontrarse con Laura.

—Hace días que no te tenía cerca, mi vida — le dijo mientras la recibía con un intenso abrazo, aspirando con placer el olor a nardos y clavellinas de su cabello.

—He estado muy ocupada, faltan dos de las muchachas del personal, y a veces casi colapsamos —respondió sin separarse de él, deleitándose también con su aroma.

—Te extraño cada minuto que no estás conmigo —le dijo Arturo en un susurro que no podía ocultar su voz ronca—, y cuando te tengo cerca de nuevo, no logro explicarme cómo pude estar apartado de tu lado. Tengo tanto que compartir contigo... me enloquece aparentar indiferencia ante los otros cuando lo que quiero es acercarme a ti, abrazarte, o al menos tomarte de la mano. No quiero que nos encontremos más a escondidas Laura... somos libres, no le debemos explicaciones a nadie.

—Eso lo sé —replicó Laura—, y no es que me avergüence amarte, es sólo que necesito prepararme, abrir el camino con las muchachas del asilo.

Arturo se sentó en la grama junto al tronco de un árbol, y le hizo un gesto a Laura invitándola a hacer lo mismo, para luego rodearla con su brazo.

—No tienes que preparar a nadie, Laura. Todos sospechan que estamos juntos y nos queremos. Mamá me ha contado que «las muchachas», como tú les dices, disfrutaban la idea de un romance entre los dos.

—También lo sé, lo percibo en sus comentarios, pero aun así creo que todo será distinto.

—Por supuesto que sí, ya no serás sólo La Directora, pasarás a ser la señora de la casa.

—La señora de la casa ya es tu mamá, y ni siquiera sé si ella aprueba nuestra relación.

El hombre soltó una carcajada.

—Mamá me dice todos los días que parezco un tonto... que cuándo es que voy a darte el lugar que mereces en La Estancia, y en especial en mi vida. A estas alturas lo único que quiere es verme feliz, y sabe que mi felicidad es estar contigo. Y tú: ¿le has hablado a tu familia de mí?

—Mi familia son ustedes Arturo: los abuelos, mis compañeras, tú. Ya te lo he dicho, perdí el contacto con los pocos parientes que me quedaban; la distancia, los prejuicios, y el desapego, resultaron más fuertes que los vínculos de sangre. Cuando papá murió, mamá y yo nos hicimos compañía, pero cuando ella enfermó y me dejó, fue cuando comprendí que estaba sola en el mundo, pero lo acepté y lo afronté, así como lo hice con otros cambios importantes.

—Puedo suponer lo duro que fue para ti, quisiera haber estado allí para apoyarte.

—Pero ya lo estás haciendo, y lo que importa es este momento.

Tras disfrutar en silencio de la mañana y la placentera compañía, Laura intentó dar un giro a la conversación.

—Creo que podría estar aquí contigo por siempre —declaró tras un suspiro.

—¿Y qué te lo impide? —respondió en tono irónico.

—Pues nada, sólo que en unos días de desaparición llegarán aquí los policías con perros sabuesos tras nuestra pista.

Arturo rió divertido.

—O tal vez hagan una fiesta para celebrar nuestra desaparición.

Laura rió el chiste, y enseguida se puso melancólica.

—¿Qué pasaría en serio si yo desapareciera de la tierra?

Arturo estrechó el abrazo.

—Si tú desaparecieras yo moriría de tristeza, así que por favor aleja de ti esos pensamientos.

Igual, todos abandonaremos el mundo algún día.

Hizo una pausa y rectificó.

—Todos menos tú.

Laura indagó en su mirada.

—¿Y cómo es posible eso?

—Porque estás en el alma de muchas personas, y cuando alguien logra eso, se immortaliza.

—Eso lo piensas tú porque me amas... pero es suficiente para mí.

Arturo esperaba nutrirse de la cercanía de su novia, guardar su esencia para cuando se interpusiera la distancia. Le apartó el cabello de los hombros, y con suavidad comenzó a buscar

el conocido sabor de sus labios, recorrió con besos sus mejillas, el cuello, y retornó ansioso a su boca. Laura le correspondió abandonándose a las sensaciones que ofrecen cuerpo y corazón. Era un momento de delirio en el que se mezclaban felicidad, angustia, temor, esperanza... tantos sentimientos convergiendo en la simplicidad de un beso. Tras un largo rato de labios compartidos, las manos recorrían ansiosas el cuerpo amado complementando la pasión de los besos, y la complicidad del deseo pedía con urgencia una entrega mayor.

Laura se separó de Arturo y notó su propia respiración apresurada; inhaló aire en un vano intento por recuperar el ritmo normal de su corazón. Giró el rostro para ocultar su sonrojo.

—No tienes por qué avergonzarte —intentó tranquilizarla él.

Ella quedó pensativa, preguntándose si era vergüenza lo que tenía, o miedo a esa pasión incontrolable.

—Creo que me robaste un poco de mi cordura, siento como si flotara por el aire.

—No. No te robé nada, te sientes así porque te quedaste con mi alma. Pero no fue un robo, te la he entregado a voluntad que sepas que te pertenezco... de todas las formas posibles.

Estas palabras lograban extasiar a Laura; antes de Arturo, nadie le había hablado de esa manera ni obsequiado tal sensación de felicidad. Sin embargo carecía de una respuesta adecuada para esas declaraciones, así que consideró mejor retirarse para no alterar la esencia del momento, y poder revivirlo intacto el resto del día. Se levantó del suelo, sacudiendo briznas de grama seca de su blusa y sus pantalones.

—Me tengo que ir, ya deben andar buscándome por todos lados.

Arturo también se incorporó.

—Creo que nos queda tiempo, porque no escucho los sabuesos.

Laura rió nerviosa, y se frotó los ojos con la punta de los dedos.

—Seguro estoy tan pálida como un papel.

Él intentó reconfortarla acariciándole ambos brazos y aplacando con sus dedos el ondulado cabello.

—Estás igual de preciosa que siempre.

Luego de una breve pausa continuó.

—Te pedí que vinieras porque tenía algo que decirte, ¿recuerdas?

—No, no lo recuerdo —dijo ella agitando su cabeza—. Pensé que sólo querías unos minutos para estar juntos. ¿Pasa algo?

Laura temía por algún inconveniente o mala noticia que empañaran el momento.

—No pongas esa cara de susto, que no pasa nada malo —se apresuró a calmarla.

Ella soltó un suspiro de alivio y lo dejó proseguir.

—Te he dicho muchas veces que te quiero, aunque no he tenido la habilidad para expresar cuánto significas para mí; pero también considero que nos ha faltado tiempo y espacio para dejar que nuestro amor se manifieste con libertad.

Laura interrumpió.

—No te sientas de esa manera, yo...

Arturo le colocó la mano en sus labios.

—Por favor mi vida, permíteme terminar, que me he cargado de valor para lo que te voy a decir y no quiero que se me escapen las palabras.

Se aproximó más a su novia, y le habló tan cerca que su boca casi rozaba la suya, mientras el corazón de ella volvía a acelerarse, ansiosa por las palabras que aún no había escuchado.

—El punto es que necesito estar más cerca de ti para amarte. No es suficiente con cruzarte en los pasillos del asilo, adivinar tu voz a lo lejos o tener estos encuentros a escondidas. Quiero que integremos nuestras vivencias, que seamos verdaderos compañeros... muero por ser parte de tu vida, pues ya tú formas parte de la mía desde que te vi por primera vez... Laura: lo que intento pedirte es... que te cases conmigo.

Laura enmudeció. Creyó haber deseado esas palabras de él toda su vida. Las repitió dentro de sí para confirmar su significado e intentó responderle, pero no halló la frase adecuada.

—Por favor, acepta mi petición —extendió Arturo su declaración—. Tal vez no he hecho lo suficiente para ganar tu confianza, para merecerte, pero te quiero, y estoy dispuesto a hacer lo imposible con el único propósito de hacerte feliz.

Laura percibía el consejo de su corazón acelerado gritándole que aceptara, quería arrojarse a él y decirle «sí, sí, sí» y repetirlo mil veces. Estaba convencida del sentimiento compartido, pero temía que algunos aspectos de su vida interfirieran; había eventos pasados que creaban sombras imposibles de soslayar, y en la momentánea confusión de su mente, guardó silencio. Al advertir preocupación en Arturo, Laura trató de dar una explicación.

—Arturo: me honras mucho con tu petición. Estar contigo es una de las cosas que más anhelo en el mundo, y casarnos coronaría mi alegría, pero...

El preámbulo de Laura amplió el temor de Arturo. Había pensado que ella aceptaría sin vacilaciones, pero ahora parecía formular una negativa. Lo sacudió un gran miedo y le interrumpió.

—¿Pero qué dices? Pensé que estabas segura de lo nuestro, y ahora me sorprendes con un rechazo.

—¡Espera Arturo! No estoy rechazando tu propuesta, pero debo resolver primero algunos asuntos que me inquietan mucho. Sólo te pido un poco de paciencia

—Laura: no soy un hombre egoísta, y soy capaz de comprender tus inquietudes, pero primero debes hacérmelas saber; al proponerte matrimonio no estoy pidiendo que unas a mi vida la parte sencilla de la tuya, yo te quiero en una dimensión mayor: con tu pasado, tus dudas, tus problemas...

Después cambió el tono y le habló con dulzura.

—De nuevo te pido que me dejes entrar... recíbeme en tu corazón, pues el mío muere por pertenecerte.

Laura contenía la respiración. Ansiaba la compañía de ese hombre más de lo que había pensado, quería sumergirse en esa propuesta maravillosa, y contar con la dicha de amarlo sin limitaciones. A pesar de sus reservas, comprendía que arriesgarse era una decisión casi ineludible.

—Arturo... mi querido Arturo... ¡Sí, me caso contigo!

Arturo cerró sus ojos con fuerza, e inclinó su cabeza hacia atrás, murmurando un agradecimiento.

—No puedes ni imaginar lo feliz que me haces —dijo él, pleno de alegría.

—No puedes ni imaginar lo mucho que te quiero —replicó ella con ojos radiantes.

Y sellaron su compromiso con un beso.

Arturo caminaba nervioso en su habitación, la aceptación de Laura a su propuesta había generado en él gran emoción, y ahora quería propiciar un momento especial para hacer conocer a sus allegados la noticia. Tenía una idea rondando su cabeza, pero requería de ayuda para llevarla a cabo. Sabía a quién recurrir.

Salió de su cuarto y se dirigió al de su madre, quien se encontraba en ese momento revisando una caja de fotografías. Cuando entró advirtió la sonrisa melancólica con que ella observaba un pequeño retrato.

—¿Otra vez mirando fotos? —preguntó con voz cariñosa.

—Estoy aquí conversando con la foto de tu papá. No me canso de asombrarme por el enorme parecido entre tú y él.

—Déjame ver— le pidió Arturo y tomó la fotografía, la misma que había mirado docenas de veces ante el mismo comentario de su madre—. Ojalá Laura y yo logremos ser tan felices como lo fueron tú y papá.

—Lo serán hijo, ustedes tendrán un mejor comienzo que el nuestro, porque ya están enamorados. Cuando yo me casé era apenas una niña, y casi ni conocía a tu papá. Sin embargo acepté feliz porque pensé que eso era lo normal. Pero el amor no tardó en llegar, y se quedó con nosotros durante todo el tiempo que estuvimos juntos.

Arturo se sentó al lado de su madre y la besó en la frente.

—Mamá, vengo buscando tu valiosa ayuda.

—¿Qué será...?

—Quiero hacer una gran cena para anunciar aquí en casa el compromiso de Laura y mío. Pero no quiero que reveles a nadie el motivo, pues tú eres la única enterada de la noticia.

—Claro hijo, organizaré lo que tú quieras, y seré muy discreta —aceptó emocionada—. ¿Y quiénes serán los invitados?

—He pensado en las compañeras de Laura, algunos de los residentes más apegados a ella y unos colegas míos. Luego haremos con más detalle la lista de invitados.

Luego de recordarle la fecha del compromiso, agradeció a su madre con un abrazo y salió del cuarto. Recorrió la casa en busca de Laura, y la encontró en el jardín despidiendo a uno de los proveedores de alimentos. Cuando ella se dispuso a entrar, vio a Arturo recostado del marco de la puerta con los brazos cruzados y la cabeza inclinada hacia un lado, sonriéndole. En ese momento pensó con orgullo que él era el hombre más guapo del mundo.

—¿Estás allí vigilándome? —bromeó mientras se acercaba a él, y luego le deslizó el dedo por uno de los surcos dibujados en la mejilla.

—Pues... la verdad sí —contestó él para seguirle el juego—. Vine a buscarte porque te quiero mostrar algo.

Camaron hacia el salón de eventos de la casa. Arturo cerró la puerta con llave y la acercó a una gran vitrina de madera donde se exhibía una vajilla y otros objetos de cristal y porcelana.

—Mira aquí dentro— le pidió mientras abría un compartimiento lateral con la forma de un cofre.

—Está vacía —comentó al verificar que no había contenido alguno.

—No, no lo está —se apresuró él a aclarar.

Ella rió pues entendió que estaba a punto de escuchar una explicación muy creativa.

—Cuando yo era niño —comenzó a narrar Arturo—, solía esconderme en este salón para jugar. Me gustaba porque era callado y hasta un poco misterioso. A mamá le preocupaba que yo tocara las porcelanas y los cristales pues podía hacerme daño, así que me «regaló» este cofre, asegurándome que era especial. Me dijo que era mágico, pero que sus dones especiales sólo

funcionaban si yo no abría los demás compartimientos. No dudé en creerle y para tranquilidad de mi madre jamás violé ese pacto. Hoy en día todavía creo que este pequeño espacio cuenta con poderes extraordinarios.

Laura escuchaba con curiosidad.

—A ver... ¿en qué consisten tales poderes?

Para Arturo fue fácil detectar el tono de burla de Laura.

—Te lo diré mi linda incrédula. Mamá me decía que las peticiones que colocara allí dentro se cumplirían, y de haber inconvenientes éstos se resolverían. Eso sí: debía ser selectivo con lo que depositara allí.

—¿Y tú confías en eso? —indagó su novia divertida.

—Sí, estoy más que convencido; pero quiero que escuches algo: aquí han habido muchas peticiones, intenciones y sueños que se han acumulado a lo largo de mi vida, pero he vaciado la caja para dar cabida a nuevos pensamientos en los que tú estés incluida. Ya han acabado mis días de soledad.

—¿Y el último deseo que colocaste allí se cumplió?

Él la miró con esa mirada encantadora que empleaba cuando le hablaba de amor.

—El sólo hecho de estar aquí contigo demuestra que la magia de mi cofre funciona.

Satisfecha con la respuesta que surgió de manera tan natural, le planteó la siguiente duda.

—¿Y cuál es la razón por la que me estás contando todo esto?

—Aquí viene la parte más interesante.

Arturo sacó de su bolsillo dos llaves iguales, tomó la mano de Laura y colocó su palma hacia arriba, para depositar allí una de las piezas.

—Ahora que vamos a compartir nuestras vidas, quiero que compartamos también nuestros miedos, preocupaciones y en especial nuestros anhelos; por eso quiero que ambos los depositemos aquí, junto a nuestras propuestas particulares.

Laura ya había experimentado un cambio importante de actitud, y su expresión delataba el deseo real de creer y aceptar el poder especial de ese pequeño espacio. Observó la llave y detalló el hermoso trabajo de orfebrería, advirtiendo también unas iniciales: AVYE

—¿Qué significa? —interrogó sin levantar la mirada para seguir examinando la pequeña joya de plata.

—Amor, Vida y Esperanza.

—¡Qué bello! —declaró emocionada.

—Y eso es lo que aspiro para nosotros. Por eso quiero que te unas a mí en este acto de fe;

cuando ambos estemos listos, abriremos nuestro tesoro y lo miraremos juntos.

—Está bien, me gusta... lo haremos —aceptó en tono alegre.

Arturo rió satisfecho.

—Será entonces en un mes, cuando anunciemos a todos nuestro compromiso.

En la fecha indicada Arturo sorprendería a Laura Marina anunciando también la fecha de su boda.

Justo el día antes de la cena de compromiso, Laura llegó a «La Estancia del Señor» muy temprano en la mañana, cuando apenas se estaba iniciando la rutina diaria de los ancianos. Se dirigió directo al gran salón, abrió la puerta y allí se detuvo un momento; percibió el característico olor a humedad, se sumergió en el silencio de la sala, y un velo de misterio la sedujo; pensó que caía en el juego de Arturo, pues el tal «cofre mágico» ya estaba condicionando su permanencia en el recinto.

Caminó hasta el juego de recibo sin encender las luces, conformándose con la iluminación tenue que se filtraba a través de las cortinas. Miró la llave y pronunció en voz baja el significado de las iniciales talladas en ella.

—Amor, Vida y Esperanza.

Abrió la cerradura; y antes de levantar la cubierta del cajón cerró los ojos; depositó dentro un sobre y una pequeña caja blanca; al hacerlo notó que el compartimiento no estaba vacío. Debió vencer la tentación de mirar en el interior. Luego salió de la habitación, para iniciar su labor con los ancianos. Trabajó arduamente durante más de siete horas seguidas, y buscó a Arturo para informarle que saldría temprano. Él se encontraba revisando unos expedientes médicos en su oficina.

—Vine a despedirme, amor —interrumpió.

Él se sorprendió pues estaba concentrado en un diagnóstico.

—¿Cómo que te vas? Espero que no estés pensando en huir en la víspera de nuestro compromiso.

Laura le entregó una risa forzada.

—¿Y qué te pasa? —preguntó él de nuevo.

—La verdad me siento un poco extraña hoy, pero debe ser cansancio; tampoco he almorzado, pero ya tendré tiempo. Por ahora necesito irme, pues tengo algunas cosas que hacer.

Arturo se levantó de la silla, y se colocó frente a ella. Comenzó a hablarle en susurros mientras la acariciaba.

—¿Ya colocaste tus intenciones en el cofre?

—Sí, ya lo hice —respondió mientras le besaba la mano que él tenía justo sobre su hombro—.

Pero Arturo... ¿qué pasa si después de conocerlas no tienes la misma disposición para casarte conmigo? —cuestionó con risa nerviosa, pero con seria intención.

Arturo la miró con desconcierto.

—¿Y es que tienes algo grave por revelarme? Pues dado el caso, éste es el momento para hablar. Amor, siento que tienes muchas dudas todavía y no comprendo por qué. Mientras yo me he entregado sin condiciones, tú te mantienes distante.

Laura sonrió apenada.

—Yo lo sé, y tampoco me ha resultado fácil ser tan reservada contigo. Pero creo que tal vez no puedas comprender algunas cosas que sucedieron en mi vida. Tú mismo me dijiste que se trataba de entregarnos las inquietudes, y es probable que no estés dispuesto a aceptar las mías. Y te comprendería, ya bastante tienes con tu propia vida.

Arturo movió la cabeza, y le tomó las manos con firmeza.

—Te lo he dicho muchas veces, y nuevamente lo repito: te acepto tal como eres, con tu presente, tu pasado, tus virtudes y tus defectos; deseo cruzar la línea que divide tu mundo del mío. Sólo necesito que me abras las puertas.

Laura quedó pensativa, percibiendo la sinceridad de sus palabras, pero dudando si revelar de una vez su secreto más importante.

—Vamos a hacer algo —puntualizó Arturo para tranquilizarla—, ve a hacer lo que necesites; ya tendremos tiempo para hablar. Mañana es nuestro compromiso, y debes estar descansada. Nos veremos aquí a las cinco y media de la tarde para esperar juntos a nuestros invitados.

Era la tarde del día que Arturo tanto anhelaba. Varias de las empleadas se habían encargado de los detalles para la celebración, aunque en la residencia sólo su madre Eva conocía el motivo real de la misma, y desde su silla de ruedas giraba todas las instrucciones necesarias. El jardinero había reservado las más vistosas flores del patio y creó delicados arreglos en varios jarrones de porcelana. Se había seleccionado de manera cuidadosa un menú de lujo que se preparaba con afán en la amplia cocina: el corte de los cuchillos sobre las tablas de madera, las voces de las mujeres conversando con entusiasmo, las piezas de carne y vegetales soltando sus jugos en el aceite caliente... era todo un concierto culinario que estremecía el corazón de la casa, mientras otras colaboradoras caminaban agitadas resolviendo diversos pormenores. En el salón de banquetes dos residentes decoraban la mesa donde se ofrecería el gran festín, la misma que en otros tiempos Eva había engalanado para agasajar numerosos invitados y complacer a su esposo. Para este caso había escogido un exquisito mantel francés con ramilletes de flores que parecían colgar de balcones, recordándole su viaje a París en ocasión de sus bodas de plata; la vajilla de porcelana alemana heredada de su madre, lucía dibujos hechos a mano con esmaltes

de oro catorce quilates; las copas talladas de cristal austríaco habían sido un regalo de bodas treinta y cinco años atrás; todas las delicadas piezas eran retiradas de la vitrina para ser colocadas en la mesa con sutileza y precisión. La alfombra del piso fue sometida a una vigorosa cepillada para eliminar las partículas de polvo, y se repusieron los bombillos quemados de la gran lámpara, así cada gota de cristal brindaría sus destellos con el paso de la luz. Las ventanas abiertas ventilaban el recinto, y la brisa proveniente del patio movía las cortinas, creando sutiles ondas. Una de las damas sacó una caja de terciopelo azul: contenía el juego de cubiertos que el esposo de Eva le había comprado con sacrificio a un árabe marchante, para entregárselo como regalo en el primer aniversario de bodas. Ella misma se había entregado a la laboriosa tarea de pulirlos hasta hacer reaparecer el brillo original de la plata.

Eva entró en su silla, guiada por Andrea, una de las enfermeras, a quien pidió le trajera los dos candelabros que se encontraban en la sala; eran de bronce martillado, con cinco bases cada uno para insertar las velas. El detalle interesante era que mantenían los restos de encendidas anteriores, y se podían observar las gotas de parafina superpuestas formando caminos y surcos cual intrincada talla.

—No se les ocurra hacer lo mismo que hizo una empleada hace mucho tiempo —advirtió Eva—, les quitó toda la cera y después me dijo como una gracia que los había dejado tan limpios que parecían nuevos: había tirando a la basura recuerdos de episodios memorables para mí.

—No se preocupe señora Eva; ya sabemos que estos candeleros podrían contarnos muchas historias, así que voy a cambiarle el tono de las velas para que hagan un bonito contraste con este rosa viejo tan romántico de la última vez que se usaron.

Luego Eva se acercó a la mesa guiando ella misma la silla con dificultad, para observar de cerca el arreglo de los platos.

—Emilia por favor, no olvides colocar los platones de vidrio azul debajo de los platos de la vajilla, pues le dan un toque de distinción a la mesa —indicaba mientras hacía un inventario de todos los objetos dispuestos en ella—, y ven que te voy a enseñar a doblar las servilletas como me enseñó mi mamá cuando yo era apenas una niña.

Arturo escuchaba desde lejos los ruidos y voces provenientes del comedor; le invadía el regocijo por el momento que vivía. Decidió caminar por los patios internos para mitigar un poco la ansiedad, y en su recorrido observó a los ancianos en sus diarias rutinas, quienes respondían con lentitud a los pequeños estímulos. Miraba sus rostros distantes, las expresiones de cansancio, la sonrisa con que algunos le saludaban a su paso. Estaba disfrutando el estar enamorado, pero entendía que su emoción no era inédita, pues con seguridad cada uno de esos

hombres y mujeres había experimentado alguna vez esa vibración en el corazón, ese entusiasmo por la vida, la esperanza de encontrar la felicidad al lado de otra persona. ¿Cuántos lo habrían logrado? ¿Quiénes guardarían en su memoria el reconfortante recuerdo del cuerpo amado compartiendo su lecho, o habrían logrado vivir su propia leyenda de ensueño?

Al culminar su recorrido, Arturo se dirigió al salón y percibió con agrado el ambiente festivo; observó la mesa y una vez más le sorprendió la habilidad de su madre para elaborar un gran banquete. Había algunas damas desempeñando pequeñas tareas, pero Arturo no prestó mucha atención a lo que hacían. Se acercó a la vitrina, abrió el pequeño cajón con la llave de plata, y en un leve movimiento levantó la cubierta, sólo para comprobar que Laura había colocado algo. Salió, y en el camino sintió algunos deliciosos aromas que lo seducían desde la cocina, y escuchó la voz de las mujeres en su alegre tertulia.

La recepción estaba ya lista para su inicio. Los amigos de Arturo habían sido citados para las seis de la tarde. Las damas de «La Estancia del Señor» lucían sus mejores atuendos y planificaban como se alternarían para atender a los ancianos y el servicio de la cena.

Arturo salió de su habitación para incorporarse al palpitante movimiento de última hora. Lucía elegante y atractivo en un conjunto de saco oscuro y el cabello peinado con fijador. Su madre se acercó y él empleó cálidas palabras para lisonjearla. Eran las cinco y cuarenta minutos; Laura aún no llegaba; el retraso de su compañera comenzó a inquietarlo. Caminaba por la residencia, se sentaba en alguno de los sillones y permanecía allí apenas unos minutos para luego iniciar otro recorrido. Cuando se cruzaba con alguna persona, esbozaba una sonrisa y hacía un gesto con la cabeza. Escuchó el timbre; pensó con alivio que era su novia, pero enseguida comprendió que ella habría entrado con su propia llave. Se trataba de su primer invitado: un joven colega con su esposa; el muchacho le ofreció a su amigo un efusivo abrazo y presentó a su acompañante, quien sostenía unas flores para Laura. Arturo invitó a la pareja a sentarse en el recibidor, desde donde observaban parte del movimiento del lugar, inclusive algunos ancianos que se trasladaban a sus habitaciones.

Los minutos transcurrieron. Los invitados de Arturo ya se habían incorporado a la reunión y Laura continuaba ausente; la ligera angustia del anfitrión se había transformado ya en verdadera preocupación. Lo que sucedía era anormal. Las botellas del brindis esperaban sólo por la orden del descorche, los primeros pasapalos permanecían en la cocina dispuestos en bandejas; los fogones estaban todos apagados, pues nada faltaba por cocinar. Las mujeres esperaban ansiosas que Arturo despejara el motivo de la celebración, aunque ya lo intuían; se extrañaban también por la ausencia de Laura, pero no había en su casa teléfono para contactarla; la

preocupación flotaba en el ambiente, pues para todos era obvio que se aguardaba por ella. Arturo se asomaba con insistencia hacia el jardín, intentando en vano ocultar su desolación. Había palpado más de una docena de veces la caja con el anillo de compromiso en el bolsillo, como si con ello lograra asentar el motivo real de la reunión. Le resultaba ya difícil enfrentar la mirada de los invitados, y era imposible inventar algún gesto que indicara control sobre la situación. Las personas comenzaron a mirarlo con compasión; se le hizo insoportable ser el centro de los comentarios y salió al jardín, vigilando la puerta de entrada. Laura llevaba más de dos horas de retraso, y sabía que ya no llegaría. Se mantuvo allí por más de quince minutos, hasta que uno de sus amigos salió para despedirse. Manifestó su necesidad de retirarse con una excusa que Arturo interpretó como un acto de cortesía; se lo agradeció de manera sincera y lo acompañó a la entrada, aprovechando de dar un vistazo a ambos lados de la acera, esperando por un milagro. Resignado cerró la puerta y se dirigió al salón; en tono solemne pidió a todos disculpas por el tiempo de espera.

—Lamentablemente un imprevisto retuvo a nuestra invitada especial, y para mí ya carece de sentido celebrar. Sin embargo deseo que ustedes disfruten de la exquisita cena que mi madre ha preparado para todos.

En ese momento se levantó de su asiento otro de los invitados: un hombre mayor, jefe de la unidad médica donde Arturo trabajaba; se le acercó para susurrarle.

—Mi querido amigo, no creo que sea prudente que nosotros permanezcamos aquí. Espero que no lo interpretes como un desaire, pero considero lo más sano retirarnos en este momento, sin que por ello te sientas incómodo. Estoy seguro de que todos comprenderán tu necesidad de estar solo.

Arturo asintió y agradeció a su amigo dándole una palmada en el hombro. Los otros invitados se levantaron y se despidieron, para ser acompañados a la puerta por Eva y su enfermera; los residentes invitados fueron llevados al comedor para ofrecerles su cena, y las damas de La Estancia comenzaron a guardar la comida de lo que pudo haber sido una hermosa fiesta.

Arturo se retiró abatido hacia su habitación, y tras él fue Eva para consolarlo.

—Hijo, no sabemos qué le ocurrió a Laura, tal vez tuvo un gran inconveniente, existen miles de motivos para que una persona falte a una cita importante.

—Sabía que algo ocurría mamá, algo me decía que Laura no estaba del todo convencida con nuestro compromiso. Podía detectar en ella una gran duda, y hoy esa duda se convirtió en determinación.

—Pero Arturo, no seas exagerado, dale tiempo que seguro tiene una justificación.

Arturo deseaba creer en sus palabras, pero sabía que Laura ya no regresaría. Presumía que la misma indecisión mostrada en pasadas ocasiones, la había hecho renunciar, dejando atrás un boceto de matrimonio feliz.

Pasaron dos días para que Arturo regresara al salón. Encendió la lámpara y desde la puerta observó la mesa decorada. Todo estaba intacto: la vajilla, las copas y hasta las flores en los jarrones. Caminó rodeando el mueble y dibujó en su imaginación el momento del brindis, entre risas y felicitaciones de los invitados. Colocó sus manos en el espaldar de la silla que ella debía ocupar, y casi pudo advertir su cabello rozándole las manos. Desde allí miró el cofre donde habían depositado sus deseos. Tal vez allí encontraría la explicación para su abandono. Sacó la llave y la colocó en la cerradura sintiendo su corazón golpearle el pecho; liberó el seguro, pero se detuvo. Permaneció allí de pie, imaginando una confesión, una despedida, o tal vez la revelación de un amor insuficiente para atarse a él por toda una vida; rápidas hipótesis continuaron sacudiéndolo: un romance no superado, la añoranza de un lugar lejano, o una necesidad profunda de prolongar su soledad. Arturo entendió que no poseía la valentía suficiente para enfrentar verdad alguna, y perturbado ante la fragilidad de las ilusiones, retiró la llave. Una gran batalla de pensamientos lo consumía, pero no deseaba descubrir lo que Laura había dejado allí, convencido de que nada sería peor a sufrir su ausencia.

—Si la posibilidad de amarnos murió, al menos mantendré vivo el recuerdo de los sueños que construimos juntos —murmuró.

Salió de la habitación, y nunca más enfrentó el contenido de su «cofre mágico». El gran salón se clausuró y la mesa se mantuvo intacta por los años que siguieron, como un homenaje póstumo a un gran amor que nunca sería reemplazado.

—Gaetano, hijo; ¿estás despierto? Por favor ábreme que te traigo la merienda.

Amelia escuchó cómo se liberó el pasador de la puerta y ésta se abrió. La empujó con el codo pues llevaba en sus manos una bandeja con dulces rellenos de mermeladas, y una jarra que contenía gaseosa con hielo.

Cuando entró, no percibió el peculiar olor del cuarto, pues ya estaba acostumbrada al aire impregnado de cremas, sudor, humedad y los productos de limpieza que empleaba todos los días para el aseo. La habitación era poco ventilada, pero contaba con una pequeña ventana por la que soplaban una ligera corriente de aire que no alcanzaba para renovar el aire viciado.

Amelia sonrió a Gaetano y colocó la bandeja junto a la cama donde él se encontraba; su hijo trató de responder de alguna manera al gesto, y levantó las cejas mientras apretaba los labios, para luego inspeccionar el contenido de la bandeja.

—Has estado trabajando mucho —le comentó su madre.

—Sí, me ha pasado el tiempo muy rápido y no había mirado la hora.

El hombre trató en vano de acomodar la postura de su espalda.

—Por favor ayúdame, que desde hace rato, algo me está molestando en la espalda.

Su madre se acercó y con mucha dificultad lo ayudó a inclinarse hacia adelante; liberó un libro que había quedado prisionero detrás de su enorme humanidad, dejándole enrojecida la piel.

Amelia masajó con suavidad el área afectada, y él se dejó caer sobre las almohadas.

—Hace rato lo estaba buscando, qué bueno que lo rescataste —comentó con gesto agradecido.

Abrió la contraportada del libro y sacó una carta escrita a mano, la desplegó y observó sin leerla, pero su mirada reflejaba la complacencia por su contenido.

—La he leído tanto que ya puedo recitarla, pero aún disfruto detallar los arabescos en la caligrafía del abuelo —expresó con melancolía—. Esta carta me recuerda que aunque las personas nos dejen, sus enseñanzas se mantienen por siempre.

Este hombre de cuarenta años, pesaba cerca de doscientos ochenta kilos, tenía cinco años sin salir de su hogar, y en los últimos meses sólo había abandonado su habitación en muy contadas ocasiones, para hacer un lento recorrido por el resto del apartamento. Concretó su vida a los dos metros de ancho que le ofrecía su cama, adecuada con un colchón especial, y reforzada con vigas de hierro para soportar la gran carga. Gaetano prefería mantener su privacidad cerrando la puerta mientras se encontraba solo en su habitación, e instalaron para él un mecanismo que

liberaba la cerradura, al halar de una cuerda que pendía en la cabecera de su cama; de esta manera permitía la entrada a los visitantes.

Las rutinas básicas de cualquier ser humano representaban para él verdaderas proezas: no podía asearse, cambiarse de ropa ni hacer sus necesidades fisiológicas sin ayuda. Su madre decidió dedicarse a él para hacerle la vida más llevadera, poniendo de lado sus propias limitaciones: era una mujer de sesenta y seis años, ciento diez kilogramos de peso, y una afección en su rodilla derecha que ameritó tres operaciones, incluyendo largos reposos que nunca llegó a cumplir. Además sufría de dos hernias discales que también precisaban intervención quirúrgica, sin embargo decidió dejarlas para «después», o hasta que una emergencia la obligara a enfrentarlas. Para las tareas más pesadas, contaban con ayuda profesional: Horacio, un alto y fornido enfermero, practicante de fisicoculturismo, que aprovechaba sus habilidades para facilitarles la existencia a Gaetano y a su madre dentro de un horario de seis horas diarias. Horacio dedicaba otra porción de su tiempo a entrenamiento físico, y a actividades de índole religioso; en su ausencia Gaetano evitaba solicitar favores complicados a su madre, pero muchas veces la necesidad apremiaba, y ambos emprendían exhaustivas batallas para actuar contra la gravedad.

El apartamento, ubicado en el tercer piso de un edificio, inspiró un proyecto a estudiantes de ingeniería en una universidad local, quienes presentaron su creativo plan para adecuar las instalaciones a los requerimientos de Gaetano. Su propuesta contenía soluciones tales como: sistema de grúas con rieles para levantar al individuo de su cama y facilitar el desplazamiento hacia otros lugares específicos, como el baño, la silla del comedor y una butaca de la sala; puertas ensanchadas para permitir el paso con comodidad, pasamanos colocados de manera estratégica, y un cómodo sillón donde mirar la televisión, cuyo beneficio adicional era que elevaba su asiento para que el usuario se levantara con facilidad; la cama estaba elaborada en estructura metálica capaz de soportar hasta quinientos kilogramos, y dotada de ruedas que hacían posible el desplazamiento por el cuarto hasta el pequeño balcón; el inodoro del baño había sido construido con refuerzos de hierro y forma más ergonómica que evitaba el desplome de la piel hacia los lados, además ofrecía un asiento especial, fabricado en materiales de gran resistencia y fácil higiene. La gran cantidad de detalles presentada en el proyecto, hizo que los estudiantes obtuvieran la máxima calificación, pero Gaetano y su madre sólo llevaron a cabo una pequeña porción, pues según ella, su hijo pronto perdería peso y «todo ese armatoste sólo quedaría para estorbar».

Otros estudiantes del área de la medicina, elaboraban un ensayo sobre «Obesidad Mórbida», y

le solicitaron a Gaetano varias entrevistas para conocer los efectos psicológicos que provocaban tanto su apariencia como las enormes restricciones físicas. Él accedió y recibió de buena gana a un grupo de tres estudiantes con libretas en mano y una grabadora. Al principio de la cita, se limitaron a realizar preguntas escuetas que Gaetano contestaba dentro del mismo formato, pero poco a poco se rompió el hielo y llegaron a profundas y amenas conversaciones en las que se abordaban temas variados, que dejaban ver la chispeante personalidad, elevada cultura y calidad humana de su anfitrión. Los estudiantes nunca entregaron a Gaetano el ensayo final para su lectura, pero aun después de culminada la tarea lo siguieron visitando para disfrutar su compañía, y nutrirse con los interesantes relatos de historia universal. Él por su parte se emocionaba ante el interés que demostraban los muchachos, quienes obviaban los centenares de kilogramos y se adentraban en su intelecto y corazón.

Gaetano era con frecuencia el candidato perfecto de diversos productos comerciales que garantizaban la pérdida de peso; conoció la promesa milagrosa de decenas de pastillas y merengadas; la de tratamientos con acupuntura, dietas medicadas, y otras prácticas más drásticas como los bolos gástricos y el bypass estomacal. Solía leer con detenimiento la información, analizando las bondades y hasta los beneficios económicos que le ofrecían algunos patrocinantes, para el uso de su imagen como publicidad, en el caso de obtener resultados exitosos. Se imaginó en pantallas de televisión mostrando su cuerpo semidesnudo con las palabras resaltadas «antes» y «después», sin sentirse atraído en lo más mínimo a posar en público; decidió que nunca aceptaría propuestas similares así le ofrecieran jugosas cantidades de dinero; ya era suficiente con sentirse tan expuesto ante su propia madre y ante Horacio.

La mayoría de las horas dentro del cuarto las consumía entre la lectura y la escritura, pero además se sumía en largos ratos de añoranza y tristeza, en los cuales resonaban eventos recientes, o traía a su mente la imagen del padre fallecido: un caballero que dejó en él nobles modelos de lucha y amor hacia su familia, el país y la mujer de su vida.

Piero Diluca, el padre de Gaetano, salió de Italia cuando tenía apenas diecisiete años, y llegó a Venezuela en la búsqueda de un sueño, trayendo apenas un baúl con escasos bienes, algunas liras y un papel desgastado con la dirección de un familiar lejano que se ofreció a ayudarlo; había recibido también una corta lista de frases en español, que le guiarían hasta su contacto en caso que éste no acudiera al puerto de llegada para recibirlo. Piero traía consigo la pasión por los fogones y conocimientos de gastronomía, heredados de su madre, a quien ayudaba en una pequeña posada de su pueblo natal. Por no disponer de suficiente dinero para el viaje, logró un

acuerdo con el capitán de un barco mercante italiano, quien permitió el abordaje a cambio de trabajo. Piero escogió la cocina como su centro de operaciones. Al término de cuarenta y tres días de recorrido, el capitán había comprobado de sobra las habilidades de Piero, y le ofreció empleo fijo, pero el joven contaba con otros planes que no se adecuaban a la vida nómada de la tripulación. Agradeció la propuesta, y como despedida ofreció un delicioso festín que hizo a sus compañeros lamentar más su partida. Fue la primera vez que dispuso de ingredientes de su nueva tierra, y desde el principio apreció las bondades de los nuevos sabores tropicales. El capitán, decepcionado por la oportunidad perdida de degustar una comida digna, reconoció su esfuerzo y lo premió con una generosa suma de dinero que Piero agregó a su pequeño tesoro; con ello comenzaría desde cero en un país desconocido.

Su pariente, un tío materno, lo esperaba en el puerto, adivinando entre todas las caras extranjeras al joven encomendado. Por fin reconoció al muchacho en la pasarela de bajada, por la expresión de incertidumbre y el aspecto desvalido; era muy delgado, estatura mediana, cabello enrulado rubio y rostro anguloso; sus grandes ojos azules resaltaban sobre la palidez de su piel, y delataban la ansiedad del inmigrante; en una mano sostenía un pequeño baúl, y en la otra una bolsa de provisiones. Cuando su tío se acercó a recibirlo, Piero lo confundió con uno de los ruidosos taxistas que abordaban a las personas para ofrecerles sus servicios, pero al escuchar de él su propio nombre, lo abrazó con energía, como si se tratara de un pilar sólido sobresaliendo en la inmensidad del mar. El tío, un señor robusto de casi setenta años, había llegado más o menos a la misma edad a tierra venezolana, y vio reflejada en aquel muchacho su propia experiencia; quedó conmovido por su fragilidad y se sintió impulsado a apoyarlo y quererlo, en honor al hijo que muchos años antes había dejado en Italia.

Piero inició su nueva vida en una ciudad de la faja central del país. El desconocimiento del idioma representaba una gran limitación pero no frenaba su resolución de seguir adelante; poco a poco las palabras locales se fueron mezclando con las natales, hasta crear un simpático lenguaje que arrancaba las carcajadas de su tío, sin que éste notara la similitud con su propia manera de hablar. La calidez mostrada por los habitantes criollos fue interpretada desde el principio como una gentil bienvenida, y pronto aprendió a amar esa gente extraordinaria, siempre dispuesta a tender su mano mientras le enseñaba el folklore y costumbres, incluyendo los populares piropos con los que gustaba halagar a las muchachas. Recorría las calles saludando a las personas con el mismo entusiasmo de quien lleva años compartiendo las aceras; visitaba los fogones criollos y disfrutaba las nuevas sensaciones que los sabores caseros ofrecían a su paladar. En pocos meses se sentía ya habituado al clima, estaba encantado por la

exuberante vegetación tropical y se deleitaba con sus gustosos frutos; ya se había incorporado a la dinámica de su entorno, y hasta participaba en profundas discusiones sobre política. Sus enormes esfuerzos por echar raíces lo llevaron a realizar diversos trabajos en el área de la construcción, hasta que pudo dedicarse a su tarea favorita: cocinar; su habilidad en este ramo y la facilidad para relacionarse con las personas, le indicaron un momento oportuno para la apertura de su propio restaurante; tenía ya casi tres años de haber abandonado su pueblo, ya había recibido una carta de residencia que legalizaba su situación de inmigrante, y aunque con dificultad lograba cubrir los gastos básicos, hacía un esfuerzo extra para reunir dinero que enviaba a sus padres, empleando como intermediario a su amigo: el capitán del barco, quien lo buscaba cuando visitaba el país para revivir el gusto del buen comer.

Piero estaba feliz con su logro: había alquilado un pequeño local con vista a la calle, y lo convirtió en una réplica de la posada materna: la mezcla de colores, el estilo de su vestimenta y la de sus empleados, las cestas colgadas en las paredes, los frascos con antipastos y los dulces al almíbar en las vitrinas. Tal como lo aprendió de niño, almacenaba las pastas caseras en grandes gavetas de madera, preparaba envases con aceitunas aliñadas y tomates secos en aceite que luego exhibía en anaqueles; situó los tradicionales manteles de cuadros rojos, pequeños floreros en las cinco únicas mesas y cortinas con vuelos que una vecina confeccionó. Todo evocaba su cuna mediterránea. Atendía en persona a los clientes y se esmeraba en escoger él mismo las combinaciones de los platos, ocupándose de no perder el sello artesanal que tanto atraía al público; como bienvenida ofrecía unos exquisitos panes de especias que pronto se hicieron famosos, y los untaba con mantequilla de hierbas. Sus salsas y el aroma del pan horneándose aromatizaban la calle, y este placer sólo era superado por la exquisita experiencia de saborearlos. Su clientela mostraba un aumento notable, y en las horas pico ya era común observar personas en la puerta aguardando por una mesa vacía. Sus ahorros y el meticuloso manejo de las finanzas le permitieron adquirir un local mucho más grande, ubicado cerca de un boulevard, que representaba la versión ampliada del anterior, con la ventaja adicional de poder colocar algunas mesas al aire libre, creando la novedosa alternativa de «cielo abierto» que fue muy bien recibida. Ya contaba con doce empleados a quienes había seleccionado tras un minucioso proceso, el cual consideraba tanto sus aptitudes profesionales como su carácter alegre y sociable, indispensable para mantener contentos a los visitantes. Abría las puertas desde el mediodía hasta casi la media noche; en las tardes ofrecía una original variedad de cafés servidos en pintorescas tazas, y una vistosa oferta de dulces de frescura indiscutible y sabores indescriptibles. Contrató a un chef italiano que lo ayudaba a convertir todas sus ideas en

deliciosas recetas, y era normal verlo en la cocina discutiendo las técnicas para prepararlas. Era estricto con la imagen del negocio y hasta fue él mismo quien se encargó de colocar un gran cartel con el nombre que lo ubicaría en la lista de los restaurantes favoritos de la ciudad:

«En Nápoles con Piero»

Sus padres en Italia recibían noticias de todas las novedades, y atesoraban las fotografías que su hijo les enviaba; las imágenes mostraban a los trabajadores, las mesas con sus satisfechos comensales y a su tío protector, que posaba junto a él con verdadero orgullo. Pronto recibieron también la foto de Amelia, su prometida, junto a una carta donde Piero les contaba de su romance. La muchacha había ingresado como empleada para atender el mostrador y en menos de tres meses había vuelto loco de amor al propietario. En la foto se apreciaba a los jóvenes enamorados abrazados frente al restaurante: el frágil y delgado novio posaba junto a Amelia, de contextura gruesa y mucho más alta que él, por lo que precisaba agacharse un poco para unir su prominente mejilla al de su futuro y risueño esposo. Sus padres notaron cuán felices lucían, así que desde su tierra enviaron su bendición.

Amelia era una joven de carácter fuerte pero de sonrisa amplia y sincera, que resaltaba con labiales de tonalidades carmín. Su rostro redondo era enmarcado con un cabello rojizo y abundante que solía usar largo. Era tres años mayor que Piero, y sus excelentes habilidades para atraer público la convirtieron en un personaje muy popular. Dentro del negocio impartía la disciplina que muchas veces faltaba, hasta que terminó dando instrucciones hasta al propio dueño, quien las seguía complacido al notar su preocupación por el buen funcionamiento del establecimiento. La mayor muestra de lealtad fue su reacción cuando un sujeto entró al local a robar el dinero de la caja registradora, aprovechando un momento de descuido. Apenas Amelia advirtió las intenciones del personaje, buscó lo que tenía a la mano, y se topó con una bola de queso pecorino que lanzó con precisión a la cabeza del ladrón y lo tumbó al piso, para luego arrojarle ella misma sobre él, con la amenaza de un ataque más fuerte la próxima vez que se le ocurriera repetir la gracia. Piero se sintió hechizado por su temple y le dedicó algunas atenciones especiales que ella recibió con cariño y humildad. Como estrategia de conquista, Amelia suavizó un poco el carácter y varió su apariencia: nuevo estilo de maquillaje, retoques en su peinado y ligeros controles de alimentación, que en pequeña medida le hicieron bajar de peso. La joven contaba con el aprecio y lealtad de los empleados, pues se mostraba solidaria al facilitar permisos de salida, adelantos de dinero o para escuchar sus problemas; además, siempre proyectaba buen humor con alguna ocurrencia que los hacía reír. Después de poco más de un año, Amelia se convirtió en dueña del negocio, no porque se asociara a Piero, sino

porque se casó con él. Poco tiempo pasó para que exhibiera su maternidad mientras trabajaba con el mismo empuje. Los kilogramos ganados con su embarazo se confundían con los ganados por la abundante comida, como resultado de su acentuado apetito, y la bien conocida excusa «Tengo que comer por dos», teoría que Piero no compartía ni discutía.

Gaetano nació un domingo por la tarde, el día de mayor movimiento de la semana en el negocio, cuando se ofrecía un festival de crepes: unas especies de tortillas muy delgadas hechas a base de harina de trigo, que se enrollaban con diversos rellenos, y cubiertas, entre dulces y saladas. El equipo de cocina había ideado diecisiete modalidades diferentes para complacer a todos los paladares; la cocina hervía de trabajo y Amelia se encontraba sentada en un sillón frente al mostrador inspeccionando cada plato que salía del fogón. El dedicado esposo supervisaba diversas tareas, sin descuidar a su «desvalida» mujer, que había rehusado quedarse en casa «para no jugar cartas con el aburrimiento», según sus palabras textuales. Piero advirtió con terror la manera como Amelia apretó sus ojos y se colocó ambas manos en el vientre.

—Amelita: ¿qué te pasa?

—Este muchacho acaba de dar una voltereta. Ya tiene ganas de salir —respondió en voz alta, pero sin perder la calma.

Al hombre lo atacaron los nervios:

—¿Pero qué hago amorcito? ¿Te duele? ¿Te llevo a la clínica de una vez?

—Me están comenzando a dar unos buenos retorcijones, pero necesito primero ir a darme un baño, que huelo a pura cebolla frita.

—¿Y tú crees que dé tiempo?

—Claro que sí, ahora es cuando se está acomodando.

Entonces Amelia cambió de interlocutor para dirigirse a su hijo:

—Espérate un rato hijo, no se te ocurra salir en plena calle, que quiero ponerme presentable para recibirte. Ya tendrás bastante tiempo para los aromas del restaurante, pero ahorita quiero que me conozcas bañada en agua de rosas.

Los esposos se dirigieron a su hogar; allí Amelia se duchó, colocó su ropa en una pequeña maleta, y tomó el bolso preparado desde hacía dos meses con el ajuar del bebé. Aprovechó de plancharle unas camisas a Piero para los próximos días, pues no se justificaba que el hombre anduviera mal presentado sólo porque le había nacido un hijo. Él no lograba comprender la tranquilidad de su mujer, cuando en su caso sólo era capaz de dar vueltas en círculos, buscando con prisa algo que ni siquiera lograba precisar.

—Amelita por favor, me estás desesperando. Vamos ya, que el muchacho se nos va a adelantar.

El sentía el apremio apoderarse del momento, pero no lo mencionaba. Su paso se iba haciendo más lento, y el dolor aumentaba; cuando la urgencia se impuso, dejó lo que tenía en sus manos.

—Ay, Ay. Ahora sí se me acabó el tiempo. Este muchacho no espera más. Ayúdame Piero, mete las cosas en el carro y vienes luego a buscarme. Creo que ya no puedo ni caminar.

Piero cumplió la instrucción; Amelia se desplazó con gran dificultad hacia el vehículo y se recostó en el asiento trasero. Piero ya no recordaba ni la dirección de la clínica, y la mujer tenía que levantarse de vez en cuando para ubicarse e indicarle el rumbo.

—Es por aquí... cruza a la izquierda —le indicó a su nervioso esposo.

—Pero ¿cuál izquierda?

—¿Cuántas izquierdas tienes tú? La misma izquierda con que escribes y te rascas la barriga. Ten cuidado, no vayamos a chocar —le contestó ya alterada.

Piero estacionó frente a un pequeño edificio, dejó a la parturienta en el carro y fue por ayuda. Al minuto venía con cuatro enfermeros y una camilla. Acostaron con gran esfuerzo a Amelia y la llevaron a sala de parto, donde debieron esperar veinte minutos hasta que el médico de guardia se presentara; luego que examinara a la paciente, determinó que todavía no había dilatado lo suficiente y permanecieron allí por más de tres horas hasta que llegó el momento definitivo. Gaetano nació de pie, y a pesar del complicado parto, los augurios de las enfermeras eran de buena suerte. Recibieron a un saludable niño de tres kilos y cien gramos, contrariando las predicciones de los médicos que anunciaban a una criatura de cuatro y medio como mínimo.

Cinco semanas más tarde, Gaetano fue por primera vez al restaurante de sus padres, y desde ese momento los aromas de salsas y vinos, el murmullo del ambiente, y la voz de su madre dando instrucciones, se convirtieron en su hábitat natural, el cual reconocía aun más que su propia habitación. Llegaban en la mañana para los preparativos del almuerzo, y se iban en la noche a descansar. Era la oportunidad que su madre encontraba para bañarlo, cantarle y mecerlo, conduciéndolo así al sueño nocturno, para luego dedicarse a las tareas domésticas que la retenían más allá de la media noche. Piero la esperaba pacientemente, ansiando el disfrute de dormirse entre los brazos de su esposa, y en la serena oscuridad, disfrutaban una mágica sensación de gratitud hacia la vida.

Piero se hizo un señor muy respetado y gozaba de una cómoda situación económica. Ya a los treinta y cuatro años era dueño de otro restaurante, pero seguía apegado a su negocio original, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Su hijo había cumplido siete años y permanecía varias horas del día dentro del establecimiento bajo los mimos de los empleados; era común verlo

comer a cualquier hora del día; en la cocina le preparaban sus postres favoritos, y los devoraba haciéndoles honor a los cocineros, pero irrespetando las continuas instrucciones que su padre dictaba en el dialecto napolitano, para que se apegara a las horas habituales de comida. Era un niño tranquilo, muy conversador, y afectuoso; conocía aspectos personales de los trabajadores que su propia madre ignoraba y les encubría algunas fallas para evitar las reprimendas de su padre. La gordura estaba arrojando su cuerpo, y su madre no lograba entender que la «robustez» estaba lejos de ser un símbolo de salud. A los doce años ya pesaba cerca de setenta kilos, pero eso no preocupaba a Amelia: aseguraba que con el crecimiento y la pubertad Gaetano adquiriría una contextura normal, y que por el momento lucía sano y gracioso; sin embargo no sabía que él ya sufría el humillante trato de sus vecinos y compañeros de clases.

Piero había adquirido grandes habilidades en los negocios que le permitieron incrementar sus ingresos. Las personas lo buscaban por su sencillez, honestidad y buena percepción de las oportunidades. Se sentía conforme con su vida, pues representaba lo que siempre había anhelado, y cada día agradecía a Dios las enormes oportunidades que colocaba a su paso. Su única tristeza era la separación de sus padres, así que decidió pedirles que fijaran residencia en el continente americano, junto a él y su familia. Les escribió una emotiva carta en la que presentaba muy entusiasmado su propuesta.

Ellos respondieron con otra correspondencia que deprimió a Piero, pues la percibió como una despedida. Leyó la impecable caligrafía de su padre, y al hacerlo casi podía escuchar su voz acariciando el idioma natal.

Querido Hijo.

Tu madre y yo hemos recibido tu carta con gran alegría. Nos sentimos orgullosos de tus enormes progresos y de la hermosa familia que has logrado formar. Las últimas fotos nos revelan cuán crecido está nuestro nieto: es ya todo un hombre; por favor exprésale que sus abuelos lo aman mucho, que desde aquí le enviamos todos los días nuestras bendiciones, y elevamos oraciones a Dios para que siempre lo proteja.

Leímos y consideramos tu propuesta de mudarnos con ustedes a Venezuela, y nos sentimos muy conmovidos por ese gesto de cariño; enseguida tratamos de imaginarnos recogiendo nuestras pertenencias y saliendo de esta tierra ... pero, ¿cómo podríamos colocar nuestras vidas dentro de un baúl y llevarlas como equipaje en un avión? No puedo concebir una partida dejando atrás nuestros escasos bienes materiales y los tesoros sentimentales, para llegar como extraños a una tierra que ni siquiera comprende nuestra lengua.

Nos encantaría tenerlos cerca y abrazar a nuestro nieto cada día. Quisiéramos también probar

los deliciosos banquetes de tu próspero negocio mientras disfrutamos de un buen vino, y además ayudarte en tu esfuerzo por mantener viva tu raíz italiana. Pero mamá y yo pensamos que ya estamos muy maduros, por no decir viejos, para enfrentar un cambio tan radical. Nuestra casa está llena de recuerdos, de imágenes y de nuestra propia esencia. Mis dedos torpes lo único que hacen bien es sostener la suave mano de tu madre, que muchas veces actúa también como bastón, y aunque nuestra salud en general es buena, el cansancio ya se nos ha metido en los huesos... no se animan a iniciar un nuevo baile.

No queremos que te preocupes por nosotros. Tenemos más de lo que necesitamos para vivir en paz. A estas alturas sentarme en el viejo sillón en compañía de Juliana es más de lo que puedo pedir: eso me da la mayor sensación de felicidad. Podemos recordar nuestra juventud repartida entre noviazgo y matrimonio, el nacimiento de nuestros dos amados hijos, nuestra lucha por mantenernos en pie durante las épocas difíciles. Ya podemos inclusive hablar de la trágica pérdida de tu hermana, sin que eso nos desgare el corazón, y en cambio nos regocijamos al recordar los maravillosos quince años que pasó junto a nosotros, regalándonos una vida llena de luz.

Por otro lado revivimos el momento en que decidiste cruzar nuestras fronteras: el enorme ánimo que demostraste fue un gran ejemplo de fortaleza para nosotros, aun cuando sabíamos que te encontrabas invadido por el miedo y la nostalgia. Juliana y yo también lo sentíamos, pero sabíamos que serías capaz de obtener grandes logros... y no nos equivocamos, has demostrado ser un gran hombre, capaz de llevar nuestros valores a cualquier lugar en el que te encuentres. Tú nos diste enormes lecciones de vida, y con ellas nos hemos hecho más fuertes.

Pero al fin tenemos tiempo de reposar. Creo que nunca había amado tanto a tu madre como ahora. Ya no hay prisas, el futuro por el que tanto luchamos ya es un hoy. Somos sólo ella y yo, entre estas paredes que nos da calor aun en épocas de invierno, con un amor que se hace más grande aunque nosotros nos volvamos cada vez más pequeños. Ahora disfrutamos más que nunca el estar juntos, y queremos transmitirte esta sensación de plenitud a través de estas líneas.

Por todo esto quiero que entiendas que debemos continuar aquí. Sé feliz, porque ése es el objetivo principal de nuestras vidas. Sé feliz, porque eso es lo único que justifica los esfuerzos de cada día y dignifica nuestra existencia. Ama a tu mujer hasta que sientas desprenderse tu corazón; cuida a tu hijo porque él será quien mantenga vigentes nuestros orígenes, y agradece a esa tierra maravillosa que te adoptó y te dio los mismos derechos de sus hijos de sangre.

Hazle saber a Amelia que la queremos, que agradecemos el gran amor que te profesa, y esa

dedicación de la que siempre nos cuentas. Estar juntos los hace fuertes, pero amarse los hace invencibles; nunca olviden el gran poder de su unión, aunque los años parezcan empolvar sus sentimientos. Dale un enorme abrazo a mi nieto, de parte de estos abuelos que siempre están al lado de su corazón. Sigue tu camino y encuentra en cada día el sentido real de tu vida.

Te queremos.

Juliana y Pasquale

Gaetano tenía veinticinco años cuando asumió el control de los negocios paternos, debido a un trágico accidente de tránsito que dejó a su padre en coma durante cuarenta y seis días, hasta ser vencido por las heridas en algunos órganos vitales. Durante los días y noches de agonía, Amelia permanecía en el hospital velando su sueño, mientras tanto su hijo debió mantener una gran fortaleza para que la plataforma construida por Piero se mantuviera en pie. Desde muy joven Gaetano había demostrado interés en las actividades de su padre, y él lo recompensaba enseñándole operaciones comerciales y financieras; esto permitió al joven tomar riendas con manos fuertes y sin errores graves que lamentar.

Al morir Piero, Amelia cayó en una gran depresión, y dejó de dedicarle tiempo a los restaurantes. Gaetano trabajó sin descanso para llevar adelante sus nuevas responsabilidades, al tiempo que complementaba su formación universitaria con estudios avanzados en el área de finanzas. Era un hombre brillante, dinámico, y a pesar de sus ya ganados ciento cincuenta kilogramos, lucía agradable, siempre impecable y perfumado. Aceptaba su obesidad, pero no cesaba de reprocharle a su madre el no haber empleado con él controles efectivos.

En una de las sobremesas del almuerzo, Gaetano y su madre compartían las migas de pan y un gran silencio; cada uno se encontraba absorto en sus pensamientos. Gaetano habló entonces para introducir un nuevo tema.

—Mamá —comenzó diciendo para capturar su atención—, a ti y a papá les agradezco haberme regalado una vida llena de afecto, estabilidad y de muchas alegrías. Hicieron de todo para hacerme feliz, pero sólo hay algo que habría querido cambiar.

—Gaetano, hijo, ya sé lo que me vas a decir, y no tengo respuesta para eso.

Él atenuó su tono, aunque el tema que estaba abordando lograra angustiarlo.

—Sí, voy a hablar de mi obesidad; no lo tomes como un reclamo, pero no sé cómo dejaste pasar por alto mi exceso de peso. Debes reconocer que no era normal semejante gordura en un niño, hoy en día cualquier médico pediatra te habría alertado al respecto. ¿Cómo dejaron que me pusiera así? Miro mis fotos y me asombro. Tal vez yo tenía un problema hormonal, o de tiroides u otra anomalía, que me hacía engordar...

—¡No hijo! —interrumpió su madre—. El problema era comida en exceso. Desde pequeñito te convertiste en el catador oficial del restaurante; en casa comías a toda hora; a los cocineros les encantaba verte devorar sus platos; también tomabas escondido los dulces de las vitrinas o te

llevabas algunos para comértelos antes de dormir. Todos disfrutábamos con eso.

—Mamá, eso no era una gracia; un regañito de vez en cuando no me habría hecho mal. ¿No pudiste ponerme a dieta?, por lo menos darme comida sólo las tres veces reglamentarias del día.

—¡Ay no! Es que ponerte a dieta me daba lástima. Además te veías tan gracioso y sano. Tu papá sí se molestaba, y nos regañaba, pero la verdad es que yo no le hacía mucho caso.

—Sí, mírame qué gracioso me veo ahora. Ya ni puedo rebajar, cada vez que me peso tengo más kilos que la vez anterior. Lástima da verme con esta gordura.

—¡No me mortifiques con eso! Fíjate en todos tus grandes atributos.

—Es que de mis grandes atributos te estoy hablando, me fijo en ellos cada vez que paso frente al espejo. Y el asunto se va poniendo más difícil. Mi estómago ya es enorme, no se llena con raciones normales de comida, demanda mucho más de lo necesario... ¡Mírame mamá! ¿Qué mujer querría amarme, y mucho menos casarse conmigo?

Su madre encontró en esta pregunta una tabla de salvación para elevar el ánimo de su hijo, y se levantó de la mesa para hablarle más de cerca. Se paró detrás de él y lo rodeó con sus brazos.

—¿Cómo que quién? Cualquier muchacha a la que le guste ser tratada con delicadeza y consideración. He visto a muchos delgaduchos por allí que son unos patanes, y que maltratan a sus mujeres. La que se quede contigo tiene asegurada una vida llena de atenciones, amor y fidelidad.

—¡Fidelidad! Cómo sabes que voy a ser tan fiel.

La mamá, sorprendida por la respuesta y cambiando la entonación a un modo de reclamo juguetón, le respondió.

—Y entonces muchacho, te estás quejando porque no tienes novia y ya estás pensando en ponerle los cuernos.

Se escuchó entonces la carcajada de Gaetano, y la risa más comedida de su madre. Él recobró la seriedad.

—Sólo estoy jugando mamá; eso no fue lo que aprendí de papá. Él me enseñó a ser un hombre honorable en todos los sentidos. Quisiera poder hacer a una mujer tan feliz como papá te hizo a ti.

Amelia sonrió en silencio. La ausencia de su esposo la deprimía a pesar del paso del tiempo, sin embargo disfrutaba los emotivos recuerdos de su convivencia, transcurridos en medio de los agotadores días de trabajo. Piero siempre guardó para ella un gesto mimoso o una palabra de afecto; él representaba un extraordinario ejemplo que su hijo no estaba dispuesto a ofender.

Gaetano aceptaba que ya en la pubertad, gran parte de la responsabilidad por su sobrepeso le pertenecía, y que en su edad adulta, la disciplina y voluntad dependían sólo de él, pero consideraba que ya era tarde para los sacrificios que implicaban los cambios en sus hábitos; se conformó con pensar que debía exaltar al máximo sus virtudes para lograr aceptación, elevar su autoestima, y sobre todo para conquistar a la que consideraba la mujer más atractiva e inteligente: Ana Liz; la conoció a la mitad de sus estudios y desde entonces aprendió a admirarla; su cabello oscuro solía usarlo muy corto, tenía grandes ojos negros y una voz muy fina, que contrastaba con sus ideas feministas, las cuales discutía con efusividad en el salón de clases.

—Profesor, ¿por qué las mujeres no cuentan con la misma credibilidad que los hombres en temas financieros? Somos más organizadas, más metódicas, y hasta nuestra intuición natural nos hace ser más sagaces en la toma de decisiones —preguntó en medio de una clase, capturando la atención de Gaetano.

El profesor le contestó divertido.

—Las mujeres controlan todas nuestras vidas: nuestro nacimiento y crecimiento, nos enseñan modales al comer, al hablar, inclusive estando viejos nos dicen cómo tenemos que vestir, y hasta deciden cuál día de la semana es que podremos tener sexo. ¿Por qué no dejan que en algunos temas nos sintamos un poquito superiores, aunque ustedes sepan que eso es pura mentira?

La elegante salida de su interlocutor le arrancó una respuesta inmediata.

—Porque en esos temas es donde se encuentra la verdadera acción.

Gaetano admiraba sus argumentos, la valentía al hablar, la manera airosa con que celebraba alguna salida ingeniosa. Apreciaba el caminar de su pequeño cuerpo de un metro con cincuenta y dos centímetros, la manera de mover las manos cuando hablaba, y esos ojos chispeantes que jugaban para todos lados dando énfasis a sus palabras. A veces él reía por los chistes que le jugaban sus compañeros, pero lo hacía encubierto, pues no deseaba que Ana Liz lo identificara como a uno de sus molestos provocadores. Gaetano requirió de un enorme esfuerzo para llevar adelante su plan de conquista, sobre todo al notar que la joven atraía guapísimos jóvenes; fue aproximándose como simple camarada en los equipos de trabajo, y una vez dentro de su círculo de amistades, recurrió a poemas, invitaciones especiales y otras galanterías que poco a poco lo fueron moviendo a las primeras posiciones en su fila de admiradores.

Luego de culminar el postgrado y durante la celebración realizada con sus compañeros, Gaetano le sugirió a Ana Liz que caminaran por los jardines. Después de recorrer algunos temas superficiales, Gaetano le pidió a la mujer de sus sueños, que lo honrara convirtiéndose en su

novia. La chica se aterró; siempre se había sentido halagada por el especial trato de su amigo, pero nunca había hecho serias consideraciones sobre un romance. Lo admiraba y podía apreciar las cualidades que lo hacían especial, pero no estaba en sus planes emprender con él una relación sentimental.

—Gaetano. Me siento muy halagada por tu cariño, pues te considero un hombre excepcional. Pero en este momento no me siento dispuesta a iniciar un noviazgo.

Gaetano sintió cómo se le cortaba la respiración.

—Ana Liz. Disculpa si me apresuré, pero es que... había sentido que entre nosotros existía un vínculo afectivo —expresó con dificultad.

—Claro que existe: eres mi amigo y te tengo gran aprecio, pero ahora necesito concentrarme en mi trabajo. No dispongo de mucha holgura en mi tiempo; hasta mi mamá y mis hermanos me lo reclaman, pues es poco lo que comparto con ellos.

Gaetano la miraba, reconociendo el tradicional discurso ya escuchado en varias ocasiones, pero ahora sentía que la respuesta lo hería; no era la superficial atracción de otras veces, se trataba de la chica correcta, a la que ya amaba. Las palabras no lograban salir de su boca; necesitaba encontrar una frase adecuada para romper el engorroso silencio, pero lo único que lograba era un rictus en su expresión, que su madre habría reconocido de inmediato como un deseo profundo de llorar. Hizo un esfuerzo y controló las emociones que lo dominaban.

—Caramba Ana Liz, creo que debí asegurarme de que sentías lo mismo por mí. Cometí un error, pero no te preocupes, ya me recuperaré.

Ana Liz lo miraba conmovida, podía adivinar en él una gran tristeza; no quería lastimar a su amigo, y se reprochaba el haberle permitido alojar esperanzas sobre una relación. A la vez se planteaba diversas interrogantes. ¿En verdad había resultado la declaración una sorpresa? ¿Qué pensaba entonces cuando aceptaba sus atenciones y galanterías? Creyó que debía presentar una disculpa por la confusión, y mientras buscaba las palabras, vio como Gaetano respiró profundo y se puso de pie. Él la besó en la mano, la miró directo a los ojos olvidando la vergüenza de minutos atrás, y dijo adiós a sus aspiraciones.

—Si tu amistad es lo único que me ofreces, la acepto con gran humildad, pues quien es capaz de amar, es capaz de comprender. Eres una mujer maravillosa, y quien gane tu corazón ganará una gran fortuna. Espero que seas muy feliz, así no sea a mi lado.

Gaetano decidió retirarse de la batalla, y adoptó un trato más distante para disimular el enamoramiento no correspondido. Ya con el término de las clases dejó de ver a Ana Liz con la frecuencia de otros tiempos, pero de vez en cuando coincidían en casa de amigos o en lugares

que ambos frecuentaban. La joven, por otro lado, notó que extrañaba su compañía y atenciones; hacía un recuento de su amistad con Gaetano, tratando de precisar en qué momento ésta se había transformado en atracción.

—Tal vez lo supe desde mucho tiempo atrás, pero no me detuve a pensar demasiado en eso —pensó en voz alta, durante un momento de reflexión.

Más adelante, comentaba con una amiga su preocupación y la incómoda situación por la que había pasado.

—Ya he rechazado a otros pretendientes, no entiendo entonces el porqué de este sentimiento de culpa, y la sensación de abandono. Gaetano siempre me ha parecido agradable, y disfruto mucho su compañía, pero te confieso que me desagrada su gordura, aunque ahora eso no parece tener gran importancia para mí.

Su amiga la miraba reconociendo en ella su encanto por él.

—Puede que no quieras aceptarlo, pero creo que ya es tarde para esas consideraciones: estás enamorada.

Gaetano tenía otra vez en sus manos la carta que su padre le había heredado como el más grande de sus tesoros. La leyó como si fuera la primera vez, la dobló y la colocó dentro de un libro. Por largo rato meditó y envidió el amor de sus ancianos abuelos. Recordó a su padre, quien a pesar de estar ausente, seguía arrancando suspiros a su madre; luego pensó en sí mismo: vencido ante una negativa. Sintió vergüenza y fue ése el momento de su gran determinación.

—Ana Liz, voy a amarte y voy a hacer que me ames hasta que sintamos «desprenderse» nuestros corazones —aseguró.

A partir de allí Gaetano no descansó en su afán de conquistar a Ana Liz... y lo logró: ella admitió que la apariencia de su pretendiente había pasado a un segundo plano, y resultaba más importantes la caballerosidad, su actitud considerada y el respeto que mostraba por sus ideales, lo cual no necesariamente significaba que él los compartiera. Gaetano aprendió a guardar silencio por el simple hecho de dar apoyo a la joven de arraigados pensamientos que vibraba cuando los defendía; supo con habilidad cómo hacer oposición para así resguardar su condición masculina y no parecer un simple oyente; con sutileza le hacía saber que los hombres también eran portadores de gran sensibilidad; llegó inclusive a acumular relatos de algunos humillados y maltratados por mujeres, padres de familia que habían llevado a sus hijos adelante luego del abandono inexplicable de sus esposas, y de otras féminas infieles descubiertas en situaciones

bochornosas.

—Las mujeres no siempre son las víctimas Liz. Muchas veces se disfrazan de corderos y se comportan como verdaderas lobas.

—Es verdad, pero no es ésa la situación más común. Tampoco apoyo la humillación a los hombres. Mi idea es que podamos compartir el mundo en un plano paralelo, nadie por encima de nadie.

—Mi querida niña: yo no quiero estar en un plano paralelo al tuyo, yo quiero estar en el mismo plano que tú. Tenerte lejos me produce escalofríos.

Su tono cariñoso la descontrolaba, después de todo, la lucha no era contra él. De sobra le había demostrado que tras su tosca apariencia, habitaban sentimientos nobles hacia la humanidad; siempre dejaba ver la sencillez que habían plantado en él sus padres... el cariño por la familia... el apego hacia sus raíces... la gratitud a quienes tendían su mano. Gaetano logró conmover a su novia, y con cada gesto de cariño, la muchacha sentía ráfagas de amor que remozaban la relación.

Estas dos personas que en un momento parecían tan distintas, habían logrado identificarse y comprenderse; podían estar juntos sin que uno invadiera el espacio del otro, y aprendieron cómo amarse sin tener que abandonar sus propias convicciones. Luego de dos años de romance, Gaetano le propuso a su novia contraer matrimonio; ella aceptó de inmediato y expresó emocionada su deseo por vestir un traje blanco, llegar al altar del brazo de su padre y escuchar el Ave María interpretado por una soprano.

La boda se planeó en pocos meses, y en la tarea estuvieron involucradas las madres de los novios. Gaetano tuvo a su cargo toda la preparación del festín, a pesar de la insistencia de los padres de Ana Liz, quienes alegaban que la fiesta debía ir por cuenta de la novia. Para Gaetano parecía natural que él y su madre se encargaran de lo concerniente a la celebración.

—Tengo unos grandiosos cocineros que se disgustarían si no los dejo lucirse para nuestra fiesta de bodas. El restaurante cuenta con un amplio salón de eventos, y me muero por hacerlo decorar para mi querida Liz; además, en nombre de mi madre y en el de mi difunto padre, será un enorme orgullo que todos vayan a celebrar «En Nápoles con Piero». No se hable más del asunto: yo pongo el banquete y entre todos nos encargaremos de lo demás.

El casamiento se celebró en una antigua capilla de estilo gótico, decorada en su interior con flores silvestres, de acuerdo al gusto de la novia. En los bancos se colocaron pequeñas cestas con vibrantes pétalos para lanzar a los novios al final de la ceremonia. El padre conocía a Ana Liz desde sus días de infancia, y asumió con orgullo el compromiso del santo sacramento. Una

agrupación de jóvenes obsequiaba las notas de suaves melodías, y reservaba lo mejor de su repertorio para el momento culminante de la boda.

La joven entró a la capilla del brazo de su padre, mientras su madre lloraba de alegría, al ver a su hija cubierta con los encajes bordados durante horas de desvelo; metros de tela se cortaron y cosieron para confeccionar un traje blanco entallado, con amplia falda y una discreta cola; el corto cabello de la novia parecía rociado por pequeños capullos que se enlazaban en una delicada tiara, y el sutil maquillaje aportaba tonalidades rosas que realzaban el rubor de su rostro. Lucía esplendorosa mientras caminaba con lentitud, mirando emocionada al futuro esposo. Entre dientes y sin abandonar su sonrisa, el emocionado padre aprovechaba para hacerle saber que siempre sería su pequeña consentida.

—Papá: nunca me alejaré de ti —le respondió su hija, sin dejar de admirar a su novio al final del pasillo.

Gaetano se ponía cada vez más ansioso, y sin esperar a que ella se aproximara, caminó unos pasos para tomar del brazo a la muchacha. Las dos madres hacían enormes esfuerzos para retener sus lágrimas, mientras saboreaban el momento con la nostalgia de sus propias nupcias. Algunos invitados comentaban el enorme contraste existente entre los novios, mientras otros, envueltos por la atmósfera mágica de la marcha nupcial, aseguraban que se trataba de la pareja perfecta.

—Están hechos el uno para el otro —suspiró una dama.

Ana Liz y su novio se miraron en complicidad; ella giró hacia el altar y le pidió a Dios que los guiara para solucionar siempre sus diferencias, y les permitiera compartir con plenitud los futuros años de sus vidas. Gaetano contempló un momento más a su novia para verificar que no se trataba de un sueño; se encontró de nuevo con sus ojos brillantes y la expresión de alegría velada por la malla del tul.

—Te quiero —pronunció él en voz baja, queriendo transmitir en ese pequeño gesto, todos los sentimientos que tal vez no había logrado mostrar hasta entonces.

Ambos se concentraron en las palabras del sacerdote, y en el crucifijo que se alzaba detrás, coronando el altar.

—Mis queridos hijos, éste es un momento de regocijo en que Dios nos muestra la grandeza del amor y nos colma con sus bendiciones. Demos gracias a él por esta reunión tan especial, en que hemos venido a unir en Santo Matrimonio a Ana Liz y a Gaetano...

Ana Liz se sentía satisfecha de poder conjugar la vida hogareña con sus demás actividades, las cuales dividía entre su trabajo y la asistencia como voluntaria a un centro de apoyo para mujeres maltratadas llamado «Cadena de Corazones». Su participación allí comenzó durante la época de estudios para ganar créditos extras en una materia de desarrollo social, pero pronto se vio envuelta en los casos atendidos y continuó brindando ayuda inclusive después de culminado el período establecido. Gaetano le ofrecía su respaldo, y durante años escuchó atento las historias de mujeres con diferentes edades que acudían al lugar para exponer eventos traumáticos de sus vidas. También observaba preocupado cómo se afectaba el ánimo de su esposa, y debía mantener largas conversaciones para hacerle comprender que su misión era la de alentar, en lugar de dejarse deprimir. Al final Ana Liz aceptaba los argumentos de su esposo, y buscaba refugio en sus suaves palabras para recobrar la tranquilidad.

La vida de la pareja era tranquila y discurría en un ambiente cordial, en el que ambos se afanaban por complacer los gustos del otro. Ana Liz disfrutaba de su casa, aunque había manifestado siempre poca disposición para las tareas domésticas, así que las llevaba hasta un nivel básico, pues alegaba que este tipo de trabajos no aportaban nada a su crecimiento profesional ni espiritual. Esto no causó molestias a Gaetano, quien siempre colaboraba con pequeñas tareas de orden y limpieza; además contaban con el soporte de «En Nápoles con Piero», para alivio de Ana Liz quien detestaba cocinar, y más aún en las proporciones que su esposo demandaba. En algunas oportunidades se citaban en el local para comer, o llevaban a casa la comida para disfrutarla juntos. Las horas libres se consumían en lecturas, paseos o películas de video, siempre acompañados de un buen refrigerio. Mientras Ana Liz se dedicaba a su apartamento o a trabajar en la logística del centro de apoyo, su esposo se entregaba a la escritura, actividad que le había agradado desde niño, y que en muchas oportunidades le brindó entretenimiento en el restaurante mientras aguardaba por sus padres.

Gaetano se desempeñaba entonces como el hábil propietario de los establecimientos familiares, y de los otros negocios que él mismo había logrado desarrollar. Las principales preocupaciones de la pareja abarcaban los temas sociales de Ana Liz, los aspectos operativos de los negocios, y los del evidente sobrepeso del hombre de la casa, lo que cada vez ganaba más espacio en sus vidas, hablando de forma literal. Ana Liz intentaba convencerlo de someterse a un régimen alimenticio para perder peso, o al menos evitar que ganara más, pero él, tan sagaz para otras

operaciones matemáticas, no parecía percibir los kilogramos de grasa que se iban sumando a su cuerpo, para llegar a superar los ciento setenta.

—Gaetano, tú sabes cuánto te quiero, pero se trata ya de un tema de salud. Cada día respiras con más dificultad, en las noches tus ronquidos me angustian pues parece que te estás asfixiando; no duermo pensando que te va a pasar algo. Tu sedentarismo va en aumento, ya no te entusiasma salir a pasear juntos, en cambio parece que sólo te complace quedarte aquí —reclamaba su esposa.

—Claro que me gusta pasear contigo, pero también disfruto mucho el sosiego de nuestra casa.

—Pero no podemos pasar nuestros días libres encerrados sin agarrar aire. Además, ya no controlas tu alimentación, comes lo que sea a la hora que sea, no te importa si subes de peso. Después de nuestra boda me prometiste que harías un esfuerzo por rebajar, averiguaste sobre dietas y dijiste que comenzarías con ejercicios, pero parece que decidiste hacer todo lo contrario, sin importarte lo que yo opine, o los estragos que esto genere en ti.

Gaetano comprendía la preocupación de su mujer, pero creía que en un cuerpo tan pesado algunos kilogramos de más no harían mucha diferencia, pero éstos se iban acumulando y los cambios se hacían bastante notorios. Podían apreciarse en las tallas de su ropa, en el área que ocupaba de la cama, en sus estados de ánimo, y en algunas complicaciones físicas, que poco a poco iban mermando su salud y afectando la convivencia.

Ana Liz hacía enormes esfuerzos para no permitir que sus sentimientos se afectaran; sabía que Gaetano la amaba, pues cada día recibía evidencias de ello, pero ya su sobrepeso había dejado de ser un simple tema de apariencia. La casa y las rutinas poco a poco debieron adecuarse a las dimensiones del hombre y resultaba difícil una relación normal. Los encuentros sexuales se distanciaban, aunque era preciso reconocer la destreza de Gaetano para impedir que sus carnes representaran un obstáculo durante la búsqueda de la satisfacción; él trataba de compensar sus restricciones con habilidades de gran amante, complaciente y creativo; adquiría posiciones que resultaban verdaderas proezas, inclusive riesgosas para su mujer, pero Gaetano mantenía conciencia de la fragilidad de su compañera versus su propia gordura. El sexo era un acto divertido y explosivo, que disfrutaban por igual al máximo, también era una terapia que los reunía cuando parecía que el amor se extraviaba entre la espesura de la cotidianidad.

Ana Liz no se habituó al sedentarismo de su marido, pero decidió aceptarlo como parte de los sacrificios que se precisan en nombre del matrimonio. Optó por hacer sola las actividades que antes compartían, e inclusive daba soporte a los restaurantes cuando Gaetano tenía alguna afección que le impedía salir, lo cual era cada vez más frecuente. Contaban con un regente muy

capacitado para dirigir los establecimientos de comida; los negocios restantes eran manejados por Gaetano vía telefónica, o mediante breves reuniones en la sala de su casa. Ana Liz trataba de llevarle las novedades del mundo exterior y comenzó a hacer algunas reuniones hogareñas con amigos y familiares, para no desconectarse socialmente. Los visitantes disfrutaban de las agradables conversaciones de Gaetano, aunada a la esmerada atención que les dispensaba la pareja; presenciaban con agrado cuán compenetrados lucían ambos, a pesar de la disparidad en su apariencia. Sólo la madre de Ana Liz, capaz de notar los más leves cambios en el ánimo de su hija, pudo advertir que el tema de la obesidad ya representaba un obstáculo para ser felices.

—Hija, no puedes dejar que este problema sea más fuerte que ustedes. Yo sé que Gaetano es un excelente hombre y te adora, pero ya ni él mismo tiene conciencia de su exceso de peso. Caminar y respirar ya resultan para él verdaderas aventuras, los movimientos con sus manos son torpes, y hasta le cuesta acercarse a ti sin tropezarte.

Ana Liz trataba de no angustiar a su madre, pero tampoco negaba lo que era obvio. El descuido de su esposo la irritaba, y llegó inclusive a pasar horas sin pronunciar palabra para no caer en el tema que tantas discusiones estaba generando entre ambos. Verlo comer le causaba repulsión, y los cuidados extras que precisaba le producían molestia; a diario debía pasar buen rato ayudándolo en el aseo o acercándole objetos para evitar que él se levantara. Gaetano pasaba horas en su computadora escribiendo poemas de amor que dedicaba a su esposa, o algunas historias breves que deseaba enviar a revistas o periódicos locales para su publicación; esta actividad no requería de él un esfuerzo extremo, y le ayudaba a mantenerse ocupado en ausencia de su esposa.

El tiempo pasó sin que Ana Liz y Gaetano tuvieran real conciencia de los cambios que se habían producido en el sentido físico y emocional. En algún momento de sus siete años de matrimonio la curva que representaba su creciente amor y bienestar, mostró un punto de quiebre y comenzó el inevitable descenso. Gaetano había cambiado su humor, se deprimía con facilidad y celaba a su esposa de todo lo que estuviera fuera de las paredes del hogar. Ana Liz se refugiaba en su trabajo, y absorbía las vivencias del grupo de apoyo, para olvidarse por ratos de las propias. Sabía que su relación estaba en vías de fragmentarse.

Era casi de noche cuando Ana Liz entró a la casa acompañada por alguien a quien Gaetano no conocía; ella había llamado previamente para advertirle que tendrían visitas y que debía arreglarse un poco. El extraño tenía aspecto impecable y expresión cordial; cruzó la puerta con paso muy lento y desde allí pudo advertir al hombre sentado en el sillón de la sala. Ana Liz se

acercó a su esposo para saludarlo y le dio una breve reseña de su visitante.

—Por favor doctor, pase adelante —solicitó Ana Liz elevando un poco la voz.

El hombre caminó en dirección a la pareja, y extendió la mano a Gaetano.

—Mucho gusto en conocerlo, soy el doctor Alberto Morales.

Su esposa se apresuró en ampliar la presentación.

—Amor, el doctor Morales insistió en venir a hablar contigo, pues he conversado mucho con él acerca de tu sobrepeso, y me dice que la medicina actual dispone de excelentes métodos para ayudarte.

Ana Liz frotaba sus manos nerviosas, y acompañaba sus palabras con una sonrisa forzada; le pidió al doctor que tomara asiento y tomó de sus manos una carpeta llena de papeles; se sentó al lado de su esposo para mostrarle el contenido, pero él lucía molesto ante la presencia del desconocido.

—¿Y desde cuándo han estado ustedes conversando sobre mí? —preguntó con aspereza.

Ana Liz advirtió en su actitud que esa visita tenía pocas probabilidades de tener éxito, pero no se rindió.

—El doctor es voluntario en «Cadena de Corazones», pues además de ser especialista en obesidad, también ejerce la psicología. Llegamos a este tema por casualidad, pues en el centro hay una señora que también presenta esta afección.

Gaetano habló a su esposa en voz baja.

—Liz, mi amor, no quiero seguir con esta conversación. Agradécele al señor su molestia, pero por favor pídele que salga de aquí.

—¡No Gaetano, no lo haré! —refutó, abandonando su actitud condescendiente—. Quiero que por favor escuches lo que tiene que decirte. Hazlo por ti y por mí.

Gaetano respiró profundo, lo que hizo recordar a Ana Liz el momento en que ella lo había rechazado luego de su primera declaración de amor.

—Doctor por favor, dígame a mi esposo qué lo trajo hasta aquí.

El doctor Morales mostró algunas estadísticas sobre obesidad, haciendo ver que ésta era una enfermedad muy común en las últimas generaciones, con raíz muchas veces en la niñez. Habló sobre desórdenes alimenticios, sedentarismo, limitaciones físicas y sociales. Explicó que los trastornos respiratorios al dormir podían ser atribuidos a la apnea del sueño, por lo que requería evaluación médica y tratamiento inmediato. También le hizo saber que la falta de control médico podía traer consigo efectos fatales, y lo exhortó a tomar acción sobre su vida y su cuerpo. Fue allí cuando puso en sus manos un escrito que hablaba sobre el «bypass gástrico»,

intervención quirúrgica que ofrecía la posibilidad de perder gran cantidad de kilos en algunos meses. El paciente debía ser evaluado primero para determinar si en efecto era candidato para este tipo de operación, y en caso negativo, podría recurrir a otros métodos menos invasivos. Gaetano miraba al hombre, identificándose con las dolencias que él le mencionaba, pero cuando le habló sobre la intervención quirúrgica entró en pánico.

—Doctor, yo también he leído mucho sobre mi condición, y es por eso que conozco los riesgos de esta operación; no estoy dispuesto a enfrentarlos.

—Señor Gaetano, su vida de por sí representa un enorme riesgo. La estructura ósea de su cuerpo, su corazón, sus pulmones y todo el resto de su organismo están sometidos a enormes esfuerzos que desgastan su calidad de vida. La operación que le estoy mencionando ya se ha realizado con éxito en miles de pacientes, quienes han tenido notables mejoras en sus vidas y en la de sus familiares. No piense sólo en sus complicaciones, piense en su futuro bienestar... en su esposa.

Gaetano comprendió cuán afectada se estaba viendo Ana Liz. Cruzó su mirada, y tras un largo silencio decidió hacerle la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—¿Quieres que me opere por mí o por ti?

El doctor intervino.

—No se puede hablar de una sola de las partes cuando se trata de una pareja, ni debe culpar a su esposa por desear una mejor vida para ambos. Ella está directamente involucrada, incluso de manera física por el enorme esfuerzo que realiza para asistirlo. Esto tiene implicaciones morales, psicológicas, físicas, sexuales y en muchos otros aspectos que no pueden ser dejados de lado. Ustedes son una pareja joven con muchos planes por delante, y nuevos retos que afrontar: los hijos, las nuevas oportunidades profesionales, los viajes... ¡tantas cosas! No puede dejar que la vida le pase de largo mientras usted se condena a estar entre cuatro paredes.

El tono del doctor era firme, buscando con ello sacudir a Gaetano, mientras que Ana Liz permanecía callada, analizando cada expresión de los dos hombres.

Gaetano interrumpió al doctor, haciendo un gesto con su mano, y miró hacia su esposa.

—Dime Ana: ¿es esto una especie de ultimátum?

—Tienes que hacer algo por ti Gaetano —instó ella con voz fuerte—, no soportaré verte en una situación peor.

—Entonces no sufras más por mí. Si represento un peso muy grande en tu vida, no es mi intención seguirte amarrando. Te evitaré pasar por más penurias manteniéndote a mi lado, pero en definitiva: no voy a operarme. No estoy preparado para eso.

El doctor se levantó, colocó la carpeta de papeles sobre la mesa, y se despidió.

—No tiene que tomar la decisión en este momento. Por favor lea la información y discútanlo solos. Yo me encuentro a su disposición para aclararles cualquier inquietud al respecto. Sólo deseo ayudarlos, y le aseguro que existen muchas opciones que pueden funcionar. Cuento con el testimonio de otros pacientes que, como usted, sentían como se reducían las posibilidades de disfrutar la vida, y que ahora han redescubierto al mundo.

Ana Liz acompañó al doctor a la puerta y habló con él unos minutos; en este corto lapso Gaetano pudo reflexionar un poco sobre su reacción, y se sintió avergonzado por haber agredido a su esposa. Cuando ella regresó, se colocó frente a él esperando su reproche. En lugar de ello, él le tendió su mano para que se acercara, invitándola a sentarse en sus piernas.

—Sé que hiciste esto a espaldas mías pues de otra manera no habría aceptado que trajeras a ese doctor. Entiendo todo lo que tienes que pasar a mi lado y lo lamento mucho.

Ana Liz le colocó sus dedos en los labios para que callara.

—Nada de lo que hago por ti es un sacrificio. Estoy contigo porque te quiero, y por eso quiero que tu vida... nuestra vida, sea mejor. Gaetano, eres joven y casi no tienes contacto con el mundo. Te has entregado a tu gordura y no haces nada para luchar contra ella: se ha apoderado de ti, de nuestra relación, inclusive se interpone en nuestros deseos por tener hijos. Esto no responde a los planes que hicimos cuando comenzamos nuestro romance; parecemos conformarnos con las limitaciones que cada día aparecen. El mundo es enorme, las posibilidades de explorarlo son infinitas. ¿Por qué doblegarnos ante una enfermedad? ¿Por qué dejar que se adueñe de nuestra felicidad?

Gaetano la escuchaba sin mirarla a los ojos. Reconocía la veracidad de todo lo que su esposa exponía.

—Tienes razón Ana. Debo hacer algo. Te prometo que leeré lo que me han traído y tomaré una decisión.

Ana Liz se alejó de la sala en dirección a su habitación, y antes de entrar miró a su esposo. Gaetano estaba en el sillón, con los brazos caídos en actitud de derrota. Lucía desvalido y triste, con la mirada fija en el piso, y en su cara el inconfundible gesto que anunciaba deseos de llorar. Su expresión la conmovió, y tuvo el impulso de regresar para abrazarlo y besarle, pero se contuvo; en ese momento creyó necesario que Gaetano reflexionara sobre la gravedad de la situación, con la esperanza de que ello lo impulsara a tomar acciones drásticas para encarar su condición.

Pasaron semanas sin que Gaetano anunciara alguna novedad, y su esposa esperó sin

presionarlo, suponiendo que necesitaba armarse de valor para afrontar el difícil proceso de un régimen para pérdida de peso, o el de una intervención quirúrgica. Ella lo trataba con el habitual cariño, pero buscaba algún indicio que le anticipara una decisión. Esto no sucedía, y ya estaba perdiendo las esperanzas de que su esposo estuviera deliberando al respecto. En varias oportunidades, cuando trató de hablarle sobre el tema, él esquivó la conversación, hasta que ella desistió y no volvió a tocar el asunto. Gaetano quería retener a su pareja, pero el temor a fallarle generaba en él enormes conflictos; tomar una determinación y no poder afrontarla representaba su mayor temor, y sabía que cualquiera de los caminos que tomara exigiría de él gran fuerza de voluntad y mucha disciplina, lo cual no estaba seguro de poder sostener; la sola idea de lucir ante su esposa como un fracasado le producía temor, pero no comprendió entonces que peor era no intentarlo. Resolvió seguir llevando su vida con aparente normalidad, hasta que un día Ana Liz casi quedó prisionera debajo de él durante una relación sexual, pues Gaetano perdió la noción de su propio tamaño y peso, mientras se entregaba al placer. Cuando recobró conciencia del pequeño cuerpo que lo soportaba, notó que su esposa tenía el rostro morado y los ojos desorbitados, tratando de encontrar alguna porción de oxígeno. Una vez recuperada, mientras permanecía tendida en la cama bajo la observación del asustado amante, Ana Liz se levantó y anunció, casi sin voz pero de manera precisa, que el matrimonio había llegado a su fin. Entre lágrimas le hizo saber que ya había agotado sus intentos por devolverlo a la vida normal, y que no podía seguir siendo partícipe de su auto compasión, y menos aún cuando uno de los pocos placeres de estar juntos representaba ahora una enorme amenaza para ella.

—No lo he decidido yo, Gaetano —le dijo con las lágrimas recorriendo sus mejillas—. Tú decidiste por los dos.

Al separarme de Pablo, se hizo inminente la necesidad de salir por un empleo, e inicié mi búsqueda dejando correr la voz con personas cercanas. Aunque contaba con poca experiencia, o para ser más honesta: ninguna, tuve la suerte de recibir ayuda de Dalia, una amiga de mi madre, quien se arriesgó a cederme la dirección de una pequeña cadena de cosméticos, luego de verse forzada a tomar reposo por unas lesiones en sus piernas. En un principio me negué, pues era obvio que no contaba con aptitudes para el cargo, pero la señora me pidió casi desesperada que aceptara; conocía mi formación universitaria, y no contaba con alguien de confianza a quien entregarle el mando de su negocio. Por lo menos eso sí era yo: alguien en quien confiar. Mi trabajo consistía, entre otras cosas, en supervisar a las vendedoras, realizar los pedidos de productos, mantener los inventarios al día, decorar la tienda, y de vez en cuando hacerle el mercado de víveres a Dalia, lo cual, por muy poco profesional que sonara, resultaba excelente para mí, pues me daba oportunidad de hacer mis compras personales.

Estaba encantada con mi nueva ocupación, pero exigía más horas de las imaginadas, pues cuando no estaba en alguna de las tiendas, debía ir a casa de Dalia para recibir entrenamiento, y en las noches, luego de dormir a los niños, me dedicaba a estudiar y planificar. A mitad de la jornada diaria disponía de hora y media para almorzar, y en ese lapso debía hacer el transporte escolar, acompañar a mis hijos en el almuerzo, orientarlos un poco en las tareas, y luego salir en volandillas para llevarlos a alguna actividad. Luego de ese trajinado «descanso meridiano» retornaba a la tienda que me correspondiera, según mi programa del día. Por fortuna contaba con Mina, mi asistente invaluable, quien mantenía la casa al día y en mi ausencia se encargaba de los niños con eficiencia, pero sobre todo con mucho cariño.

Mi desempeño en la dirección de las tiendas me sorprendió tanto a mí como a mi empleadora, quien mucho más adelante me confesó que sólo esperaba un rendimiento promedio, pero con alegría descubrió mis habilidades en ventas, dirección y administración que nunca había sospechado. Además apliqué a manera de experimento, técnicas de mercadeo y atención al cliente obtenidas de algunos textos, que pronto mostraron sus beneficios; puedo mencionar por ejemplo la mercancía que reubiqué en los mostradores siguiendo una sencilla estrategia de compras impulsivas, salí de productos de baja rotación mediante promociones especiales que estimulaba la venta de los nuevos, coloqué un buzón de sugerencias y me esmeré por darle curso a muchas de las recomendaciones que allí me colocaron; además hice pequeñas

modificaciones en ciertos procedimientos administrativos de las tiendas, más por lógica que por experiencia previa, con lo que agilicé operaciones sencillas; entrené a las empleadas para averiguar las necesidades de nuestras clientas, sin que ellas se sintieran analizadas como pacientes en sillón de psicoanalista, y con mucho esmero logramos obtener la fidelidad de las compradoras; cuando llegaban al negocio era como si se encontraran con amigas de muchos años, y en efecto, así llegué a sentirlas. Adoraba mi trabajo, y él me recompensaba con grandes satisfacciones. Antes de cumplir dos años desde mi fecha de ingreso, el trío de tiendas mostraba las mayores ventas, entre las doce que mantenía la cadena. Debo reconocer que me sentía la dueña del negocio, y cuando veía a mi jefa cruzar los límites de mi territorio, mi burbuja explotaba y me convertía en la convencional subalterna que ganaba un sueldo moderado, sumado a una pequeña comisión por ventas.

Esta situación mantuvo su ritmo favorable; Dalia conocía mi deseo de iniciar un negocio propio, pero no me daba muchas luces, pues estaba claro que no le convenía. No obstante, la idea de independizarme creaba fuertes voces en mi interior, y por ello tuve la previsión de formar a una de las chicas para relevarme en caso de mi retiro, a la vez que evaluaba la mejor manera para desengancharme de mi condición de empleada. No disponía de capital suficiente, no tenía un plan real de negocio, pero estaba segura de que llegaría el momento propicio. Admito que ésta no era una actitud que se pudiera llamar proactiva, pues soy de las que piensa que las oportunidades no llegan caminando a tocar nuestra puerta. Pero para sorpresa mía, así fue.

Me encontraba un día a punto de salir de una de las tiendas, faltándome sólo pasar el interruptor de la luz. Recibí una sorpresa, casi un susto, cuando me percaté de un caballero tocando la vidriera, y le hice señas para indicarle que la tienda ya estaba cerrada. Él insistió, y desde afuera me gritaba algo que no lograba entender, así que me acerqué a la puerta para escucharlo a través de la ranura del vidrio. Se identificó como el administrador de la cadena y en ese momento reconocí su cara, pues en una o dos oportunidades lo había visto reunido con Dalia. Le indiqué que ella no se encontraba, pero con quien él quería conversar era conmigo. Le abrí con impaciencia pues tenía que ir por Pierina, así que le solicité brevedad. Me explicó que deseaba presentarme una propuesta para la apertura de un negocio nuevo, en una línea de productos diferente. Mi reacción inmediata fue negarme, primero porque me parecía una traición contra mi amiga que me había brindado su mano en un momento crucial, y segundo porque suponía que el poco capital que tenía ahorrado no sería de mucha utilidad. El hombre me instaba a escuchar su propuesta completa, pero tal era mi apremio por salir que le pedí disculpas, y le di el número telefónico de mi casa para que me contactara más adelante. Su

interés me pareció auténtico pues esa misma noche llamó para hacer una cita en un lugar ajeno a las tiendas. Le pedí que se comunicara de nuevo en una hora, y en ese tiempo hablé con Dalia para contarle lo que estaba sucediendo; dejé claro que no deseaba traicionarla, pero ella me tranquilizó. El caballero la había visitado previamente, pues deseaba poner en práctica un concepto novedoso y distinto al que manejábamos en la tienda. Me habló entonces desde el punto de vista de la amistad, y me animó a no desaprovechar la oportunidad, aunque eso significara dejar ir a la mejor empleada que había tenido en sus años de empresaria. Sus palabras de aliento causaron en mí tal impacto, que media hora más tarde estaba aceptando una cita para escuchar la propuesta con tranquilidad; acordamos que en tres días nos veríamos en un restaurante muy conocido de la ciudad. Era mi primer encuentro con un hombre después de mi divorcio.

Me sentí tan emocionada por la nueva aventura, que en ese momento no me detuve a pensar cuáles eran mis posibilidades reales de encajar en la propuesta. Decidí tomarlo como una oportunidad de vivir la breve fantasía de mujer ejecutiva, y reír más adelante por mi pretensión de obtener un negocio propio, de la nada. Pero Mina, que nunca dejaba de darme ánimos, me obsequió un comentario que me hizo cambiar un poco la visión del encuentro que iba a tener.

—Mire señora, no lo tome tan a la ligera que uno nunca sabe cuándo los ángeles están por dar, y cuando están atrasados con las buenas acciones que les han asignado del cielo, se ponen como locos a hacer buenas obras, y si uno está de suerte, el regalito le cae.

Pensé entonces que tal vez los ángeles estaban de mi lado, y me preparé para recibir lo que el cielo tal vez estaba por regalarme, pero primero era necesario que cambiara mi disposición para la entrevista.

Revisé mi armario, buscando algo que me hiciera parecer como una ejecutiva, no fuera a ser que el hombre se arrepintiera; lo único que encontré fue un conjunto azul rey que había usado para una salida con Pablo, y aunque requería una lavada urgente me pareció una buena opción. Me lo probé y descubrí con alegría que la falda me quedaba muy holgada, lo que evidenciaba los kilogramos que había perdido, aunque disminuir dos tallas en tres años tampoco representaba un logro del otro mundo. Mi alegría se esfumó cuando caí en cuenta que perdía mi única opción de vestimenta adecuada. En una acción desesperada fui a casa de mamá para que me entallara el traje en una reparación centella, pasando una doble costura en los laterales; en cuestión de cuarenta y cinco minutos tenía puesta la falda más ajustada, sexy e incómoda que había tenido en toda mi vida. Mi madre trataba de mitigar mi consternación asegurándome que ella me la adaptaría mejor, pero ya se me había acabado el tiempo pues era la hora en que Mina se debía

ir de la casa, y los niños estaban bajo su cuidado. Disponía de tiempo suficiente para dejar el traje en la lavandería, y no salí del establecimiento hasta hacerle jurar a la empleada que lo tendría listo para la siguiente tarde.

Llegué a la casa y encontré a Mina hablando por teléfono con Dalia, quien me llamaba para pedirme que al día siguiente buscara unos documentos en la oficina matriz de la cadena de tiendas, ubicada a cuarenta y cinco minutos de la ciudad. Fue justo regresando de esa diligencia que quedé atrapada en la autopista, y en medio de aquel trance, hice una pausa mental para comenzar a escribir las notas iniciales de esta historia, que de manera obligatoria incluían el particular escenario que me retuvo por horas. Los cientos de pasajeros que me acompañaron en ese lapso, los árboles de la ladera, las conversaciones con que los vecinos mitigaban el aburrimiento, el padre cuya prioridad era satisfacer las necesidades de su hijo, los enamorados que no dejaban pasar un solo minuto para sus demostraciones de amor, los jóvenes que planificaban una aventura irreverente, el individuo que tal vez pensaba en abandonar «un mundo cruel» con la ayuda de un libro. Era toda una heterogénea carta de emociones en el menú de la ociosidad: los amigos que en un intento por aprovechar el tiempo terminan en un conflicto de sangre, los ladrones que en cada situación ven un buen momento para sus fechorías, los pequeños héroes que aprovechan sus sencillos actos de valentía para iniciar una amistad... todos ellos se hicieron parte de mi narración durante mi estadía en ese lugar, y puedo asegurar que cada uno, de manera más o menos profunda, tuvieron su efecto en mí. Tal vez me los había cruzado otras veces, como lo he hecho con cientos de personas cada día, pero nunca me había ocupado de analizarlos porque no disponía de tiempo, y allí era eso lo que me sobraba, a pesar de mi prisa y de mis planes. Por ello decidí regalarme este relato.

Ya era domingo. Me levanté temprano a comprar la prensa local para ver si mencionaban la noticia del día anterior. En el kiosco tomé mi diario regional favorito buscando la información, y pude leer su titular en primera página.

«Choque múltiple de 17 vehículos en autopista deja saldo de 29 heridos...»

Y más adelante explicaban:

«El gran congestionamiento fue iniciado por un transporte de carga, que tras perder el control impactó contra un vehículo en movimiento...»

Ya en casa, hojeé el resto del diario sin detenerme demasiado en las páginas, y luego lo aparté para revisar las notas que había hecho. Me sorprendí de mi propia escritura, y ello me entusiasmó a seguir, por lo que decidí dedicar un rato a ampliar mi manuscrito. En eso me

encontraba cuando mi hija Pierina se acercó apurada a la sala donde me encontraba.

—Mamá, debajo del fregadero hay un chorro de agua, y se está inundando la cocina.

Me levanté contrariada pues recordé la visita del plomero que había sido cancelada el día anterior; salí al pasillo del edificio y cerré la válvula principal de suministro. El teléfono del técnico al que llamé repicó hasta el cansancio; era necesario ubicar a otra persona. Dejé a Pierina vigilando para que no empeorara la situación, y salí a buscar algún refuerzo en el edificio, así se tratara de un vecino con buena disposición para brindar ayuda. Cuando me dirigía a la planta baja observé que justo en el espejo del ascensor estaba pegado el anuncio de un plomero, recomendado por la Junta de Condominio.

Señor: Gary Cúper. Plomero.

«Se atienden emergencias las 24 horas

y los 365 días del año».

—Caramba, qué nombre tan elegante para un oficio de plomero—pensé en voz alta, asociando el nombre con el del conocido actor norteamericano, Gary Cooper—. Bueno, cada quien tiene derecho a hacer de su profesión una escena de película.

Llamé por teléfono, y luego de escuchar el tercer repique me atendió un hombre con voz de locutor y perfecto acento criollo, quien dijo ser el propio Gary Cúper. El personaje ya despertaba mi curiosidad, quizá se trataba de un hijo de inmigrante que había adoptado la nacionalidad de este país, y de una vez lo imaginé rubio, con aire de actor y llegando a mi casa con sombrero de vaquero.

A la media hora el Señor Gary Cúper tocaba el timbre de mi casa. Le di a Pierina una última instrucción antes de abrir.

—Hijita, por favor cierra las puertas de los cuartos para que tus hermanos no se despierten con el ruido, que con este desastre los prefiero durmiendo.

Cuando abrí la puerta me encontré con un hombre de más o menos cuarenta y cinco años que en nada se parecía al que me había figurado. Era muy moreno, piel reluciente, delgado y de baja estatura. Como detalle particular llevaba un sombrero pelo de guama, lo que me hizo pensar que el hombre construía la versión criolla del artista extranjero. Apenas me vio, desplegó una enorme sonrisa que dejaba ver su dentadura blanca, y un reluciente colmillo de oro. Vestía un pantalón *blue jean*, y una camisa azul con su nombre bordado en un bolsillo.

—Señora, soy Gary Cúper, para servirle a cualquier hora y cualquier día del año.

Me extendió su mano con fuerza, tomó la pesada caja de herramientas que había apoyado en el piso, y entró sin esperar a que lo guiara, intuyendo dónde estaba ubicada la fuga. Cuando llegó

al punto, hizo su sombrero a un lado y de una vez comenzó su afanada tarea. El hombre transmitía energía, y parte de ella la drenaba hablando.

—En esta caja tengo todo lo que puedo necesitar; estos trabajitos los conozco de memoria, y ya no me salen con sorpresas, a menos que tenga que ir a buscar un tubo completo, porque eso sí es verdad no me cabe aquí —y expresó su simpatía con una gran carcajada, quizá parte del libreto que repetía frente a cada cliente.

Gary cantaba alternando melodías rancheras, con vallenatos y coplas llaneras, haciéndome dudar de su lugar de origen. Cuando paraba su concierto, contaba alguna anécdota de sus clientes que me hacía reír.

—Una señora me llamó un día a las tres de la mañana, porque se había roto un tubo. Cuando fui el lavamanos estaba tirado en el piso, y un chorro parado de agua inundaba su baño; me explicó que estaban durmiendo y de pronto se despertó con el escándalo, sin poder explicar cómo había sucedido todo, ¡así: de la nada! Cuando había terminado de hacer la reparación... ¡y qué reparación!, vi un libro que tenía puesto encima de su peinadora: «El placer del sexo, una posición para cada día». Traté de observar más la portada, pero el hombre que la acompañaba agarró una camisa y se la lanzó encima para que yo no siguiera mirando, pero ya había visto suficiente. ¿Quién sabe qué andarían inventando en el lavamanos? Y después viene a decirme que se cayó solito. Bueno... total, ése no era problema mío, sólo tenía que hacer mi trabajo.

El hombre reía y hablaba sin detener su faena, sólo callaba por segundos cuando necesitaba hacer esfuerzos extras con los tubos y sus herramientas.

—Muchos no respetan mi oficio, porque les parece poca cosa, un trabajito humilde. Pero aunque se tenga dinero, poder o muchos estudios, nadie es capaz de retener el agua de los tubos, porque el agua tiene una fuerza y un poder incontrolables. Y yo les hago una pregunta: cuando el desastre de agua está volviéndolos locos, ¿es o no importante mi labor y mi experiencia? Además yo le voy a decir algo: he visto infinidad de casas y de casos, y le aseguro que a pesar de mi sencillez y humildad, tengo una vida más feliz que la de muchos acomodados que andan por allí haciendo ver que tienen existencias perfectas, cuando en el fondo están llenos de problemas. ¡He presenciado cada pelea, señora! A la gente no le importa si hay extraños a la hora de insultarse, tirarse un zapato o sacar un cuchillo. Yo he pasado mis penas y mis buenos sustos —dijo mientras subía las cejas para dar énfasis a lo que decía.

Yo asentía con la cabeza sin intención de comentar ni opinar, pues tenía que ir al cuarto atender a Pierina que me llamaba. Salí de la cocina unos minutos y cuando regresé, Gary Cúper continuaba hablando; tal vez no advirtió que yo me había ausentado unos minutos.

—Mi trabajo me ha enseñado a conocer a la gente; cada quien reacciona diferente con las emergencias de plomería: algunos se ponen como histéricos, hasta me quieren regañar como si la culpa del tubo roto fuera mía, y hay señoras que se ponen a llorar angustiadas como si eso fuera el fin del mundo. Yo les digo que se calmen, que le llegaremos a la solución. Todo pasa... para bien o para mal: todo pasa.

Gary Cúper asomaba la cabeza de vez en cuando desde el fondo del mueble para verificar que yo continuaba allí.

—Hay gente que no sé ni para qué me llama, porque cuando estoy allí atareado, están encima de mí diciéndome lo que tengo que hacer, y casi me quitan las herramientas para trabajar ellos. Otra clienta un día se pasó la mañana riéndose de los nervios, con el apartamento inundado. Pobrecita, yo sabía que estaba angustiada, pero le dio por reírse... ¿Qué le puedo decir? Así es la gente señora, cuando se rompe una tubería, pareciera que se rompiera también la capacidad de pensar, o peor aún: la vena yugular.

El hombre llegó a parecerme eso: la vena yugular cortada. No había manera de detenerlo. Sin embargo, yo analizaba la simple filosofía que lo hacía ser feliz. Envidiaba su alegría; era un personaje pintoresco, digno de figurar en un libro. Luego de tres horas de batalla, Gary Cúper estaba empapado y lleno de mugre.

—¿Y se va a ir así para su casa?

—No se preocupe señora, que yo tengo un camión de repartos, y allí me puedo cambiar de ropa.

Allí se acercó a mi oreja hablando en susurros:

—Lo que pasa es que yo hago también otro tipo de trabajitos, y en el camión tengo montada una oficina de seguimiento.

En eso me extendió una tarjeta de presentación impresa en papel fotográfico, con sus iniciales entrelazadas a manera de logo.

Gary Cúper, Detective privado.

—Llámemme cuando me necesite, que también para eso trabajo las veinticuatro horas, y de domingo a domingo. No la bote señora, que soy tan buen plomero como investigador privado. Sólo que cuando me visto de detective observo más y hablo menos, porque de otra manera se me escapan los detalles.

Me reí con malicia, muy de acuerdo con lo que decía.

—¿Y cómo hace para llevar dos oficios tan diferentes?

—Con mucha creatividad. No se puede ser ni lo uno ni lo otro sin creatividad, y para ser las dos

cosas juntas, ¡hay que ser un genio!

Alta autoestima: eso me gustó. Él continuó en el mismo tono de misterio.

—Y a veces los dos trabajos se ayudan el uno al otro. ¿Se acuerda del cuento de la señora con el lavamanos roto? Pues resulta que el hombre que estaba con ella era el esposo de otra clienta mía. ¡JA! Maté dos pájaros de un tiro.

Lo miré con incredulidad.

—¿Casualidad?

—¡Nooo! —exclamó con entusiasmo—. En esta vida nada es casualidad señora. Todo llega porque tiene que llegar.

Llegó por fin la hora de mi entrevista, la cual tendría por escenario el restaurante «En Nápoles con Piero», lugar que ya había visitado con Pablo en algunas oportunidades. Entré y busqué entre las personas del lugar, hasta reconocer la cara de Méndez, el hombre que me había visitado en la tienda. Para mi sorpresa también reconocí la cara de su acompañante, y en mi confusión no logré asociar los dos rostros: estaba sentado conversando con Pablo. Sentí un fuerte impulso de retirarme corriendo, y creo que lo habría hecho si Méndez no me hubiese mirado justo en ese momento. Se levantó de su silla y caminó hacia mí para guiarme hasta la mesa. Podía sentir mi cara rígida, incapaz de forzar una sonrisa. Me preguntaba a gritos cuál era la razón de Pablo en esa cita; de tener algo que ver con la propuesta ya sabía cuál sería mi respuesta definitiva.

El hombre me presentó de manera cortés.

—Pablo: quiero presentarte a la señora Eliana Pereira

Quise desintegrarme, el corazón me saltaba en el pecho, pero decidí continuar con gallardía.

—Ya el señor y yo nos conocemos —expresé con falsa naturalidad, sin mirarlo a los ojos—. ¿Tiene él algo que ver con su propuesta?

—No, sólo nos encontramos aquí por casualidad, y le hablaba del nuevo proyecto que traigo entre manos.

Méndez nos invitó a sentarnos. Pude notar en Pablo su intriga.

—¿Y es ella la persona a quien piensas encargarle tu proyecto? No sabía que te estabas encargando ahora de asuntos domésticos —manifestó con evidente ironía.

—Pues sí, trata sobre productos de uso doméstico, pero con un concepto muy novedoso que sustituye las ventas piramidales.

Fue ésa la primera información que recibí sobre la propuesta y para ser honesta quedé impactada por mi desconocimiento sobre el término.

—Nunca menosprecies el potencial de una mujer —exhortó Méndez—. Son capaces de manejar asuntos para los cuales me he declarado un total incompetente. Pero el caso de Eliana es especial: ella ha demostrado ser la mejor regente de nuestra línea de cosméticos, dando ganancias por encima de lo estimado para los dos últimos años.

Lo miré de reojo, para que no sintiera que le daba demasiada importancia a su opinión. Lo único

que quería era que desapareciera de allí, y me dejara libre así fuese para huir con dignidad. Pablo pareció haber obedecido mi mandato telepático, pues en un impulso repentino se levantó para despedirse.

—Recuerda que este fin de semana llevaré a los niños a pasear. Tenlos listos temprano —dijo con desdén.

Ésa era la guinda del cóctel: tenía que dejar claro que él era el padre de mis hijos, y marcar de alguna manera un sentido de propiedad sobre mi vida, aunque el mencionado paseo fuese una mentira improvisada. Habría sido más honesto de su parte confesar que ya poco veía a los niños, que enviaba su pensión alimenticia con atraso, y que hizo una batalla legal repugnante para despojarme de muchas de las pertenencias que nos correspondían. Méndez no pareció dar importancia a las palabras de Pablo, se despidió de él, y comenzó a hablar sobre mi desempeño en la tienda; elogió los logros obtenidos e hizo referencia a algunos comentarios que habían intercambiado él y mi empleadora. Aún no me había colocado en sintonía con lo que me estaba diciendo; me sentía perturbada por la reciente presencia de Pablo, y hacía un gran esfuerzo por desechar la idea de un mal augurio. Pedí disculpas a Méndez para ausentarme unos minutos y me dirigí al tocador. Allí me miré al espejo, buscando en él a la mujer valiente que estaba dispuesta a asumir grandes retos. Respiré profundo, recordé a mis hijos, a mi madre que tanto me animaba a «rehacer mi vida», a Brenda que tenía todo un repertorio de expresiones de aliento. Salí con determinación a escuchar la propuesta; al tomar el pasillo crucé hacia el lado equivocado, y cuando me di cuenta estaba dentro del baño de caballeros. Para completar mi desconcierto, me topé con un rostro conocido, pero no lograba recordar quién era.

—¿Anda buscando por aquí a algún ladrón de carteras?

Era Renato, el guapísimo hombre que había recuperado mi celular y mis llaves en la gran tranca de la autopista.

—La verdad quería regresar a mi mesa, pero parece que alguien cambió la salida.

Renato tomó con ligereza mi codo y me llevó de vuelta al pasillo. En el corto trayecto pude sentir su perfume mezclado con los aromas del restaurante. Hacía tiempo que no era guiada por un hombre, y la fugaz sensación de seguridad me agradó.

—Es por allí— me indicó con su mano mientras me sonreía divertido.

Estaba un poco apenada, sabía que debía ir en la dirección que me señalaba, pero necesitaba un minuto más.

—Gracias. Creo que esperaré un poco para ordenar algunas ideas. La verdad es que estoy a punto de tener una importante entrevista de trabajo, y alguien fuera del libreto apareció por

sorpresa; pensé que me había recuperado, pero aún me siento nerviosa.

—Sin ánimos de entrometerme, no parece ser una mujer que se altere demasiado con los cambios de libreto; con seguridad saldrás airosa. Cada reto que enfrentas, te mide... así que anda y demuéstrole a esa persona cuán capaz eres.

No sé si él tenía alguna opinión sobre mí, pero sus palabras me alentaron. Le agradecí y salí de nuevo al campo de juego.

Cuando me incorporé, Méndez ya tenía abierta una carpeta de aros y comenzó a mostrarme la información sobre un sistema de ventas por catálogos, en el que yo sería la cabeza de una importante red de vendedores muy bien entrenados. Me habló de un plan de capacitación dentro de la misma ciudad, una inversión para disponer de los derechos en la zona, un proyecto de ejecución que incluía hasta el más mínimo detalle, y un análisis de factibilidad completo, que arrojaba gran rentabilidad. Méndez me ofreció inclusive el respaldo de la casa matriz para tramitar un crédito bancario personal que me permitiera disponer de los fondos requeridos, con la garantía de que la empresa me daría dividendos suficientes para pagar las cuotas de la deuda. Allí estaba, lo que parecía la oportunidad de mi vida envuelta en papel celofán.

Después de la larga entrevista y tras acordar un tiempo para que yo analizara la propuesta, Méndez manifestó que debía irse. Pagó la cuenta y cuando estábamos a punto de retirarnos, vi a Renato que me hacía señas para que esperara; le dije a Méndez que se marchara solo, pues debía hacer primero una llamada telefónica. Luego Renato se acercó a mi mesa.

—Por favor, permíteme invitarte a cenar.

—¿Cenar a las cuatro de la tarde? Creo que en mi caso podríamos hablar de un almuerzo, pues hoy sólo he tenido tiempo para unas galletas.

Pidió Permiso, y se sentó frente a mí.

—Entonces ya somos dos con el almuerzo atrasado. ¿Puedo hacer una elección por ti?

No pude resistirme al placer de dejarme llevar y accedí.

Renato resultó ser un hombre fascinante, educado, gentil. Nuestros temas de conversación dieron saltos radicales, que me ofrecieron la oportunidad de conocer aspectos muy agradables de su personalidad. Le conté sobre la cadena de cosméticos, aclaré mi estado civil al referirme a algunos episodios de mi vida de casada y de mis actuales trajines de madre divorciada; reímos a carcajadas con las anécdotas de mi suegra en casa cuando nacieron los bebés; hablé sobre mi hermana, de las ocurrencias de Pierina, y sobre el poder de conexión entre Jean y Jeanina que los hace comunicarse sin palabras. Cuando sentí que yo misma estaba saturada de mis temas personales, indagué sobre su presencia en el restaurante: así supe que él era el gerente, y pensé

preocupada que por mi causa había desatendido un buen rato sus responsabilidades.

—No te preocupes, que si nadie ha venido hasta aquí para buscarme es porque nada se ha quemado en la cocina y ningún cliente se ha quejado por demoras en su comida.

Sabía que su tarea era mucho más amplia que lo mencionado, pero si él no estaba inquieto, yo no tenía por qué estarlo. Nuestra conversación se mantuvo en medio de copas de vino, del delicioso antipasto, del pan de aceitunas, de los tortelinis de ricota en salsa de cangrejo, y del conejo bañado con salsa acaramelada de mandarina, el cual comí por gula. Creo que habría permanecido allí por horas disfrutando de la compañía de Renato, si no hubiese tenido que retirarme, no sin antes probar un espumoso café aromatizado con especias.

Cuando me despedía no me atreví a mencionar un próximo encuentro, pero tampoco deseaba perder el contacto con Renato.

—Ya tengo tu tarjeta —le acoté—; si llego a aceptar la oferta que me presentaron, te llamaré para contarte cómo me ha ido.

—¿Y piensas esperar hasta entonces para hablarme de nuevo? No voy a permitir eso. En primer lugar porque te faltó probar un postre, y nadie puede irse de este restaurante sin degustar alguno de nuestros exquisitos dulces, o por lo menos sin la promesa de regresar para hacerlo; y en segundo lugar porque sé que necesitas asesoría inmediata.

Coincidió con él, yo no tenía idea de lo que haría con la propuesta de Méndez, y tampoco contaba con alguien para discutirla. Por otro lado, Renato era un desconocido, y yo ignoraba su experiencia en el área... pero necesitaba con urgencia un apoyo, y él era la única opción disponible en el momento.

—La verdad es que necesito mucha ayuda con esto, pero cuento con poco dinero para pagar honorarios profesionales. En ese caso me convendría que me hicieras una oferta por tus horas de asesoría.

Renato me sonrió. Yo sabía que su ofrecimiento no iba asociado al pago de un servicio, pero tampoco podía admitir su ayuda de manera gratuita.

—Eliana, mi propósito es sólo ayudarte, no tenía intención alguna de cobrarte.

—Pero muchas veces se crean situaciones confusas, y es mejor dejar claras las condiciones desde el principio.

Él pareció incómodo.

—Parece que mi ofrecimiento ha sido un poco apresurado, y no quiero que te sientas comprometida. Además, tal vez ya tengas tu propio asesor.

—Renato, por favor disculpa mi falta de delicadeza. Para serte sincera no cuento con mucha

ayuda en materia de negocios, y sí, necesito a alguien en quien confiar. Sólo que no quisiera abusar de tu buena disposición.

Aunque Renato no estaba muy convencido, pudo comprenderme, y aceptó ser asesor contratado bajo una modesta tarifa. La siguiente tarde comenzamos a analizar el proyecto, buscando tiempo entre sus labores y las mías. Por mucho que quise evitarlo hubo momentos en que sólo era posible reunirnos en casa, donde las sesiones de trabajo parecían surrealistas: los niños peleando, sus constantes interrupciones demandando atención, el teléfono sonando con insistencia o mi madre haciéndole preguntas indiscretas a Renato. Contar con él fue una nueva y grata experiencia: nunca había tenido a mi lado un hombre que me valorara en un campo diferente al doméstico o me considerara apta para un reto profesional. Me agradaban las conversaciones que abordábamos en los intersticios de nuestros análisis, pero también me preocupaba desarrollar una amistad que en algún momento se pudiese confundir con otro tipo de sentimientos.

Renato hizo que yo comprendiera los términos de la oferta y logré ver las fortalezas y las debilidades de la misma. Durante un episodio de medianoche, en medio de los papeles que ocupaban la mesa, concluimos que se trataba de una buena oportunidad; pero el agotamiento ya me impedía pensar claramente.

—Me preocupa cometer un error —le confesé.

—Error sería rechazar el ofrecimiento —expresó con los ojos muy abiertos—. No lo hagas si no quieres pensar en eso con arrepentimiento.

—¿Y si no sale como espero... si algo falla?

—Entonces ocúpate de que eso no suceda —puntualizó en el acto.

—Muy buena recomendación: ¡no te equivoques! —objeté riendo—. ¿Acaso la gente se equivoca a propósito?

—No. Lo que quiero decirte es que no puedes dejar de hacer las cosas pensando que saldrán mal, pues para ello está la preparación previa, el control, el trabajo en equipo, la confianza en ti misma... todos éstos son elementos que te ayudan a reducir los errores... y si te equivocas, pues corriges y sigues, sin perder de vista tu objetivo... ¡Sin rendirte! Es simple: el que recorre el mismo sendero de la misma manera todos los días, tal vez no se tropezará con muchas novedades ni contratiempos, pero tampoco verá resultados distintos; en cambio, el que se aventura y explora tiene más posibilidades de toparse con sorpresas placenteras.

Me maravillé por su entusiasmo.

—Tus palabras son muy alentadoras. Gracias Renato.

—No es nada, sólo un pequeño impulso porque sé que puedes llevar esto adelante.

—No es sólo por tus palabras de ahora: gracias por tu compañía, tu esmero y en especial por despertar mi confianza.

Renato me miró en silencio, esperaba que respondiera algo a mi comentario, pero de pronto sentí una gran incomodidad. Él dejó salir lo que tenía retenido en sus labios.

— Quisiera hacer mucho más por ti que despertar tu confianza.

Callé buscando la trampa en su comentario. Sabía que ya no se refería a los proyectos ni a temas profesionales. Enmudecí, pues no tenía idea de cómo manejar la situación. Abrí la boca con la intención de decir algo, y antes de poder emitir cualquier sonido, solté un suspiro y bajé la mirada. Pasó un rato y me extrañó que él no agregara palabra alguna, sospeché entonces que estaba avergonzado, y no resistí indagar su expresión. Cuando levanté mi cara noté que la suya estaba muy cerca de la mía, mi corazón comenzó a latir más rápido, y sin ánimos de apartarme lo miré, esperando lo que ya consideraba inminente: el contacto de sus labios. Me besó con el cuidado de vencer mi timidez, de evitar que me sintiera abrumada... me besó comprendiendo que por mucho tiempo no había compartido mi boca, y ante tanta dulzura cedí; después de unos segundos de ser la simple receptora de su beso, comencé a responderle; Renato me lo agradeció de inmediato y actuó de manera más intensa; yo le ofrecía mi soledad, mis angustias, mis frustraciones, hasta que percibí que estaba entregando demasiado y me retiré. El pecho retumbaba, la respiración delataba mi desconcierto, y comencé a sollozar, pues creí que le faltaba el respeto a mis hijos y a mi hogar. Luego me reprimí el debilitarme ante otro hombre, cuando debía reservar mis fuerzas para odiar a Pablo. No podía alojar en mí sentimientos tan opuestos hacia dos personas.

Renato advirtió mi confusión y me pidió perdón.

—No tienes por qué disculparte —le aseguré—, pero no estoy en condiciones de involucrarme en una nueva relación.

—Cometí un gran error Eliana, no supe controlar mis impulsos.

Sin ofrecer más explicaciones, juntó sus objetos y se retiró. Lo acompañe hasta la puerta, y lo vi desaparecer en el ascensor.

Me senté en el sofá de la sala para hacer un recuento de lo que había ocurrido; identifiqué en mi corazón una extraña mezcla de tristeza y rabia, con un rastro amargo de soledad.

Era de tarde cuando Laura Marina se dirigía a casa de la señora Tita; iba ansiosa y alegre, pues estaba a minutos de disfrutar el mejor momento del día. Al llegar tocó el timbre, y esperó unos minutos hasta que alguien respondió. Cuando se abrió la puerta, reconoció a la hija de Tita

—Ya le llamo a mi mamá —le dijo la muchacha con expresión seca, sin saludarla siquiera.

Segundos más tarde apareció la señora con una niña de cuatro años de la mano, quien se soltó para correr hacia Laura Marina.

—¡Hola Jimena, mi niña querida! ¿Cómo estás tú? —le preguntó mientras la alzaba en sus brazos y la cubría de besos.

—Bien mami —expresó la pequeña con gran felicidad mientras correspondía los mimos con un gran abrazo—. Hoy hice dos arepas con la tía Tita, y me quedaron redonditas.

—¡Qué bueno! Seguro que tus arepitas fueron las más ricas de todas.

Se dirigió entonces a la señora.

—¿Cómo pasó el día?

—Todo bien, comió tanto que casi me come a mí también —y rió por su exageración.

Laura Marina la miraba esperando que le contara alguna otra anécdota de su hija.

—Hoy me sorprendió —le anunció Tita, conociendo ya la necesidad de Laura Marina por llenar los vacíos de su ausencia—. Yo iba para el patio, pero la llave de la puerta no estaba en el lugar de siempre, así que comencé a buscar en silencio por toda la casa para ver dónde la habían dejado. Jimena dormía en el sillón y se despertó cuando yo estaba en plena búsqueda, me siguió un rato sin preguntar nada, y de pronto se desapareció. A los minutos vino con la llave en la manita, me dijo: «estaba debajo del sofá», y me la entregó muy orgullosa. Yo me quedé boquiabierta. ¿Qué la hizo asomarse debajo del mueble, y cómo supo lo que yo buscaba? Eso me impresionó.

—Esos son los misterios de Jimena —respondió, acostumbrada ya a las inexplicables acciones de su hija.

—Esta niñita tiene dones especiales —agregó Tita tocándole la punta de la nariz en forma de juego.

Madre e hija se despidieron y salieron de allí para dirigirse a su casa. En el trayecto llevaban una animada conversación; Laura Marina contaba algunas anécdotas de los ancianos de la residencia

que la niña parecía disfrutar mucho, porque estaban cargadas de emociones; su madre le hablaba sobre las historias hermosas que había detrás de cada cuerpo envejecido: de las jugarretas de la escasa memoria, la terquedad de algunos que muchas veces desquiciaban a las cuidadoras, del momento en que los viejitos abandonaban sus cuerpos cansados para ir al lado de Dios y correr como en sus días de juventud; describía los animales en las jaulas del patio, los pequeños morrocoyes en el caney, las cinco gallinas que había regalado un pariente lejano de Leonidas para que hicieran un sancocho, y que terminaron caminando por las camas de los pacientes picoteando las boronas de galletas. «La estancia del Señor» representaba para Laura Marina un libro saturado de cuentos que llevaba hasta su hija para la reunión vespertina.

—¿Te acuerdas del señor Santiago, el que te dije que tenía catorce nietos? Pues esta mañana se levantó muy tempranito y él mismo se puso un uniforme de beisbolista que le acababa de regalar su hijo, porque decía que sus nietos iban a jugar en el patio con él; todos pensamos que eran inventos suyos, pero él se rehusó a quitarse su ropa, y se sentó a esperar. De pronto llegó un alboroto de muchachos, todos con uniformes y se fueron al patio a hacer un partido. Y adivina qué: Santiago era la estrella, todos lo ayudaban, logró batear una pelota y como apenas pudo caminar hasta primera base, los muchachos lo llevaron cargado hasta completar una carrera. Santiago lanzaba risotadas y alzaba los brazos de emoción.

Jimena caminaba de la mano de su madre, y la miraba a ratos, riendo por la situación y el entusiasmo que transmitía. Laura Marina se divertía, y le incorporaba sus propias risas. Continuó luego con otro tema.

—Arturo te mandó muchos besitos —mintió Laura Marina—. Un día te voy a llevar allá para merendar, y así también conoces a su mamá. Ella es una señora muy bonita y cariñosa. Seguro que se van a llevar muy bien.

—Y cuándo vamos a vivir con Arturo mami —indagó con su dulce voz.

—Todavía no lo sé mi amor. Tal vez sea pronto.

—Y tú lo quieres mucho.

—Sí, hijita, lo quiero mucho... pero nunca más de lo que te quiero a ti.

La niña sonrió con satisfacción, caminando a la par de su madre.

—¿Él sabe la canción de «La Princesa»?

—No, quiero que tú misma se la enseñes —le aclaró condescendiente—. Nadie mejor que tú para eso.

—Es verdad —asintió ella mientras se acomodaba el pequeño bolso que llevaba colgado de su hombro—, porque a veces a ti se te olvidan algunas partes.

Laura Marina sonrió, pues cuando cantaba con ella simulaba olvidar algunas frases sólo por el gusto de ver a su hija recordándole la letra. ¿Cómo olvidarla si la había cantado miles de veces junto a su madre cuando era pequeña? Esa canción era el enlace mágico con su infancia, el recuerdo más vívido de su padre a quien perdió cuando tenía apenas nueve años. La letra hablaba sobre una niña de ropaje de harapos, pero con un corazón lleno de riquezas; su padre que la adoraba, la trataba como una princesa a pesar de su pobreza.

«Mi dulce princesa, convertiré tus trajes gastados en brillantes cielos bordados con estrellas de lentejuelas. Mi dulce princesa... traeré hasta ti las nubes para que tú misma escribas en ellas palabras de amor, compases de fiesta. Mi dulce niña... mira a tu alrededor y descubre estos tesoros que han bajado los ángeles, quiero que seas feliz, porque todo lo bueno del mundo se ha creado para ti...»

Laura Marina y Jimena llegaron a su casa, y cumplieron su rutina diaria: la madre daba un baño a su hija, le peinaba el cabello, y la vestía con su pijama. La pequeña vaciaba su bolso, llevaba la ropa sucia a su respectiva cesta, y seleccionaba los juguetes que llevaría al día siguiente; mientras tanto su madre preparaba la ropa limpia y colocaba dentro del bolso dos mudas para el cambio del día. Luego Laura Marina se dirigía a la cocina, donde se dedicaba a preparar la cena alternando sus labores en el lavadero. Pasado un rato se sentaban a cenar y ambas disfrutaban su pequeña reunión, con charlas, juegos y palabras de amor, todo acompañado de una sencilla pero sabrosa comida. El momento de la cena era especial, y gracias a él, ambas rescataban minutos maravillosos, disueltos en su diario distanciamiento.

Cerca de las ocho y media Laura acompañó a su hija al cuarto; ya en cama le contó uno de sus cuentos favoritos, y esperó el ligero ronquido que verificaba el sueño profundo; Laura regresó a la mesa de la cocina, donde se dispuso a escribir una carta: era la forma en que ella expresaría sus sentimientos e intenciones, para llevar a cabo el mágico juego que le había propuesto Arturo. Después de elaborar un borrador, y corregirlo de manera crítica, escribió con su hermosa caligrafía la carta definitiva. Empleó papel de hilo blanco, con un delicado repujado de hojas en los bordes. Al terminar la aromató con gotas de su perfume, y lo depositó dentro de un sobre que hacía juego con el papel de la escritura. Tomó una delgada cinta de raso verde oliva, hizo unas lazadas por los cuatro costados del sobre, y así encerró las palabras que de manera tan dedicada había seleccionado para su amor.

Era el día en que se anunciaría el compromiso de Laura Marina y Arturo. Jimena salió con su madre temprano en la mañana para realizar algunas compras; se sentía feliz porque pasarían

mucho tiempo juntas, en lugar de ir con la señora Tita. Laura Marina le explicaba que debía completar el atuendo de la cena. Estuvieron varias horas en la calle, moviéndose entre transporte público y largas caminatas que la niña lograba completar; sin embargo fue su madre quien comenzó a demostrar un gran cansancio. Era poco más de medio día, y decidieron parar a comer algo rápido en un pequeño cafetín, pues la niña ya comenzaba a quejarse. En el camino de regreso, Jimena saltaba alrededor de su madre haciendo alegres comentarios, pero Laura Marina no se sentía con disposición para conversar, así que se limitaba a responder asintiendo con la cabeza.

—Mami: ¿quieres cantar? —le dijo la niña intentando alegrarla.

—No hijita, estoy un poquito cansada.

—¿Y hoy es tu fiesta?

—Sí, al final de la tarde.

—¿Y por qué yo nunca puedo ir contigo? —se quejó.

—Ya pronto las cosas cambiarán y podrás ir conmigo. Mientras tanto te quedarás con la señora Tita, y te buscaré mañana para no despertarte tarde en la noche. ¿Está bien?

Continuaron caminando, y Laura Marina escuchó la canción de «La Princesa», pero no era de boca de la niña: era la voz de su madre que ocupaba su mente, y le cantaba inclusive estrofas que antes no había logrado recordar.

«Mi dulce princesa... traeré hasta ti las nubes para que tú misma escribas en ellas palabras de amor, compases de fiesta. Mi dulce niña... mira a tu alrededor y descubre estos tesoros que han bajado los ángeles... dame tu mano y deja que te lleve a descubrir nuevos mundos, a viajar por la luz de los astros»

La melodía se repetía, y se confundía con las palabras de la niña que reclamaba su atención. Llegaron al edificio donde residían, y se vieron obligadas a subir por las escaleras debido a una falla del ascensor. Cuando llegaron al piso de su apartamento, Laura Marina estaba fatigada. Con dificultad entró y se lanzó en el sofá. Estaba muy pálida y fría.

—¿Quieres que te ayude, mami? —le dijo la niña tomándole la mano, ante su evidente indisposición.

—Sólo quiero que te quedes muy tranquilita y te portes bien porque me siento mareada. Ven y te quito la ropa para que te refresques un poco. En un rato voy a bañarte.

Atrajo a la niña y le dio un débil abrazo acompañado de besos. Le arregló el cabello con sus dedos, y le quitó la franelilla que llevaba puesta. En ese momento inclinó su cabeza hacia delante, se llevó la mano a la frente y cerró los ojos.

—¿Te sientes muy mal? —le preguntó la pequeña asustada.

—Sí —contestó ella—. Ven y acompáñame a mi cuarto para que durmamos juntas un poco —y caminó con dificultad hacia su habitación con la niña siguiéndola.

Laura Marina se acostó en la cama, y permaneció allí por más de una hora, durmiendo a ratos, y balbuceándole frases. Abrió los ojos y llamó a Jimena con poca fuerza.

—Tengo mucho sueño, Jimena, no puedo moverme, casi no siento mi cuerpo. Llama a algún vecino desde la puerta y dile que venga a ayudarte —alcanzó a decir sin poder mantener los ojos abiertos.

Sintió que un sueño muy profundo la arropaba, y le impedía continuar conversando con su hija. Hacía gran esfuerzo por regresar, pero ni su cuerpo ni sus ojos le respondían. Jimena la miraba sin moverse ni atender a la solicitud.

En sueños Laura Marina vio a su madre que se acercaba caminando a su cama y le hablaba.

—Vamos hija, es hora de irnos.

Ella se resistió.

—No puedo irme mamá, Jimenita está sola.

—No estará sola, la cuidaremos ambas.

—¿Pero cómo voy a irme mamá?... Debo cuidarla —insistía ella, tratando en vano de mover su cuerpo para incorporarse.

Su madre le hablaba con tranquilidad mientras le extendía su mano para que ella la tomara, sin que su hija mostrara intenciones de seguirla.

—Mamá, no entiendes... ella sólo me tiene a mí... no hay nadie que pueda cuidarla... es tan pequeñita...

—Ya nos hemos encargado de eso hija. No estará sola y va a ser una niña muy querida y feliz.

Laura Marina no lograba entender lo que pasaba. Podía ahora verse a ella misma tendida en la cama, y a su pequeña hija agachada a un lado intentando despertarla. Estaba segura de que no vivía algo real, pero no lograba despertar. Miró a su madre con gran inquietud buscando en ella respuestas para esa extraña situación, y no podía comprender su tranquilidad y placidez.

—Mamá, tengo muchas cosas por hacer, no puedo ir contigo, por favor no me pidas que te acompañe.

—No soy yo quien lo ha decidido, hija, sólo vine para ayudarte a soltar los hilos.

Laura Marina sintió que carecía de voluntad. No podía retomar al control de su cuerpo, ni abrazar a su hija. ¿Cómo pretendían que la abandonara? ¿Quién la cuidaría y calmaría en la soledad?

—Mamá: no me hagas esto, ¡entiende que no puedo acompañarte!

—Todo está resuelto Laura. Ella no estará sola, y tampoco sufrirá.

—Pero pensaré que la abandoné, que no la quiero.

—Tendrás algunas pequeñas oportunidades para decirle que todo estará bien, y ella sabrá cuánto la has amado.

Laura Marina miró a su pequeña con tristeza. No comprendía lo que sucedía, pero sabía que debía confiar en su madre. Tomó su mano y sintió que se alejaba rápido a través de un camino de luz, mientras la imagen de la niña se hacía cada vez más difusa.

—Mami... mami. ¿Qué te pasa...? ¿Por qué no despiertas? Tengo mucho miedo —le insistía Jimena asustada, mientras le apartaba el cabello de la cara, daba palmadas en su pecho y la besaba en las mejillas.

—Mami no te duermas que quiero leche. Levántate por favor.

Laura Marina ya no le respondía. Jimena la vigiló por más de media hora sin advertir movimiento alguno. Comenzó entonces a llorar, sin dejar de llamarla. Salió al balcón y allí permaneció por largo rato en medio de un gran sollozo. Estaba medio desnuda; se sentó en el piso y la luz directa del sol la calentaba sin que ella se apartara hacia la sombra. Fue entonces cuando escuchó la voz de una mujer que la llamaba desde otro edificio, agitando un pañuelo de color, y pidiéndole que llamara a su madre

—No se despierta. Tiene mucho sueño —respondía ante el mandato de la extraña.

En ese momento la vida de Jimena sufría un giro radical, y debieron transcurrir muchos años para que ella se reencontrara con su pasado.

—Laura Marina Rodríguez Monarca. Así se llamaba esa mujer maravillosa de la que hablaba Angelina —le contaba Jimena a su hija Amanda llorando de emoción, luego del reciente evento—. Es lo primero que sé de mi madre biológica, lo único que me hace conectarla con el mundo real, y no con esa imagen fantasiosa que he creado de ella. Mi mamá era una mujer buena... humanitaria... querida.

Amanda observaba conmovida cómo su madre hablaba de un personaje que durante la mayor parte de su vida había permanecido en el hermetismo de lo incógnito. Jimena narraba la historia como si ella misma hubiese sido testigo presencial, pues se había compenetrado de tal manera con la misma, que había logrado adivinar detalles que la propia Angelina desconocía. Ya Amanda conocía de su madre la gran capacidad de recrear los acontecimientos ajenos, y ubicarse ella misma en la escena para definir detalles y adivinar segmentos, pero aun así había elementos que Jimena no lograba encajar.

—Date cuenta hija: si ese señor se enamoró de mamá, es posible que él sea mi papá... aunque Angelina no mencionó nada sobre un hijo. ¿Entonces quién era mi padre, uno que se negó a reconocerme, o será que había muerto? De acuerdo a mis cálculos, ya yo había nacido cuando mi madre trabajó en el asilo... entonces Arturo no es mi papá, ¿pero sabría él de mi existencia?... ¡Qué enredo, esto me está volviendo loca!

Hablaba muy rápido y comenzaba a alterarse con sus suposiciones; su hija quiso sujetarla antes de que ella cayera en el abismo de la incertidumbre.

—Cálmate mamá, estás yendo muy lejos. Trata primero de digerir la parte que ya conoces, pues vas a enredarte entre tantos cabos sueltos.

Jimena la miró callada y le concedió la razón.

—Es verdad, estoy actuando como loca. Creo que es el momento de regresar y enfrentarme a los misterios del salón, porque ahora sí siento que los espíritus me están guiando.

—Espera mamá, que en este momento estás muy sensible. Encontrar el rastro de una madre desaparecida en la infancia ya representa una experiencia arrolladora. Piensa un poco en lo que has escuchado, y luego déjate guiar por tu intuición.

—Lo estoy haciendo, y me está diciendo que éste es el momento preciso de ir allá.

Jimena llegó al asilo casi con el primer rayo de sol. Esperó sentada en la acera hasta alcanzar una hora razonable de visita, protegiéndose de la brisa mañanera con un chal y una pañoleta en la cabeza. Al sentir que ya se había iniciado el movimiento de la residencia, se dispuso a entrar. Fue Angelina quien le abrió la puerta, extrañada por su repentina preocupación hacia Echeto. Sospechó inclusive que el hombre fuera poseedor de una gran fortuna, y ella estuviese al acecho de una muerte súbita para heredarla.

—Echeto está durmiendo —le participó sin dirigirle el saludo siquiera—. Pero pronto despertará. Ya se le pasó el malestar con el estómago, y hasta la doctora dijo que tenía muy buena salud, que estaba duro como un roble y que le pronosticaba al menos quince años más de vida.

Jimena dio una mirada a Angelina tratando de darle sentido a la explicación, y preguntándose cómo una doctora podía asegurar con responsabilidad que el anciano sobrepasaría los cien años de edad.

—Me alegra mucho que goce de buena salud, pero no quiero ver a Echeto, necesito ir de inmediato al gran salón.

—¡Claro que no! —exclamó Angelina deteniéndose en seco—. Nadie puede entrar allí sin autorización.

—¿Sin autorización de quién?

—De Sandra, la supervisora—aclaró.

—Pues por favor vaya y dígame a la señora Sandra que necesito hablar con ella.

—Pues eso no va a ser posible en este momento, porque ella no ha llegado.

—Entonces esperaré —replicó—. Iré a ver a Echeto mientras tanto.

Angelina no encontró de momento algún impedimento y dejó que continuara, pero la siguió hasta verificar que se dirigía al área de los abuelos, pues en un descuido seguro intentaría entrar al salón, y no estaba dispuesta a permitir que burlara su autoridad.

Jimena caminó hacia el lugar donde solía estar Echeto; era temprano, pero ya varias personas ocupaban los asientos del gran patio. En vista del tiempo indefinido de espera que tenía por delante, decidió inspeccionar un poco más el lugar. Caminó por uno de los jardines internos, y escuchó una música que la llamaba al final del corredor. Siguió los agradables acordes y encontró a un trío de ancianos, cada uno tocando un instrumento musical: la bandolina, el cuatro y las maracas sonaban armoniosamente para crear compases criollos, mientras una mujer de avanzada edad danzaba suavemente a su alrededor y hacía ondear su falda de un lato a otro; Jimena quedó maravillada con la escena, y al culminar su interpretación les regaló un

efusivo abrazo, que ellos agradecieron iniciando otra pieza; en ese momento la sorprendió algo pesado en su espalda: era Chichipá que en un ataque de felicidad decidió expresarle su amor haciendo un aterrizaje sorpresa; el sobresalto inicial de Jimena fue sustituido por una sonora risa, y respondió la efusiva recepción de su amigo con caricias y cosquillas.

—Que buen susto me diste, Chichipá. Pensé que estarías durmiendo. Espero que hoy te comportes bien, y no vayas a hacer tremenduras.

Pero el mono no atendió su deseo, y en cambio le arrancó la pañoleta que llevaba atada en la cabeza, dejando su melena desordenada. Salió saltando para balancearse en las cestas con plantas que colgaban del techo, alternando en sus brincos la espalda o cabeza de quien encontraba en el camino. Jimena intentaba atrapar al escurridizo animal, cuidándose de no atropellar nada ni a nadie. Pero su esfuerzo no resultó exitoso, pues no advirtió el pie que sobresalía de una de las sillas mecedoras, y la hizo caer estrepitosamente sobre una maceta. Luego de hacer en el suelo un desastre de tierra negra, hojas de helechos y trozos de arcilla, Jimena se levantó apresurada sobándose las rodillas, y se colocó sobre ellas para comenzar a juntar con sus manos parte de la tierra esparcida, mientras murmuraba enfurecida insultos al animal. Extendía sus brazos para alcanzar el sucio de los alrededores, y fue cuando advirtió unos pies calzando pantuflas de paño justo en frente de sus rodillas, comprendiendo en el acto que uno de ellos había truncado su camino; le preocupó haber causado una lesión a esa persona, y se levantó para preguntarle si había sufrido algún daño. Se sacudía sus manos y asumía en voz alta su torpeza. Pronto los ojos de Jimena se posaron en los del caballero, quien por cierto no disimulaba la diversión que le producía el reciente episodio, y reconoció aquella mirada pintada de azul cielo que tantas horas de felicidad le habían regalado muchos años atrás. Jimena penetró en el camino de añoranza al que esos ojos invitaban, y en fracción de segundos viajó a su salón de consultas, con aromas especiales y luces parpadeantes, invocando a una mujer que en realidad nunca acudió.

—¡Joseph!

Fue lo único que alcanzó a decir, para advertir luego que había enmudecido. Su boca abierta intentaba formular palabras, pero no existía frase alguna para expresar con exactitud lo que sentía. Se agachó frente a él, olvidando los testigos... las sombras de tierra que cubrían sus dedos. Joseph también la observaba curioso. Jimena le tomó sus manos envejecidas y cubiertas de manchas, las acarició paseándose por las venas, por los pliegues, por cada rastro de todos los años de ausencia. Luego se reencontró con los brazos del hombre al que tanto tiempo había amado. Se detuvo para contemplarle el rostro y le sorprendió ver lágrimas en sus mejillas,

revelando una gran conmoción. Fue él entonces quien sintió la necesidad de explorar: recorrió sus pómulos, las ondas de su cabello, la curva de las cejas, el contorno de sus labios, y en medio del sublime momento Jimena volvió a escuchar su voz.

—¡Te pareces tanto a mi querida Jimena!

Jimena comprendió que, a pesar de todo, él no la había reconocido.

—Joseph, soy yo: Jimena. Estoy aquí, nos hemos reunido —intentaba aclararle.

Joseph la miraba como si se tratara de un sueño; depositó un dulce beso en sus manos, apoyó en ellas su mejilla e inició un desconsolado llanto.

Impactada, Jimena se levantó para abrazarlo.

—Estoy aquí, Joseph. Nunca comprendí por qué me abandonaste.

Joseph alzaba la cara para mirarla, intentando relacionarla con la mujer que años antes le había despertado una pasión desbocada, pero confundía la realidad con sus recuerdos.

—Nunca abandoné a Jimena, yo la amaba... aunque sólo después de perderla supe cuánto se había prendido de mi corazón —aclaró mirando a lo lejos—. Partí de pronto por varios meses, debía cuidar a mi hija enferma en Londres... no tuve tiempo de despedirme, y cuando regresé llevaba en su vientre un hijo. La vi en la calle, y varias veces la esperé, pero no tuve valor de hablarle. La observaba desde lejos: lucía hermosa, feliz con su hijo en camino... yo no tenía más nada que buscar allí. Me fui... seguí solitario, y me alegré por ella, pues había encontrado a alguien que con certeza le ofrecía la seguridad que yo no me había atrevido a darle.

Jimena escuchaba el relato con ese particular acento extranjero, y se sintió frustrada. Él pensaba que ella había encontrado su camino, mientras que ella concluyó que su abandono se debía al recuerdo de la esposa fallecida. Todos esos años de distancia eran el producto de ambiguas interpretaciones, de la falta de valor para demostrarse lo que sentían. Comprendió con tristeza que ya no era posible volver atrás: el tiempo de amarse se había extinguido.

Joseph dejó de llorar, y continuó divagando en la melancolía.

—Sólo amé a dos mujeres en mi vida. A una me la llevó la muerte, pero fue ella misma quien me regaló el consuelo de la segunda, pero fui tan cobarde que no le hice saber cuánto la quería, y seguí refugiándome en un recuerdo enfermizo y absurdo que ya no me producía felicidad: era Jimena quien me llenaba de dicha, quien me estremecía con sus caricias, y me divertía con su chispa de alegría. ¡Qué mujer tan maravillosa! Al darme cuenta de mis sentimientos, ya era demasiado tarde: también la había perdido. Sólo me quedó deambular solitario por el mundo, arrepentido por mi escaso valor.

Jimena escuchaba a Joseph hablar con lentitud pero con la fuerza del auto reproche.

Comprendió tarde que él sí la había amado, y se recriminaba el haber sido incapaz de retenerlo a su lado. Quedó con él en silencio, agradeciendo a los espíritus haberle regresado a su gran amor, y le consoló contar con su compañía, aunque no con su lucidez. Permaneció sentada a su lado tomándole las manos, y descubriendo la nueva expresión que había adquirido su rostro. Lucía más cansado, distante; vagar por su mente tal vez era el consuelo que había encontrado para evadir la soledad.

Jimena tenía más de una hora en la silenciosa compañía de Joseph, recreándose en las imágenes de su memoria. Cerraba los ojos para recobrar su aroma, observaba las manos sabias que antes habían aprendido a recorrer su cuerpo, e intercalaba el rostro que se asomaba desde el pasado, con el del anciano que tenía junto a ella. Se sintió algo reconfortada con la idea maravillosa de poder entregarle a Amanda la imagen de su padre, y agradeció a los espíritus el regalo de su encuentro. Percibió que algo suave se deslizaba por su rostro, activando su percepción de la realidad; por instinto pasó su mano por la cara para protegerse, y notó que se trataba de su pañoleta. A su lado se encontraba el pequeño Chichipá, que pudo percibir la melancolía de su amiga, y en un gesto de solidaridad comenzó a realizar maromas delante de ella, buscando arrancarle alguna risa, tal como solía suceder con los ancianos. Jimena reconoció el esfuerzo del animal, y extendió su brazo para invitarlo a acercarse. El mono respondió enseguida y se acurrucó en su regazo para que lo acariciara.

—Ven a formar parte de mi pequeño circo, Chichipá, acompáñame en esta tragicomedia que ha sido parte de mi vida.

Se escuchó la voz de Sandra, la supervisora.

—¿Y qué es lo que pasó aquí?

Jimena escuchó sin inmutarse, y conteniendo un suspiro resumió el reciente episodio.

—Que acabode tropezarme con mi pasado. Pero no he podido recoger los fragmentos de mi corazón.

La mujer esperó a que Jimena aportara algo adicional que le ayudara a comprender a qué se refería, pero las siguientes palabras se desvanecieron antes de salir de su boca.

—Señora —continuó Sandra—. Me ha dicho Angelina que desea hablar conmigo. ¿Para qué quiere entrar en el salón?

Jimena recordó entonces el motivo original de su visita, y se sintió abrumada.

—No creo que pueda enfrentar tanto en un solo día —exclamó—. Pero deseaba... o mejor dicho: necesito entrar allí porque otro retazo de mi historia puede estar encerrado en el cofre del salón.

Extrañada por la respuesta la mujer trató de indagar más.

—¿Y qué le hace pensar eso?

Jimena sacó la llave de un bolsillo de su falda, y la mostró.

—Porque tengo esta llave desde que era muy niña, heredada de mi madre fallecida. Sus iniciales coinciden con la de las cerraduras de la vitrina, y sé que allí encontraré respuestas sobre un pasado que me pertenece pero que desconozco.

La directora tomó la llave y la examinó. Luego elevó los ojos hacia Jimena.

—¿Y cómo se llamaba su mamá?

—Laura Marina Rodríguez Monarca. Ya debe haber escuchado de ella... es una leyenda en esta casa.

La mujer se sorprendió, pero omitió comentarios.

—No tengo entonces que interponerme entre usted y su pasado. Por favor, vaya al salón, y averigüe lo que tenga que averiguar.

Pero en ese momento Jimena no mostraba el mismo apuro de horas antes.

—Deme un minuto por favor, que ahora no sé en qué enfocarme.

Jimena permaneció sentada un rato más, contemplando a Joseph.

—¿Qué tanto me mira, señorita? —le preguntó él sonriendo—. No es que me moleste, pero... no sé qué puede atraerle de un viejo como yo

En un aliento Jimena se llenó de ánimo para responderle.

—¿Qué me atrae de ti? Es mucho más que eso. Te veo porque nunca dejaste de ser parte de mi vida, y ahora que estás aquí, parece que todo fue un sueño.

Continuó; ahora no le hablaba a él; no deseaba que alguien en especial la escuchara, y mucho menos la entendiera.

—Cada instante de la vida es un pasaje que viene a hacer una nueva marca en el corazón. No podemos elegir cómo ocurrirán todos esos episodios, pero sí elegimos los efectos que tendrán en nosotros. Si he venido hasta aquí para encontrar respuestas, no puedo dejar para después algo que me ha perturbado toda la vida.

Se levantó de la silla y besó a Joseph en la mejilla.

—Si no le molesta a usted, seguiré visitándolo, mi querido señor—le habló, empleando ahora un tono juguetón.

—Estaré encantado de disfrutar de su compañía, señorita —le confesó Joseph.

Jimena caminó hacia el interior de la casa; Angelina tuvo el impulso de seguirla, pero Sandra la detuvo colocándole la mano en el hombro.

—Déjala sola. Sus recuerdos son los únicos testigos que necesita.

Jimena abrió las puertas del gran salón y se detuvo unos segundos en el umbral buscando algún indicio que le impidiera entrar. Encendió la luz y observó maravillada como la gran lámpara la esparcía por toda la habitación. El lugar permanecía igual que en su visita anterior, pero su percepción del mismo había cambiado; estaba segura de que ahora guardaba algo que le pertenecía y eso hacía lucir todo distinto. Se acercó a la vitrina y se colocó delante del pequeño cofre. Tras unos minutos de diálogo interno, deslizó la llave dentro de la cerradura y antes de girarla, comenzó a hablar en voz alta.

—Está bien, ustedes me han traído hoy hasta aquí, se las han arreglado para que me encuentre con dos épocas diferentes de mi pasado, y por alguna razón eligieron este día. Espero encontrar respuestas que me den paz, pues si lo que voy a encontrar es desdicha, confusión o tristeza, están en el momento de impedirlo, y dejarme vivir como lo he venido haciendo.

Esperó, y en ausencia de una respuesta, decidió girar la llave y levantar la cubierta. Observó el interior, y allí reposaban varios objetos: un sobre blanco con una cinta verde sujeta con un lazo, una pequeña caja, un cilindro de aluminio, y un portarretratos con la fotografía de un hombre. Tomó la imagen para observarla y comprobó que se trataba del mismo caballero en el retrato del pasillo. Era atractivo, pero su mirada parecía fría e indiferente. Devolvió la fotografía al interior del cajón, y se sintió ansiosa pues no sabía con qué continuar. Decidió entonces descubrir el contenido del sobre blanco identificado con el nombre «Arturo» en delicada letra cursiva; deshizo el lazo de cinta verde y desdobló una hoja de papel; recibió un aroma peculiar, y acercó el objeto a su nariz para comprobar maravillada un olor que le resultaba muy familiar; cerró los ojos y de nuevo aspiró, esta vez todos sus sentidos se pusieron en alerta.

Era una sensación mucho más allá de lo olfativo: se trataba de sabor a miel, caricias, una melodía, dibujos en paredes... ¿Cómo podía experimentar tanto a través de la tenue fragancia en un papel, cómo podía mantenerse un aroma con el paso de los años? Parecía que el tiempo se había detenido en ese espacio. Intuyó que ese sobre le debía algo, y pese a la disyuntiva de si debía violar la privacidad de su remitente o no, las palabras allí guardadas parecían rogarle que las libran de la condena del silencio. Se sentó en una de las sillas del comedor, admiró la caligrafía y comenzó a leer.

Para el hombre que amo.

He decidido escribir estas líneas porque deseo correr las cortinas que cubren mi vida y dejar entrar el alba que me ofreces. Me angustia saber que a pesar de nuestro gran amor y de toda la felicidad alcanzada, nos hemos mantenido en un cruce de caminos... al menos así lo siento yo. Llega entonces el momento de decidir si tomaremos el mismo rumbo o si continuaremos nuestra andanza buscando cada uno un horizonte distinto.

Dices que te he mantenido alejado de una parte de mí, y debo admitir que es cierto, pero no es mezquindad ni egoísmo, se trata de miedo... un terrible temor a perderte. Antes de ti, creí haber conocido el amor, pero éste me cubrió de angustia, tristeza, desilusión; sin embargo, por muy contradictorio que parezca, también me dejó el más sublime de los regalos: mi hija Jimena, a quien no te había mencionado hasta ahora. Cuando ella llegó, alejó todos los sentimientos sombríos que me agobiaban, así que me entregué a la delicia de su compañía, sin creer que pudiera existir espacio entre nosotras para alguien más.

Mi pequeña Jimena nació de la relación con un hombre que me mostró una falsa soltería, y no conocí la verdad sobre su matrimonio hasta que nuestro romance estuvo muy avanzado; ya entonces nada podía hacer para revertir los profundos sentimientos que me unían a él; me sentí destrozada, pero aun así decidí alejarme, renunciando a ser el vértice de un denigrante triángulo. Días después supe de mi embarazo, y vi como única opción continuar sola con mi hijo. En la medida que fui tomando conciencia del nuevo cuerpo que se formaba dentro del mío, comenzó a atormentarme un sentimiento de culpa por negarle a mi bebé el derecho a disfrutar de un padre. Bueno o malo, lejos o cerca, mi hijo merecía conocerlo, pero en el controversial encuentro de ideas, venció mi dolor y mi orgullo: su padre no merecía conocerlo a él.

Poco a poco me fui hechizando con la idea de ser madre; imaginar a mi hijo me hacía sentir menos sola y el ensueño de su llegada logró mitigar el dolor que había sufrido, pero pensaba que me culparía algún día por mi decisión; creé para él una fantasía, y mientras crecía en mi vientre le contaba sobre un papá que lo esperaba ansioso en un lugar lejano, pensando que si le dibujaba la imagen de un hombre honesto que lo amaba, lograría compensar el daño que ambos le estábamos causando.

Cuando mi hija llegó al mundo, me sorprendió no encontrarme con el hombrecito que me había imaginado, pero esa dulzura de piel rosada y cabello rojizo pareció conocerme y comprender mis decisiones desde que posó sus ojos en mí. Con su mirada me hacía saber que no me reprochaba nada, pues yo era lo único que ella necesitaba, y ya no pensé más que le debía algo.

Hoy mi hija domina mis pensamientos, es el regalo que recibo cada mañana, la razón por la que me reivindicé con el mundo... representa un homenaje a la pureza, a la alegría. Por ello decidí

que mi misión principal con Jimena era enseñarle pasión por la vida, hacerle comprender lo breve de nuestro paso por el mundo, por lo que vale la pena vivirlo con intensidad; quiero mostrarle los colores del universo escondidos en todos los rincones, aunque traten de ocultarlos con brochazos de amargura, y enseñarle a defender su derecho de ser feliz, pues ser feliz es la razón más noble para emprender nuestra diaria faena .

Luego de cuatro años, te presentaste ante mí como otra oportunidad de amar, o un nuevo riesgo de sufrir; lo he pensado mucho... he decidido confiar en nuestra unión, pero sin dejar de lado a mi hija. Mi gran deseo es que de la misma manera que me has recibido a mí, la aceptes y recibas a ella. Quiero que aprendas a conocerla, a quererla y le transmitas también esa seguridad que siento cuando estoy contigo Sé cuán difícil puede resultar todo esto, y comprendería si te negaras, pero sólo así podremos iniciar una familia, sin divisiones ni intereses distintos. Sólo de esta manera podré entregarme a ti, así como me entregaré a los nuevos hijos que recibamos para seguir honrando esta unión.

Busca en tu corazón una respuesta, y descubre si cuentas con suficiente espacio para las dos.

Con amor.

Laura Marina.

Jimena colocó la hoja encima de la mesa para poder hacer un resumen mental de lo que acababa de leer. Agitaba sus ojos intentando ordenar las imágenes que venían a su cabeza. Se veía a ella misma muy pequeña al lado de su madre, recibiendo sus mimos. Podía comprender el profundo dolor que había significado la ruptura de su relación, y deseó darle un abrazo solidario.

—Entonces él no es mi papá —murmuró—, ni siquiera sabía que yo existía. ¿Por qué mamá me habría mantenido escondida tanto tiempo? Tal vez intentaba protegerme.

Miraba la carta para tratar de entender su proceder, pero resolvió que no era el momento de juzgarla sino de comprenderla; reconocía la nobleza en su deseo por mostrarle una cara hermosa del mundo, a pesar de haber tenido que enfrentar el lado sórdido del mismo. Jimena dedujo que su madre sí la había acompañado siempre, pues aunque dejó de verla, sus mensajes lograron penetrar su pensamiento. Deseó hablarle mirándola a los ojos, pero en su ausencia, se conformó con responderle algunas frases imaginando que ella la escuchaba.

—Mamá: aunque no recuerdo los años que pasé junto a ti, siempre supe que me amabas, y te mantuviste presente como mi compañera. Mamá Rosaura nunca permitió que abandonara tu recuerdo, aunque poco teníamos para evocarte. Tu pasión por la vida me la transmitiste en la sangre, y continuaste haciéndolo a través de esta conexión entre lo terrenal y lo celestial.

Jimena dobló la carta, y la devolvió al cofre. Sacó entonces la caja blanca y percibió su peso. La colocó en la mesa con cuidado, y al abrirla descubrió lo que parecía un joyero de madera. Encima tenía una nota doblada que ojeó antes de continuar.

«Esto es sólo un préstamo, debo devolverlo enseguida a mi pequeña hija, pero lo he traído para hacerla presente en este episodio.»

Abrió la caja y escuchó la melodía producida por un pequeño mecanismo en su interior: reconoció a uno de los sonidos más emblemáticos de su infancia. En susurros comenzó a cantar, para unirse a las notas que emergían de allí.

«Mi dulce princesa, convertiré tus trajes gastados en brillantes cielos bordados con estrellas de lentejuelas. Mi dulce princesa... traeré hasta ti las nubes para que tú misma escribas en ellas palabras de amor, compases de fiesta...»

Jimena apenas pudo terminar la canción y comenzó a llorar, mientras la caja continuaba sonando a su lado, adormeciendo su música hasta quedar en silencio. El particular encuentro con su madre había logrado conmoverla, y esa melodía, tal como le había sucedido con el aroma de la carta, era un puente a su infancia y a Laura Marina. Desconocía mucho sobre su pasado, pero tenía certeza del cariño recibido de la mujer que había partido en el momento equivocado.

Quedaban objetos en el cajón: un sobre y el cilindro de aluminio. Decidió entonces abrir el segundo. Se trataba de un documento, con sellos húmedos y firmas que lo hacían lucir legítimo. Comenzó a leer, sin comprender mucho los términos legales a los que hacían referencia, y continuó hasta poder identificar la naturaleza del mismo. Se dio cuenta que se trataba de un título de propiedad, en el que Arturo Dávalos convertía a Laura Marina en la única dueña y propietaria de «La Estancia del Señor»; supuso que luego de tantos años ya esas letras no tendrían validez, y se preguntaba quién sería el actual propietario, considerando que tanto Arturo como su madre Eva habían fallecido.

Era ya el momento de leer la última carta, lo que representaba también el último objeto del cofre. Sabía que provenía de Arturo, y apenas la abrió pudo apreciar el acento masculino del manuscrito. Cambió entonces su postura en la silla preparándose así para conocer el otro perfil de la historia.

Laura Mía

Me encuentro viviendo el momento más dichoso, pues siento que he encontrado al fin la escalinata que me lleva al mundo que he soñado, donde he dejado de pensar en «mí», para comenzar a pensar en «nosotros»... ya no me motiva que algo sea «mío», sino que sea

«nuestro»... no imagino que «haré» mañana sino que planes «realizaremos juntos». Mi tránsito por el mundo ha dejado de ser solitario, y verte a mi lado como mi compañera me colma de dicha.

Estoy más que enamorado... estoy entregado al delirio de amarte; mi mayor deleite es permanecer junto a ti, los mejores sonidos son ahora tu risa y tu voz, y la sensación más abrumadora: besarte. A pesar de ello, sé que falta mucho por descubrir juntos, y la expectativa me cubre de emoción.

En medio de todos estos sentimientos, he elaborado mis intenciones para ti: en primer lugar, he colocado mi fotografía, pues hasta este día posaré solitario en los salones de esta casa. Mi deseo es entonces sustituir esta imagen inexpresiva, por otra en la cual pose orgulloso a tu lado, y reflejar en ella nuestro amor, solidaridad, esperanza, fortaleza... ¡tantos dones que sólo pueden ser alcanzados junto a la persona amada!

En otro sentido, quiero agradecerte toda la dedicación hacia «La Estancia del Señor», en especial a mi madre, quien además de admirarte anhela verte convertida en su hija. Tu genuina preocupación por las personas, fuera y dentro del asilo, me ha hecho pensar que eres tú quien debe llevar adelante este hogar tan especial. Por ello, mamá y yo hemos decidido que «La Estancia del Señor», y todos los bienes asociados, pasen a tu nombre, para que des continuidad a la obra que tú iniciaste. Junto a mi carta encontrarás el documento que lo certifica, así que a partir de este momento eres la propietaria de este lugar, concediéndote además todos los derechos para cualquier decisión que consideres necesaria tomar. Es preciso aclararte que esto va mucho más allá de mis intenciones de matrimonio, pues aun si resolvieras no casarte conmigo, la decisión sería la misma.

Por último, quiero dejar claro en tu cabeza, muchas veces testaruda, que no me importa qué arrastres del pasado, ni las experiencias que ahora consideres erradas. Creo que te castigas demasiado por tus desaciertos. ¿Ante cuál juez fuiste declarada culpable? Muchas veces somos más crueles con nosotros mismos de lo que pueden serlo otros, y nos rehusamos a perdonarnos, recordándonos una y otra... y otra vez lo que hicimos mal. Lo pasado no se puede modificar, pero sí puedes cambiar la percepción del mismo y el uso que des a tus experiencias; por mi parte te invito a aceptarlas como parte de ti y a aprender de ellas. Créelo: es más fácil de lo que imaginas, sobre todo si te escolta alguien que te ama tanto y que está dispuesto a hacer lo necesario sólo por verte sonreír. Ése por supuesto soy yo, quien como tú ha cometido errores, pero que reconoce en este episodio una gran oportunidad: ¡Comenzar juntos! ¿Puedes comprender lo generoso de esta expresión?

Créelo: nuestro amor es capaz de superar lo que sea.

Te amo, te amo...Te amo.

Arturo.

Jimena se sentía conmovida por ambas manifestaciones de amor. Buscó darle sentido a toda la información que había recibido: unió la explicación de Angelina, con la propia versión que le había dado Rosaura sobre la muerte de su madre. Comparó las fechas de los documentos, buscó los puntos tangenciales de los eventos que tenía como referencia, y llegó a la explicación que Arturo nunca conoció: Laura Marina había muerto el propio día del compromiso, y ésa fue la causa por la que no se llevó a cabo la celebración. Desde entonces ningún otro evento había logrado remover la tristeza que se había alojado allí.

Sandra insistió en que Jimena contactara al abogado del asilo, y junto a él comprobaron que el documento sobre la titularidad tenía aún validez legal; así que por línea de sucesión, la hija de Laura Marina era la propietaria legítima de «La Estancia del Señor». Jimena no lograba comprender el nivel de responsabilidad que ello implicaba, y menos aún qué debía hacer para asumir ese rol. Ya en casa discutía con Amanda y Rosaura la situación.

—No puedo comprender por qué a estas alturas de mi vida me enfrento con tantos descubrimientos. Llego a ese lugar donde se escondía una historia de novela: me encontré con mi madre biológica y con un pedazo de mí misma, lo cual debería darme un mayor sentido de identidad, pero no percibo un cambio en mí. También me tropiezo con Joseph, literalmente hablando, para comprobar que el único hombre al que he querido ya no está en condiciones de amarme; tal vez debería aliviarme el saber que no fue su intención abandonarme, pero tampoco eso me hace sentir mejor. Y de pronto me cae encima la responsabilidad de un geriátrico: veintinueve ancianos y doce empleadas que hasta hace unos días no sabían de mi existencia, y que ahora están esperando que yo... ¡en realidad ni sé que esperan, o si esperan algo de mí! Si ese lugar ha funcionado sin mí hasta ahora, ¿qué se supone que debo hacer que no se haya hecho antes?

—Estoy tan impactada como tú con la historia, hija —suspiraba Rosaura—. Hasta ahora la única imagen que tenía de Laura era la de su lecho de muerte, y de allí traté de construir un personaje que tú pudieras recordar con cariño.

Amanda se mantenía en silencio, esperando el momento oportuno para lo que deseaba expresar.

—Pero hay algo que no has tomado en cuenta mamá —intentó hacerle ver a Jimena de forma

indulgente—, acabas de encontrar a mi papá... después de dieciocho años de preguntarme qué sería de él, hoy al menos sé que existe, y que tengo la oportunidad de pasar tiempo a su lado. Piénsalo mamá: él está solo, me necesita, y ahora puedo ofrecerle un poco de compañía. Al menos sabemos que él te amaba, y que ustedes sólo fueron víctimas de una confusión, así que no hay nada que reprochar; eso sí me produce una gran sensación de alivio. ¿No te parece una buena razón para ese «tropiezo»?

Jimena la observaba recordando que ese día el mismo pensamiento había tenido un momento fugaz en su mente; hizo a su hija un guiño como muestra de aceptación.

—Tienes razón hija, me había olvidado de ti. Claro que tienes derecho a disfrutar de este encuentro.

Hubo un silencio de varios minutos en el que cada una sacaba sus propias conclusiones.

—Pero necesito aclarar mis pensamientos —continuó Jimena llevándose las manos a la cabeza—. Ni siquiera estoy segura de querer regresar allá. Me siento tan enredada. ¿Qué debo hacer ahora? —cuestionaba mirando a su alrededor como si buscara respuestas en el aire—.

¡Guías espirituales, muéstrenme el camino por favor!

El ruido del teléfono interrumpió.

—Buenos días —contestó Amanda, fuera de la habitación—.

Sí, enseguida se la comunico.

Se escucharon entonces los pasos de la joven acercarse.

—Mamá: es el abogado del asilo.

Jimena observó a su hija con expresión interrogante y se dirigió a la sala donde se encontraba el teléfono.

—Dígame doctor —respondió ansiosa.

—Señora Jimena, acabo de citarme con el familiar de uno de los residentes, y me ha comunicado que elevará una denuncia formal contra ustedes, solicitando el cierre definitivo del ancianato.

—¿Cómo que lo quieren cerrar?

—Pues él alega que ésta es una institución acéfala, y que por falta de dirección han descuidado la atención a los ancianos.

Jimena escuchó un rato más los alegatos del denunciante, y luego de colgar partió hacia el hogar geriátrico para hablar con Sandra. Le pidió que se reunieran en un lugar privado y le expuso la situación. La mujer escuchaba atenta y sacudía la cabeza impresionada por la noticia.

—La demanda es muy seria —explicaba Jimena—, el abogado dice que la mujer está actuando

con rapidez para que clausuren de inmediato el asilo.

—Sé de quién habla, Jimena. Esa mujer nos hizo muchas amenazas, pero no pensé que su maldad llegaría a atentarse de esta manera contra nosotros. Ya era suficiente con el daño que le había causado a su propia madre.

—¿Y cuál es la historia que se esconde detrás de todo esto?

—Le voy a contar: esa señora llegó aquí hace menos de tres años con el cuento de no poder mantener a su madre: doña Agustina, porque debía trabajar y no tenía quien la ayudara. Lloraba de tristeza porque debía separarse de la señora, pero decía comprender que allí estaría mejor atendida. Tenía un hermano que no estaba de acuerdo con que su madre estuviera aquí, pero él tampoco podía hacerse cargo de la señora, así que a regañadientes accedió a dejarla. Sin embargo, él venía con mucha frecuencia a visitarla, y se quedaba horas acompañándola. La hija venía poco, y casi siempre cuando le correspondía pagar el hospedaje. El hombre no regresó, y la pobre anciana preguntaba todo el tiempo por él, sin que nosotras pudiéramos darle respuestas concretas. Usted sabe, le decíamos lo típico: su hijo se fue de viaje, ya está por llegar, pronto vendrá a visitarla, y esa cantidad de mentiras tranquilizadoras que al final nos hacían sentir muy mal, porque sabíamos que tenían efecto corto. Luego supimos que el señor había fallecido; por supuesto no se lo dijimos a Agustina, así que nos mantuvimos con las palabritas de consuelo que ya no lograban tranquilizarla. La pobre se deprimió muchísimo por no ver a ninguno de sus dos hijos, y perdió el interés por vivir. No quería comer, ni levantarse de la cama, y se pasaba todo el día llorando. Llamamos a la hija un montón de veces, y ella mentía diciendo que vendría a visitarla; le explicábamos que su madre no necesitaba una visita sino que se la llevara con ella, pero alegó que nosotros éramos unos desalmados que queríamos deshacernos de su mamá porque nos estorbaba. ¡Imagínese! —exclamaba Sandra alterada—. ¿Cómo nos iba a decir eso? Nosotros nos esmeramos con el cuidado de los viejitos, y no sólo porque sea ése nuestro trabajo, sino porque los queremos; sufrimos con sus tristezas y enfermedades, hacemos lo posible por suavizar sus días, pero entendemos que hay un momento en que no podemos sustituir a sus propios parientes. Todas estas personas pasaron sus años teniendo hijos, cuidándolos, entregándoles cuanto tenían, y de buenas a primeras se convirtieron en un estorbo, los sacan de sus casas y luego quieren echarnos encima toda la responsabilidad de su bienestar. Aquí contamos con médicos, psicólogos, cuidadoras muy cariñosas y competentes, pero los residentes saben que no somos sus familiares.

Sandra casi lloraba por la impotencia, y con cada palabra podía demostrar el gran compromiso que sentía hacia el hogar.

—Lo cierto es que con un cuento o con otro, la mujer no venía a visitar a su mamá; pensaría que si venía por aquí tendría que llevársela, así que dejó el formalismo de las excusas, y cuando la llamábamos nos lanzaba el teléfono sin decir nada. El pago lo enviaba con un conocido y se desentendió de la pobre Agustina. Un día la llamamos para informarle que su madre había fallecido; ni siquiera lo hicimos para que asumiera gastos ni nada por el estilo, sino para que asistiera a despedirse de ella, y apareció aquí como una fiera, acusándonos de negligentes, de haber dejado morir a su mamá. Comenzó a buscar argumentos; supo que el asilo había pertenecido al señor Arturo y a la señora Eva, y que luego de la muerte de ambos ya no había ningún propietario titular; de allí se agarró para decir que aquí no había autoridad, y que así como habíamos dejado morir a su madre, nos íbamos a deshacer del resto de los viejitos para quedarnos nosotros con la casa y el dinero. ¿Puede usted creer semejante explicación?

Jimena escuchaba horrorizada el relato, y percibía en las palabras de Sandra real angustia.

—Acepto que hayamos cometido errores, que a veces estemos como locas porque no alcanzan nuestras pocas manos para atender tantas personas, pero nunca hemos tenido un mal pensamiento hacia alguna de ellas. Además, aquí somos unas simples empleadas, y aunque no exista un propietario legal, cada quien cumple sus funciones, y yo misma me encargo de supervisar que sea así. Ni siquiera se puede decir que nos falten fondos económicos, pues el asilo se mantiene solo con los aportes de los familiares, y con los bienes que están en custodia del abogado. Tenemos una buena administradora que nos ayuda con el tema financiero, así que nunca nos hemos angustiado mucho por dinero. ¿De dónde saca que nos queremos quedar con todo?

Jimena ya lograba entender su papel en el conflicto legal: ella personificaba la esperanza del asilo pues era su propietaria, y aunque en otras circunstancias no habría tenido intenciones de asumir ese papel, consideraba que se trataba más de un deber que de un derecho. Era hora de actuar y enfrentar la absurda demanda que intentaba acabar con la obra de su madre. Sabía que no sólo contaba con el apoyo jurídico terrenal, sino que además tenía de su lado a toda la corte espiritual que la guiaba y protegía en todos sus actos.

El ancianato se vio envuelto en un escándalo que alcanzó gran publicidad, de la que no escaparon los familiares de muchos residentes, quienes entraron en un fuerte conflicto personal, al tratar de descubrir si la demanda era justa o no. Varios tomaron la decisión de retirar a sus parientes, pero otros mostraron absoluta confianza en el buen funcionamiento de la residencia, aportando testimonios valiosos para la defensa. El abogado enfrentó la demanda con gran habilidad, y la presencia de Jimena representó un elemento crucial, pues le otorgó la

solidez que necesitaba la institución. Ya en pocas semanas el conflicto se debilitó por obra de gracia, y el fallo del juez dictaminó que la acusación no tenía fundamento; en lugar de ello, la demandante fue obligada a pagar una importante suma por los daños y perjuicios causados; además se le solicitó la publicación de un aviso en prensa local donde se disculpara y retractara de las serias acusaciones levantadas, restituyendo así el prestigio de «La Estancia del Señor».

Un importante periódico local asignó media página para la difusión de la mencionada carta, y por iniciativa propia la acompañó por un serio trabajo periodístico, donde se hacía una reseña del ancianato y le concedían una entrevista a Jimena, figurando como nueva propietaria.

—«*Todos debemos cumplir nuestro ciclo en el mundo, pero en la última etapa no siempre contamos con personas dispuestas a entregar el cariño que el corazón ansía, y los cuidados que el cuerpo pide. En «La Estancia del Señor» las manos nunca paran de sostener, los labios no dejan de sonreír y animar; los esfuerzos de todo el personal se concentran en un objetivo único: el bienestar de los ancianos. Ésta es la misión que hace muchos años iniciaron Laura Marina Rodríguez y Arturo Dávalos, y que de manera generosa han mantenido todas las personas que día a día cuidan con esmero a cada uno de los residentes. Quien eleve su voz para decir lo contrario, lo único que desea es callar los gritos de reclamo que emanan de su propia conciencia...»*

Éstas, junto a otras sencillas frases contenidas en la entrevista, conmovieron al público, y dieron por terminado el conflicto, recuperando inclusive la confianza de quienes habían decidido retirar a sus parientes. La popularidad obtenida generó varias solicitudes para aceptar nuevos residentes, pero ya la institución había alcanzado su límite de operación, recurriendo al recurso de las listas de espera; pero cuando uno de los solicitantes se atrevió a decir «por favor

llámenme cuando alguno de los ancianos muera», Jimena y Sandra se horrorizaron, y anunciaron que por razones de estabilidad emocional, el ingreso de huéspedes se cancelaba de manera indefinida.

Con la intensa situación que acababan de enfrentar, las mujeres debieron tomar un tiempo para recuperarse, y Jimena comprendió la magnitud de su nuevo cometido.

El centro de apoyo «Cadena de Corazones» formaba parte de un grupo de fundaciones que tenían como objetivo ayudar a mujeres víctimas del abuso, fuese éste de tipo psicológico, físico o sexual. Allí se desarrollaban dinámicas grupales e individuales, guiadas por psicólogos, asesores legales y voluntarios que pasaban a formar parte de un equipo multidisciplinario, con desempeño además en otras actividades complementarias: administración, manejo de donaciones, planificación de eventos especiales, logística interna, visitas a centros de salud, entre otras.

Ana Liz encontró en el centro de apoyo una manera de canalizar su espíritu luchador y la solidaridad hacia el género femenino. En un inicio hacía breves intervenciones una vez por semana, pero se vio involucrada a profundidad con la labor, por ello decidió entregarse de manera más activa, hasta alcanzar de forma gradual el liderazgo de la institución. La convivencia con Gaetano reforzó varios de los valores exaltados por sus padres durante su crianza, y a pesar de su divorcio, reconocía que en el matrimonio había existido suficiente espacio para el respeto, y que era posible compartir sentimientos hermosos, sin que ello significara abandonar los ideales o ceder espacio al «machismo» que tanto criticaba. Esto hizo su trabajo social más intenso, pues se esmeraba en hacer ver a las víctimas del maltrato, que el amor era un sentimiento real y hermoso, al alcance de cualquiera que estuviese dispuesto a buscarlo o recibirlo.

Ana Liz provenía de un hogar muy estable, en el que contó siempre con absoluto respeto, apoyo y cariño; creció convencida de pertenecer a un sexo fuerte e independiente porque sus padres así se lo habían hecho ver, por ello, desde pequeña advirtió el trato indigno que recibían muchas mujeres de su entorno, y manifestaba con frecuencia sus apreciaciones sobre el relegado papel que ellas marcaban en la sociedad, donde parecía haber posiciones concebidas sólo para los zapatos masculinos. Ana Liz se caracterizaba por ser una persona audaz, alegre, emprendedora y entusiasta; sentía pasión por cada proyecto que iniciaba, y era ese ímpetu el que la hacía tan querida y escuchada. Nadie en «Cadena de Corazones» era capaz de mostrar y transmitir tanto coraje como esa menuda mujer de rostro angelical y voz casi infantil. Asistía al centro tres veces por semana, y durante su permanencia guiaba las sesiones de grupo, supervisaba a los voluntarios o realizaba el plan de la semana, el cual incluía reuniones con otros dos núcleos de apoyo femenino: uno consistía en un lugar para alojamiento y protección de

víctimas que debían abandonar sus hogares en situaciones de emergencia, debido a un episodio de maltrato; el otro era un centro de adiestramiento para dar formación en el campo artesanal, secretarial o administrativo, ofreciendo a sus participantes la posibilidad de integrarse en el mercado laboral como empleadas o como microempresarias. Los tres centros se habían conjugado para cambiar las perspectivas de mujeres con dramáticos antecedentes, y eran más que evidentes sus logros obtenidos en calidad de vida y utilidad social; éstos con frecuencia eran reconocidos por los distintos medios de comunicación regional, que difundían la misión de cada núcleo y ayudaban a conseguir aportes económicos provenientes de empresas y particulares, además de brindar apoyo en los eventos especiales que se programaban para recaudar fondos.

«Cadena de Corazones» funcionaba en una casa donada por un importante empresario, y se mantenía gracias a otros valiosos colaboradores, entre los que se encontraba Gaetano, que desde su época de noviazgo con Ana Liz se había comprometido en hacer llegar ayuda en forma de víveres y metálico. El estado asignó un escaso aporte económico que con dificultad cubría los honorarios profesionales de la psicóloga y de la asesora legal, y también puso a disposición una trabajadora social quien hacía magia con su tiempo para poder asistir al centro luego de cumplir horario en un centro asistencial público. La administración se llevaba con estricto control para sacar el mayor provecho a los recursos, pero la amplia demanda de ayuda sobrepasaba su capacidad, y se veían muy ajustadas en cuanto a tiempo, dinero, espacio físico, ayuda profesional y voluntariado, por lo que muchas veces se veían obligadas a remitir a las solicitantes hacia otros establecimientos similares.

Las sesiones se llevaban a cabo dos veces por semana y los grupos de participantes bien podían sumar treinta personas, una afluencia alta considerando las notorias limitaciones. Los días restantes se mantenía una apretada agenda para las sesiones individuales con la psicóloga y la asesora jurídica. El equipo era admirable, todos expresaban orgullo por su labor, y era evidente el esmero que colocaban en cada tarea. Para sus miembros, cada día representaba la oportunidad de encender una luz en una penumbrosa vida.

Ana Liz llegó como siempre de forma apresurada, comentando el tráfico o las emergencias de última hora que le impedían salir a tiempo de la oficina. En la sala, tres damas trataban de consolar a otra cuyo rostro enrojecido revelaba su reciente llanto. Todas, inclusive la afectada, esbozaron una sonrisa para dirigirla a la recién llegada, mientras ella respondía saludando a cada una por su nombre.

—En un rato comenzamos —alcanzó a decirles.

Llegó a la oficina donde un joven hablaba por teléfono desde un escritorio. Al ver a Ana Liz tapó el auricular.

—La señora lleva rato esperándote —y con un gesto señaló hacia la silla ubicada justo detrás de ella.

Ana Liz giró en la dirección señalada, y sus ojos se toparon con el rostro sereno de una dama que enseguida le sonrió. Era atractiva, y lucía distinguida con un vestido cruzado en el busto de flores azul celeste. Su maquillaje sencillo le iluminaba la cara, pero aun así lucía cansada. Al contar con la atención de Ana Liz, se levantó y se dirigió a ella para extenderle su mano.

—Es un verdadero placer conocerla — le expresó la visitante con admiración—. Sé que hace usted un trabajo maravilloso.

Mientras estrechaba su mano, Ana Liz le colocó la otra en el hombro, tratando de romper la formalidad del saludo.

—Gracias, en nombre de todas las personas que trabajamos aquí.

La invitó a tomar su asiento, y tomó la silla contigua.

—No conozco las referencias que tienes de nosotros, pero igual nos alegra mucho recibirte —le hizo saber con agrado.

En ese momento Ana Liz miró al hombre que continuaba en su escritorio.

—Cándido, necesito que por favor revise en la carpeta de las donaciones, si ya se enviaron todas las cartas de agradecimiento.

El hombre asintió y salió de la oficina; ella se dirigió de nuevo a su acompañante y cambió un poco su tono de voz, imprimiéndole más confidencialidad.

—Ahora vamos a ver. ¿Qué te trae hasta aquí?

Aunque no se animó a tutear a Ana Liz, podía percibir la gran afinidad entre ambas.

—La he visto varias veces en el periódico, y una en la televisión. Me parece que su obra tiene mucho mérito, y admiro la determinación con que trabaja por nuestro género en contra de la violencia. Por eso era tan importante contactarla.

Ana Liz trataba de llegar más allá de los elogios: esperaba encontrar la verdadera causa por la que ella necesitaba acercarse.

—¿Y en qué podemos ayudarte? ¿Quieres contarnos tu historia o deseas ayudar a alguna amiga?

La mujer la miraba ahora con un poco de ansiedad, y hacía gestos nerviosos, como acomodarse el cabello o agitar sus piernas. Ana Liz pensó que se sentía presionada, y buscó una excusa para darle tiempo.

—Voy por un poco de té para las dos, enseguida estoy de regreso contigo —y salió cerrando la puerta con suavidad.

Desde la silla, la dama repasó los detalles de la sala que ya había observado un rato antes. Las paredes lucían varias fotografías enmarcadas con sencillas monturas de madera. Mostraban escenas donde personas de diversas edades compartían el lente, y en algunas logró ubicar el sonriente rostro de su anfitriona. En otra pared colgaba una pizarra acrílica, y sobre una mesa cercana estaban acomodados algunos marcadores, creyones, tizas de colores y una pequeña ruma de hojas blancas. En la pizarra estaba escrito el nombre del centro: «Cadena de Corazones», dispuesto a manera de título, y más abajo expresaba la intención principal del mismo:

«Nuestra misión: Vencer la injusticia y ayudar a encontrar el camino de la felicidad»

—Un mensaje sencillo pero lleno de fuerza —pensó en voz alta.

Ana Liz regresó con dos tazas de porcelana y las colocó en la mesa. Se sentó frente a su compañera para esperar a que se sintiera cómoda, y tomó unos sorbos del té, alternando algunos comentarios sobre reparaciones pendientes, como la mancha de humedad que estaba afectando el techo justo encima de ellas.

—El hermano de una de las chicas prometió que él mismo haría las reparaciones en lo que tuviera oportunidad.

Su interlocutora miró el techo sin prestar demasiada atención, para luego dirigir los ojos a su taza de té. Cuando se sintió confiada, comenzó a exponer los motivos de su acercamiento.

—Sí tengo mis propias heridas morales, pero no es por eso que he venido hasta aquí. Mi intención no es pedirles ayuda, lo que aspiro es poder colaborar con ustedes y con quienes acuden por una mano amiga. Hay mucho de mí que quisiera compartir, y aunque mi aporte no sea muy representativo, ofrezco mi tiempo y dedicación.

Ana escucho cada palabra, y aunque no sabía con exactitud cómo esperaba ayudar, intuyó que la mujer buscaba aproximarse al grupo para encontrar allí un poco de tranquilidad, y si su deseo en ese momento era ofrecerse como asistente, recibiría la oportunidad de participar. Ana Liz continuó escuchando el planteamiento.

—Te pido... o mejor dicho: te ruego, que me dejes seguirte, pues en mí ha surgido la necesidad de ayudar a otros, y estoy segura de que aquí podré cumplir esta nueva inquietud

Ana Liz analizaba como sus expresiones daban más sentido a las palabras: la gesticulación de los labios, los graciosos hoyuelos en las mejillas, y sus hermosos ojos que brillaban emocionados.

—Claro que eres bienvenida amiga, tu corazón y tu ánimo son necesarios aquí, donde todas

vienen por una nueva oportunidad de vida. Nuestro deseo por dar apoyo es enorme, pero nos hacemos insuficientes ante tanta demanda de ayuda y amor.

Ana Liz intuía que su nueva voluntaria en realidad requería asistencia, y aunque tal vez no hubiese logrado identificar su necesidad, se encontraba en el sitio indicado.

—Éste es un lugar maravilloso para el crecimiento espiritual. Puedo asegurarte que aquí podrás encontrarte contigo misma, pues mientras más logramos comprender a los demás, más logramos conocer nuestro interior... cuando te entregas a otros para ayudarlos, encuentras que el mundo te premia. Estar aquí muchas veces resulta duro, enfrentamos enormes injusticias, cuerpos maltratados, ilusiones perdidas, y rostros que parecen haber olvidado cómo sonreír... —enumeraba Ana Liz emocionada—, pero también vemos renacer la fe, reconstruirse las esperanzas y aparecer nuevas oportunidades; allí es cuando sientes que el universo te está dando una recompensa, y quieres seguir adelante para repetir esa sensación. Lo que sea que andes buscando, espero que logres encontrarlo con nosotros.

—Con tan solo conocerte creo que ya el universo me está enviando una respuesta —respondió la dama con los ojos cristalizados por las lágrimas.

Ana Liz se sintió conmovida por su comentario. Reconocía su espíritu fuerte, y adivinó que ambas tenían mucho que compartir.

—Hay algo importante —continuó Ana Liz—, para pertenecer a nuestro centro debes llenar una planilla. No te preocupes que los datos aquí contenidos son confidenciales, sólo tenemos acceso a ellos la psicóloga y yo, pues ella debe conocer el perfil tanto de las pacientes, como el de las colaboradoras —y sacó un formulario de una gaveta.

—No tengo problema con eso —aclaró la nueva miembro antes de comenzar a colocar sus datos.

«Nombre: Eliana Álvarez»

Llegué al centro de apoyo «Cadena de Corazones». Era sábado, cerca de las nueve y media de la mañana. Pulse el timbre y escuché el típico «ding dong» retumbando desde el interior. Segundos más tarde sentí los pasos de alguien que se acercaba a la puerta, y tras el rechinar de las bisagras, identifiqué el rostro de Conchi, una de las voluntarias con más antigüedad en el centro y a quien había conocido en mi estadía anterior. Era descendiente de españoles, muy blanca, cabello castaño y liso; había llegado siete años atrás buscando ayuda para superar un evento personal, pero después de permanecer mucho tiempo como paciente, había decidido continuar en calidad de colaboradora, incorporándose en la planificación de las sesiones.

—Hola Eliana. Qué bueno que hoy estés con nosotros. Pasa a la terraza que ya han llegado varias de las chicas.

Le agradecí y caminé en la dirección que me indicó. Miré hacia atrás para ver si Conchi me seguía, pero se había detenido junto a la computadora. Continué entonces mi recorrido hacia la terraza: era una porción del gran patio trasero, techada con una sencilla estructura de tubos de hierro y láminas galvanizadas; recientemente le habían construido un piso de cemento con baldosas de arcilla, que hacía el espacio más colorido. En un costado del techo fue necesario dejar un gran agujero para el enorme tronco de un árbol de mango que desplegaba arriba su gran copa, y cubría con su sombra una buena parte del área descubierta. Saludé y busqué un asiento en el fondo para disfrutar más de la brisa. En el lugar habían diversos tipos de sillas, dispuestas como dos grandes círculos concéntricos, facilitando el que todas nos miráramos las caras. Me senté en uno de los asientos de un juego de mimbre, y detallé a las demás participantes para ver si conocía a alguna, pero sólo había visto a tres de ellas en la sesión anterior. En los siguientes minutos fueron ocupándose los asientos disponibles, incluyendo dos coloridas hamacas. Una joven aprovechaba la oportunidad de seleccionar unos mangos entre los esparcidos en el suelo y los iba colocando dentro de una bolsa de supermercado; aparentaba dieciocho años, y tenía cerca de ella un coche donde dormía plácido un bebé con pocos meses de nacido. Sentada frente a mí se encontraba otra de las voluntarias: una señora morena de aspecto vigoroso quien había levantado a siete hijos, luego de separarse de su marido, por haberle dado él una paliza casi mortal a su niña de diez años. Tenía un cuaderno en sus piernas, y pegaba allí recortes de periódicos, mientras que su amiga hojeaba algunos ejemplares de la prensa; supuse que elaboraban una hemeroteca relacionada con las actividades del centro. Otra señora revisaba uno de los frondosos helechos colgados del techo, y explicaba que la planta se reproducía por «hijitos», así que no detuvo su búsqueda hasta que arrancó uno de los retoños en los laterales, ante la mirada disgustada de Conchi que se había asomado para anunciar que Ana Liz estaba por llegar; Conchi regresó al interior de la casa, y decidí seguirla para preguntarle si precisaba alguna ayuda, justificando mi rol de colaboradora, el cual quería dejar claro una vez más.

—¡Conchi! —la detuve mientras caminaba en dirección a la cocina—. ¿Puedo ayudar en algo?

Ella miró a su alrededor pensando en qué tarea asignarme.

—Sí, por favor sácale punta a los lápices, que a veces la doctora me pide papel y lápiz para los ejercicios, y casi siempre estoy a última hora partiendo las puntas con el apuro.

Me contentó que encontrara una ocupación para mí, y me dispuse a afilar los lápices que

guardaban en una caja de zapatos, mientras ella le colocaba hielo a un gran termo que contenía té.

—Creo que se me fue la mano con el azúcar —me comentó luego de probar la bebida con una cuchara sopera.

—No te preocupes, que con el hielo se diluirá un poco el dulce —respondí sin estar muy segura de mi propia teoría.

En ese momento escuché la puerta abriéndose con su inconfundible rechinar, y entró Ana Liz acompañada por la psicóloga Alicia: una dama cercana a los cincuenta años pero de vestimenta muy jovial que hacía juego con su expresión sonriente y fresca. Comentaban divertidas un reciente episodio en la calle relacionado con un perro vagabundo.

—La próxima vez tendré que traer un bistec en la cartera —mencionó la doctora entre risas, contando con la aprobación de Ana Liz.

Ambas nos saludaron y caminaron apuradas a la terraza a reunirse con el resto del grupo. Ana Liz se detuvo junto a la puerta y saludó muy animada, extendiendo además una excusa por su tardanza.

—Por favor no se molesten conmigo, pues sé que soy la primera en pedirles puntualidad, pero esta mañana mi carro se negó a prender, y estuve como media hora haciendo ajustes de mecánica femenina, y ante mi propia sorpresa: el motor respondió. Allí sí es verdad que me declaro incompetente ante los hombres.

Todas las presentes rieron con su comentario, lo que pude interpretar como una disculpa a su retraso de apenas ocho minutos. Conchi esperó detrás de ella, y cuando obtuvo su atención le entregó una hoja impresa.

—Toma Ana, llegó este correo para ti.

Ella lo tomó y se alegró cuando conoció el remitente.

—¡Mira pues quien escribe!... Por fin se reportó —comentó para sí y se sentó en una silla a leer el contenido.

Las asistentes esperaban intrigadas a que Ana Liz revelara el personaje. Ella continuó su vistazo y dobló la hoja para colocarla dentro de una carpeta que reposaba sobre sus piernas. Miró a su audiencia y comenzó a hablarle.

—Esta carta que acabo de recibir me da buen pie para iniciar nuestra sesión del día de hoy, pues me llena de gran satisfacción. Me la envió Carmen, una antigua participante de nuestro centro que llegó buscando ayuda, pues estaba pasando por una controversial situación familiar. El esposo estaba alcoholizado y había convertido su hogar en un verdadero infierno, haciendo

sufrir tanto a nuestra amiga como a sus dos hijos. Los muchachos ya presentaban problemas serios de rendimiento y comportamiento en la escuela, se mostraban rebeldes, y la relación con su padre se basaba en puro conflicto; aunque apoyaban a su madre, muchas veces la culpaban de haber sido demasiado permisiva con su esposo en el abuso de las bebidas. Carmen sabía que el reproche de sus hijos estaba bien fundado, pero igual no había encontrado la manera de convencer al marido para que enfrentara su enfermedad; la situación la había cargado de impotencia y angustia, sobre todo al ver que sus hijos se distanciaban, buscando consuelo en la calle. El hombre nunca reconoció su responsabilidad en el descalabro familiar, ni su problema de alcoholismo, así que tampoco accedió a buscar ayuda profesional; y era lamentable, pues antes de caer en el vicio, era un hombre colaborador, amoroso y respetuoso, pero el alcohol lo había vuelto irritable y agresivo incluso en los momentos de supuesta sobriedad. Carmen había acumulado demasiada frustración y rabia; en un momento de desesperación, intentó proteger a uno de sus hijos del maltrato físico, lanzándose sobre el marido para golpearlo con sus puños, pero se encontró con la fuerza desmedida del hombre iracundo, que la golpeó y pateo hasta dejarla tendida en el suelo en frente de los niños. De allí la llevaron a un centro médico donde permaneció dos semanas debido a los graves traumatismos que presentaba.

Ana Liz hizo una pausa y recorrió el rostro de cada una de las presentes. Todas permanecieron calladas, y yo me pregunté: ¿cuántas de ella se sentirían identificadas con ese relato o al menos con parte de él?

Nuestra anfitriona continuó.

—Fue en el centro médico donde la conoció Conchi, luego que una enfermera nos informara por cuenta propia sobre la situación, pues la directiva de la clínica no movió ni un dedo para brindarle asistencia social. Carmen logró recuperarse, y regresó con su esposo, quien actuaba como si nada hubiese sucedido, pero ella llevaba una inquietud, y ya había decidido aceptar nuestra ayuda. Después de varias sesiones grupales a las que asistió a escondidas, terapias con Alicia, y el apoyo de nuestras asesoras, se cubrió de valentía para hacer que el marido se fuera. No fue fácil: él recurrió a la persecución y amenazas, pero la ley se puso de parte de Carmen e impuso una medida cautelar que le impedía acercarse a ella o a sus hijos

Ana Liz respiró profundo.

—Carmen pasó por días muy... muy difíciles; asistió a nuestro centro por más de un año, y en varias oportunidades con sus hijos; tomaron conciencia de sus vidas, y decidieron reaccionar. Ella demostró un brío admirable, logró revertir el daño moral, y batalló para reforzar en sus muchachos los valores que se habían debilitado. Terminó siendo una extraordinaria

colaboradora nuestra y su testimonio fue de gran ayuda a la hora de sustituir la palabra «frustración» por «esperanza». Nosotras terminamos admirando su temple, y desde entonces la consideramos una gran triunfadora.

Una de las presentes, con lágrimas en los ojos quiso adelantar el relato.

—¿Y qué es de la vida de Carmen ahora?

Ana Liz le sonrió.

—Ya voy a llegar allá —la calmó—. Carmen es muy inteligente, y con amplia experiencia en la rama de la Ingeniería. Llegó aquí un día con una oferta de trabajo de una empresa petroquímica, ofreciéndole un cargo en el estado Zulia. Había vivido aquí toda su vida y aquí se encontraba su familia. Se le hacía duro desarraigarse de todos los años de tradición, pero le hicimos ver lo maravilloso de recomenzar en un lugar nuevo, con grandes expectativas profesionales, y sobre todo: una nueva tierra en donde sembrar ilusiones para ella y sus hijos; después de pensarlo mucho y discutirlo con ellos, decidió aceptar. Al principio le costó acostumbrarse, pero logró superar sus miedos y ansiedad. Poco a poco recuperó el amor por la vida, su auto confianza, y le devolvió a sus hijos la promesa de una vida en armonía... los tres juntos descubrieron la posibilidad de proyectar un futuro a la medida de sus sueños. De eso hace casi dos años, ¡y qué casualidad! —comentó Ana Liz en medio de su risa—, esta mañana me levanté pensando en ella... ¡lo que es el poder del pensamiento! Me cuenta que están muy felices, que su hijo mayor ya asiste a la universidad, y que a ella la están postulando para un nuevo cargo; tal vez vendrá unos días a la ciudad para un período de entrenamiento, y aprovechará para acercarse hasta aquí. Me encantaría que pudieran conocerla. Este mismo renacer puede ocurrir en cada una de ustedes. ¿No es verdad chicas?

Hubo un gran silencio, que fue roto por el solemne aplauso de las presentes, aderezado por lágrimas y comentarios. Yo misma me sentía emocionada, y me uní al homenaje que le hacían a ese valiente personaje.

Luego que Ana Liz relatara la historia de Carmen, continuó la sesión sabatina en «Cadena de Corazones», procediendo con la presentación de las participantes que asistían por primera vez. Ellas debían identificarse y explicar la razón que las había llevado hasta allí. La primera fue Mayra, una morena cercana a los cuarenta años, que desde los quince había formado pareja con un primo segundo de su misma edad. El complaciente marido de entonces, se fue transformando en un hombre negligente e impulsivo que no mostraba reparos en maltratarla, hasta que un día respondió ante un reclamo de Mayra lanzándole encima el aceite caliente de un sartén que estaba sobre el fogón, produciéndole graves quemaduras en el cuello, hombro y brazo. Hasta ese momento no me había percatado de las terribles cicatrices que este episodio le había dejado, pero cuando se apartó el cabello todas nos impresionamos; el daño era tan severo que había perdido movilidad en el cuello, y debía mantener la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Lo más asombroso es que ella continuaba viviendo con el marido, y hasta lo mantenía con el poco dinero que obtenía de su venta en un puesto ambulante de comida. La mayor parte del dinero él la destinaba a consumir alcohol, y aunque la familia pasaba por una gran necesidad, Mayra no se atrevía a negárselo.

—Es que me da miedo que se moleste otra vez y me maltrate —afirmó en tono sumiso.

Ana Liz escuchaba con naturalidad, como si estuviese acostumbrada a esa clase de declaraciones.

—¿Y qué te hizo venir aquí? —le preguntó con calma.

—Es que ya estoy cansada de soportarlo. No puedo odiarlo porque es el papá de mis hijos, pero me aterra y no quiero que les haga daño a ellos también. Ya no soporto ni que me toque, pero cuando llega borracho en la noche, tengo que dejar de lado mi sueño o a los niños aun despiertos, para tener relaciones con él, porque si me niego forma un gran escándalo y tenemos que soportar sus reacciones violentas. Mi hermana sabe de ustedes por una amiga y lleva meses pidiéndome que venga, pero yo no me había atrevido. Si él sabe que yo les ando contando esto, seguro me mata.

Alicia tomaba algunas notas mientras la escuchaba, y decidió intervenir.

—Respóndeme Mayra: ¿por qué permaneces junto a un hombre que te produjo semejante lesión, que amenaza tu vida y la de tus hijos, y que ni siquiera te da soporte económico?

Mayra bajo la mirada, y comenzó a jugar con sus dedos. Luego de un momento habló.

—Es que no sé cómo vivir sin él.

Luego de culminar el testimonio de Mayra, tomó la palabra Sandra: una sencilla señora con cincuenta y tres años de edad, nacionalidad venezolana, quien se había casado con un europeo quince años mayor que ella; iba acompañada por la mayor de sus hijas, y a pesar de sus veinte años, reflejaba la madurez de alguien mucho mayor. Desde joven Sandra había considerado como normales los celos de su esposo, y al principio de su matrimonio se refería a ellos con orgullo, pues los consideraba una prueba irrefutable de su amor; pero al poco tiempo entendió que los controles excesivos le estaban robando la libertad natural de la juventud: se convirtió en prisionera dentro de su propio hogar. Aun así sentía satisfacción en entregarse a su esposo, aunque eso significara alejarse por completo de su familia, amigos y casi del resto del mundo. La vida de Sandra se limitaba a los oficios domésticos, a su marido Samuel y a sus tres hijos. Su gran escape eran las novelas televisivas y sus tramas truculentas que le brindaban la oportunidad de soñar con el amor, ropas lindas, restaurantes finos y los ramos de flores que los galanes obsequiaban a sus queridas; creía que ésas eran sólo «cosas de novelas». Los años endurecieron más la relación, y sin darse cuenta aceptó la humillación y el maltrato físico como elementos naturales. Dos de sus hijos se convirtieron en adolescentes, y aunque consideraban la conducta de su padre como normal, pudieron notar que las familias de sus amigos tenían dinámicas distintas; había madres que salían a trabajar, padres que jugaban con sus hijos, parejas de esposos que se trataban con amor, hogares donde no era necesario gritar para resolver diferencias. Su hija le relataba lo que observaba en otros hogares, y Sandra la escuchaba como si se tratara de historias de ficción; ella soñaba con ser libre para salir a atender sus propias ocupaciones, pues sabía que eso no significaba sacrificar la atención hacia su familia ni faltarle a su marido, pero nunca se atrevió ni siquiera a mencionarlo, pues ya conocía la opinión de su esposo al respecto: «Las mujeres de bien permanecen en su hogar, y allí cuidan de su esposo y de sus hijos, las callejeras llevan consigo otras intenciones malsanas.»

El hombre padeció una grave enfermedad; durante un año Sandra se dedicó a amortiguar el dolor del agonizante, y sobrellevar su propio sufrimiento.

—Cuando murió sentí que me moría yo también —relataba con la voz cortada—. Lloré sin consuelo por semanas, y cuando consideré que lo había honrado con mi llanto, decidir lavar mi cara y dedicarme a mis hijos. Por fortuna mi situación económica era holgada, contaba con unas rentas y la pensión de mi esposo me daba tranquilidad; aun así acepté trabajar en la tienda de ropa de mi hermana para ayudarla con las ventas, sólo que le pedí un poco de tiempo para adaptarme a la idea, pues la calle me asustaba. Recuerdo que un día salí al mercado, y después

de un largo rato miré el reloj asustada... ¡se me había hecho tarde! De manera inconsciente me fui casi en carreras a mi casa, pensando nerviosa en qué justificación le daría a Samuel... había olvidado que él ya no estaba.

Sandra cerró los ojos con fuerza y me conmovió con su silencio. Tomo aire y paseo la mirada por los rostros de las presentes, anunciando sus próximas palabras.

—Había olvidado que él ya no estaba —repitió Sandra—, y cuando la realidad regresó a mí... ¡me sentí libre! Me da mucha vergüenza decirlo, pero ésa fue una sensación increíble que me dio un momento de felicidad. Desvié mi rumbo, caminé y caminé, fui a donde no necesitaba, pues siempre necesité muy poco. Recorrí aceras, me detuve en los puestos de periódicos, en una parada de autobuses a ver subir y bajar a la gente, observando con curiosidad sus apuros y las expresiones de sus caras. Era extraño, pero yo no estaba apurada. Entré a un centro comercial y me senté en un banco a seguir mirando a las personas, las ropas que usaban, y hasta critiqué a unas que lucían desarregladas, sin que me importara mi anticuada vestimenta de ama de casa. Disfruté del ambiente bonito con música de fondo; miré en las vidrieras ropa que ya nunca me pondría, pero me imaginé entrando, probándomela y saliendo con unas bolsas enormes, como en las propagandas de la tele. Me detuve frente a una agencia de viajes, y se me ocurrió una travesura: no podía creer mi atrevimiento cuando entré a preguntar cuánto me costaría un viaje a París, el gran sueño de mi vida. Salí de allí con mi presupuesto para el boleto y dos semanas con alojamiento en una habitación doble; ni siquiera miré cuánto dinero era eso, para no romper la magia ni desengañarme, pero sentí que en ese momento había dado un gran paso. Me compré una revista de modas en un kiosco, y me senté a hojearla en una cafetería mientras me tomaba un jugo; me sentía bien... importante. Cuando ya estaba satisfecha con mi aventura, decidí regresar con mis hijos; habían pasado horas, y ya casi era de noche. En el camino me preguntaba cuánto me habría perdido al permanecer encerrada en un insignificante punto de un mundo tan inmenso. Ya antes me había hecho la misma pregunta, pero esta vez era diferente: porque ahora podía recuperar algo de tiempo. Cuando abrí la puerta de mi apartamento encontré a mi hijo de diecinueve años esperándome indignado. Me interrogó y me dijo cuanto se le vino a la cabeza. Recuerdo que me llamó «viuda alegre»; no sabía lo que eso significaba, pero nada bueno sería. Gritó como un energúmeno, y cuando la niña intervino para defenderme, le dio una bofetada que la tumbó; la mandó a callar, le gritó que lo respetara y la llamó alcahueta. Todavía me parece escuchar sus palabras: «Seguro que tú también quieres andar de callejera por ahí como tu mamá». Le dijo así: «tu mamá»... de repente yo no era más su madre.

Sandra rió nerviosa. Buscó en su cartera y sacó un pañuelo con el que limpió el sudor de su rostro. Su hija le agarró el brazo en señal de apoyo, y la besó en el hombro.

—Ésa fue la interpretación que él le dio a su nuevo papel de «hombre de la casa» —concluyó—. Estaba repitiendo la conducta de su papá, pensando que eso era lo correcto. Yo no había advertido el daño que Samuel había causado a mis hijos hasta ese momento.

Ana Liz hizo una acotación para apoyar su silencio.

—Y ahora le temes a tu hijo.

—¡No! —respondió en seco—. Cuando le pegó a mi pobre muchacha, la levanté del piso, busqué una correa y le di una paliza al muchacho. ¿Cómo iba a venir ahora a controlarme y a maltratar a su hermana? Le dije que allí se hacía lo que yo decía, y que si no le gustaba, agarrara sus cosas y se fuera, porque ya estaba bien de humillación y malos tratos. Yo quise mucho a Samuel y le entregué mi vida, pero si Dios había decidido llevárselo, yo mantendría de él los buenos recuerdos, pero sus abusos de autoridad se quedarían con él en el cementerio. Escogí la libertad, y no iba a aguantar el yugo de un pichón con aires de machote.

Las presentes rieron triunfantes ante el desenlace inesperado de la historia, pero luego nos abordó a todas la misma duda, y fue Alicia quién tomó la iniciativa de plantearla. Con la sonrisa de satisfacción aún en sus labios, se dirigió a Sandra.

—Debo confesar que me sorprendió el rumbo que tomó tu relato, y me complace mucho que al final hayas logrado imponer tu valor. Pero me parece que ya recorriste gran parte del camino por ti misma. ¿Qué te trae entonces a nosotras?

Cuando hizo la pregunta, me pareció que Alicia ya conocía la respuesta y que sólo esperaba corroborar su hipótesis.

Sandra asintió con la cabeza señalando que comprendía su duda.

—Mi gran inquietud es ésta: si mi hijo aprendió en todos estos años que lo normal como hombre era agredir, humillar y maltratar, entonces puedo suponer también que mis hijas aprendieron lo opuesto: para ellas se hizo natural la humillación, la agresión y el maltrato. Quiero que ellas aprendan a mantener su dignidad por encima de todo, que defiendan el derecho de decidir el rumbo de sus vidas; que no permitan a nadie ponerles un dedo encima sin su consentimiento; me preocupa que se dejen arrancar la felicidad como yo lo hice... ¿Pero cómo hago para enseñarles eso, si delante de sus propios ojos aguanté tanto durante años? Es por eso que necesito su ayuda: necesito hacerles ver a mis niñas que existen mejores maneras de vivir.

Alicia escuchaba, y asentía en voz baja, aceptando el sencillo pero lógico planteamiento de su

paciente.

—Abordaste un aspecto muy importante, pues es cierto que los hijos terminan aceptando ciertas situaciones como normales, aunque éstas no los hagan felices. Claro que las ayudaremos Sandra, pues debemos abrir a tus hijas las ventanas que les muestren otros panoramas.

Ana Liz le habló entonces a todo el grupo.

—Cada persona nace en un hogar con características particulares. No podemos escoger nuestra vivienda, nuestra familia, nuestra religión ni clase social... ni siquiera nuestro nombre; sólo llegamos, y nos acostumbramos a todas esas condiciones. Algunos afortunados nacen en hogares donde los padres están conscientes de su responsabilidad, y asumen su papel de guías y protectores. Eso crea una buena base para que en el futuro la persona tenga una elevada autoestima, sea emocionalmente estable, y cuente con más herramientas para hallar lo que desee de la vida. Pero cuando un niño nace en un hogar donde es víctima y testigo del maltrato, de la desidia, y de otros elementos que degradan la calidad de su vida, concluye que así funciona el resto del mundo; él no cuenta con la capacidad para seleccionar la información que programará su futuro, y cuando más tarde se hace independiente... ¿cómo borrar de pronto todo aquello que ha almacenado? De manera inconsciente continúa su vida en función de lo que ha aprendido. He tratado a niños golpeados por sus padres, niñas abusadas por amantes pasajeros de sus madres aun con el consentimiento de ellas, por temor a ser abandonadas, u otros que crecieron junto a padres alcohólicos y drogadictos que se olvidaron de su responsabilidad para entregarse a su vicio a costa de lo que fuera; en ellos encontré sentimientos de rabia, miedo, e inclusive venganza por la traición de quienes debieron cuidarlos. ¿Cómo enseñarle a una niña, o a una mujer, que la vida ofrece opciones radicalmente opuestas a las que conocieron? ¿Cómo lograr desmembrar en algunas horas la estructura emocional que se ha formado durante años? Suena difícil. ¿Cierto? Pero allí es donde hemos enfocado nuestra misión, trabajamos para que cada una de ustedes conozca las enormes posibilidades que les guarda el mundo. Si por un lado la vida les dio una condición desventajosa, un Dios las dotó de fuerza y voluntad para superarlo, colocó dentro de ustedes el coraje que se necesita para cambiar la perspectiva de sus vidas, y lograr una existencia digna y feliz. Piensen: se encuentran en un momento maravilloso, porque el simple hecho de haber venido hasta aquí significa aceptar cambios. Deben repetirse hasta el cansancio: «tengo el poder y la voluntad de cambiar lo que no me agrada de mi vida, y buscaré la manera de hacerlo».

Ana Liz hablaba de pie girando su cuerpo para mantener el contacto visual; los gestos de su cara y manos, las modulaciones en la voz y las posturas que adoptaba daban vigor a su mensaje.

Estábamos impactadas por la ráfaga de fortaleza que nos enviaba en cada frase.

—Mis queridas chicas, a pesar de sus dolorosas vivencias, y de la poca fe que ahora puedan tener en los sentimientos humanos, queremos que ustedes sean capaces de sentir el amor, y disfrutar con plenitud de él; y no hablo sólo del amor incondicional que sienten ustedes por sus hijos o por sus familiares, les estoy hablando del sentimiento maravilloso entre una pareja; ustedes están en el derecho de descubrir que el amor puede estar al alcance de ustedes si lo buscan en el lugar adecuado. Inclusive, el acercamiento sexual entre ustedes y su pareja, no tiene por qué representar una obligación, o un episodio de complacencia donde el único que tiene derecho a satisfacerse es su compañero. Por favor, suelten en este momento lo que tengan en sus manos y pónganse de pie.

Las participantes siguieron la orden de Ana Liz y se levantaron para esperar su próxima instrucción. Yo me mantuve sentada, y Ana Liz me pidió que me uniera a la dinámica.

—Toquen sus brazos, acaricien su piel, su cara, sientan la suavidad con que sus manos son capaces de estimular las terminaciones nerviosas de su cuerpo... activar el maravilloso sentido del tacto. ¿Qué sienten? ¿Dolor?

—¡No! —contestamos todas al unísono.

—Claro que no, porque el cuerpo no está concebido para sufrir, sino para vivir en paz y armonía; es un instrumento para la búsqueda de nuestra felicidad. Si nos golpeamos nos duele, si nos enfermamos sentimos una molestia, porque ésa es la manera en que el cuerpo nos informa que existe un problema interno, y con esa señal, buscamos los mecanismos para sobreponernos. En cambio, las caricias producen una deliciosa sensación que enseguida asociamos con alegría y no con sufrimiento; y como regalo adicional, contamos con la posibilidad del placer sexual para disfrutar más nuestras relaciones de pareja, no es sólo para concebir a nuestros hijos, pues sino simplemente nos aparearíamos como los animales. El encuentro íntimo debe representar entrega mutua, un momento en el que ambos dan y reciben, buscando la satisfacción propia y la del otro... es el goce de amar. Sin embargo, si una relación ya está contaminada, si se ha perdido el respeto y la consideración, desaparecen entonces los apoyos de una convivencia saludable, y es poco probable que se pueda mantener un lazo verdadero.

Hubo unos segundos de silencio, y luego dio una sonora palmada que nos colocó en alerta.

—Ahora chicas, vamos a continuar con la segunda parte, y para eso vamos a necesitar lápiz y papel.

Mientras las participantes escuchaban las nuevas instrucciones de Alicia, continué descifrando

el mensaje que acababa de recibir; analizando las diversas formas en que se podían haber vulnerados los derechos de cada una de nosotras. Recordé que me encontraba allí como colaboradora, no asistí para participar en esa terapia, pues consideraba que ya había logrado superar en buena forma el daño que Pablo me había causado; pero al escuchar el testimonio ajeno, identifiqué de nuevo el dolor en mí y la furia envolviéndome; mi corazón comenzó a llorar; tuve el impulso de gritar para contrarrestar la sensación de impotencia que me asaltaba, y recordé las palabras de Jimena resonando en mi memoria: «busca ayuda...busca ayuda...» Esa sesión reveladora que me presentó valientes testimonios, me hizo entender que yo no estaba allí sólo para ayudar, no podía hacerlo si no había sido capaz de curar mi gran herida; tenía que admitirlo: todavía sentía que la maldad de Pablo me impedía continuar. Miré como todas comenzaban a escribir, o miraban su hoja de papel pensando en qué palabras colocar allí, y admiré a esas damas que en algún momento se habían parado frente a desconocidas como yo, para compartir sus vivencias; supe que estaba sedienta de ayuda, tomé aire y me levanté.

—Disculpen que las interrumpa, pero necesito hablar también.

Todos los ojos se posaron en mí.

—Yo vine aquí hace unos días pues sabía del gran trabajo que han hecho las líderes y colaboradoras de este centro, en especial Ana Liz. En un principio manifesté mi deseo de alentar a quienes como yo, habían sido víctimas del abuso; estaba convencida de haber logrado superar ese episodio, pero luego de escucharlas a ustedes, sentí que en mí se repetían sentimientos perturbadores; debo admitir ante ustedes que sigo lesionada, y en estas condiciones no puedo auxiliar a otros. Estoy aquí porque mi propio esposo, al hombre a quien amé desde joven y el único amor de mi vida... me violó de manera brutal. Me tomó a la fuerza, como lo haría un delincuente... sin pensar en todo lo que habíamos creado juntos, ni en nuestros hijos, ni en el gran amor que una vez nos unió. Ya varias veces me había entregado a él sin desearlo, porque pensé que mi condición de esposa me exigía hacerlo, y no me daba cuenta que por cada uno de esos encuentros, el amor que me quedaba se iba erosionando, hasta convertirse en un simple recuerdo; el rechazo que experimentaba hacia él me demostraba que ya carecía de sentido continuar juntos y así se lo hice saber, pero él no fue capaz de aceptarlo. Llegó un punto culminante en el que quiso imponerse sobre mis sentimientos y sobre mi decisión de separarme; me hizo víctima de su maldad... de sus deseos primitivos; me tomó sin importarle que no tenía permiso para hacerlo... se convirtió en un extraño, esclavo del sexo, y descargó en mí sus infames sentimientos.

Ordené mis siguientes ideas durante una breve pausa.

—Desde entonces mi vida cambió. Había sensaciones que me robaban la tranquilidad; tenía un insoportable dolor en mi corazón, la amargura de la traición me nublaban. Vinieron días terribles, pues guardé sólo para mí el acto que él había cometido, pensaba que así protegía a mis hijos, y además temía ser juzgada por mi madre, quien seguro pensaría que no existe la violación si el acto proviene del propio marido. En ciertos momentos me sentía responsable de lo sucedido, y hasta llegué a justificar a Pablo, diciéndome que no había sido la esposa que él necesitaba... pretendía dejar de lado mis sentimientos, pero el odio volvía... me endurecía... y mis pobres niños en medio de esa tormenta, sin comprender mi cambios de ánimo ni mis lágrimas. Pero dicen que el tiempo cura todo, y creí que el paso de los días había borrado mi dolor, pero hoy me doy cuenta de que sólo me acostumbré a él.

Hice una pausa para calmar el temblor de mi voz y recibí la mirada solidaria de mis compañeras. Busqué a Ana Liz, y la hallé en el fondo del salón.

—Y ahora te hablo a ti, Ana Liz: ahora sé que cuando te dije que quería ayudarte, me aceptaste porque sabías que era yo quien necesitaba una mano. Ahora agradezco el haberme abierto los brazos y mostrarme este grupo maravilloso. Quiero seguir adelante, recuperar el brillo de mi vida, la confianza en mí; lo merezco y lo merecen mis hijos. Como lo dijo Alicia: es un derecho irrenunciable que debo defender.

Gaetano había tenido la necesidad de llevar al papel los tristes pensamientos de amor que lo estaban invadiendo, así que decidió reiniciar su escritura con poemas, como lo hizo con Ana Liz desde su noviazgo. Al principio los temas abordaban el despecho, su amor no correspondido, debilidades del corazón, la injustificada existencia en medio de la soledad; durante escasos minutos se asomaba por la puerta de su cuarto, tratando de encontrar en la casa algún resto del aroma de Ana Liz, un celaje de su imagen, o cualquier vestigio que sirviera de inspiración para sus epítetos y rebuscadas metáforas; en ellos recreaba el delicioso cuerpo de su amada, describía las inflexiones de su voz que la hacían dulce y a la vez enérgica. En los versos encontraba maneras distintas de evocar su sonrisa o de elogiar el valioso instrumento de persuasión que representaban sus palabras. Las numerosas virtudes de Ana Liz se enlazaban y lo rodeaban, asfixiándolo en la soledad.

Poco a poco, Gaetano comenzó a despersonalizar a su protagonista, y creó nuevos personajes, hasta llegar a otras mujeres fabulosas que bien podían ser altas, bajas, morenas, rubias, hermosas, o de belleza más subjetiva. Sin darse cuenta, la tendencia de sus palabras continuaba cambiando de tónica, y comenzó a desarrollar poemas en los que las divas eran muy rollizas, pasadas de peso, pero que se destacaban por su coquetería y virtuosismo en temas de amor y pasión. Se obsesionó por su trabajo, y tras numerosas piezas poéticas sintió que sus maravillosos personajes tenían mucho más que ofrecer. Consideró que exaltar las redondeces no era suficiente, debía ser más audaz con las imágenes que describía en sus líneas; ahora las abundantes carnes mostraban la celulitis como un atributo afrodisíaco, los pliegues de la piel escondían cápsulas de placer, la actitud romántica se aliñaba con atrevimiento, y la candidez era sólo una careta del ardiente arrojito; de esta manera las poesías se convirtieron en nutridas historias de erotismo, expresiones deliciosas de sensualidad, invitaciones inusuales para explorar el cuerpo femenino: «Cada pequeño espacio de piel va sumando una eternidad de placer esperando explotar en ti»... «Te ofrezco mi abundante regazo para que descargues allí todo tu amor errante»... «Quiero que irrumpas mi deseo con una tormenta de besos y arranques de mí todo el éxtasis»... «Necesito que acumules en tus traviesas manos todas las caricias del mundo, capaces de corromper mi amplio y desesperado cuerpo»... «Ven a degustar los sabores de mi indecencia esparcidos en el extenso mapa de mi cuerpo».

Gaetano disponía de un amplio repertorio de «gorditas osadas», como él mismo las llamó, cuyo volumen, lejos de ser un impedimento para las atrevidas acrobacias amorosas, representaba el ingrediente indispensable; al inicio se colocaba él mismo en cada escena, pero se aburrió de su propia participación y creó galanes inverosímiles que enriquecían la trama. Se podía encontrar un cazador proveniente de la selva amazónica, con boas amaestradas que se deslizaban por las suaves cumbres de la maja mientras erizaban todo su cuerpo; bailarines desnudistas que en medio de extrañas danzas hacían malabares con afilados cuchillos en el aire, como parte de un exótico ritual en el que desnudaba a su compañera, y hasta un profesor tartamudo que empleaba el sexo como terapia para destrabar su habla, accediendo a excitantes frases que enloquecían a su amante.

Gaetano acompañaba sus sesiones de escritura con exageradas porciones de comida, que en medio de su concentración devoraba sin reparos. Pudo percibir que su cuerpo respondía con más kilogramos a sus constantes «atracones», pero cuando intentaba frenar su incontrolable deseo de comer, sólo lograba llenarse de ansiedad con efecto multiplicador en sus impulsos por devorar alimentos. Sus días se consumían entre la escritura, la comida y las conversaciones telefónicas con sus apoderados y empleados. Mientras su imaginación se hacía más pródiga, su cuerpo aumentaba los signos de la enfermedad. Amelia intentaba aconsejarlo, poner un freno a su desorden alimenticio, pero era poco lo que Gaetano la escuchaba, y la complaciente madre no vio más alternativa que facilitarle todo cuanto él le solicitara.

Gaetano llevaba ya más de tres años de haberse separado de Ana Liz. Su calidad de vida había sufrido una notable degradación. El médico de cabecera le hablaba de los numerosos riesgos de su «obesidad mórbida», y tal como lo hizo el amigo de su esposa antes de la separación, lo instaba a tratarse de forma radical con alguna intervención quirúrgica, pero él persistía en su renuencia; lejos de reaccionar, parecía sumergirse en un estado de letargo que lo inmovilizaba física y mentalmente; las afecciones respiratorias interrumpían el sueño nocturno, el estado de somnolencia era casi permanente, y ya mezclaba el día con la noche.

En un intento de Amelia por crear para él alguna ilusión de vida, convenció a Gaetano de que compartiera con otros sus historias, que ya sumaban veintiocho; así ambos comenzaron a contactar empresas editoras para que le publicaran los escritos. Mientras él se encargó de la impresión de los ejemplares, su madre asumió con entusiasmo la tarea de prepararlos, entregarlos por servicio de encomienda y hacerles seguimiento por teléfono. Recibió muchas negativas, y casi todas expresaban que el público objetivo era muy estrecho, por lo que el material no tenía atractivo comercial. Sin embargo no se dieron por vencidos y mantuvieron su

esmero por encontrar a alguien que se interesara en el particular arte. Cuando se trataba de editoras cercanas, Amelia iba en persona a entregar los manuscritos, buscando convencer a quien fuese necesario sobre un público cautivo que anhelaba un material similar. En uno de sus intentos, llegó hasta la directora de una importante empresa, responsable de publicar a varios autores venezolanos. Amelia, quien bien podía representar a alguna de las protagonistas del libro, estaba frente a una bellísima dama de casi un metro setenta de estatura, hermoso cuerpo y cabello perfecto. Su nombre era Diana Lieto y no parecía ser el estilo de mujer quien diera una oportunidad a las historias de su hijo, pero después de haber solicitado la cita con tanta insistencia, no le parecía elegante arrepentirse; así que procedió a ofrecer una descripción de los escritos, intercalando además agradables rasgos de la personalidad del escritor, que permitían construir una interesante fórmula autor-obra.

—El amor ha sido dedicado casi de forma exclusiva al cuerpo perfecto, a las mujeres delgadas y hermosas, olvidando... y muchas veces hasta irrespetando, a las damas que carecen de esas cualidades. Se ha sobrevaluado el físico, y se han descartado los sentimientos. La población femenina es muy variada, y las rellenitas hemos sido dejadas de lado en muchos aspectos. El escritor: una persona de gran sensibilidad y calidez humana, se ha encargado de realzar los atributos que para otros autores resultan invisibles.

Amelia notó que Diana se interesaba en sus palabras: sostenía la mirada y asentía con la cabeza; su interés lucía auténtico, y no parecía sentirse aludida con el mensaje, pero aun así, Amelia decidió hablarle con más tacto.

—Por favor, no sienta que mis palabras van en contra suya, al contrario, cualquier persona con buena vista admiraría su belleza—aclaró con nerviosismo—; pero considero que el mundo guarda las mejores oportunidades para personas delgadas como usted; las que tienen kilitos de más o las menos agraciadas, necesitan también sentirse identificadas con autores que las traten de manera especial.

Amelia concluyó y esperó que Diana dijera las ya conocidas palabras: «La llamaremos si decidimos algo». Arrimó su asiento unos centímetros hacia atrás preparándose para su retiro, y cuando la escuchó, quedó inmovilizada.

—Tiene usted razón, querida amiga. Creo que debemos darle una oportunidad a su representado, y otra a ese mercado que, como usted menciona, ha sido relegado. Por favor déjeme el ejemplar, y yo misma me encargaré de leerlo. En lo que tenga una respuesta definitiva me pondré en contacto con ustedes.

Amelia salió de la entrevista dudando del interés real de la dama por la obra, pero al menos

llevaba una luz de esperanza; de momento ocultaría a Gaetano los detalles sobre la misma, para evitar entusiasmarlo en vano.

Siete semanas posteriores a la entrevista con Diana, Gaetano recibió una llamada telefónica para informarle que sus historias habían sido aceptadas, y que serían publicadas en un mismo ejemplar, a manera de recopilación. Necesitaban discutir los términos de su publicación, para lo cual fijaron una cita. Amelia asumió de inmediato la figura de agente, y se vistió con una de sus mejores ropas para acudir al encuentro; presentó una autorización firmada de su hijo que la acreditaba para discutir las cláusulas del contrato. Los meses siguientes transcurrieron en ediciones, arreglos legales, discusión del porcentaje de utilidad, diseño de portadas y otras tareas, para tener al fin en manos el primer ejemplar de «Ligeras Pasiones», el cual mostraba en su portada a una voluptuosa joven desnuda, ocultando con timidez las zonas más delicadas de su cuerpo con unas hojas de palma, mientras en una mano sostenía un cuchillo de cazador tallado en madera. La contraportada tenía una reseña del autor, junto a una fotografía de cuando su gordura todavía no había pasado a la categoría de extrema.

Nadie nunca habría imaginado la aceptación y éxito del libro; el mismo contó con muy buen apoyo publicitario por parte de la editora, y éste se extendió a los puntos de ventas. Diana Lieto tomó el caso de manera muy personal, y desde el principio hizo enormes esfuerzos por lanzar la obra al mercado, debiendo afrontar una gran responsabilidad ante los accionistas de la empresa, quienes no compartían su buen augurio; pero ella sentía que ésa era una manera de solidarizarse con el género femenino; además, consideraba que las páginas del libro ofrecían un tributo a sus lectoras, pues a pesar de los relatos audaces, los personajes no eran objetos del sexo, sino que formaban parte de deliciosas experiencias que les permitían expresar sin inhibiciones amor y deseo, sin dejar de lado su delicada esencia.

Cuando Ana Liz leyó el libro, llamó a su ex esposo para felicitarlo

—Tu libro es maravilloso. Me has sorprendido —le expresó con entusiasmo.

—Caramba Ana, estás burlándote de mí —respondió él con genuina modestia.

—¡Por supuesto que no! Estoy siendo sincera contigo. He escuchado comentarios de varias fans cercanas a mí. Ya inclusive están esperando ansiosas tu segunda publicación.

Gaetano se sintió entusiasmado por el elogio.

—¿Entonces lo apruebas? Pensé que te sentirías horrorizada.

—¿Cómo crees? Tu obra es única. Soy una de tus admiradoras, pues tus historias tienen gran

significación. En esta sociedad el sexo femenino ha sido muy maltratado. Se les ha exigido a las mujeres que sean bellas, y en tus libros ésta no es una condición indispensable para encontrar el amor ni disfrutar en pareja; ellas toman iniciativas, son seguras de sí mismas y muestran su cuerpo con orgullo. Puedo inclusive decirte que en «Cadena de Corazones» ya varias de las chicas lo han leído, y hasta se han sentido identificadas; en las páginas de tus historias se han encontrado con mujeres que deciden aceptarse a sí mismas, sin esperar a que otros les den su justo valor; me has ayudado a hacerles entender que siempre pueden sentirse hermosas.

—Caramba, ésa sí que es una interpretación a la que no habría llegado sin ti. Mi niña, gracias por tus palabras, esa opinión es la más importante de todas.

Gaetano alojaba en su pecho la satisfacción de haber podido agrandar a su gran amor, pero cayó en la absurda tentación de hacerle un reproche.

—Sin embargo, fuiste tú quien no aceptó mi gordura.

Ana Liz hizo una pausa al otro lado del teléfono; se escuchó cuando respiró profundo y le respondió.

—Ése es otro asunto, Tano. Yo te amé, el problema surgió cuando tú mismo dejaste de hacerlo, y si no existe el amor propio, poco es lo que otros pueden hacer por ti.

Meses más tarde a la publicación de «Ligeras Pasiones», las tiendas pedían a la editora numerosos ejemplares, para satisfacer las peticiones de sus clientes; Gaetano rechazó varias invitaciones para presentarse ante su público a firmar libros, y sólo accedió a ofrecer algunas entrevistas por teléfono, respondiendo con mucho aplomo a las sagaces preguntas de sus interlocutores.

Un periodista cuestionó:

—¿Por qué en sus libros sólo las mujeres presentan sobrepeso, y en cambio los hombres son siempre delgados y atléticos? ¿No piensa usted que está dejando insatisfecho a los lectores masculinos que no pueden ofrecer cuerpos esbeltos?

Con la pregunta comprendió que en sus cuentos estaba salvando a sus divas de padecer los mismos inconvenientes de su amada Ana Liz, pero admitió que estaba relegando a los lectores masculinos.

—Tiene usted razón, amigo. Tomaré muy en cuenta su comentario.

Mientras tanto, nuevos lectores se sumaban a la lista de admiradores de Gaetano, al tiempo que surgieron algunas críticas que lo desfavorecían, como la de un periodista que tildó su obra como «Pornografía obesa», a través de un artículo publicado en una revista local. Parte de su

reportaje exponía: «Gaetano Di Lucca ha engañado a un gran grupo de lectores presentándoles relatos sexuales maquillados, pero que no dejan de ser candidatos para el vil mercado pornográfico...» Los editores del diario recibieron decenas de cartas provenientes de lectores y críticos quienes reclamaban por la inadecuada clasificación; pero su mayor sorpresa fue encontrar en la puerta de la sede a un importante grupo, formado en su mayoría por mujeres, con carteles que decían: «Exigimos respeto», «El sexo entre obesos también expresa amor», «No es pornografía, es literatura». El periodista fue obligado por sus directores a retractarse, y antes de cometer otro error, decidió leer la obra en su totalidad y en un tiempo record. Dos días más tarde, publicó su nuevo reportaje en la edición dominical del periódico.

...»Declaro que cometí un gravísimo error al catalogar a Gaetano Di Lucca como escritor de Pornografía Obesa. Admito que al momento de escribir el artículo, sólo me había paseado de manera superficial por algunos párrafos de su obra, pero ahora que conozco la totalidad de su contenido, admito que mis palabras no se adecuaron a su género literario. Con gran humildad solicito disculpas a todos sus distinguidos lectores, y en especial al escritor, quien merece mi respeto por su pluma impecable...»

La publicación calmó a las ofendidas lectoras, fortaleció al escritor, y por supuesto le dio una gran publicidad al libro, el cual continuó vendiéndose con muy buen ritmo. La casa editora debió responder con inusual rapidez a la gran demanda, mientras comentaban en sus reuniones internas el gran fenómeno que había representado el lanzamiento. Fue entonces cuando Diana Lieto se empeñó en conocer personalmente a Gaetano y lo llamó a su casa, para pedirle de manera insistente que aceptara su visita. Gaetano y su madre comprendieron que no era prudente seguir alargando el encuentro, y le informaron a Diana que la recibirían.

Amelia ordenó su hogar con especial cuidado, colocó flores frescas en los jarrones, y encargó al restaurante algunos postres especiales para ofrecer a su visitante; también ayudó a Gaetano en la complicada tarea de asearse, afeitarse y colocarse ropa nueva. Veinte minutos antes de la hora pautada, el hombre inició su lento recorrido hacia la sala, y se mantuvo allí en silencio.

Eran las cuatro con treinta y cinco minutos de la tarde cuando sonó el timbre. Gaetano se enderezó como pudo para mostrar la mejor postura, y estirar las arrugas de su amplia camisa. Amelia salió de la cocina emocionada, pues hacía mucho tiempo que no recibía a alguien que no fuese algún re-presentante legal o empleado de Gaetano. Llevaba un vestido de rayón blanco y puntos azules, que delataba los pliegues de su piel y su enorme busto; había hecho arreglar su cabello en la peluquería, y pintó sus labios con un tenue color vino. Al abrir la puerta se

encontró con la hermosa editora, que en ese caso usaba ropa informal: una falda de corte recto que no exaltaba demasiado su figura, pero que la hacía lucir muy elegante; una blusa color rosa y un collar de perlas. El cabello lo llevaba recogido con una larga trenza que reposaba en su espalda, mezclando diversas tonalidades de color miel; su tez muy blanca mostraba diminutas pecas que cubrían sus mejillas. Al ver a Amelia le sonrió con amabilidad y le entregó un pequeño arreglo en el que una exótica orquídea mostraba pétalos amarillos chispeados de morado. La anfitriona le agradeció alegre el delicado detalle y la invitó a entrar. Diana caminó de manera discreta y vio a Gaetano sentado en una enorme poltrona. Al verlo, hizo un enorme esfuerzo por no lucir sorprendida ante su apariencia, y lo saludó con cordialidad.

—Gaetano, por fin puedo conocerlo; es un enorme placer para mí estar aquí con usted.

El hombre se sintió abrumado, tanto por su amabilidad como por su hermosura; esto aumentó la incomodidad de su propio cuerpo.

—Para mí también es un gran placer conocerla, señorita Lieto.

—Por favor, vamos a dejar las formalidades. Ya somos aliados comerciales, y hemos hablado muchísimas veces por teléfono, así que no tiene sentido que nos tratemos como desconocidos. Para ti soy sólo Diana.

Amelia intervino de inmediato y la invitó a sentarse.

—Gaetano, mi visita no obedece a algún acontecimiento especial, pues gracias a tu eficiente agente, todos los procedimientos se han cumplido de forma adecuada —y miró a Amelia quien apretaba su boca para disimular la satisfacción por el halago recibido—. Es que después del éxito de tu libro, y con las propuestas que vienen en camino, no es posible que te mantengas en el anonimato.

Gaetano sonrió avergonzado.

—Pues ya ves por qué me he mantenido alejado. No es fácil para mí trasladarme; inclusive llegar aquí a la sala para recibirte, requirió de un esfuerzo importante.

—Pero yo pude haber venido mucho antes, todas las veces que hubiese sido necesario. No es posible que tu obra recorra el país, y tú permanezcas aquí escondido. Debes disfrutar tu logro; son pocos los escritores que logran tal impacto con su primera obra, y te estás perdiendo de todos los fuegos artificiales.

Gaetano sonrió por la metáfora, imaginándose en medio de un bellissimo espectáculo de luces.

—La verdad es que a la gente le resulta desagradable mirarme, y prefiero que me conozcan a través de mis líneas, pues allí conocerán mi habilidad, en cambio, al tenerme cerca sólo podrán percibir mi descontrolada gordura. Eso podría decepcionarlos un poco.

—No lo creo así. Sería beneficioso para tu obra y para ti si asistieras a eventos especiales que promocionen tu libro. Nuestra editora te proporcionaría todas las facilidades para el traslado, no tendrías que preocuparte por ello?le proponía Diana tratando de contagiarle su entusiasmo??¡Está dicho, yo me encargo de todo!

Gaetano reaccionó con rapidez, empleando su gruesa voz.

—No Diana. De verdad agradezco tu amabilidad y tu ayuda, pero te ruego que no insistas. Yo me manejaré desde mi casa, y te facilitaré todo lo que sea necesario.

Diana se sintió avergonzada por su insistencia.

—Por favor, discúlpenme, no es mi intención causar molestias. Soy yo quien se coloca a disposición para lo que necesiten.

Tras un rato más de conversación, y luego de haber degustado los deliciosos dulces provenientes de «En Nápoles con Piero», Diana se retiró.

Gaetano se encontraba en un extraordinario momento de su vida profesional. Sus negocios ofrecían jugosas ganancias, gracias a su eficiente personal de confianza y a la efectiva dirección que realizaba de manera remota; por otro lado, su libro ocupaba una posición privilegiada en el mercado. Estaba satisfecho y orgulloso de sus logros, pero no era feliz.

Se sumergía en el trabajo para mitigar su tristeza, y a veces la concentración lo hacía indiferente a la variación de la luz del sol. No importaban los horarios e inclusive podía amanecer sin percibir que había enlazado un día con el otro. Era su madre quien marcaba el avance de cada hora, llevándole bandejas con comida y refrigerios que poco lograban mitigar sus deseos de comer.

Durante uno de sus descansos, dormitaba un poco y el toque de la puerta lo despertó; haló la cuerda en la cabecera de su cama para liberar el pestillo, imaginándose a su madre con una bandeja en manos. La puerta se abrió con lentitud, y se mantuvo expectante hasta visualizar a Ana Liz; quedó casi petrificado.

—Ana... ¡no puedo creer que estés aquí! —le expresó con real asombro y alegría.

—Perdona que no te haya avisado que venía, y de paso Amelia me dijo que entrara sin que ella me anunciara.

—Mamá es muy sabia, pues debió suponer que de haberte anunciado no te habría recibido.

La respuesta la incomodó.

—En ese caso, creo que es mejor que me vaya, no quiero que te sientas obligado a hacerlo —y comenzó a retroceder abochornada.

Él se apresuró en aclarar.

—No, por favor, no te vayas. Me expresé muy mal. No es que no quiera recibirte, eso no podría hacerme más feliz; es sólo que me apena muchísimo presentarme ante ti en estas condiciones.

—Tano, lo último que quiero que sientas conmigo es vergüenza. A final de cuentas compartimos una buena parte de nuestras vidas.

—Pero imagino que mirarme te hace sentir aliviada por haberme dejado a tiempo.

Ana Liz no respondió, pero su incomodidad se hizo evidente, y él cambió el tema.

—Cuéntame: ¿cómo van las cosas en «Cadena de Corazones»?

Ella sintió con alivio que se encontraba en territorio permitido.

—Todo muy bien, aunque ya no podemos recibir a más mujeres por falta de espacio, pero tenemos buenos proyectos. Aprovecho para agradecerte tus aportes especiales, han sido de gran ayuda. Siempre has sido tan consecuente, que me siento muy mal por no haber venido a agradecerte.

—No consideres mi ayuda un chantaje sentimental. Nada tienes que agradecerme. Sé de sobra que mi aporte no es para ti, y considero que mucho más valioso es lo que tú haces. A final de cuentas, tengo tan poco para ofrecer, que sólo puedo dar dinero.

—Dinero necesario Tano, muy necesario.

Gaetano quiso abandonar entonces el tema del apoyo económico.

—¿Y qué cosa especial te trae por aquí?

Ella se mantuvo unos segundos en silencio.

—No me trae... ¡nos trae!

—¿Y cómo es eso?

—Es que he venido con dos amigas, pues queremos conversar contigo. Pero si no quieres que entren, yo te comprenderé, y te aseguro que ellas también lo harán.

Gaetano quedó pensativo, imaginando a sus compañeras que esperaban en la sala. Justo en aquel momento notó que su madre hablaba con alguien más. Miró hacia la puerta, y luego a su ex esposa.

—Hazlas pasar rápido entonces, pues me muero de curiosidad por saber a qué han venido.

—Claro. Pero primero le diré a Amelia que pase para ver si necesitas alguna ayuda.

Ana Liz salió extrañada de la buena disposición de Gaetano para recibir a sus amigas. Su madre entró enseguida y le ayudó a cambiarse la camisa, peinarse y colocarse un poco de colonia, además de rociar ambientador con aroma de pinos.

Minutos más tarde Eliana y Brenda entraron también a la habitación. La primera iba invitada por Ana Liz para presentar una propuesta a Gaetano, pero Brenda se auto invitó cuando su amiga le comentó que conocería a Gaetano Di Lucca, pues se había hecho su admiradora, y casi fanática luego de leer «Ligeras Pasiones». Eliana permitió entonces que se les uniera, con la condición de permanecer callada durante toda la visita; Brenda aceptó de inmediato, sin estar segura de poder cumplir, y fue justo ella la primera en acercarse a Gaetano.

—Gaetano, ¡qué placer tan inmenso para mí conocerlo!

Él recibió el saludo un poco sorprendido, pues no estaba acostumbrado a la efusividad de los desconocidos. Extendió su mano para estrecharla, pero Brenda consideró insuficiente un saludo tan formal, así que se acercó para abrazarlo.

—Mucho gusto señor —manifestó después Eliana—. Tengo de usted doble referencia: la de Brenda, quien está encantada con su libro, y la de Ana Liz, que siempre se refiere a usted como una persona extraordinaria.

Tras agradecer el comentario, Gaetano les dio unas palabras de bienvenida y las invitó a tomar asiento. Ana Liz asumió su rol de visitante y se sentó en una silla cerca de la puerta, ganándose un filoso comentario de Amelia.

—Pero mujer, de dónde sacaste esa formalidad, si hasta vivías aquí. ¿Qué no te verían haciendo estas paredes para que ahora vengas a portarte como una mojigata?

Estas palabras crearon un súbito congelamiento, pero Brenda salió al rescate.

—Una cosa es lo que ven las paredes, otra las que ve el corazón, y éste es el que da las órdenes finales.

—Lo importante es que estamos aquí —añadió Ana Liz.

—Bueno —cerró Gaetano—. Terminen de contarme qué es lo que las trae, porque ya estoy ansioso.

Ana Liz tomó la palabra.

—Vinimos porque necesitamos que nos ayudes con algo que estamos preparando en el centro de ayuda. Y no se trata de dinero —aclaró—, pues ya es mucho lo que haces por nosotras. Lo que queremos es organizar un evento especial con la intención de recabar fondos, pues necesitamos hacer unos trabajos de ampliación. La sala de reuniones se inunda cada vez que llueve, los baños están muy deteriorados y la cocina ya está pidiendo a gritos una restauración.

Gaetano las observaba atento.

—Y cuál sería con exactitud mi participación en esa actividad.

—Tú serías el autor de «algo» —le informó riéndose de su propia indefinición—. Lo que pasa es que no sabemos si será una obra, un monólogo o un recital. Lo que sí hemos decidido es que la mitad de todas las ganancias serían para ti, y la otra mitad para la institución.

—¡Muchachas, déjense de tonterías! —interrumpió él negando con sus dos manos—. Ustedes administrarán hasta el último centavo. Ayudarlas sería mi mayor recompensa. ¿Y qué les gustaría que escribiera?, pues no creo que en un centro de mujeres abusadas sea conveniente presentar una obra erótica o sobre malabarismos sexuales.

—Claro que no —intervino Eliana—. Eso estaría muy fuera de lugar.

Brenda intervino.

—Pero no tiene nada de malo que unas mujeres que sólo han visto el lado vil del sexo, reconozcan en sus cuerpos nuevas maneras de ser felices. Además, entiendo que el evento

estaría abierto a todo tipo de público...

—No es ésta mi idea —negó Ana Liz calmada—. Quiero un tema asociado a la libertad: la del cuerpo, la del pensamiento, la de amar. Lo que espero es mostrar las posibilidades de recuperación que existen a pesar de las experiencias dolorosas, dar una esperanza a las personas solitarias, o a las que han perdido la ilusión de ser felices.

Las otras tres mujeres vieron con sorpresa la manera en que ella y Gaetano se observaban: había un hilo invisible que los conectaba, y por el que fluía una corriente especial. Luego de un intenso silencio, Gaetano consideró necesario hacer algún comentario, a pesar del dolor que representaba para él romper ese lazo momentáneo con Ana Liz.

—Pienso que has sido muy expresiva, y creo entender lo que deseas. Pero no considero que sea yo la persona más adecuada para hablar de libertad cuando estoy confinado a este pequeño espacio.

—Pensé que me dirías eso, pero sí creo que puedes ayudarnos a lograrlo. En el centro de apoyo las mujeres han sido marcadas por situaciones muy difíciles, y éstas las limitan para llevar una vida plena. Tienen baja autoestima, se sienten poco atractivas, y ni hablar de su sensualidad: ese concepto ha desaparecido de su pensamiento. Tú has logrado superar trabas con relatos audaces y ambientes muy originales, no creo que sea muy difícil para ti presentar otros escenarios con nuevas enseñanzas.

Ana Liz analizaba la expresión de Gaetano, quien lucía un poco desconcertado.

—¡Qué tarea me estás pidiendo Ana! No creo que yo tenga tanto poder sobre otros

—Nunca se sabe el efecto que nuestras acciones pueden dejar en los demás —respondió riendo, y señaló a sus acompañantes—. Eliana me acompaña porque ella pertenece a «Cadena de Corazones» y su hermana Yazmín forma parte de una escuela de actuación que está dispuesta a colaborar. Además conocemos un grupo de danza moderna maravilloso que podría tener una participación especial. No sé cómo lograrás combinar tantos elementos, pero con seguridad te las arreglarás.

—Eso sí va a ser un coctel maravilloso —declaró Brenda maravillada—. Poesía, teatro y danza: creo que el público delirará. Por lo menos yo pagaría lo que fuera por estar allí.

Ana Liz se llenó de emoción y soltó una risa.

—¡Sí, sería bellissimo...! Pero Gaetano todavía no ha aceptado.

—Sabes muy bien que quiero ayudar, y lo voy a hacer, aunque ahora no imagino cómo. Denme unos días para hacer un bosquejo, y luego las llamo.

Ana Liz se levantó emocionada de la silla, se acercó a Gaetano para abrazarlo, y en una jugarreta

del subconsciente, lo besó en los labios. Al darse cuenta de su desacierto se quedó plantada delante de él sin saber qué decir.

—Disculpa, Gaetano, creo que la emoción me nubló el pensamiento.

Él no pudo disimular su grata sorpresa.

—No te preocupes. Un poco de miel le viene bien a mis labios —bromeó con evidente agrado.

Las mujeres salieron de la habitación, dejando a Gaetano con la inquietud de la misión que acababa de recibir. Enseguida acercó la mesa rodante de su computadora, y le habló a la máquina encendida delante de él.

—¡Vamos! Tenemos un gran trabajo por hacer.

Mi hija Pierina tiene en la actualidad once años, y se está convirtiendo en una espigada señorita, muy parecida a mí cuando tenía su edad; a veces me cuesta relacionarla con la chiquilla rolliza que me perseguía con sus juguetes por todos lados. Cada vez se hace más independiente, lo cual debo admitir me hiere mucho, porque ya no siento que mi aprobación sea importante a la hora de elegir un pantalón nuevo, o hacerse un corte de cabello en el salón de Brenda. Sin embargo es una niña solidaria, madura y comprensiva, a tal punto que a veces, cuando converso con ella, olvido su corta edad.

No parece que hubiese transcurrido mucho tiempo desde la época en que le cambiaba los pañales a mi hija, y ya hicimos su primera compra de toallas sanitarias. Me tranquiliza reconocer que le había dado suficiente información sobre el tema, y el día de su primer período casi lo proclamó día de fiesta. Su hermanita por su lado, a pesar de sus seis años lo tomó también con mucha naturalidad, y la encontré usando su propio «pañalito», el cual por cierto se puso con la cinta engomada hacia arriba.

La edad que vive Pierina asoma otro tipo de particularidades: hace unos días me confesó emocionada que le gustaba un niño de la escuela, y tal fue su tono de camaradería, que no pude menos que responder con similar entusiasmo a su secreto. Mi hija hablaba titubeando, y con cada palabra examinaba mi rostro, en un intento por adivinar mi aprobación. Poco a poco fue tomando confianza y me contó cómo comenzaron a agradarse, la forma en que él la miraba, los chistes de sus amigas que la hacían sonrojar, y quedé embelesada al ver los ojos de mi niña que brillaban ante el esbozo de una primera conquista. Recordé cuando yo tenía más o menos su misma edad, que se me ocurrió la idea de contarle a mi madre un secreto similar, buscando en ella una guía y complicidad. Mamá me presionó el brazo, cortando de plano la conversación, y me llevó a la sala donde estaba mi padre, para colocarme frente a él.

—Tu hija está fijándose en un muchacho —le dijo alarmada.

Mi padre abandonó lo que hacía, y se plantó delante de mí, mirándome como si yo acabara de confesar un pecado.

—¿Y tú qué te crees? ¿Una gran señora? —me interrogó con ironía—. Si llego a saber que tienes un novio te encierro en tu cuarto y no saldrás ni siquiera para la escuela. ¿Me entendiste? Sí, comprendí la amenaza, pero desconocía la razón de la misma. No necesitaba ser muy lista

para advertir la renuencia de mis padres a tratar el tema de la atracción, y ni hablar de la sexualidad, eso ya era entrar en arenas movedizas. Desde entonces nunca más busqué apoyo en mi madre, y cuando algún tema me despertaba curiosidad, solicitaba asesoría: la más inmediata era una compañera de clases que me transmitía con detalles lo que aprendía de boca de su madre; pero mi preferida era Brenda, mi amiga ocho años mayor, que de manera responsable manejaba cualquier tema que yo abordara sin abandonar el aire de franqueza.

—Prefiero enseñártelo yo antes de que venga otro tarado por allí a manchar tu cabeza con suciedad —aclaró mientras observábamos las figuras desnudas de un hombre y una mujer cuyas partes íntimas estaban identificadas con flechas.

Mi primera menstruación apareció tarde en mi cuerpo, por fortuna para mí, pues ya había tenido tiempo de ser advertida sobre sus implicaciones. Al llegar mi día, ya había realizado una compra clandestina en la farmacia con la compañía de Brenda y sabía con exactitud qué hacer; me sentía orgullosa aunque con un poco de nervios, pero no comenté nada a mi madre, y tuve el cuidado de cubrir cualquier evidencia. Un año después mamá entró a mi cuarto con cara de gran enojo, se acercó a mí y me mostró una de mis pijamas que tenía una diminuta mancha roja a la altura de la entrepierna.

—¿Qué es esto? —me preguntó retándome, colocando la prenda casi dentro de mis ojos.

—Sangre —le contesté sin sobresaltarme.

—¿Sangre de qué? —insistió de manera inquisidora.

—¿De qué va a ser mamá?: sangre de regla.

Se sentó en la cama con mi pijama en su regazo e inició un desconsolado llanto.

—Me sacaste de tu vida, no me diste oportunidad de guiarte y de enseñarte.

El llanto de mamá me desconcertó, yo tenía catorce años y ella jamás me había hablado del desarrollo. ¿Para cuándo pensaba dejarlo? Más tarde la escuché relatando el episodio a mi padre, todavía llorando, y me quedé un rato prudencial esperando un nuevo regaño, pero ninguno de los dos abordó de nuevo el asunto, ni algún otro similar.

Estos eventos fueron determinantes para la formación de una enorme fisura entre nosotras, y en ella se escurrió la posibilidad de disfrutar juntas los descubrimientos propios de mi crecimiento. Cada vez valoraba más el apoyo de Brenda, siempre dispuesta a guiarme muy a pesar de sus propias complicaciones; mas adelante Yasmín se uniría a nuestro club de confidencias, cuando ella misma fue víctima de la absurda censura de nuestra madre; me esmeraba en hacerle saber lo que con esfuerzo había aprendido, incorporando lo que yo consideraba sólidas experiencias de mi vida, que visto desde mi actual óptica, era como un

grano de sal para una condimentada ensalada.

Hoy, muchos años después, sigo extrañando los consejos que mamá nunca me dio, y continúo necesitando sus palabras de confidente natural, pero ya no recrimino su actitud, pues entendí que sólo llevaba la herencia dejada por sus padres, a la que se sumaron sus propios temores y vivencias

Olivia era hogareña, dedicada a su marido y a sus hijas, siguiendo las fieles enseñanzas recibidas desde niña, que en resumen señalaban:

«Las mujeres vienen al mundo para entregar su vida sin condiciones a un hombre, y lograr su absoluta satisfacción; con la felicidad de él, podrá hallar la felicidad propia».

Era obvio que se trataba de una gran cadena y condena generacional que había logrado mantenerse en el tiempo, sin haber encontrado una oposición fuerte que la rompiera. El entrenamiento de Olivia se inicio con el ejemplo de su madre, a quien observaba desvivirse por agradar a su papá, hasta que ella misma comenzó a realizar pequeñas tareas que ponían en evidencia su ya adquirida disposición. Cuando llegó la época de la adolescencia, ya dominaba muchas de las tareas domésticas, y aseguraba que su mayor aspiración consistía en lograr que un hombre se enamorara de ella para formar un hogar. Y así lo hizo: a la edad de dieciocho años Olivia contraía nupcias con Jacinto Pereira, un comerciante amigo de su padre quien pidió la mano de la muchacha en medio de una conversación de negocios, como si ella fuese parte del acuerdo. Olivia, quien apenas lo había visto en escasas ocasiones, se sintió cautivada por aquel hombre que le doblaba la edad, sin percibir entonces que él representaba una extensión de su figura paterna, y confundiendo su entusiasmo con enamoramiento, tomo la decisión de casarse con él para aplicar al fin todos los conocimientos que llevaba años acumulando. Su boda se realizó nueve meses después de su compromiso, y durante ese tiempo se dedicó a completar el ajuar de novia que su madre había comenzado a preparar cuando la niña tenía apenas ocho años. Recibió un curso intensivo de cocina en el fogón de su propia casa para reforzar sus áreas débiles, aprendió técnicas de diversos temas, como la manera de prevenir el moho en las baldosas de los baños, qué hacer para eliminar variedad de manchas en los tejidos, diferenciar las diferentes calidades de las sábanas, y cómo preparar una cama seductora para su marido. Su madre le entregó un manual escrito por su puño y letra donde indicaba hasta los más pequeños detalles caseros que ella había aprendido y perfeccionado; la paseaba en los supermercados enseñándole las bondades de docenas de productos, la diversidad de verduras y sus propiedades, cortes de carne y diferencias entre los pescados de agua dulce y de mar. Su madre

se jactaba de los sólidos conocimientos que le estaba impartiendo a su hija, y como broche de oro, dejó para el final una superficial preparación para el sexo, la cual no llegó a seis minutos.

—Debes estar siempre dispuesta para cuando él te desee —le aconsejaba sonrojada pero con aire de experta—. Deja de lado las excusas, los dolores de cabeza y el cansancio, porque eso aburre a los hombres, y después andan buscando «aquello» en otra cama. Los hijos llegarán cuando Dios lo decida, pero si todavía te sientes insegura para recibirlos, puedes retenerlos un poco con un método que explican muy bien en este folleto— y le entregó el gastado ejemplar de una revista médica que contenía un escueto artículo sobre «El Método del ritmo»—. Los demás métodos ya los irás aprendiendo sobre la marcha con la ayuda de tu marido.

Esta información no fue de gran utilidad a la hora de responder a los intereses maritales de su ávido esposo, y se encontró de pronto en medio de embarazosas situaciones que intentó manejar más con intuición que con conocimiento, pero sin perder el enfoque: un marido satisfecho a como diera lugar. A pesar de la profunda convicción con que actuaba, su cabeza muchas veces funcionaba como escenario de agueridas batallas, en las que los sentimientos y deseos debían atrincherarse ante el implacable ataque de la cultura machista sembrada en su subconsciente.

La complacencia y abnegación de Olivia parecían inagotables, nunca manifestó frustración ni contrarió los deseos de su marido; se obsesionó por demostrarse a sí misma que era la mejor esposa de la ciudad, y en su empeño muchas veces llegó a desesperar a Jacinto, quien con frecuencia se sintió agobiado por la estampa de pareja perfecta que ella quería desplegar a su paso; llegó a desear un poco de resistencia, así que propició situaciones extremas sólo para medir el nivel de tolerancia en su pareja: llevaba con frecuencia grupos de amigos a comer sin participación previa, a lo que ella respondía con sobrada eficiencia, sin rastro alguno de molestia; fue entonces a otros detalles, como exigir que planchara y almidonara las medias y ropa interior, que aireara los colchones una vez por semana y cambiara las sábanas todos los días para evitar alergias que nunca había presentado; le solicitaba su compañía para mirar los partidos televisados de todos los deportes habidos y por haber, los cuales terminó disfrutando ella más que él. Caminó inclusive por los senderos de la ociosidad al pedirle que le arreglara las uñas de los pies, le depilara los vellos de la espalda y le untara cremas humectantes para prevenir el sarpullido de las nalgas. Olivia cumplía sin chistar a todas sus exigencias, preguntándose intrigada cómo era que su madre había omitido aspectos tan importantes en su manual. Su esposo pasaba horas ideando nuevos focos de alteración, pues le habían resultado divertidos, y sólo decidió terminar su absurdo juego cuando adquirió una seria infección en la

orina, causada, según su sorprendido médico, por intolerancia al almidón y al extremo roce de sus zonas íntimas con la ropa interior acartonada. Jacinto se dio cuenta que con sus extravagancias no hacía más que alimentar la inquebrantable disposición al servilismo confundidos con deberes matrimoniales, y que era más sano seguirle la corriente a la muchacha, quien continuó cambiando las sábanas a diario sólo por un poco tiempo más, cuando su propia madre le confirmó que eso era una exageración.

La complacencia sin límites de la joven ya no sólo le parecía desmedida a su marido, sino que llegó a considerarla aburrida; sin darse cuenta Jacinto se sintió atraído por las novedades que otras figuras femeninas ofrecían fuera de su entorno hogareño, y no porque deseara una relación amorosa, sino para disfrutar de un poco de dinamismo, picardía y hasta controversia. Fue entonces cuando conoció a una muchacha que trabajaba como recepcionista en un pequeño almacén de repuestos de un cliente. Se sintió atrapado por su chispa y personalidad extrovertida, y tal era el encanto que comenzó a inventar numerosas excusas para visitar el lugar, excusas éstas que ya sobraban, pues pronto los demás trabajadores del establecimiento comprendieron cuál era el interés real de por medio. Manteniendo oculta su condición de hombre casado, Jacinto se entregó a la tarea de exhibir sus encantos, sin percibir que estaba perdiendo el control de la situación. De la joven admiraba el entusiasmo con que enfrentaba cada día, sus ideas de libertad, el afán por defender a los que eran víctimas de la injusticia y la preocupación que demostraba hacia los más desprotegidos. Esta dama que poco sabía sobre las tareas del hogar, que abogaba por la independencia de la mujer y reprochaba de los hombres el machismo, le dio una sacudida a su corazón, y terminaron ambos enredados en un apasionado romance.

En su hogar, la memoria de Jacinto revivía sus encuentros extramaritales una y otra vez, y para Olivia se hizo obvio el cambio en el comportamiento y rutina de su esposo; así llegó a la certeza de un romance. Dentro de ella se desató una fiera que ni ella misma conocía, desarrolló una astucia nunca demostrada, y de manera hábil acudió a la actuación para proyectar una normalidad inexistente, mientras pensaba en qué acciones llevar a cabo. El mayor descubrimiento que hizo de sí misma fue el sentido de competencia hacia un contrincante que ni siquiera conocía, pero que la estaba alejando de su más preciado tesoro. La indignación ante la traición se veía opacada por la terrible sensación de derrota, y fijó como nuevo objetivo vencer a costa de lo que fuera. En resumen: perder no era una opción; debía resultar triunfadora aunque con ello tuviera que doblegar su orgullo, y dejar de lado la humillación de haber sido desplazada con apenas dos años y medio de matrimonio. ¡No!... no podía dejar que una intrusa

insensata se saliera con la suya, después de llevar casi toda su vida entrenándose para ser ama de casa y esposa perfecta.

Olivia dejó pasar un poco de tiempo, y al ver que la situación no hacía más que empeorar, enfrentó a su esposo, liberando en unos minutos toda la jungla de sentimientos que había reprimido por meses. El hombre resultó doblemente sorprendido: en primer lugar pues creía haber sido discreto en sus andanzas, y en segundo término porque no reconocía a la exaltada joven que le gritaba y reclamaba por su infidelidad. Tal fue el desconcierto que no le quedó más salida que confesar.

—Te juro que nunca fue mi intención traicionarte. No sé cómo sucedió, pero de pronto estaba envuelto en una relación que no busqué —justificaba casi llorando.

—No la habrás buscado, pero cuando te topaste con ella pudiste haber pasado a la acera de enfrente. Ésa habría sido la actitud de un hombre recto que honra su matrimonio. ¿Ése es el premio que gané después de haberme entregado a ti? Cuando me pediste a mi papá sí eras hombrezote, el individuo recto incapaz de faltar a su hogar... ¡el macho perfecto, pues! —reclamaba en voz alta, mientras recorría agitada la habitación, moviendo las manos en el aire como si su deseo real fuera plantar sus palmas en la cara del esposo—. Y claro, esta muchacha tonta que no veía más allá de sus narices se lo creyó todo, y se lanzó al gran amor de su vida: uno falso y débil que se desplomó a la primera oportunidad —culminó ya gritando.

Jacinto observaba a Olivia sin reconocerla, preguntándose dónde había permanecido oculto ese ímpetu. La ironía de sus palabras no combinaban con su habitual conformismo, y sus argumentos acertados no hicieron más que hacerlo sentir como un insecto; sabía que no había justificación para su comportamiento, pues aunque el amor no había sido la razón de su matrimonio, tampoco consideraba justo el haber alejado a una muchacha de su nido para traicionarla; tenía también la honestidad para reconocer su dedicación y esmero, al superar airoso hasta sus más elaborados retos.

Siguieron varios días de angustia para la preocupada esposa; mezclaba sentimientos de rabia, culpa, y esperanza. Sabía que con su reacción había cruzado un límite, y temió haber actuado a favor de su rival, lanzándole a su esposo en los brazos, así que reformuló su estrategia, y adoptó una falsa calma que bien sabía no le estaba aportando ventaja alguna, pero era el mejor rol que sabía desempeñar. Jacinto por su lado, intentaba manejar su conflicto personal, pero con cada pensamiento se sentía aún más perturbado, pues no soportaba la idea de renunciar a su verdadera pasión. Luego de pensarlo en extremo, y dejando de lado sus más genuinos sentimientos, optó por salvar su matrimonio. Se dirigió a la residencia de su joven amante con

frágil aplomo, y al observar en ella la radiante alegría con que era recibido, se descontroló. Calló el motivo de su visita por más de una hora, evitando responder a las caricias y palabras afectuosas; se llenó de valentía y con dificultad logró pronunciar las frases que revelaban su matrimonio, junto a la imposibilidad de permanecer juntos. Sus propios sollozos le interrumpían cuando le imploraba a ella que lo perdonara, y las escuetas frases de consuelo no lograron acallar el llanto de desesperanza que inundó el ambiente. El hombre decidió no prolongar la despedida, y con la idea de cerrar el episodio besó a la joven en los labios; se detuvo frente a ella tratando de encontrar las frases más elocuentes para mostrar su arrepentimiento, pero nada logró; salió de la habitación sin mirar atrás, lo que él mismo consideró su mayor gesto de cobardía.

Fueron semanas de duelo para Jacinto, en las que no lograba aceptar la mutilación de su corazón; deambulaba por las habitaciones con actitud ausente, permanecía horas en los rincones, y evitaba el contacto con su esposa. En el trabajo no lograba concentración, y con frecuencia lo hallaban hablando solo. Olivia había decidido respetar su espacio, no lo presionó solicitando explicaciones, pero sabía que ella no estaba resultando exitosa en la batalla; lo haría sólo cuando trajera de vuelta la atención de su esposo.

Jacinto continuaba inmerso en la depresión, y movido por un repentino impulso decidió correr con su amante. Sólo necesitaba una excusa para verla una vez más, un momento para admirar su rostro y volver a pedir perdón. Al arribar a su destino: una pequeña pieza ubicada al final de una concurrida vereda, tocó la puerta repetidas veces, sin obtener respuesta alguna. Desde la ventana vecina, una anciana le hizo saber que la inquilina había partido días antes, sin aclarar su destino. La búsqueda posterior fue inútil, y luego de varias semanas de fracaso, decidió darse por vencido. Olivia vio a su marido retomar el hilo cotidiano, y no vaciló en recibirlo; desconocía las razones reales de su regreso, pero no pretendía indagar al respecto. Le reconfortaba saber que él estaba allí, y de alguna manera comprendió que su contrincante estaba fuera de la jugada. Su objetivo era ahora recobrar el cariño de su marido con la eterna promesa de un matrimonio tranquilo y feliz.

Al tiempo Olivia recibió una gran noticia: sus intensos esfuerzos por embarazarse por fin habían dado resultados; la nueva condición era bálsamo para su corazón. Con el nacimiento de Eliana, los nuevos padres llevaron adelante su unión con aire fresco, sin pasiones abrumadoras pero alejados de conflictos. Crearon una rutina indestructible en la que Jacinto era nominalmente el eje del hogar, pero era Eliana quien recibía las mayores atenciones; la madre dirigió hacia su hija todas las frustraciones del pasado, sus sentimientos de abandono que en el

fondo no la habían abandonado, y vio en su bebé la oportunidad de enaltecer su valor, ahora en un rol maternal. Más adelante, con el nacimiento de Yazmín, tuvo más en qué ocuparse; el interés por vigilar a su esposo desapareció, y aunque éste nunca más dio señales de romances, llevó su traición como un estigma moral.

Eliana estaba de visita en casa de Olivia, compartiendo añoranzas junto a la mesa donde tantas veces había disfrutado las delicias culinarias maternas; advirtió que a pesar de la frecuencia con que ambas se veían, había cambios en Olivia que no había notado: su estilo de ropa era en esencia el mismo: beige y marrón predominando en sus combinaciones; su cabello peinado con fijador para ganarle la batalla a sus rizos y el color castaño claro que sólo dejaba ver unos milímetros de raíces blancas, se mantenían casi igual; pero ya su semblante evidenciaba el agotamiento por la edad. Mientras Olivia hablaba, su hija la detallaba, y notó que las pronunciadas mejillas de antes se habían reducido resaltando más sus grandes ojos; la dentadura postiza requerida años atrás, ahora parecía ajena a su rostro, y la piel aún tersa de sus brazos había sido invadida por las manchas. Llevaban cerca de dos horas conversando, sus tazas de café se habían cargado ya varias veces mientras intercambiaban anécdotas. Olivia tomó el mando de la conversación, contando la «sencilla historia de su vida», tal como ella misma la calificó; su voz se había atenuado para dejar más espacio a sus emociones, pues eran ellas quienes parecían brotar desde laberintos.

—Me gustaría haber sabido más sobre ti cuando yo era una jovencita, mamá, creo que eso habría permitido mayor acercamiento entre ambas —reflexionó Eliana después de escuchar—. Ahora es cuando puedo comprender por qué te empeñaste en vivir a través de nosotras: te enseñaron a apartar tus sentimientos, y sostener una familia a costa de sacrificios. ¿Cómo es que con Yazmín y conmigo cambiaste esa manera de pensar? No transmitiste esa abnegación hacia los hombres, al contrario, intentaste crear un sentimiento de rechazo hacia ellos, que siempre interpreté como puritanismo absurdo.

—Me equivoqué mucho, hija —lamentó Olivia—. Cuando ustedes nacieron planeaba continuar la tradición de mi familia, no porque eso me hubiese hecho feliz, sino porque era ya parte de mi naturaleza, estaba en mi subconsciente y no conocía otra manera de actuar. Mamá, mis tías y mi abuela eran fieles practicantes de esa doctrina. Pero un día abrí los ojos. ¿Qué pretendía heredarles: renuncia, abnegación, miedo? Me di cuenta que con eso yo no había logrado lo que me habían ofrecido, y tampoco les estaba garantizando a ustedes la felicidad; muy al contrario, llegué a pensar que así las señalaría con una cruz para que la desdicha las encontrara con facilidad. Decidí romper con años de creencia y elaborar un modelo distinto para mis hijas, pero

no lo hice mejor que mamá, pues con ustedes estrené un programa que tampoco significó un camino hacia la felicidad. Ahora sé que también me equivoqué: no permití un acercamiento natural entre nosotras, me aterró al notar que crecías y que yo no tenía las respuestas para tus inquietudes, callé cuando sabía que me necesitabas y muchas veces me quedé paralizada a sólo unos pasos de ti, sin que tú percibieras mi enorme deseo de abrazarte, ayudarte, ofrecerte mi apoyo. ¿Pero qué podía enseñarte si no había sido capaz de manejar mi propia vida? Cuando me diste la noticia de tu matrimonio con Pablo creí que no lo amabas, que sólo querías huir de mí, y aun así me sentí aliviada, porque me librabas de una gran presión; pensé que tu amor por él llegaría después y serías feliz, pero ahora que te he visto sufrir tanto con tu separación, me consume la culpa por haberte fallado, y no haber sido la mamá que merecías.

Eliana escuchaba con tristeza, y las palabras de consuelo fluyeron.

—Mamá, no puedes ser responsable de mis decisiones. Créeme que Yazmín y yo maduramos mucho sin que tú y papá se dieran cuenta, así que cuando decidí casarme con Pablo lo hice porque estaba enamorada, y no estaba pensando en un cuento de hadas. Libérate de esa culpa, pues si mi matrimonio terminó, no fue por tu causa. Con Yazmín el panorama es distinto —continuó—, ella va labrando su camino, y disfruta cada paso de su recorrido.

Olivia escuchaba y asentía, sin estar convencida de los argumentos de su hija. No lograba vencer el sentimiento de culpa por su desdicha.

—Aún pienso que de haber estado más cerca de ti habría podido advertirte, y evitado así tanto sufrimiento.

Eliana se escurrió hasta la orilla de la silla para acercarse a Olivia.

—¿Cómo puedes haberlo hecho, quién tiene la capacidad de conocer el complejo proceder de las personas? Yo misma no puedo culpar a Pablo de todos mis tropiezos, sería una manera cómoda de negar mi responsabilidad. Deja ya de sufrir por el pasado, y comienza a pensar en ti. Busca una nueva ilusión, ya no tienes que demostrar nada a nadie.

—Pero ya estoy cansada y vieja.

—¡Claro que no! Tienes muchas energías todavía. Creo que con un poco de entusiasmo hallarás proyectos nuevos en qué ocuparte.

Olivia calló por un momento, y después de un suspiro apuntó.

—De hecho hay algo en lo que quisiera ocuparme.

—¿Y qué es?—preguntó Eliana expectante.

—Se trata de alguien a quien deseo encontrar.

Su hija la miró con más seriedad.

—Ahora estás muy misteriosa, me estás asustando —confesó mientras acomodaba su postura en la silla.

—Es una persona que nunca he mencionado antes, y de quien pensé no hablaría jamás. Pero los años me han hecho reflexionar, y ya considero que no tengo nada que perder, a no ser una pesada carga que ha permanecido en mis hombros por muchos años.

—Ay Olivia, habla de una vez, que me estás paralizando el corazón —le pidió empleando ahora el mismo tono de su padre.

Olivia miró a su hija a los ojos, sonrió nerviosa, y dejó rodar unas lágrimas por su mejilla. Tomó una servilleta de la mesa para secar su rostro, y comenzó a jugar con el papel húmedo, plegándolo sobre la superficie de la mesa.

—Deseo encontrar a una persona que fue tratada de manera injusta sin merecerlo. Hoy, muchos años después, quisiera hacerle saber que lamento mucho el daño que le hice, y aunque sea tarde, rogarle que me perdone.

Olivia hizo una pausa. Hacía evidente la dificultad para pronunciar sus próximas palabras. Apretó sus ojos e hizo una revelación.

—Es a tu hermano a quien necesito encontrar.

Eliana la miró atónita. Lo que acababa de escuchar carecía de lógica.

—¿Pero... pero de dónde salió ahora un hermano mío, mamá? ¿Lo tuviste cuando eras soltera? ¿Quién lo alejó de ti? ¡No entiendo! ¿Por qué nunca nos lo dijiste?

Las palabras de Eliana se atropellaban en su boca; pasaba sus manos por la cara, sacudía su cabeza, pero buscaba la mirada de su madre esperando mayores explicaciones. Hizo un esfuerzo por recuperar el tono normal de su voz y solicitó una explicación.

—Dime ahora mamá: ¿cómo es que tuviste un hijo y nunca lo supimos?

—No hija, yo sólo las tuve a ustedes dos. Ese hijo no es mío, es de tu padre, producto del romance que mantuvo con esa mujer, antes de tu nacimiento.

Eliana buscaba salir del asombro.

—¿Y papá ocultó a un hijo todo este tiempo? No lo puedo creer. Él que siempre fue tan correcto, tan preocupado por nosotras y criticaba la irresponsabilidad paterna; no imagino cómo le negó su apoyo a otro hijo. No importa las circunstancias en que fuese concebido... ¿Cómo pudo abandonar a un hijo? ¿Qué clase de papá ha sido entonces?

Olivia colocó su mano sobre la de su hija intentando detener sus acusaciones.

—Eli, hija, no continúes culpándolo... culpame sólo a mí.

—¿Por qué?

—Porque tu padre nunca lo supo.

—¿Y cómo es que tú sí lo sabes?

—Porque lo descubrí y decidí guardármelo, pero ahora el arrepentimiento me está consumiendo, y es tiempo de revertir un poco el daño causado.

—Mamá: has guardado mucho más de lo que pensaba —respondió Eliana pensando en toda una vida de sumisión, miedos, y además secretos—. Cuéntame, ¿cómo lo descubriste?

—Ya es hora de hablar —aceptó Olivia invitando a su hija a escucharla—. Cuando tu papá terminó el romance con aquella mujer, sentía que todavía mi hogar se tambaleaba. Yo era insegura, y temía un retroceso en la decisión de Jacinto. Se me metió en la cabeza que debía confirmar el fin de ese romance, y me empeñé en encontrar a mi rival. Comencé desesperada a investigar, revisé las cosas de tu papá para hallar algún indicio, y encontré una nota escrita en el reverso de una hoja de esas que tienen publicidad; la dirección impresa en el papel me ayudó; llamé y pregunté por el nombre de la mujer que firmaba, esperando que eso fuese suficiente, pues no conocía su apellido, pero la recepcionista me confirmó el nombre, y me dijo que había trabajado allí. Fui hasta allá con un ridículo cuento sobre una herencia que ella debía cobrar.

—¡Que excusa tan novelesca mamá!—apuntó Eliana.

—Sí, de verdad era un poco traída de los cabellos, pero mi imaginación no me dio muchas opciones —aceptó Olivia—. Hablé con el dueño del establecimiento para que me ayudara a encontrarla. El hombre mostró interés real en ayudarme, y hasta me sorprendió que me creyera, pero no era mucho lo que podía hacer, pues ella se había ido sin decir para dónde, sólo dijo que por razones personales y de gran apremio debía abandonar su trabajo e irse de la ciudad. Lo único que podía hacer por mí era darme una copia de su ficha laboral para que tomara de allí el antiguo teléfono y dirección. Fue la primera vez que vi una foto de ella: al observar su rostro sentí desconcierto, no lucía tan malvada como me la había imaginado, parecía una mujer agradable, muy linda en verdad... no correspondía a la estampa de las rompe-hogares a la que estaba acostumbrada. Comencé a hacer averiguaciones, llamé al número que estaba en la ficha, pero nadie respondió; sólo me quedaba buscar su dirección; fui hasta allá, y cuando llegué me paré frente a la puerta preparándome para tocar, pero una señora mayor que observaba desde una ventana vecina, me informó que quien vivía allí había partido meses atrás. Le rogué que me diera su nuevo paradero, pero ella insistía en que no lo conocía. No le creí: supuse que una mujer que pasaba el día mirando por la ventana, vigilando a los demás, no se habría conformado con un simple adiós: podía apostar que sabía más. Tenía

que sacarle a ella información adicional, y volví a usar mi historia de la herencia, pero esta vez debí ser más convincente pues no era tan crédula como el hombre anterior. Le dije que si ella no cobraba la herencia antes de un mes, lo harían unos zamuros que estaban rezando para que ella no apareciera a aguarles la fiesta. «Usted sabe cómo se vuelve la gente por el dinero, y siempre es el más tonto el que se queda por fuera», le dije para darle una sacudida a su sentido de solidaridad, suponiendo que lo tenía. La señora escuchó con interés, en la medida que me daba más atención, más desdicha mostraba yo por la mujer que iba a quedar fuera de la repartición. Para cerrar simulé darme por vencida, y solté mi frase de despedida: «Espero que ella nunca sepa que fue imposible encontrarla, pues lamentará siempre haberse perdido una vida de abundancia». Di media vuelta y me alejé.

Eliana rió, a pesar de la consternación que aún la afectaba.

—Y debo adivinar que la mujer te detuvo —se adelantó.

—Sí, pero recuerdo que tardó un poco. Había caminado ya un buen trecho cuando me llamó y me dio una nueva dirección; no tenía certeza de que la joven viviera allí, pero era lo único con lo que podía ayudarme.

Olivia revivía la historia como si se tratara de un evento reciente.

—Pasé tres días observando el papel, hasta que decidí aventurarme. Llegué al edificio, uno muy deteriorado por cierto; me detuve en la puerta sin saber qué hacer. Me alejé un poco caminando por la acera, y presté atención a las personas que entraban y salían, hasta que la vi salir; caminó justo hacia mí; me quedé paralizada y hasta temí que me conociera. Se aproximó con paso lento, y la detallé para descubrir con absoluto asombro que estaba embarazada. Creí que mi cuerpo se había congelado, no lograba apartarme de su ruta, ni podía dejar de mirarla. Comencé a respirar agitada, las manos me sudaban, y el corazón me golpeaba. Mis ojos se nublaron, y mi expresión debe haber sido patética, pues ella se acercó preocupada; me tomó del brazo y preguntó si necesitaba ayuda; inclusive me invitó a entrar a su apartamento para darme un poco de agua. Puedo recordar su voz amable, la sonrisa con que intentó tranquilizarme. Era obvio que no tenía ni idea de quién era yo. Le agradecí, aclaré que me había dado un leve mareo pero que ya me estaba recuperando. Ella sin embargo permaneció a mi lado por unos minutos más. Fue entonces cuando pude observar bien su rostro: ¡qué bonita era!... su cabello muy negro y ondulado sujeto con media cola; sus ojos eran dulces, y al mirarme creaban un conflicto en mí, pues no parecían merecedores de todo mi reproche. Su embarazo era de más o menos cinco meses, no controlé mi impulso y toqué su vientre, sin que de mi boca saliera palabra alguna. Ella puso su mano sobre la mía aceptando el gesto, y pude

escuchar una ligera risa. «Creo que le cae bien, pues acaba de responderle», me dijo. Le pregunté si el papá del niño estaba muy orgulloso, sin detenerme a pensar en lo fuera de lugar que eso habría sonado, sin embargo ella no se inmutó, me dijo que no había un papá: eran sólo ella y su bebé. «No importa, estamos bien», me aclaró. Yo retiré mi mano avergonzada, y la observé de nuevo buscando a la desalmada mujer que había imaginado miles de veces; no la encontré, sólo vi a una muchacha llevando adelante su vida, con un hijo que no disfrutaría de un padre. Después de ese día callé, pero aún me sentía en desventaja y me obsesioné por tener un bebé. Fue con tu nacimiento, mucho tiempo después, cuando sentí que mi triunfo se había consolidado.

—¿Qué edad tendría ese hijo ahora? —indagó Eliana con la voz entrecortada.

—Debe llevarte a ti más de tres años.

—¿Y cómo sabes que papá desconocía su existencia? —insistió.

—Pues, tú misma lo dijiste, tu papá nunca habría dejado un hijo a la deriva. Muchas veces corroboré su absoluto desconocimiento, lo tanteé, le hice pequeñas trampas, y estoy segura: esa relación terminó el día en que me lo dijo, sin que supiese lo del niño.

Olivia tenía sus manos entrelazadas sobre la mesa, miraba al frente repasando las emociones del ayer, e identificando otras nuevas.

—El mantener un secreto tan importante, me daba sensación de poder sobre Jacinto, y de alguna manera me vengaba... lo castigué en silencio todos estos años, pero ahora eso carece de sentido para mí; ya no encuentro ni un rastro del rencor que me hizo actuar de esa manera. Ahora me atormenta saber que dejé a un niño sin el apoyo de su papá; la vida me está reclamando... creo que es el momento de revelar lo que he protegido por tanto tiempo.

Llamé al número que ya una vez había empleado para resolver la emergencia con la tubería de agua en mi apartamento. Repicó varias veces hasta que me contestó una voz masculina; sonaba apurado, pero con muy buen humor.

—Buenos días. «Soluciones Cúper al instante».

Me identifiqué y le recordé que en una anterior oportunidad lo había contratado para un caso de plomería, pero que en esa ocasión lo precisaba para un asunto diferente. Debía encontrar a alguien de quien no tenía siquiera certeza de nacimiento.

—Tranquila señora —me respondió con exceso de confianza—, que yo se lo encuentro así sea en el mismo cielo.

Conversamos un poco más sobre el caso, y quedamos en vernos en una esquina de la avenida

Bolívar, frente a un conocido establecimiento comercial.

—Nos encontraremos allí a las seis en punto, pues me queda justo en la vía —apuntó.

Al día siguiente, diez minutos antes de lo acordado llegué al sitio convenido, preguntándome cómo podríamos hablar un tema tan serio en un lugar tan concurrido. Tampoco veía una cafetería o un sitio que dispusiera de unas mesas donde conversar, así que me resigné a la idea de un encuentro ruidoso y poco productivo. Pensé que tal vez se trataba de una estrategia de anonimato para cubrirse en sus labores de detective.

Minutos más tarde se detuvo un taxi justo frente a mí, tocó la corneta y desde la ventanilla me mandó a subir.

—Señora, suba rápido que el tiempo apremia.

—No gracias señor, no necesito un taxi —le respondí con cortesía pero retirándome un poco del vehículo.

El hombre insistió.

—Súbase señora Eliana, que soy yo: Gary Cúper.

Me agaché para observarlo mejor por la ventanilla, porque no lograba reconocer al hombre que había reparado mi fregadero. Cuando rió identifiqué su radiante sonrisa de dientes blancos y colmillo de oro; y en su voz hallé al efusivo narrador de anécdotas contadas desde el mueble de mi cocina: se trataba de la misma persona, pero en este caso llevaba una peluca con rizos rubios que le llegaban hasta los hombros, una gorra y anteojos tipo espejo. El contraste entre su piel oscura y su cabello postizo me arrancó una risa, que luego me hizo sentir apenada.

—No se asuste, lo que pasa es que ando en una misión, y estoy usando uno de mis disfraces de camuflaje.

Después de pensarlo unos segundos, subí al carro, sin abandonar el temor que me producía el extraño individuo. Verifiqué que los seguros no estuviesen pasados, y mantuve sujeta la manija de la puerta, preparada para una huída súbita.

—Disculpe, pero es que no lo reconocía —insistí.

—Ésa es la idea señora, lo que significa que estoy haciendo bien mi trabajo.

Unas cuadras más adelante el hombre se estacionó, mirando con insistencia hacia adelante, que me produjo gran curiosidad.

—¿Estamos esperando a alguien?

—¿Usted ve a aquel carro gris estacionado? Es del esposo de una cliente, y llevo varios días siguiéndolo, así que tengo que cambiar de fachada para que no sospeche.

—Señor Cúper, si está trabajando y no puede atenderme ahora lo dejamos para otro momento,

pues no deseo involucrarme en este asunto.

—No se preocupe señora, que el hombre ya va a salir; normalmente pasa allí como hora y cuarto luego de su trabajo, y después regresa a casa con su esposa; a partir de allí la vigilancia queda por parte de ella. Apenas lo vea salir termino mi reporte del día y nos vamos a lo nuestro.

Mientras esperábamos, a unos metros apenas del objetivo, inspeccioné por dentro nuestro vehículo. Los asientos tenían una tapicería de tela colorvino tinto, del espejo retrovisor colgaba un collar hawaiano junto a unos muñequitos fornicando, y en el tablero estaba pegada la foto de una mujer con dos niños que no parecían hijos del detective; tenía escrita una dedicatoria: «Para mi catire adorado». Se me ocurrió que el vehículo debía ser prestado; sin embargo quise conocer su respuesta.

—¿Ésos son sus hijos?

—¡Nooo señora! —exclamó soltando una gran carcajada— Los míos no salen tan rubiecitos, esta peluca no da para tanto. Esos son los hijos de mi hermano menor: ése sí es un catirazo natural; somos hijos de la misma mamá, pero con él mi vieja se puso más exigente, aunque mi papá era tremendo galán: un moreno fornido que la volvió como loca de amor. Por desgracia él ya se murió, pero le agradezco en el alma haberme enseñado su oficio de plomero.

—Pero debe haber tenido descendencia extranjera... lo digo por su apellido.

—¡No señora! Mi papá y yo somos criollitos hasta en la cédula. Gary Cúper es un apodo artístico. Mi verdadero nombre es Cupertino Garay.

—¡Cupertino Garay! —repetí para comprobar la sonoridad del nombre —. Vaya que sí es usted bien creativo.

El hombre de nuevo soltó una risotada y volteó para celebrar conmigo mi comentario. Minutos más tarde pudimos observar al dueño del vehículo salir de un edificio, peinando su cabello y arreglándose la camisa por dentro del pantalón. Se subió al vehículo y pasó algunos segundos terminando de arreglarse.

—Ahora viene el perfumito para enmascarar el aroma de la otra —comentó Gary Cúper con risa irónica.

En efecto, a la distancia que nos encontrábamos, pude ver al hombre hurgando en la guantera del carro y luego aplicarse la colonia.

—¡Qué tonto! Tanto perfume sólo va a crear sospechas —acoté.

—¿Y cómo cree que lo descubrió su mujer? Antes llegaba oliendo a humo y sudor, ahora se aparece después de todo un día de calle bañado en colonia.

El sujeto encendió su auto, arrancó con gran prisa y pronto desapareció. Gary Cúper hizo unas anotaciones en su libreta y partimos de allí.

—Ahora sí vamos a lo suyo —me anunció.

Llegamos hasta un pequeño establecimiento de comida criolla donde podríamos hablar con relativa comodidad. Entre la música llanera y la animada tertulia de un grupo de jóvenes a nuestro lado, amplié la información que le había adelantado por teléfono; le entregué los escasos datos disponibles, incluyendo los papeles que había guardado mi madre durante sus días de investigadora. Discutimos los honorarios profesionales y me aseguró que en menos de dos semanas me tendría alguna novedad.

—Jacinto Junior: voy por ti —anunció golpeando la mesa con su mano, para luego estrechar la mía, cerrando el trato.

Eliana se hallaba en el cuarto con los mellizos y Pierina. Los tres niños le habían pedido que les contara uno de sus cuentos favoritos: «Una travesía tras el tesoro perdido». Durante su relato, era interrumpida en numerosas oportunidades para escuchar siempre las mismas preguntas de sus hijos.

—Mamá: por qué siempre los buscadores de tesoros dejan su casa y a su familia, y pasan años tras algo que ni siquiera saben si de verdad existe —preguntó Jeanina con la misma inquietud de otras oportunidades.

—Tal vez porque no entienden que en su familia tienen el tesoro más importante de todos —respondido su madre repitiendo la misma respuesta.

—Pero si yo me fuera, seguro sería para compartir mi fortuna con ustedes, y así podríamos comprarnos todo lo que quisiéramos —acotó Jean —. Pero ustedes tendrían que quedarse en la casa para cuidar de todo.

—¡Ah no! —reclamó Jeanina como si se tratara de un plan real—, si tú vas, yo voy, ¿pues quién te va a cuidar de todos los peligros? Además, seguro después llegas aquí con tu cofre lleno de oro y no me quieres prestar nada.

Eliana reía por la discusión que una y otra vez se presentaba en torno al tema, la cual se disipaba cuando continuaba su lectura. En medio de su relato escuchó el teléfono de la sala, y les pidió a los niños que la esperaran unos minutos. Al salir de la habitación escuchó a Pierina retomar la historia.

—Aló, buenas noches —contestó Eliana al teléfono.

—Señora Eliana, soy Gary Cúper, espero no molestarla, pero tengo noticias para usted —anunció el detective, luego de diez días desde su entrevista.

El corazón de Eliana se aceleró.

—¡Qué bueno saber de usted! ¿Encontró a mi hermano?

—Más o menos.

—¿Y eso qué quiere decir, que vive fuera del país, que está muerto o qué?

—No señora, ninguna de las dos cosas, quédese tranquila que está muy bien. La llamo para decirle que mañana pasaré buscándola para que me acompañe a un encuentro.

—¿Así de una vez, tan rápido? —reaccionó nerviosa.

—¿Cómo que tan rápido? Tenemos casi cuarenta años de atraso.

—Es verdad —reflexionó—, pero yo apenas tengo días sabiendo de su existencia.

—Dígame, ¿a qué hora la puedo recoger mañana? —le solicitó él con apuro.

Eliana hizo un rápido inventario de las actividades pendientes para el siguiente día, reconociendo que sería difícil desprenderse de ellas, pero consideró que el asunto merecía prioridad.

—Páseme recogiendo por mi casa mañana a las dos de la tarde

—Allá estaré, puntualísimo, y no se preocupe, que llevaré mi atuendo natural.

La tarde siguiente Eliana ya había acordado con Mina que se quedara con los niños hasta su llegada, se había encargado de los asuntos más importantes de su trabajo, y esperó con impaciencia la hora acordada. Partió puntualmente con el señor Cúper, quien en esta oportunidad conducía una camioneta de despachos, en la que tenía su «laboratorio de seguimiento». Una vez en el vehículo, Eliana se mantuvo callada, intentando mentalizarse para la noticia que estaba a punto de escuchar. El señor Cúper decidió respetar su silencio y esperar a que ella iniciara la conversación.

—Y cómo hizo para encontrarlo —decidió indagar Eliana.

—La verdad es que yo hice algunos movimientos iniciales, pero hubo algunos elementos que me facilitaron la búsqueda. La prensa local me dio un buen regalito con una noticia reciente, que me sirvió de enganche para enlazar la trama, y cuando quise comprobar mi hipótesis, parecía que ya me estaban esperando.

—No entiendo lo que intenta decirme. ¿Cómo que lo esperaban... quién lo esperaba: mi hermano?

—Pues más o menos.

—Señor Cúper, le ruego que termine de decirme lo que averiguó, porque ya me está angustiando.

—Con todo respeto, señora Eliana, no creo que yo sea la persona indicada para hablarle de eso. Yo cumplo con llevarla hasta el sitio, ¡el resto va de parte suya!

Eliana decidió no insistir y esperar hasta enfrentar el misterio.

—Es aquí —anunció Gary Cúper un rato después, mientras estacionaba y señalaba su destino con el dedo.

Eliana observó sorprendida a través de la ventanilla.

—No puede ser; ¿está usted seguro?

—Seguro señora, es aquí.

Eliana no asimilaba lo que el hombre le estaba revelando.

—Pero no puede ser. En ese lugar vive una mujer sola con su hija. Mi hermano no puede estar allí.

Gary Cúper la miro condescendiente.

—No es un hermano, señora Eliana: es una hermana. A quien usted está buscando en realidad es a una dama.

Eliana lo escuchaba con absoluto asombro.

—¿Usted me está diciendo que Jimena es mi hermana?

—Así mismito es: Doña Jimena es el supuesto hermano al que hemos estado buscando.

Aún con asombro, Eliana se bajó del auto, y se quedó un rato al borde de la calle, recordando las otras oportunidades en que había llegado hasta allí. Debió pensarlo mucho antes de subir por tercera vez las escaleras; no reparó en las luces, en los dibujos de las paredes, o en alguno de los detalles que antes llamaron su atención; subió con la imagen de Jimena en su mente, intentando encontrar una explicación para la extraña jugada que le había montado la vida. Al llegar, la puerta estaba abierta y se detuvo frente a ella sin atreverse a entrar. Desde adentro, la conocida voz de Jimena se dejó escuchar.

—Por favor, pasa adelante.

Eliana avanzó, y de pie en el medio de la sala estaba Jimena; la emoción de saber que tenía con ella un lazo de sangre, la hizo percibirla diferente a las veces anteriores: su apariencia, la expresión generosa que se extendía desde su rostro hasta sus manos, y hasta una luz que parecía rodearla, la convertían en un místico personaje de ficción. Jimena lucía ansiosa, jugaba con sus dedos conteniendo la emoción; Eliana se acercó más a ella y se detuvo a sólo unos pasos; de momento no tuvo necesidad de pronunciar palabra alguna, quería experimentar a plenitud el conocer a una hermana que había permanecido toda su vida en el anonimato; detalló su cabello rojizo recogido sobre el hombro con una trenza, su colorido vestido adornado con collares, las pulseras tintineando en sus muñecas, percibió su perfume confundido con el de la habitación, y analizó sus facciones intentando encontrar en ella algún rasgo que delatara el vínculo paterno, pero comprendió que éste no se manifestaba en la apariencia física, sino a través de la extraña atracción que sentía hacia ella y que antes no había logrado identificar.

Jimena deseaba abrazar a su hermana pero quiso respetar su espacio; admiró, como lo había hecho antes, su postura serena, la fuerza que reflejaban sus ojos, y al penetrar en ellos encontró bondad; detalló las facciones de su cara, su cabello castaño extendido sobre su blusa blanca; pensó que tal vez había algún parecido físico entre ella y Amanda. Eliana sujetaba su

bolso contra su pecho, creando una barrera entre ambas, pero tras uno segundos lo soltó en el suelo, dejando sus manos libres a ambos lados del cuerpo.

Aunque podía percibir confusión en Eliana, Jimena supo que era aceptada por ella, y eso le alegró.

—Estoy impresionada —dijo Eliana rompiendo el embrujo del silencio—, tres veces el destino me ha traído hasta ti, y en cada oportunidad ha usado una excusa distinta. Esta vez vengo por un motivo que jamás habría sido capaz de sospechar.

Jimena le sonrió y se acercó a ella estudiando su semblante

—Antes fue muy grato recibirte, pero este encuentro es prodigioso.

—¿Sabías desde el principio quién era yo? —indagó Eliana, entrecerrando sus ojos.

—No desde el principio. La primera vez que llegaste aquí, cuando te encontré bajando las escaleras y saliste casi huyendo, supe que teníamos algo en común. Enseguida subí para consultar a mis guías; pero ellos se resistieron a hablarme; los forcé, y hasta los amenacé con no consultarles más si no me decían quién eras tú.

—¿Y te respondieron? —preguntó Eliana con un poco de incredulidad.

—No. Sólo me hicieron saber que mi madre quería aproximarme a ti.

—Pero no lo hiciste, al menos no enseguida.

—No era el momento. Presentía que regresarías y tendría oportunidad de hacerlo sin incomodarte.

Eliana recordó la razón por la que fue la segunda vez.

—¡Le pediste a Brenda que me trajera!

—¡Claro que no! Brenda entró en la trama sin que yo me lo propusiera, ni siquiera sabía que ustedes dos se conocían, pero ahora entiendo que mis guías la emplearon como un vehículo para que ustedes llegaran. En esa segunda visita nuestro nexo seguía siendo un enigma, pero tenía fe en mi percepción, y dejé que el tiempo decidiera el momento oportuno para revelarme la verdad. Entonces mi objetivo era otro: necesitabas ayuda, e intenté alentarte un poco, prepararte para las dificultades que enfrentarías.

Hizo una pausa, tomó la mano de Eliana y la guió para que se sentara junto a ella en el sillón.

—Aquí mismo tomé las manos de Yazmín, me sentí maravillada por su luminosidad; supe que escribía un guión a su medida y que buscaba incansablemente la manera de ser feliz. Cuando tomé las tuyas, ¡me sentí tan conectada a ti! Admiré el sentido de justicia que transmitías, tu valentía, la admirable capacidad de amar... y estabas desmereciendo todos esos dones por quien no lo merecía; sentí un enorme deseo por protegerte del sufrimiento, porque supe que pasarías

por un terrible episodio, aunque no sabía de qué se trataba. Sólo me quedó enseñarte a confiar más en ti, y recordarte el ímpetu que te respaldaba.

—Muchas veces me costó encontrar esa fuerza, pero tus palabras me dieron dirección cuando me sentí desorientada. Te estoy muy agradecida por ello.

—Puedo apreciar que te encontraste a ti misma, y eso me reconforta mucho.

Eliana calló y observó a su hermana.

—Siempre me has parecido tan enigmática —le confesó.

—Lo sé; también sé que eso te ha alejado. Pero no hay nada misterioso ni oscuro en esto. Tan transparente ha sido todo que hasta tu emisario me encontró sin problema cuando fue preciso. Me alegra que entre todos te hayan traído a mí, y yo te recibo como un gran regalo del reino celestial.

Jimena se levantó del mueble para colocarse de pie frente a su hermana.

—Me presento ante ti: soy Jimena, la hija de Laura Marina Rodríguez Monarca, la mujer que amó profundamente a tu padre, y que por decisión de ella, buena o mala... no lo sé, tomó un rumbo opuesto al suyo.

Eliana la escuchaba desde su asiento, conmovida por lo que estaba sucediendo.

—Me avergüenza mucho que ésa haya sido tu historia. Tenías derecho a un padre tanto como yo.

—No tienes por qué sentirte así. Crecí sin saber de su existencia, pero nunca por ello me sentí desafortunada. Además, no fue tu decisión, y he aprendido a respetar los motivos de mi madre; más lamentable fue haberla perdido a ella cuando yo era todavía una niña, sin embargo Mamá Rosaura se esmeró en cubrir los vacíos, y me rodeó de amor.

—¡Pero ahora sí puedes conocer a papá! —le recordó poniéndose de pie.

—¡No! —respondió ella con tono decidido—. No es a él a quien quiero, ahora no necesito verlo. Deseo recibirte a ti en mi vida, y también a Yazmín. Quiero tenerlas cerca, ayudarlas, quererlas... aunque sé que es mucha presunción de mi parte, pues tal vez ustedes no lo deseen...

—No pienses eso, ni siquiera he tenido mucho tiempo de reaccionar con esta noticia, y no dudo que Yazmín la tomará con agrado. Pero Mamá sí quiere conocerte, siente mucha culpa porque sabía que papá había tenido un hijo y calló todo este tiempo; ahora quiere revertir un poco su daño y espera que la recibas

—Tu madre tal vez necesite reivindicarse con la vida, y ése es otro tema, pero ahora sus deseos no están alineados con los míos. Y tu papá... ¿sabe que me buscas?

—No, ni siquiera sospecha tu existencia.

—¿Para qué perturbarlo entonces con revelaciones tardías? No lo conozco, pero me gusta suponer que es un hombre bueno, a pesar de los errores que haya cometido en el pasado. ¿Cómo se sentiría al conocer de pronto a una hija que ya cruzó los cuarenta años de vida? Eso no le traería paz, así que no vale la pena regresarlo a ese episodio, pues agitaría sentimientos ya olvidados del pasado, que darían espacio a grandes contradicciones. Ya no tiene sentido para nadie. Ninguno de nosotros obtendría un beneficio con eso.

—¡Claro que tiene sentido! Si este encuentro se dio no fue sólo por nosotras. Él es tu papá, y conocerse es un derecho de ambos.

—Está bien; digamos que por ahora no quiero dar ese paso. Demos tiempo al tiempo —sugirió Jimena—; así como llegó nuestro momento, pensemos que más adelante las condiciones se darán para que él y yo nos encontremos. Entre tantas sorpresas que he recibido últimamente, prefiero reservar un poco para después. Dile a tu mamá que estoy muy bien, que no hay rencor alguno hacia ella, pues no fue de ella la decisión de mantenerme apartada de mi padre. Pero a tu hermana transmítele mi deseo por acercarme. También quiero que conozcan a mi hermano Ismael: él me enseñó la nobleza de este parentesco sagrado.

Eliana sintió un profundo deseo de llorar, y Jimena enseguida se acercó para enjugar la lágrima que asomaba.

—Llora Eliana, si eso es lo que deseas y te hace desahogarte, pero no podemos hacer de este encuentro un motivo de desdicha. Este es un gran regalo, y quiero que sea motivo de celebración.

Ya sin palabras, ambas comprendieron que sólo necesitaban un gran abrazo. No había reservas, ni miedos, ni dudas; era un torrente de cariño que había esperado mucho para encontrar su cauce natural.

Eliana y Yazmín llegaron a la «Estancia del Señor» cuando el sol iniciaba su descenso. Pero no estaban solas: Pierina, Jean y Jeanina las acompañaban. Tocaron el timbre desde la acera y enseguida observaron la reja de entrada liberarse. Recorrieron el camino que atravesaba el jardín y fue inevitable admirar las plantas que les daban la bienvenida. Jean se sintió atraído por una enorme mariposa azul, y comenzó a corretear para perseguirla, sin advertir algunas matas que pisó.

—¡Jean, compórtate! —le ordenó Pierina con la firmeza de un adulto—. Apenas llegas y ya estás perdiendo la compostura.

Eliana buscó al niño y lo tomó de la mano, para continuar su recorrido hacia la entrada. Luego de unos segundos salió Jimena a recibirlos.

—¡Qué alegría tener aquí a esta belleza de familia!

Luego se acercó a Jeanina.

—Pero que señorita tan encantadora. Me han hablado muy bien de ti.

—Gracias. Él es mi morocho Jean, nos parecemos pero él es más feo —respondió señalando a su compañero.

Jimena se agachó un poco y le extendió la mano a Jean.

—Pues a mí me parece que es un chico muy guapo. ¿Cómo estás Jean?

—Mamá dice que son amigas desde hace tiempo, pero no se conocían. ¿Cómo es eso?

—preguntó el niño con intriga, ignorando el saludo de Jimena.

—Porque hace mucho tiempo Dios decidió que nos conociéramos, pero estaba esperando un momento especial. Mientras tanto nos plantó la semilla de una flor, y cuando le salió el primer brote: era ya hora de encontrarnos.

—¿Y dónde está esa flor? —replicó.

—¿Ves todas esas mariposas azules? —preguntó al señalar las coloridas alas que invadían el jardín—. Ellas saben exactamente dónde está, y según me han contado es justo aquí —y le colocó el índice en el lado izquierdo de su pecho para apuntar al corazón.

Los niños rieron, aceptando que la señora era de su agrado. Pierina, quien había estado esperando su turno para presentarse, se acercó y le habló a Jimena en voz baja.

—Es una metáfora muy linda, pero no creo que ellos la comprendan.

Jimena contuvo la risa.

—Caramba, esta niña sí que es madura. Por supuesto tú eres Pierina. La gran compañera de su mami —y se agachó un poco para abrazarla, a lo que Pierina respondió de manera muy diplomática.

Yazmín había permanecido muy callada, y lucía un poco nerviosa. Sin embargo Jimena no la había dejado de última por descuido, sino para poder dedicarle a ella un saludo distintivo: se detuvo delante de Yazmín, y ambas entendieron que ya no eran necesarios los preámbulos. Un emotivo abrazo selló el nexo.

Jimena condujo a sus visitantes a través del asilo, mientras les hacía un breve resumen de su llegada allí. Recorrieron los pasillos donde los ancianos cumplían su sencilla rutina del día; pasaron frente a la cocina de donde se escapaban los aromas de la cena; se encontraron con Angelina quien llevaba a una de las residentes a la capilla, y después de una corta presentación, continuaron hasta llegar al patio central, donde los niños corrieron de manera automática a la jaula de los pájaros. Jimena invitó a Yazmín y Eliana a sentarse en unos sillones desde donde tenían una hermosa panorámica del lugar; divisaron a Chichipá formando un verdadero alboroto entre sus nuevos visitantes.

—Chichipá siempre encuentra la manera de sorprendernos —comentó Jimena levantando las cejas, ante la expectativa de cómo reaccionaría con los pequeños—, pero no se preocupen, que siempre es juguetón.

Más tarde, una de las empleadas se acercó a los niños, y les ofreció merendar en la cocina; al alejarse dejaron el lugar sumido en un gran silencio. Las tres hermanas quedaron absortas en sus pensamientos, ninguna tenía prisa por iniciar una conversación, y en lugar de ello disfrutaban la paz del lugar. Desde su sitio, Jimena contemplaba a Joseph, quien leía un libro a unos pocos metros de distancia.

—Ustedes me conocieron en mi sala de sesiones, el mismo lugar en el que recibí a cientos de personas que buscaban ayuda, un futuro mejor... más feliz; ése era un lugar privilegiado en el que podían librarse un rato de los fantasmas del miedo, la envidia, la inseguridad, y de otros sentimientos perturbadores; por muchos años me dediqué a mejorarles el mañana, o al menos hacerles saber que ellos mismos eran capaces de lograrlo. Ya a estas alturas no sé si mi trabajo consistió en ayudar a esas personas a encontrar su camino, si ellas lograron que yo hallara el mío, o si más bien me perdí en medio de tanta historia ajena. Lo cierto es que mientras intentaba hacerles encontrar puentes a mejores formas de vida, o cuando escuchaba los problemas de otros, me desprendí un poco de mi propia identidad, llegando inclusive a

apropiarme de la de extraños.

Eliana y Yazmín atendían, sin comprender a dónde quería llegar Jimena.

—En ese juego me enamoré de un hombre, y yo misma me confundí, al punto de no saber si él me amaba, o sólo era un instrumento para borrar su soledad. Pero yo sí estaba segura de mis sentimientos, y por ello la ruptura resultó tan dolorosa. Amanda fue el remedio milagroso que sanó mi corazón, y desde que supe de ella me prometí a mí misma no volver a sufrir por la misma causa. Me forjé una vida sin sobresaltos, y cuando pensaba que ya nada lograría sorprenderme, el destino se vale de extrañas circunstancias para darme una sacudida: en primer lugar me trae aquí, y me sitúa en un pasado que hasta ahora ignoraba: supe de mi madre, del romance que vivió, la tarea admirable que cumplió con los ancianos, de la propuesta que dejó pendiente por parte de un hombre que la adoraba y que nunca conoció los motivos de su abandono. Aprendí a amarla más a través del testimonio de otros, pues por mucho que mamá Rosaura intentó honrar su memoria, su existencia era para nosotras un rompecabezas con muchas piezas extraviadas.

Hizo una pausa, manteniendo su mirada en Joseph.

—Por otro lado, me crucé de nuevo con el gran amor de mi vida, el hombre al que me entregué de todas las maneras posibles, y al que perdí de pronto sin explicaciones. Cuando él ya me parecía parte de un sueño lejano, aparece de nuevo removiendo los recuerdos.

A pesar de no conocer los episodios a los que Jimena hacía referencia, Yazmín y Eliana mantenían el interés en cada palabra.

—Ésta ha sido mi gran paradoja: después de dedicarme a visualizar el futuro de las personas, me encuentro con todos estos seres en la última etapa de sus vidas. Ya no tienen prisa, ya no importa qué les traerá el mañana, y su mayor deseo es estar en calma, sin dolor y rodeados de afecto, aunque éste provenga de extraños. Ahora mi misión es hacer que los últimos días de estas personas sean plácidos, y convencerlos de haber cumplido una misión importante en el mundo; me gusta ayudarles a creer eso, aunque esa idea pronto se desvanezca en su memoria.

—Y ahora nosotras representamos otro segmento que no conocías, ¿no es así? —intervino Eliana.

—Sí —aceptó Jimena abandonando la melancolía—. Pero aquí puedo decir que he forzado las circunstancias, pues mi corazón me pidió colocar en una misma escena a las personas importantes. Me niego a conocer mi pasado para lamentarme por lo que no sucedió; no quiero que esta revelación de mi destino me traiga pesadumbre... al contrario: ¡quiero que estemos todos contentos!

Yazmín parecía saborear las palabras entusiastas de Jimena.

—Yo estoy muy feliz por haberte encontrado Jimena —le confesó con su habitual afecto—. Pienso que aún tenemos mucho por compartir.

Jimena se sintió complacida por el entusiasmo de la joven; decidió que era buen momento para continuar con el objetivo de la visita.

—Vengan que quiero enseñarles algo.

Las guió hacia el interior de La Estancia, para llegar a uno de los corredores donde les mostró la foto de un portarretratos.

—Ella es mi madre: Laura Marina. Llegó aquí mucho después de su rompimiento con Jacinto Pereira; para entonces yo estaba pequeña y la verdad no logro recordar nada al respecto. Se involucró sentimentalmente con Arturo, el propietario de la residencia, y comenzaron a trazar juntos su plan de matrimonio; pero mi madre fue sorprendida por la muerte justo antes de su compromiso. No tuvo tiempo para despedidas; Arturo pensó que ella lo había abandonado y pasó el resto de su vida en medio de una gran frustración y tristeza.

Después de una pausa, continuó.

—Puedo comprender la terrible sensación que él experimentó, pues al igual que yo, no contó con una explicación, ni siquiera un adiós que anunciara el fin de la relación.

—¿Es decir que Arturo nunca supo que tu mamá había muerto? —preguntó Eliana sorprendida.

—No. Nunca lo supo. Pensó que ella había huido y no fue capaz de aceptarlo.

—Pero si la hubiera buscado se habría enterado de la verdad —agregó Eliana ante lo que parecía obvio.

—La debilidad del corazón muchas veces inmoviliza las piernas, y el temor a nuevos descubrimientos llevan a aceptar verdaderos infiernos. He llegado a pensar que Arturo intuyó el fallecimiento de mamá, y fue más fácil para él asumir el abandono que su propia muerte; al mantener su imagen viva, mantenía también la esperanza de su regreso. En esa espera indefinida, no se dio él mismo una nueva oportunidad de amar, y quedó atrapado en la ilusión de lo que pudo haber sido su vida.

Dio de pronto unas palmadas que causaron sobresalto.

—Ya vamos a cambiar el ánimo, que no hemos llegado todavía hasta donde quiero llevarlas

—les dijo mientras las invitó a seguirla.

—Espera —se detuvo Eliana—, ¿dónde están los niños? Hace rato que no los vemos.

Justo en ese momento se escuchó una gran risa colectiva y un desorden de voces provenientes de la cocina, entre las que Eliana pudo identificar las de sus hijos.

—No te preocupes por ellos, parece que la están pasando muy bien —le tranquilizó Yazmín.

Las tres hermanas caminaron hasta la puerta del gran salón, y antes de abrir, Jimena les ofreció una breve explicación de lo que ese lugar significaba.

—Aquí Arturo esperaba ansioso a mi madre para formalizar su compromiso, junto a unos invitados muy selectos y especiales. Para esa ocasión Eva, la madre de Arturo, había organizado un banquete en honor a la mía... quien nunca llegó. Desde ese día, la tristeza se apoderó del salón, manteniendo intacto el recuerdo de ese episodio. ¡Pero ya es suficiente!

Cuando Jimena abrió la puerta, se encontraron con la inusual iluminación del lugar, que luego de haber estado sumido en la penumbra por muchos años, recibía de nuevo la luz que entraba por las ventanas, para hacer relucir todos los colores y formas; una suave corriente de aire fluyó por la puerta recién abierta, dando la bienvenida a las visitantes. Dentro del recinto, algunas trabajadoras del asilo atendían diversas tareas, poniendo en ellas todo su entusiasmo: una hacía arreglos con flores recién cortadas que colgaban como péndulos; las más joven de las voluntarias se ocupaba de dar los toques finales a la gran mesa que ahora había renovado su aspecto: a pesar de lucir la misma vajilla y el mismo mantel de varias décadas atrás, ofrecía un aspecto reluciente luego de una cuidadosa operación de limpieza, en la que el jabón, el vinagre y los blanqueadores hicieron un magistral trabajo. Las poltronas y las sillas fueron sacudidas y expuestas al sol para eliminar el pesado olor de encierro y las esporas de la desolación. Una animada música instrumental alegraba el ambiente; las mujeres la tarareaban y hasta bailaban recorriendo el amplio espacio. Jimena interrumpió para atraer la atención de todas.

—Muchachas, escúchenme un momento por favor —solicitó para que abandonaran de momento las tareas que las ocupaban.

—Quiero presentarles a mis dos hermanas —y colocó ambas manos en los hombros de las sonrientes acompañantes.

Las mujeres saludaron cordiales a Eliana y a Yazmín. Angelina, la misma que una vez abrió la puerta a Jimena en su primera visita al asilo, se acercó para darles la bienvenida y en un intento por ser amable, mencionó un enorme parecido físico entre las tres, comentario éste que más nadie apoyó y que ninguna de las hermanas creyó.

—He querido organizar esta pequeña celebración para cerrar un ciclo, e incluir en él a las personas más importantes de mi vida —explicó Jimena haciendo sentir aludidas a Eliana y a Yazmín.

—Ya están por llegar nuestros otros invitados —anunció con agrado.

Un rato más tarde, el ambiente dentro del salón rebosaba de alegría. La gran mesa tenía todos

sus puestos ocupados y sobre ella se cruzaban las distintas conversaciones, en una confusión de voces y risas. Eliana y Yazmín se encontraban sentadas hacia uno de los extremos, cerca de Jimena que ocupaba el puesto que alguna vez estuvo destinado a Laura Marina. A su derecha se situó Joseph, quien a pesar de su mermada lucidez, había comprendido ya que Jimena era la misma persona a quien había amado en otros tiempos; lo seguía Amanda, encantada de disfrutar la plácida compañía de un padre con el que ya se había encariñado, y se esmeraba en recuperar el tiempo perdido. Ismael y Rosaura participaban entusiastas en la reunión, satisfechos por los nuevos miembros que se incorporaban a su corta familia, y por la evidente dicha de Jimena. En otros puestos se habían situado a los niños, sentados a regañadientes pues habrían preferido corretear por los pasillos. Brenda observaba, aún sorprendida, cómo las vidas de sus grandes amigas se habían conectado, y se enorgullecía de haber participado en el enlace. Unas empleadas y dos residentes, compartían el honor de haber sido convidadas a la memorable celebración.

El centro de la mesa lucía bandejas con apetitosos platillos, y las copas con vino esperaban el momento del brindis; sólo faltaban las palabras de la anfitriona para iniciar la fiesta de sabores. Jimena se levantó y apagó la gran lámpara. Todos enmudecieron ante la sorpresa, y vieron su rostro iluminado por una cerilla.

—Éste es un momento de gran trascendencia —anunció a la vez que encendía una vela solitaria en el centro del mesón—. La primera vez que entré a este salón, percibí las energías retenidas por años y un murmullo profundo intentaba hablarme sobre dolor y desolación. Pero no se debe otorgar tanto espacio al lamento, y por eso nosotros debemos ser misioneros de ilusiones; estos veleros que en otros tiempos brindaron su calidez, encienden de nuevo su llama para terminar de borrar las sombras.

Jimena se movió alrededor de la mesa y fue prendiendo una a una las velas de los candelabros, creando en ellas pequeños chispazos que se reflejaban en todos los ojos expectantes. La parafina comenzó a formar pequeñas gotas, y al rodar cubría la cera antigua.

—Dejemos todos que esta luz se filtre a través de nuestra piel, abramos para ella las puertas de esos cuartos solitarios que permanecen en nosotros, calabozos autoimpuestos que muchas veces nos impiden renovar el aire o admirar los verdaderos destellos del alma. Seamos valientes para enfrentar nuestros temores, y avancemos hacia destinos venturosos. No dejemos que los eventos nos retengan en el pasado, pues así como el agua estancada se pone turbia, el espíritu se empobrece. Permitamos que los episodios pasen y que nuevos manantiales nos refresquen.

Tras el breve ritual, Jimena se sentó y elevó su copa de vino.

—Brindo por quienes nos heredaron su historia para que aprendiéramos de ella; por estos niños: fuente legítima de esperanzas; por mis guías espirituales... que aunque se tomaron bastante tiempo, permitieron eliminar la brecha entre el ayer y el ahora. Celebro que estén aquí todos ustedes, y les agradezco este inolvidable momento de júbilo... ¡Salud!

Tras telones los actores y bailarines corrían agitados para resolver los atrasos de última hora. Amanda, la figura principal, ajustaba la falda de un vaporoso vestido para comenzar a hacer ejercicios de calentamiento. Uno de los actores repasaba sus líneas, y otros disfrazaban sus rostros con dramáticas expresiones a través de recargados maquillajes: trazos negros atravesaban sus párpados siguiendo las líneas de sus ojos hasta casi unirse con la punta de sus cejas resaltadas. Unas bailarinas comprobaban la firmeza de su peinado dando saltos de prueba en el aire, y otra fijaba su cabello con ganchos para formar un moño en la nuca. Los escenógrafos terminaban de ajustar las telas negras y grises sobre las coloridas flores de papel; las nubes y los árboles de anime no lograron salvarse de las sombras, quedando expuesta sólo una flor roja y amarilla: luz en la oscuridad. El director de la obra ayudaba a Yazmín a sujetar unos objetos de utilería a sus manos y pies, mientras una compañera abultaba su vestuario con rellenos livianos. Entre tanto un grupo de música preparaba sus instrumentos en el centro del escenario para la apertura musical que precedería la obra de teatro.

Llegó la hora del inicio. El público había ocupado poco a poco las butacas del viejo teatro; por debajo del telón observaban la sombra de los pies danzando de un lado para otro; un actor tropezó la cortina y creó una gran onda que partió del centro hasta esfumarse en los extremos; luego de su imprudencia se asomó por la abertura y creó expectativa entre los asistentes, quienes decidieron solicitar el inicio del evento con rítmicas palmadas. A los pocos minutos Ana Liz salió al estrado; en un sencillo discurso agradeció a todos los colaboradores que identificaron en «Cadena de Corazones» la oportunidad ayudar a otros. La anfitriona cedió el espacio al grupo musical invitado, proveniente de un instituto para rehabilitación de drogas: cuatro jóvenes comenzaron la interpretación de piezas tradicionales del repertorio venezolano; sonaron las cuerdas de dos cuatros y un arpa, acompañados por el silbido de una flauta dulce; a ellos se sumó un coro de voces oscuras y claras, para sorprender al público con novedosas versiones de conocidas piezas musicales. Luego de veinte minutos el concierto llegó a su fin, y el público no pudo dejar de ovacionar el esfuerzo de los muchachos que emergieron desde el oscuro hoyo de la drogadicción.

Ana Liz retomó la palabra para anunciar el inicio de la obra teatral «Pasos de Gracia», donde compartirían las tablas bailarines de danzas modernas y figuras del teatro. Hizo un

reconocimiento al escritor de la obra, el señor Gaetano Di Lucca, y luego de ofrecerle gentiles cumplidos se retiró.

Las luces del teatro se atenuaron, el telón se corrió para mostrar una sombría escena; y una voz femenina puso a la audiencia en alerta, al relatar la leyenda que acompañaba la actuación.

«Ésta es una concurrida plaza donde coinciden fugazmente las vidas de varios personajes, que por andar de apuros o dominados por sus pensamientos, poco perciben la presencia de quienes pasan a su lado... casi rozándolos.

Un músico pretende ganar algo de dinero con la ayuda de su violín, pero apenas algunos aprecian su magistral interpretación. Son pocos los que dejan caer unas monedas dentro del estuche abierto de su instrumento. Se distingue al hombre impaciente, que mira con frecuencia el reloj, suplicándole que se detenga para poder ganar unos minutos ante el inexorable paso del tiempo. Una complaciente madre compra una golosina para su hijo y el pequeño agradece con una sonrisa de satisfacción que tan sólo durará unos minutos... o hasta su próxima urgencia. Dos hombres en una acalorada discusión, han olvidado la ruta que llevaban, y entregan en pocos segundos la pasión de sus ideales.

Sin ser percibida, aparece una viajera trajeada de negro, lleva pesado ropaje, capucha, y arrastra piezas de hierro con sus pies. Mira a las personas y no puede comprender las risas de unos ni el afán en el actuar de otros; pasa delante del músico y sus ruidosos pensamientos no le permiten percibir los agradables acordes que por un momento la envuelven; todo lo que ve es sombrío y triste; ella misma se siente parte de la lúgubre degradación de grises y se mueve como una sombra entre las figuras de desconocidos. Se detuvo ante una pequeña flor que le llamó su atención por el colorido, le resultaba extraño encontrar un elemento con tanto brillo, pues estaba acostumbrada al paisaje oscuro; en cuanto se agachó para aspirar su aroma, una bailarina entró a la plaza con visibles movimientos de alegría. Su vestimenta era hermosa, con pañuelos verdes, rosados, púrpuras, que se elevaban en el aire acompañando sus ágiles movimientos; tenía cintas de colores atadas a sus muñecas dejando estelas en el vacío; bailaba por la plaza, siguiendo una alegre música con campanas, violines y percusiones que marcaban sus saltos. Hacía pequeñas pausas en el suelo, y en un empuje de energías reanudaba su coreografía; invadía el espacio con su expresión alegre, aminorando la oscura figura de la mujer que la admiraba.

—Quisiera contar con el don de la libertad, pero ya el mundo se ha cerrado para mí —se lamentó cuando vio a la danzarina alejarse—. Sólo me queda presenciar la dicha ajena, pues ya perdí

todas las oportunidades de ser feliz.

Miraba sus manos limitadas... el enorme ropaje que restringía cualquier movimiento, y le inquietó sentirse prisionera. Hizo un intento de correr, pero su cuerpo no le obedeció; tomó asiento en un banco de la plaza y lloró con desconsuelo. Escondido su rostro sobre sus piernas, no advirtió cuando un hombre se acercó caminado con paso ágil; llevaba ropa de tela liviana color blanco, y un pañuelo amarillo atado al cuello. La encontró en sollozos y miró a los lados buscando en el ambiente a algo que le delatara el motivo de su tristeza, pero nada advirtió. Se acuclilló ante la extraña, y ella alzó su mirada enrojecida; al toparse con el rostro del muchacho, él retrocedió con sigilo y comenzó a bailar por todo el lugar, deseando contagiarla con su energía; la peregrina lo siguió con la mirada, asombrada por la soltura, y sintió el llamado de su corazón para que siguiera al muchacho. Se puso de pie y le gritó.

—Por favor, déjame acompañarte en tu danza.

Lo vio alejarse e intentó mover sus pies para ir tras él, pero sólo logró caer, con lo que aumentó su frustración. Tendida en el suelo recostó su cabeza sobre sus brazos y después de tristes lamentos quedó dormida.

Más tarde regresaron juntos la bailarina y el joven.

—¿Quién es? —preguntó ella extrañada al ver a la dama tendida en el suelo.

—Quisiera saberlo, sólo he alcanzado a ver su rostro: es hermosa pero tiene la mirada de un animal enjaulado —respondió.

Ambos desconocían su procedencia, pero coincidían en su deseo de animarla. Decidieron pedir ayuda para retirar las mantas negras del paisaje buscando en ese sencillo acto contagiarle su entusiasmo; las personas de la plaza abandonaron las tareas que los ocupaban, y comenzaron a bailar mientras ponían al descubierto las enormes flores, arbustos verdes, nubes blancas, para luego despojarse de las casacas que ocultaban sus vistosos trajes, y hasta una fuente que parecía seca, comenzó a lanzar sonoros hilos de agua. El panorama se había transformado, la bailarina desapareció, las personas retomaron sus rumbos, y sólo quedó el hombre que deseaba mostrar a la desconocida el mundo que ahora lucía esplendoroso. La llamó tocando su hombro.

—Mujer... mujer: despierta, no puedes seguir negándole a tus ojos todos estos colores.

Ella reaccionó e intentó incorporarse frotando su rostro. Miró al hombre y sonrió por la felicidad de comprobar su presencia; él le tendía la mano y ella aceptó con agrado su ayuda para levantarse; después le mostró contento el ambiente colorido que los rodeaba.

—Has develado los colores para mí —dijo mientras giraba, maravillada por el milagro que estaba ocurriendo.

—No lo he hecho yo. Sólo corrimos las cortinas que los mantenían fuera de tu vista.

El hombre le señaló su ropaje y las cadenas

—Debes liberarte de todos esos pesados objetos ¿Qué son esas rocas que haces colgar de tus muñecas?

—Las tengo allí porque no puedo permitirme olvidar el daño que otros me han hecho, y cuando intento elevar mis brazos, la imposibilidad de hacerlo me hace recordar cuánto los desprecio.

— ¿Y por qué vistes ese ropaje tan pesado y oscuro?

—Porque mi apariencia no es perfecta, de esta manera evito mirar mi reflejo y puedo evadir las constantes críticas de otros. Y este negro profundo lo llevo para reprocharme por los malos ratos que yo misma he hecho pasar a los demás.

El joven se mostraba confundido ante tal filosofía de vida, y no dejaba de sorprenderse por el particular cargamento.

—¿Qué significan esas cadenas que arrastras?

—Creo que la respuesta puede resultar fácil: he dado muchos pasos en la dirección equivocada, y por ello he caído muchas veces. Llevo esas cadenas para castigarme por mis fallas, y así mis pies serán más precavidos; no se moverán hasta estar seguros del paso que quieren dar.

—¿Y hacia dónde quieres ir?

—Todavía no lo sé, pero no puede ser muy lejos, pues mis piernas ya están cansadas para emprender largos caminos.

En medio de la conversación apareció de nuevo la bailarina, quien inició una danza alrededor de ellos. La viajera la miró con envidia.

—Quisiera poder contar con su ímpetu, pero es obvio que su vida no ha sido tan difícil como la mía.

—Esa muchacha es mi hermana, y créeme que ha pasado por duras pruebas —le aclaró el joven mientras admiraba también la gracia de sus movimientos—. La diferencia es que ella ha decidido usarlas para mejorar su baile y ganarle la batalla a la vida. Mírala: usa delgadas zapatillas para sortear los hoyos del camino, y si por error cae en uno, corrige su rumbo sin arrastrar sus pies, así no deja surcos que puedan confundir a otros. En sus muñecas ha atado cintas de colores que representan tristes episodios, y le recuerdan que con las lecciones aprendidas puede evitar sufrimientos a otras personas. Los colores que la cubren ayudan a transmitir sus enseñanzas sin que otros sientan pena de ella.

La caminante observaba como las vibrantes cintas dibujaban efímeras figuras en el aire, mientras que las piedras atadas en sus muñecas impedían hasta el más sencillo movimiento. El

joven continuó elogiando a su hermana.

—Si miras bien su rostro notarás una cicatriz que en otros habría producido un gran complejo, sin embargo ella ha decidido que los espejos no son jueces inquisidores que dan sentencias por tus defectos, sino que reflejan su belleza única; y que los ojos de los demás descubrirán en ella su alegría antes que una marca del destino, por eso ha decidido sonreír.

La dama entendió sorprendida que ella había hecho justo lo contrario, convencida de que los errores propios y los ajenos la habían llenado de una precavida sabiduría; tomó conciencia de todo el dolor que ese gran peso le producía en cada músculo. Vio que la bailarina se alejaba acompañada por su propio canto, y deseó despojarse de todo lo ajeno a su cuerpo.

—Tú tienes la manera de ayudarme. Por favor rescátame.

—Nadie debe acostumbrarse a la ausencia de libertad, y es un gran paso el querer recuperarla, pero sólo tú tienes el poder de lograrlo. Yo te ayudaré a desprenderte de lo innecesario.

La viajera se colocó en el centro de la plaza, elevó su mirada, y tras un gran esfuerzo levantó sus manos hacia ambos lados, con lo que dejó ver las rocas atadas a sus muñecas. Usando voz fuerte y resuelta habló.

—Estas piedras me han hecho revivir demasiadas veces el sufrimiento que he acumulado —en eso tomó una grande con las dos manos y la colocó frente a sus ojos—, pero ésta en particular me ha recordado por años el dolor que me produjo alguien a quien amé mucho, pero que me hizo conocer la traición. Creo que le he permitido demasiado poder en mí. Ahora necesito soltar mis brazos.

Y rompiendo las amarras lanzó con furia todas estas piedras muy lejos de ella. Al descubrir la sensación que eso le brindaba, se agachó y tomó las cadenas entre sus manos.

—Es hora de ofrecerme a mí misma la oportunidad de explorar nuevos caminos, sin castigarme de manera tan severa.

Abrió los candados que sujetaban los hierros a sus pies, y comprobó con alivio la ligereza de sus movimientos.

El joven se colocó delante de ella, y fijándose en sus ojos le retiró la capucha que cubría su cabeza; así pudo mirarle el rostro a plena luz.

—¿Cómo es que has privado al mundo de tu mirada, de tu bello rostro... del brillo en tu cabello?

—No soy tan hermosa, me estás mintiendo.

—Deja que el mundo lo decida, entiende que no todos deben pensar igual que tú. Ésa es la dinámica de la vida, y no puedes empeñarte en detenerla.

Le pidió que se despojara de la túnica; ella accedió y su figura quedó con un sencillo vestido

negro. Una anciana se acercó, colocó sobre sus hombros un chal bordado con figuras multicolores y se retiró.

—Tienes sobre ti el arcoíris de la vida —le dijo el joven, dándole suaves palmadas en los brazos—. Ahora sígueme... ya eres libre.

Ella quiso complacerlo, pero sus piernas entumecidas no pudieron responder a la orden y flaquearon.

—¿Lo ves? Soy una torpe

El muchacho se sintió avergonzado por apresurarla y ofreció disculpas; le acercó su brazo como apoyo y comenzaron a andar con paso suave.

—El mundo está renaciendo —dijo ella emocionada.

—No —le respondió—. Siempre ha sido así. Eres tú quien lo está descubriendo en este momento.

Ambos parecían flotar cuando cruzaron el sendero.

Cierre del telón.

Luego de un instante el público comprendió que la obra había culminado, y en un despliegue de júbilo, premió la presentación con generosos aplausos. El mensaje había logrado conmover a los presentes, y en un gesto simultáneo se levantaron de sus asientos para demostrar su aprobación. El elenco salió de nuevo al escenario: allí estaba Amanda como la joven bailarina, Yazmín personificaba *ala viajera*, y el resto del elenco se repartía entre bailarines y actores que fundieron sus artes para recrear la fábula.

En el público se encontraba Gaetano, quien había salido de su residencia luego de meses de encierro y tras un complicado traslado; a su lado, Ana Liz continuaba conmovida con la obra. En una misma fila se encontraban Jimena y Eliana, compartiendo el orgullo de haber disfrutado en escena a sus queridas Amanda y Yazmín. Junto a Eliana, Renato experimentaba cómo la admiración que siempre había sentido hacia su jefe Gaetano se hacía mayor.

Luego del cierre, Gaetano permaneció en su asiento recibiendo los elogios de los presentes, y el saludo amable de algunos lectores de su libro. Parte del elenco se le acercó para reiterar su agradecimiento por la obra, y con la humildad que le caracterizaba, el autor les adjudicó el mayor mérito.

—Muchachos, me han sorprendido con su interpretación. Ustedes captaron a plenitud el mensaje principal, pero lo han enriquecido para lograr una impecable interpretación. Me siento muy honrado y orgulloso por lo que ustedes han demostrado.

Al momento de la partida, Ana Liz consideró prudente acompañar a Gaetano de vuelta a su casa, evaluando lo aparatoso que resultaría su retorno. Aunque contaba con su asistente Horacio, necesitaba de alguien más que le ayudara a mitigar la incomodidad de su vulnerabilidad. Ya en su habitación, Ana Liz hizo elocuentes elogios y mostró su agradecimiento personal.

—Me parece increíble la manera en que lograste enlazar todos los elementos que te sugerí. Creo que cada persona dentro de la sala pudo verse reflejado en los personajes que colocaste en escena. Te agradezco mucho el esfuerzo que hiciste por nosotros.

—Mi querida niña, no hay una sola razón por la que debas agradecerme. Confieso que cuando me dejaste la tarea de escribir un guión, sentí que estaba en serios apuros; no es lo mismo escribir por encargo que por simple iniciativa. Pero quería hacerlo; anoté las pautas que me diste, y las dejé pasear en mi mente día y noche; las vinculé con los casos de las mujeres que siempre mencionabas, las traumáticas vivencias que les habían robado el ánimo de vivir, y tuve una percepción distinta de ellas. También funcionó como una terapia de autoanálisis —le confesó entre risas nerviosas—, entendí que no sólo tengo impedimentos físicos, sino que mi corazón está también atascado en temores y excusas absurdas que lo único que han logrado es frenarme. De alguna manera los casos ajenos se mezclaron con los personajes que imaginaba y con mis propias experiencias: yo también estoy limitado por cadenas y piedras que me niegan el goce de la vida, y sin darme cuenta me acostumbré a ellas, y eso es lo peor que puede sucedernos, pues a partir de allí dejamos de luchar, no pensamos en la huida, sólo permanecemos allí, ahogándonos, negándonos a tomar el control. Y yo pagué muy caro por mi propia debilidad: te perdí... cuando eres tú lo más grandioso que me ha traído la vida.

Ana Liz estaba conmovida, reconociendo en aquellos ojos el amor que siempre había recibido de él; la sorprendió una gran frustración.

—Tal vez llegaste a dudar de mi amor, y muchas veces me culpé de no haber resistido lo suficiente a tu lado... pero me fallaron las fuerzas. Mirar tu abandono me hacía mucho daño, y la sensación de impotencia era desoladora. Creo que cuando el deseo genuino de ser feliz es sustituido por un simple instinto de supervivencia, el rumbo de la vida cambia... y eso nos sucedió: ya mantener una relación carecía de sentido para mí.

—Ana Liz —interrumpió Gaetano—. No tienes por qué darme explicaciones que resultan obvias. Te recriminé muchas veces el haberme abandonado, pero en el fondo te concedía la razón. Siempre creí que debía ser yo quien te protegiera, el que te sirviera de apoyo, y me negaba a aceptar que los roles estaban invertidos. Lo que tenía era terror a fallar, pues así me verías débil y fracasado. Evité dar un gran paso debido a la poca fe que tenía en mí mismo, pero ya es hora

de abandonar este comportamiento obstinado y avanzar. Hoy logramos representar el acercamiento a la libertad, pero para mí se hace necesario ir más allá de una fábula en las tablas de un teatro; debo afrontar un nuevo reto con determinación, asumiendo los riesgos y los contratiempos que pueda implicar.

—¿Y cuál es ese nuevo reto? —indagó Ana Liz ansiosa.

—Voy a hacer lo que tantas veces me sugeriste: voy a optar por una cirugía. Ya lo decidí, me empeñaré en recobrar mi vida... y si la suerte sigue de mi lado, tal vez pueda recuperar mi tesoro máspreciado.

Ana Liz se sintió aludida, y un gran temblor le recorrió el corazón. Gaetano se apresuró en acotar.

—No digas nada por favor; sé que mis posibilidades de recuperarte son lejanas, pero eso al menos me dará el vigor para no rendirme.

Fue en ese momento, delante del hombre a quien tanto había amado, que Ana Liz supo cuán prendida estaba aún de él. Lo miró con ojos llorosos y le acarició las manos.

—Si de verdad deseas llevar a cabo tu decisión, quiero ser yo quien te ayude.

—Recuerda que mi cuerpo atrofiado no podrá seguir tu paso.

—Nunca te pedí que corriéramos juntos. Estaba dispuesta a disminuir el mío sólo para disfrutar de tu compañía.

—Entonces, te pido de corazón que me ayudes, pues no puedo ocultar que siento mucho miedo, pero junto a ti tendré el ánimo necesario para enfrentar ese proceso.

—Te acompañaré Tano. ¡Cuenta conmigo!

Era la mañana del sábado cuando sonó el teléfono en casa de Ana Liz. Al atender le costó reconocer la voz de Amelia al otro lado de la línea, pues sólo identificaba una especie de murmullo incoherente.

—¿Amelia: eres tú? —indagó con tono precavido.

—Sí —alcanzó a contestar, para dejar la línea en absoluto silencio.

—Amelia, ¿qué te pasa, te sientes mal acaso? ¿Qué puedo hacer por ti... o por Gaetano?

—preguntó con temor.

—Se fue Ana Liz... Gaetano se fue —le contó en medio de sollozos.

—¿Cómo que se fue... para dónde?

—Se nos fue Ana... Gaetano murió.

Ana no lograba precisar el significado de esas palabras. El anuncio de Amelia sonaba irreal. Sintió un mareo que le nubló la mente y se sentó en una silla justo detrás de ella.

—No entiendo, ¿qué fue lo que pasó? —preguntó con voz alterada

Amelia lloraba con desconsuelo, compartiendo con su nuera la impresión de la noticia.

—Murió mientras yo dormía...

Ana Liz comenzó a elevar la voz.

—No puede ser, si apenas ayer estaba bien.

—Ni siquiera sé si sufrió, si despertó en la madrugada o murió cuando estaba dormido. ¡Yo no estuve allí para acompañarlo, le fallé! —declaraba consternada.

En medio del sufrimiento, Ana Liz intentaba buscar palabras de consuelo para mitigar el sufrimiento de la madre, pero sus sentimientos sólo dejaban espacio para el propio llanto. Soltó el teléfono y comenzó a caminar agitada por la habitación, como si buscara escapar de la reciente noticia, pero el dolor se apoderó de ella, y podía sentirlo desgarrándola por dentro.

Una hora más tarde, Ana Liz llegó a casa de Gaetano, donde Horacio le abrió la puerta. Caminó hacia la habitación buscando a Amelia, y la encontró sentada en silencio al lado de su hijo; al notar la llegada de Ana Liz se levantó, y sin hablar se abrazaron; así se fundió el dolor de ambas. El inmenso cuerpo de Gaetano yacía boca arriba con expresión de calma; Ana Liz se acercó con lentitud, apretó sus labios temblorosos y sollozando extendió su mano para tocarlo.

—No creo que haya sufrido, Amelia. Su rostro se ve tranquilo. Piensa que la muerte le llegó de

sorpresa, y no le dio tiempo siquiera de despertar para asustarse por su llegada.

Amelia se acercó para verificar lo que la joven afirmaba, tratando de encontrar una razón valedera para aminorar la culpa por no haberlo asistido en momentos de dolor.

Ambas mujeres permanecieron al lado de Gaetano, mientras Horacio se mantenía retirado, esperando alguna instrucción, sin atreverse a tomar iniciativa alguna. Así estuvieron por más de una hora, hasta que Amelia se aclaró la garganta para hablar.

—Es hora de hacer los arreglos, sabemos que el funeral tendrá complicaciones, y hay que trabajar en ello.

Gaetano fue preparado y velado en su propia habitación para dar tiempo a que construyeran un ataúd adecuado para sus dimensiones y peso. Las personas del servicio funerario se trasladaron hasta la residencia para arreglarlo, y con la ayuda de Ana Liz y Amelia debieron enfrentar una situación para ellos inédita. Resultó imposible mover el cuerpo para desvestirlo; recurrieron a tijeras para despojarlo de la camisa que llevaba, y le colocaron una nueva que sólo cubriría su parte superior, por lo que debieron usar cintas adhesivas para sujetar la ropa a su piel. Prepararon su cama con sábanas azules, encendieron velas sobre candelabros de pedestal, una vecina colocó arreglos de flores en jarrones de cristal, y colgaron un Cristo de madera en la cabecera; así se llevó a cabo su velatorio antes de ser trasladado al cementerio.

Muchas personas se aglomeraron en la sala esperando el turno para entrar a la habitación, pero Horacio asumió la tarea de controlar a los visitantes para no causar congestión y evitar agobiar a las afligidas mujeres que permanecían al lado de Gaetano despidiéndose.

En la cocina, Brenda preparaba café para los visitantes, y en cada taza aportaba el sabor salado de sus lágrimas, en un largo lamento por la pérdida de alguien a quien apenas conocía, pero que había ganado su admiración. La madre de Ana Liz preparó dos grandes ollas de un consomé de pollo que servía en la mesa de la cocina por tandas de seis personas, mientras Amanda colaboraba de manera diligente sirviendo las porciones y lavando los platos. Jimena asistió para acompañar a su hija, y permanecía en una esquina de la sala, observando el aire de manera extraña.

—Puedo sentirlo —le dijo a Amanda en voz baja—. Permanece entre nosotros, y en absoluta armonía. Está feliz, no deberían ni siquiera llorarle.

—Te lo creo mamá, pero mejor deja a estas personas tranquilas que superen su duelo con naturalidad. No todo el mundo está preparado para tus percepciones, y no quiero que nos miren como a unas extraterrestres.

Los visitantes se mantuvieron en vigilia para acompañar a Amelia y Ana Liz. Con la llegada de la

mañana un grupo de mujeres ofreció un rosario por el descanso eterno de Gaetano, y acto seguido se procedió a la laboriosa tarea de trasladar el cadáver al cementerio. Para sacarlo de la habitación rodaron su cama hasta el balcón, donde la pluma de una grúa se asomaba esperando la carga de 284 kilos, sujeta con arneses que deslizaron con gran dificultad por debajo del cuerpo sin vida; al escucharse el motor de la máquina, todos los presentes quedaron sorprendidos ante el espectáculo de la gran figura desplazándose por el aire: la piel flácida parecía desparramarse por los lados, asomándose por debajo de las sábanas con que su madre lo había cubierto; cuando Amelia vio a su hijo elevándose del balcón, bajó con prisa las escaleras sin frenarse por el dolor de sus rodillas, para luego recibirlo en la calle con besos y palabras de amor, en un esfuerzo por proteger a su hijo de las miradas curiosas que invadían su privacidad. Ana Liz en cambio se preocupó más por la madre, y la acompañó en cada minuto ayudándola a superar la tristeza y sus limitaciones físicas. Las personas del servicio fúnebre acomodaron el cuerpo en el ataúd sobre la plataforma de un camión; necesitaron unos minutos para apartar a la madre, y después de cerrar la tapa del gran cajón, ubicaron alrededor docenas de coronas con flores. Amelia se rehusó a dejar solo a su hijo durante el trayecto, y habilitaron un asiento a su lado donde hizo un recorrido poco mayor a cuarenta y cinco minutos, entre lágrimas y sustos. El cortejo de carros desfiló detrás del camión y durante el peculiar recorrido, un hombre ebrio y confundido, intentó animar la caravana con un grito fuera de lugar.

—¡Que viva el carnaval!

La operación de descarga en el camposanto se hizo más sencilla, pues sólo fue preciso emplear un montacargas para trasladar el ataúd, causando algunos estragos en las tumbas vecinas. En el sitio, la pesada urna fue colocada sobre las correas del sistema habilitado para el descenso, pero esta vez se hicieron algunos arreglos especiales para resistir el peso extra, lo que daba un aspecto sobrecogedor al lugar. Docenas de espectadores que habían recibido la noticia de Gaetano Di Lucca, se reunieron cerca de la fosa para ofrecer su apoyo, y satisfacer además su morbosa curiosidad; algunos ayudaron a trasladar las coronas de flores desde el camión, otros se alineaban para expresar su pésame a los familiares, y luego disputarse con disimulo la escasa sombra de los árboles cercanos. Las fanáticas de su libro lloraban la muerte del hombre que había logrado revelar la gracia en sus cuerpos voluptuosos; las integrantes del pequeño club de fans vestían franelas con dos enormes ojos estampados a la altura de los prominentes bustos, decorados con lágrimas escarchadas y letras impresas que decían «Lloro por ti». Estudiantes de la universidad, que en otros tiempos asistieron a casa de Gaetano para encontrar en su limitada existencia material de estudio, tomaban ahora nuevas notas para enriquecer sus escritos sobre

los efectos de la obesidad mórbida. Mientras tanto, los trabajadores del cementerio se escabullían entre las personas para incorporar algunos equipos que consideraban necesarios para el desplazamiento final.

Al nutrido grupo se incorporó Eliana, quien recién llegaba con su hermana Yazmín. Brenda las recibió enseguida para resumirles el capítulo del traslado en grúa, como si eso fuera indispensable para unirse al oficio. En ese momento un sacerdote trinitario de español recortado inició la misa, y en su retórica hizo hincapié en la ligereza del espíritu, superando cualquier limitación del cuerpo y de la mente, que a más de uno hizo recordar la grotesca imagen de Gaetano suspendido en el aire.

—Nuestro hermano va a reino de cielos volando ligero como ave al lado de ángeles y arcángeles. Tras reflexionar un poco en las palabras del religioso, Eliana se entregó a la tarea de observar al heterogéneo conjunto, y analizar las actitudes humanas con la curiosidad de un escritor. Se topó con la imagen de los jóvenes que cantaban inspirados canciones a la Virgen, en un pequeño acto de entrega. Unas amigas de Amelia, se unían al homenaje con sonoros sollozos que parecían ensayados, incomodando a quienes se encontraban cerca de ellas. En cambio las mujeres del grupo de fans lloraban en silencio con real lamento, y una se abanicaba tratando en vano de mitigar el efecto del sol radiante a las dos de la tarde. Algunas llevaban en sus manos el libro de Gaetano, y a distancia Eliana pudo reconocer a la mujer de la portada que un día había detallado en casa de Brenda. Una joven que cuchicheaba con su compañera sacó una cámara fotográfica, y Horacio se le acercó de inmediato, antes que hiciera uso de ella. Dos perros callejeros permanecieron echados al borde de la fosa, como si fueran parte del protocolo de despedida, y entre sus largos bostezos mantenían su mirada lánguida sobre el féretro. Eliana se topó con la mirada de un hombre al que reconoció como mesonero de «En Nápoles con Piero», y éste le hizo una ligera reverencia con la cabeza. Estaban también presentes algunos de los jóvenes actores de la obra de teatro, y entre ellos encontró a Amanda, la grácil muchacha que, inclusive en momentos de drama, tenía dibujada en su rostro una sonrisa natural. La joven advirtió la mirada de Eliana y regaló a su tía un gesto cariñoso que ella recibió complacida. Admiró a una elegante mujer con impecable vestimenta y peinado, que pasaba su brazo por el hombro de Amelia, en una humilde señal de apoyo. Era Diana Lieto, la directora de la editorial, quien pensaba en las historias que Gaetano se llevaba a otra vida sin haber podido darlas de regalo al mundo. Cerca de ella se encontraba Renato, y Eliana detuvo allí su atención, para admirar de manera discreta al atractivo hombre de actitud solemne y traje azul marino que rendía su último homenaje al que fuera su jefe durante doce años. En ese momento Yazmín parece haber

coincidió en la observación de su hermana y se acercó a su oído para susurrarle.

—Renato luce divino; deberías considerar seriamente sus intenciones de conquista.

Con un poco de vergüenza por el pensamiento compartido, Eliana le llamó la atención.

—Por favor Yazmín, que estamos en un funeral.

Yazmín se sintió apenada, y murmuró una disculpa a su hermana, pero Eliana continuó observándolo con disimulo, corroborando el reciente comentario. Podía identificar en él a una persona franca, auténtica, y aunque la idea de un nuevo romance le había parecido lejana, se extrañó al pensar que tal vez sí valía la pena buscar de nuevo el amor junto a él; Renato parece haber recibido el llamado mental, pues la vio con gentileza, y le ofreció la particular sonrisa ladeada que ella había admirado en el primer encuentro; al sentirse descubierta, volteó sutilmente hacia el ataúd, el cual estaba a punto de iniciar su descenso al fondo de la fosa. Puso atención en las palabras del sacerdote quien hablaba de la resurrección del espíritu; observó a Ana Liz que se entregaba al llanto luego de haber permanecido en calma durante todo el oficio, y vio como Amelia colocaba un sobre de papel encima del ataúd, pisado por un botón de rosa que habían besado ella y Ana Liz, como gesto de despedida.

Amelia había decidido enterrar a su hijo con la carta que Piero una vez recibiera de su padre, la misma que Gaetano leyó cientos de veces pues lo conectaba al país lejano de donde provenía su sangre, y preservaba el recuerdo de su padre. Esas líneas expresaban el sacrificio de Piero, los tesoros morales que su abuelo había sembrado dos generaciones atrás, y el agradecimiento a gente extraordinaria que lo había acogido. Para Amelia esas hojas reflejaban los valores que ella misma había cultivado, pues resultaban determinantes en el resguardo de su hogar: el respeto a la familia y a la mujer; el amor incondicional, el trabajo honesto, la lealtad, y el compromiso con su país natal, cuyo suelo en ese momento recibía a su único hijo.

Durante un instante de profundo pesar, en el que se imponía la quietud del camposanto, se escuchó un crujido; los perros interrumpieron su modorra para apartarse, y repentinamente las correas que sostenían el féretro cedieron, provocando un movimiento de caída libre que acabó en un gran estruendo. Tras el gran susto, las personas se asomaron imaginando algún desastre, pero vieron como el ataúd quedó ileso en el fondo del agujero. Las flores que habían colocado encima se desplazaron hacia los lados, llenando el espacio libre hacia las paredes de la gran fosa, y sólo quedó encima el sobre blanco y el botón de rosa que Amelia había colocado.

A pesar de la exaltación, la madre rió por el consuelo que acababa de encontrar.

—Es increíble: lo esencial continúa con nosotros —y tras lanzar un beso con su mano, pronunció las palabras finales del acto—. Espero que ahora me perdones; ya eres libre, hijo querido.

Eliana presenci3 el adi3s de Gaetano, y comprendi3 que ella no era una simple espectadora del dolor ajeno. Ese gran hombre que se haba llevado consigo su sencillez e intelecto, le haba dejado una gran enseanza como legado. No se trataba s3lo de la lecci3n que haba recibido a trav3s de su obra de teatro, sino que le haba revelado una simbolog3a de vida, coronada inclusive por el momento final de su despedida; los personajes del momento se agruparon con los del pasado; el ayer recobraba vigencia, no para reavivar las emociones de antes, sino para obtener de 3l interpretaciones frescas; eventos diversos pasaban fugaces por su mente y se conjugaban para crear f3rmulas nuevas, imposible de ser descifradas por otros: estaban all3 s3lo para ella, para que las examinara con su sabidur3a. Nada pod3a desperdiciarse...nada deb3a quedar por fuera ante la b3squeda de una nueva y mejor forma de vida.

Se nos otorga el don de la vida sin que tengamos conciencia de su significado, y a nuestro lado alguien alberga la esperanza de una existencia plena y feliz para nosotros; pero en paralelo recibimos también una sentencia que nos hará prisioneros de una u otra manera, más tarde o más temprano, como si fuese ésa la manera natural de habitar el mundo. Tomamos un espíritu libre, sin contaminación ni influencias, pero en la temprana exposición a una sociedad viciada se nos hace imposible esquivar las trampas que se colocan ante nosotros; caemos en ellas, inocentes, sin que en el momento sintamos dolor, ni la urgencia de escaparnos. No percibimos las redes que nos inmovilizan, ni los dardos que adormecen nuestro ímpetu original cuando nos unimos al movimiento global.

Desde niños los dogmas sociales nos van moldeando para que actuemos de la manera que de forma casi unánime se ha considerado «correcta», y debemos responder a patrones, lineamientos y paradigmas; construir una buena reputación se hace más importante que la propia manera de ser y en la tarea de interpretar lo que está bien y lo que está mal, cada padre busca crear una versión particular, única e irrepetible que no siempre garantiza el bienestar de los hijos. La crianza representa un lento proceso en el que se aceptan amarras que otros imponen, y si decidimos zafarnos, o actuar contra alguno de esos preceptos, nuestra conciencia nos reclama... y si no lo hiciera, no faltará quien nos recuerde lo que hicimos fuera del esquema. Cuando ya estamos saturados de prejuicios, no necesitamos del látigo ajeno para castigarnos por nuestro comportamiento errado, y aunque no encontremos una razón valedera para el veredicto de «culpable», actuamos como jueces inflexibles... los más severos, y dedicamos gran parte de nuestro tiempo a castigarnos de manera exagerada, abandonando el sentido lógico del ciclo vital.

Nuestros conflictos interiores nos transforman en seres inestables, vulnerables, sensibles en extremos; la tolerancia hacia nuestros hermanos se hace mínima; en cualquier instante surge una chispa y hace que algún sentimiento explote para crear el caos; sólo así puedo explicar que un individuo, en un evento sin trascendencia a mitad del camino, sea dominado por la ira y manipulando un arma improvisada atente contra un amigo. Aunque un segundo más tarde lo inunde el arrepentimiento, ya es demasiado tarde, ha pasado de ser vehículo fugaz de la ira, a prisionero eterno de la culpa. Y en mi papel de testigo, advertí que ésa era apenas una de las

maneras que el hombre ha encontrado para defenderse de los fantasmas que se han formado a su alrededor... de los acuerdos atemporales que residen en el subconsciente. Los eventos diarios no hacen más que crear un marco, no forman al individuo sino que lo ponen a prueba. En la maliciosa jugada del destino se ponen cara a cara las vivencias de unos contra las de otros, y el afán por defenderse siempre emerge. Bien puede ocurrir entre centenares de individuos, o en privado, cuando dos personas se enfrentan en una habitación. No hay diferencia, sólo hay que esperar la chispa.

Nos manipulan los sentimientos para hacernos mezquinos e indolentes, cuando percibimos que alguien nos puede arrebatarnos a la persona que amamos; simple debilidad disfrazada de astucia que nos lleva a creer que todo es válido en la defensa de la pareja, y sobre todo del amor propio; así justificamos nuestras acciones aunque esto involucre a inocentes. Pensamos entonces que la conciencia está de nuestra parte, pero ésta es traicionera, y cuando menos se espera, entrega su pesada factura por el lapso de complicidad, y la coloca justo encima del corazón. Surgen confesiones, acciones de última hora, y de pronto se hace urgente encontrar a un niño que nació de la infidelidad, o pedir disculpas a quien no las ha solicitado. No pretendo juzgar las acciones de personas que como mi madre forzaron salidas para sus dificultades, pero puedo suponer que con ello se forjó una sentencia que intentó disimular con una carátula de hogar perfecto, esposo abnegado e hijas modelos; pero la oscuridad es severa, y propicia la lucha de sentimientos: la sombra del niño sin padre que antes parecía disiparse por la urgencia de sostener la familia, ahora se hace implacable.

Pero las amarras no sólo aparecen en la conciencia, otros caen prisioneros de su cuerpo al que se le han sumado años de abuso. Cuando éste recibe mucho más que lo justo, sobrecarga sus mecanismos y altera las funciones; lo innecesario se hace imprescindible y ante tal dominio, la voluntad cede. En Gaetano comprendí el significado de la auto condena, la aceptación que de forma sutil se convierte en resignación. Las condiciones precarias y las limitaciones de sencillas funciones humanas se instalaron en él como un hábito, y ni hablar de todo aquello a lo que renunció por la falta de voluntad, por la dilación y el miedo, erosionando las posibilidades de una existencia plena. Pero la aparente normalidad es un convenio puramente personal, en el que se dejan de lado las necesidades de otros: personas que han querido unirse para compartir sentimientos hermosos, pero que no son capaces de adaptarse, y deciden huir; allí se activa la campana de alerta. Después lo que domina es el inmenso dolor que produce la pérdida de la persona amada. Aun así, Gaetano pensó que tenía el control, que la última palabra estaba en él, pero no era cierto: su organismo reclamó y sucumbió ante el exceso.

Nos resignamos al deterioro físico cuando envejecemos, y en el acercamiento a la muerte, las ideas se mezclan, surgen remembranzas de alegría y tristeza, de satisfacción o decepción. Es común el resentimiento por las luchas abandonadas, hay tiempo de sobra para el arrepentimiento: si tuviera unos años menos... por qué no amé más... debí atreverme... tantas cosas que se hubiesen podido hacer de manera diferente, tantas batallas que se perdieron por el simple hecho de no haberlas emprendido siquiera, y en la etapa de inactividad obligada, se llega a largos paseos por el ayer, pues ya no hay fuerza para más. Así se forman los prisioneros de los recuerdos.

Podemos estar inmovilizados por el mando que algunos individuos ejercen sobre nosotros, pues nuestra propia debilidad e inseguridad, nos arrima o mantiene junto a personas inestables que encuentran en sus víctimas la posibilidad absurda de obtener supremacía, cuando en el fondo no son más que sujetos vulnerables, presas también de su propia inseguridad, que al someter a otros a su yugo, son engañados por un falso sentido de autoridad; entonces se crea una simbiosis en el que ambos parecen dependientes, pero es uno el que sufre las agresiones morales y físicas; el otro, esclavo de su propia maldad, jamás hallará la paz y en su limbo miserable permanecerá errante, llevando sobre sí la desdicha propia y la de su víctima. Comprendí esto luego de presenciar el testimonio de muchas mujeres en el centro de apoyo, quienes soportaron el daño como un hecho natural, sin darse cuenta que el principal agresor no era el hombre que maltrataba, sino ellas mismas que lo permitían. En su propia ceguera, no lograban divisar la ruta de escape, pues estaban convencidas de cumplir una merecida penitencia. Sólo se salva la que toma conciencia de su valor individual.

Pero son más los sentimientos que enferman y dominan: la ambición y la obsesión de crecer sólo en el sentido material despojan al hombre de su esencia espiritual, y atropella a los allegados con su orgullo y poder; el individuo se convierte en una máquina destructora que sólo pretende hacer fortuna; no deja ya espacio para la conciliación ni la reflexión, y el amor pasa a otro plano, pues no tiene cabida dentro de su meta.

Surge otra gran cárcel, el peor de los castigos que creemos dedicar a nuestros enemigos, pero que en realidad nos estamos propinando nosotros mismos: el odio. Nos impregnamos de él sin entender que la sangre afectada por ese veneno es la nuestra; nos paraliza, nos mantiene en un aturdimiento indefinido y permitimos que el daño inicial se extienda más de la cuenta hasta introducirse en nuestras células. No percibimos los efectos que se añaden: la corrosión del ánimo, la pérdida de la objetividad, la inmovilización del ser. Dejamos de notar cuánto daño hacemos a terceros, y los convertimos en parte de una reacción en cadena, de la cual es

imposible escapar. Y es a ti Pablo a quien quiero llegar ahora: a quien quise y adoré hasta el nivel más sublime, y a quien llegué a detestar con la misma intensidad. Me heriste a mí, a tus hijos, pero no seremos más tus presas, pues entre tanta desdicha, entendí que odiarte me hacía más daño que a ti. Me costó comprender que no fui yo quien se despojó de su integridad, que tu lesión moral es mucho mayor y más profunda que la que me provocaste. Eres tú el contaminado, el del corazón descompuesto; con tu acto no sólo me violaste a mí, sino a tus principios, tu familia, tu promesa de vivir con dignidad. No es justo que sea yo quien lleve la carga, no me corresponde... y por ello he decidido soltarla; quiero liberarme de tu malvada esclavitud y no fortalecerte más con mi desconsuelo; y para ello se hace necesario perdonarte.

Te perdono para poder borrar de mi mente tu voz hostil, el recuerdo abominable de tu último asalto que aún arremete mis sueños; ya estoy cansada de tanta infelicidad, de esta sombra que me perturba y que me impide aceptar nuevas propuestas, en las que el amor debe prevalecer.

Te perdono para deshacerme de este gran peso que me colocaste, pues cada vez ocupa más espacio en mi interior y restringe todos mis movimientos. Me resisto a caer estruendosamente en una fosa mientras otros observan curiosos mi triste final.

Te perdono para evitar recuerdos amargos que dominen mi vejez, pues en mis días de retiro deseo recrearme sólo con los tesoros que decida conservar a pesar de ti. Espero que al mirar atrás pueda distinguir complacida lo que logré, y no con arrepentimiento lo que yo misma me negué.

Te perdono para evitar que el rencor acumulado hacia ti se convierta en un combustible letal, aguardando una pequeña chispa que me haga estallar y empuñar armas letales contra otros.

Te perdono pues personas sabias me han enseñado que en la simpleza se aloja la verdadera dicha, y culpar a otros sólo consigue disfrazar la responsabilidad que tenemos sobre nosotros mismos... que formamos parte de los hechos, pero no debemos dejar que éstos se apoderen de nosotros.

Pero sobre todo, he de aceptar que el paso más importante es perdonarme a mí misma, pues he permitido que miles de agujones se claven en mi cuerpo, y en lugar de retirarlos a tiempo, hice que algunos penetrarán más, agudizando mi dolor. Pero a partir de ahora me resisto a que sigan hiriéndome: cubro mi piel con la fortaleza que me ha concedido el entendimiento y ante el ímpetu inquebrantable de mi espíritu, las agudas puntas cederán endebles como Espinas de Papel en el agua.

SORTEAR ANTIGUAS HUELLAS

Eliana condujo por más de dos horas para alcanzar la aurora en el lugar que había escogido; estacionó su auto sobre la gran planicie de arena, y caminó dejándose llevar por el sonido del mar que invadía todo el espacio. ¿Era el océano lo que escuchaba o el susurro de las palmeras que se mecían en su romance con la brisa? Desde el cielo las gaviotas graznaban anunciando su presencia, pero Eliana sólo las percibía como un componente más del peculiar concierto. Con sus pies desnudos se detuvo en la arena aún fría, cerró los ojos sintiendo el revuelo de su cabello, sin incomodarse por las hebras que se adherían a su rostro; se preparaba para iniciar su diálogo.

«Quiero entregarte a ti: inmenso mar, toda esta desdicha que por mucho tiempo se adueñó de mí; deseo que el viento la eleve muy alto para que contemple con terror su destino, que la lleve a ti como pájaro en picada y la tomes con tu fuerza incalculable. Te pido la conduzcas a tus profundidades y la mantengas en custodia junto a tantos objetos que han perdido el privilegio de emerger a la luz, así nunca regresará a mí».

Eliana continuó su acto de renuncia, mientras el espacio azul le respondía con un lenguaje abstracto y el sol comenzaba a calentar; continuó... aun cuando lloró hilos de lágrimas, sin que ella intentara retirarlas con sus manos. Pensó en su juventud tranquila; en su remembranza recorrió los espacios de la infancia, y encontró a su madre en el hermoso jardín. Por alguna razón cambió la imagen que había mantenido de ella por tantos años, la vio frágil y a la vez protectora; supo que la comprendía y deseó disculparse por haberla juzgado durante sus días de juventud

Sonrió al recordar las grandes dichas que aún le pertenecían: sus hijos que la sorprendían a diario con centelleos de alegría; las compañeras que tantas veces actuaron como generosas cómplices, la anciana pero aún sólida figura de su padre... se imaginó con todos ellos, emprendiendo travesías venturosas. Cambió la sonrisa que se había dibujado en sus labios por un suspiro y en un momento de entrega al universo se sintió flotando, tal como le sucedió en su habitación, sólo que esta vez no había techo sino el celeste infinito, y no se fijó demasiado en su cuerpo que lucía diminuto en la orilla: se concentró en el azul profundo del mar con los destellos plateados del sol... en la espuma que se disolvía de inmediato; vio como un ave pasó por su lado a gran velocidad para cazar a un pez, que en un mortal error saltó a la superficie;

ella sintió el impulso de hacer también un rápido descenso, pero la corriente la condujo en otra dirección. Era una molécula formando parte de esa gran masa que creaba rizos invisibles y silbaba pregonando independencia. Sintió que algo se le desprendía del pecho, creando en su interior una fuerza de vacío; se había librado de una gran presión, y dentro de ella los demás elementos se acomodaron; aunque no logró ver qué la había abandonado, sabía que ese ente invisible iba cayendo al mar y al romper la superficie creó una gran onda de círculos concéntricos; en medio de ellos un enorme agujero le abrió paso, borrando cualquier vestigio de su impacto y de su abrumadora existencia. Ahora ella flotaba más liviana emulando un papagayo, pero su vínculo con la tierra le impedía aventurarse a nuevos espacios, y la invitaba a regresar al cuerpo que aguardaba. Su descenso fue calmado, nada apremiaba, no había urgencias, sólo sosiego.

Eliana abrió los ojos. El resplandor del suelo la deslumbró, se percató de su piel caliente y colorada, que delataba el ascenso del sol. La brisa había cesado, el mar sólo mostraba una tímida oleada. Ella estaba despejada... tranquila. Se levantó sin detenerse a sacudir la arena de su vestido y caminó unos pasos hacia la orilla de la playa; una ligera ola llegó hasta sus pies lavándolos y enseguida el agua retrocedió sumisa dejando en el suelo una breve apariencia satinada, mientras pequeños pozos formaban cintas de plata para retornar a su fuente. Miró con encanto estos juegos de la naturaleza y se sintió parte de ellos; penetró más en el mar y el agua fría que subió hasta sus rodillas la estremeció. Se detuvo y vio en la superficie algunas algas que la rozaban. Cerró los ojos para aspirar aire y tras retenerlo unos segundos, lo soltó en medio de un grito que retumbó en un eco y rompió la armonía de los sonidos. Celebró con risas su reciente expresión. Se inclinó para tomar agua entre las manos, y con ella humedeció su rostro, los hombros, el cabello, experimentado con placidez el efecto de la humedad secándose sobre sí.

Después del regocijo por la espléndida sensación de libertad, le dio la espalda al océano; caminó un trecho hasta pisar la arena seca y caliente; se encontró con sus propias huellas, ya desdibujadas, y las esquivó. Desde allí divisaba un nuevo horizonte.

FIN

¡Muchas gracias de nuevo por descargar mi libro!

Valoro mucho el tiempo que dedicaste a él. Si lo has disfrutado, te pido por favor dejes tu comentario en Amazon.

Estoy a tu disposición en:

espinasdepapel@yahoo.com

¡Hasta un nuevo encuentro!

Leticia.

Otras publicaciones de la autora.

-“Susurros de la Verdad”

(Novela. Disponible en Amazon)